DISHONORED®

EL HOMBRE CORROÍDO

ADAM CHRISTOPHER

Ambientado en la ciudad industrial de Dunwall, *Dishonored: El hombre corroído* cuenta la historia de Corvo Attano, guardaespaldas de la Emperatriz de las Islas. Acusado injustamente de su asesinato, Corvo se verá obligado a convertirse en un asesino para vengarse de aquellos que conspiraron contra él.

Más de una década después de recuperar el trono, la nueva Emperatriz Emily Kaldwin lleva una doble vida: por un lado cumple con sus deberes como jefe de estado mientras que por otro entrena con su padre, Corvo Attano, para aprender sus singulares habilidades en las artes del asesinato. Cuando un desconocido que parece poseer los poderes que una vez pertenecieron a Daud aparece en Dunwall liderando a los Balleneros, Emily y Corvo se ven inmersos en una aventura mortal. Si no consiguen detener a su enemigo, el resultado podría ser la destrucción total de Dunwall.

Adam Christopher

Dishonored: El hombre corroído

Dishonored - 1

ePub r1.1
Watcher 06-04-2018

Título original: *Dishonored. The Corroded Man*
Adam Christopher, 2016
Traducción: Traducciones Imposibles

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

PRÓLOGO

EN ALGÚN LUGAR CERCA DE UTYRKA
Mes sin determinar, 1849-1850

«Compare esto con las prisiones de Tyvia, situadas en la tundra del centro de aquella nación-estado. En algunos de los campos de Tyvia no hay muros. Un prisionero, agotado por el trabajo duro y sin herramientas, tiene pocas posibilidades de sobrevivir al clima implacable o a las manadas de perros hambrientos que vagan por el desierto de hielo. De hecho, las autoridades penitenciarias de Tyvia siempre dicen que los prisioneros son libres de marcharse cuando gusten. En los anales de la historia no figura nadie que haya realizado el largo peregrinaje a la ciudad más cercana a través de la nieve y el hielo».

—PRISIONES DE LAS ISLAS
Pasaje de un informe encargado por el jefe real de espionaje

El prisionero se detuvo al borde del precipicio y miró hacia el horizonte. El viento aullante que escapaba del valle glaciar que tenía ante sí hacía aletear su abrigo de pesada lana negra. Rugía con tal fuerza que apenas le dejaba pensar y mucho menos reflexionar acerca de la dificultad de la tarea que le aguardaba.

No había tiempo para entretenerse, ni tiempo que perder. Había mucho por hacer.

Había llegado hasta aquí, demasiado lejos para fracasar y demasiado lejos para rendirse pero, al mismo tiempo, no lo bastante lejos. Estaba demasiado cerca de sus captores, de sus torturadores. Sabía que tenía que seguir, igual que sabía que no había en el mundo nadie capaz de detenerle salvo él mismo.

El prisionero tiró del ala ancha del sombrero negro de viaje para calárselo hasta las orejas e impedir que el viento se lo llevara volando. Miró al frente hacia lo que le aguardaba. El viento aullaba, la nieve era cegadora y el sol frío quemaba con una luz incesante y mortal.

Era la tundra.

Era Tyvia.

El prisionero se dio la vuelta y dejó que las cadenas que cargaba al hombro cayeran sobre la nieve. En el extremo había un bulto de paño negro, encogido sobre sí mismo, tiritando en la nieve. Los aullidos del viento le impedían oír si la cosa temblorosa gemía o protestaba.

La cosa había sido un guardia de Utyrka, el campo de trabajo. Ahora era cautivo del prisionero y estaba entumecido. Entumecido por el frío, por el viaje y porque sabía que su historia llegaba a su fin y que pronto sería uno con el Vacío. Porque el guardia no había sido un buen hombre y lo sabía, del mismo modo que sabía que el destino se cebaría con él cuando el prisionero acabase con sus crueles asuntos en las nieves inmisericordes.

Pronto le llegaría su fin, pero todavía no.

El prisionero aún lo necesitaba. Levantó las cadenas con su mano enguantada, retorciéndolas, tirando un poco de ellas. Tiritando, el cautivo se puso de rodillas pero no llegó a erguirse, sino que se inclinó hacia delante y permaneció cabizbajo, con la cabeza enterrada en la docena de vueltas de su bufanda y las anchas solapas del gabán negro. Era igual que el que llevaba el prisionero, el del ejército de Tyvia, diseñado para prestar servicio en el nada popular interior helado del país.

El prisionero le había quitado el gabán a otro guardia del campo, uno de los tres cautivos y el primero en morir, en el mismo campo, antes de que hubieran dado siquiera un paso en la meseta nevada. El segundo había muerto tras dos días de marcha y el prisionero todavía llevaba su cadena rodeándole la cintura, con el grueso grillete colgando del cinto.

El prisionero necesitaba tres hombres, así que había atrapado a tres. Al primero, por su ropa. El grueso uniforme de invierno del ejército de Tyvia complementaba las prendas harapientas que el prisionero no se había quitado durante años. Ahora llevaba un gabán forrado con piel, el sombrero de ala ancha que le protegía los ojos del blanco cegador del sol mortal del invierno y una bufanda de pelo de oso negro dientes de sable de la tundra. Sobre los ojos, se había colocado los anteojos para la nieve del primer guardia, dos discos de cristal rojo pulido casi tan grandes como los platillos de los que los guardias bebían su humeante té de Gristol en el campo.

El primer guardia había muerto. Era necesario. Se había negado a cederle el uniforme y el prisionero se lo había arrebatado a la fuerza. No tenía por qué acabar así, pues en el campo ya no quedaba nadie con vida a quien vigilar.

Mientras el prisionero le quitaba la ropa al guardia muerto, los otros dos que había capturado temblaban encadenados del cuello como los cerdos que eran. Arrodillados sobre el duro suelo, le observaron en silencio, sin poder parar de pensar en horizontes lejanos mientras su nuevo amo se vestía para el largo viaje que tenían por delante. Luego el prisionero había tirado de las cadenas para poner a sus cautivos en marcha. Estos caminaron detrás de él cabizbajos y tambaleantes, sin dejar de murmurar como si estuvieran delirando.

El segundo guardia tenía una función distinta.

Comida.

No para el prisionero ni para el tercer cautivo, sino para los lobos que el prisionero sabía que iban a seguirles en cuanto abandonaran la luz y la seguridad del perímetro exterior del campo. Tras cruzar esa frontera habían caminado dos días por la nieve, que unas veces había sido una superficie firme y otras los había engullido hasta la cintura. Avanzaban muy despacio.

Los lobos eran rápidos. Durante el duro invierno, en los meses de oscuridad, del frío cortante, del hielo, aquel era su mundo, sus dominios, y fuera de las prisiones de Tyvia que salpicaban las mesetas heladas, el hombre era un intruso, aunque la fauna tampoco lo rechazaba.

Al contrario. Aquellos que trataban de escapar, los ilusos que creyeron poder lograrlo, que se tomaron en serio las invitaciones burlonas a marcharse de los guardias, eran muy bien recibidos. La comida escaseaba y en aquel lugar helado las manadas de lobos estaban hambrientas.

En la marcha desde el campo, el prisionero encontró muchas pruebas de intentonas previas de alcanzar la libertad. Esos sueños, esos intentos, eran todos iguales: un acto mal pensado de desesperación. Imposible. Porque las prisiones de Tyvia eran todas iguales: campos de trabajo en tierra salvaje, en la tundra.

Su tamaño variaba. Había campos con apenas unas decenas de convictos y otros tan grandes como pequeñas ciudades. Sus funciones también eran distintas. Aquellos condenados por delitos menores solo tenían que recoger leña, una tarea capaz de acabar con la mayoría de los hombres porque la madera de los bosques era tan dura como el granito de Dunwall. El frío petrificaba los árboles, que eran poco más que postes verticales de hielo.

Pero los campos madereros no eran penitenciarías, no para el prisionero. Eran bastante menos, simples «correccionales» cuyos residentes incluso acababan por regresar un día al calor de la civilización, aunque fuera como fantasmas, como sombras de lo que fueron, tan cansados que no les quedaban ni ganas de luchar ni rebeldía.

Las otras prisiones eran diferentes. Canteras o, como Utyrka, minas excavadas en las profundidades de la tundra en las que la sal se extraía de la oscuridad impenetrable y gélida de la tierra.

Que a uno lo sentenciaran a cumplir condena en uno de aquellos campos equivalía a desaparecer. Era preferible la muerte, pero en los libros de derecho tyvianos tal cosa no existía. El ser enviado a prisión ni siquiera se consideraba una condena de acuerdo con la lógica retorcida de los jueces supremos, el tribunal casi militar que gobernaba la isla con puño de hierro. Ser enviado a los campos era, según ellos, equivalente a que se les concediera la libertad.

Porque las prisiones no tenían muros.

Aunque sí guardias. El prisionero sintió lástima por los pobres bastardos condenados a prestar servicio durante largas temporadas en el desierto helado, aunque al menos los guardias podían volver a casa cuando su tiempo en los campos acababa. Estaban allí para gestionar los campos, para mantener el orden, para que el trabajo no cesara, para castigar a quienes no cumplían con sus cuotas, ya fuera en madera, sal o roca. Pero no estaban allí para evitar fugas.

La fuga, decían los jueces del supremo, era imposible porque los campos no eran prisiones. No había muros, ni puertas ni cercas. A los «prisioneros» no se los encadenaba, esposaba o encerraba ni de noche ni de día. De hecho, los prisioneros eran libres de marcharse; todos en el campo eran hombres libres indultados por el estado, a los que se les permitía volver a casa con sus familias, a sus ciudades, a sus

aldeas y a sus causas.

Por supuesto, escapar era imposible. Los prisioneros lo sabían. Los guardas lo sabían. Los jueces supremos lo sabían pero así tenían las manos limpias, las conciencias tranquilas.

Porque todos eran hombres libres.

El prisionero y los dos cautivos restantes encontraron el primer cadáver a menos de dos kilómetros de las luces del campo. Faltaba la mitad. Estaba boca abajo en la nieve, con los brazos extendidos, y la fina tela que le cubría la espalda estaba rasgada y mostraba una piel perfecta, sin marcas, blanca como el alabastro de Morley e igual de dura, congelada para siempre.

No se sabía qué había sido de la parte inferior del hombre. A tan poca distancia del campo, el aspirante a fugado debería haber muerto de frío y no devorado por los lobos. Aunque, si el invierno había sido especialmente duro, era posible que las piernas se las hubiera llevado un animal al que la desesperación empujara a aventurarse más cerca de la civilización de lo normal, y que las luces y los guardas lo asustaran antes de que pudiera hacer poco más que roer las extremidades inferiores. El frío había conservado perfectamente el resto del cuerpo. Podía llevar allí un día o cincuenta inviernos.

No fue más que el primero. Se decía que en un día despejado desde la torre norte de Utyrka se podían ver cadáveres congelados mucho más cerca del campo. Pero el prisionero nunca había subido a la torre norte para comprobarlo.

Ahora ya no había torre alguna a la que subir.

Poco después encontraron un segundo cadáver. Después un tercero. Luego más. Durante un tiempo, el prisionero y sus dos compañeros encadenados siguieron un sendero de cadáveres, fríos como el hielo, con aspecto de haberse tumbado un momento sobre la nieve para no volver a levantarse.

Algunos estaban intactos. De otros solo quedaban partes.

Al final del segundo día, el prisionero sacrificó al segundo cautivo y descuartizó el cadáver con un cuchillo con la empuñadura de oro y la hoja de doble filo. Mientras lo hacía, el cautivo superviviente permaneció sentado en la nieve, con la cadena tensa, observándolo con ojos vidriosos. Tal era la magia que lo embrujaba. Luego el prisionero dispuso la carne roja y los huesos húmedos para los lobos. Bajo el sol frío, esparcidos sobre la nieve manchada de carmesí, no parecía gran cosa y era una pena desperdiciar los huesos así. Pero bastaría. Libre de la amenaza de los lobos, él y su último cautivo tendrían tiempo para llegar al valle glacial.

Para llegar al final de la huida.

El prisionero había examinado los tres primeros cadáveres congelados para estar seguro de que ninguno de ellos le servía. Esperaba encontrar cadáveres congelados pero no esperaba que ninguno se ajustara a sus necesidades. Examinarlos se lo

confirmó. Los músculos estaban duros, aunque la hoja gemela de su cuchillo podía cortarlos, pero los huesos no le valían. La matriz de cristales de hielo que contenían enturbiaba las reservas de poder que podían haber tenido.

Eran inservibles.

Lo que necesitaba eran los huesos de un hombre, huesos vivos de un hombre vivo. Para escapar de la tundra, para regresar al mundo, necesitaba un tipo de magia muy particular. Por eso se había llevado a un tercer cautivo. Al segundo se lo había llevado por su carne. Al tercero, por sus huesos.

El prisionero alzó la vista hacia el valle glaciar que tenía ante él. El precipicio en el que se hallaba era una caída limpia de trescientos metros o más, una escabrosa cicatriz negra de lecho de roca en lo que había sido, hasta entonces, un desierto ininterrumpido de blanco cegador, cielo y tierra indistinguibles, con un horizonte que no era más que un borrón gris sucio que parpadeaba y se movía en el rabillo de los ojos.

Más allá del precipicio había un valle amplio y profundo, el suelo cubierto de nieve endurecida, las laderas como dientes de hielo de una sierra roma, verticales y de un azul intenso, como si los riscos helados estuvieran hechos no de hielo sino de zafiro.

Alguien había dicho que era una de las maravillas del mundo, un paisaje de belleza indescriptible. Hacía siglos que se exploraba y estudiaba el campo de hielo, pero incluso los grabados que aparecían en los precisos tomos geográficos de la Academia de Filosofía Natural de Dunwall jamás podrían hacerle justicia a la impresionante majestuosidad del paisaje.

El paisaje que era la llave.

Con la bufanda de piel bien subida y el viento tirando del ala de su sombrero, el prisionero volvió la vista hacia su último cautivo, hecho un bulto en la nieve detrás de él. El despojo humano levantó la cabeza. Tal vez sentía que aquel era el momento pese a que su mente nadaba en un mar de confusión, de locura. Era otro efecto de la magia del prisionero, la magia que le había permitido marcharse del campo y que ahora le permitiría salir de la tundra y volver al mundo, a la civilización.

Para vengarse.

Mientras el último cautivo se quedaba mirando su reflejo en los anteojos para la nieve de su amo, abrió la boca como si fuera a decir algo pero no pronunció palabra. Arrodillado en la nieve, el cautivo, el antiguo guarda del campo, osciló de un lado a otro como si estuviera hipnotizado por su propia imagen distorsionada. Pero su mirada era confusa, sus pupilas pequeñas, la piel desnuda de su cara roja por el frío y el viento que gritaba y aullaba y volvía a gritar.

Tras la bufanda, el prisionero sonrió.

La magia, el aura, aguantaba.

Estaba a punto de escapar.

Deslizó la mano libre, la que no estaba envuelta en cadenas, hacia el lado

contrario del cuerpo, bajo la pesada solapa del gabán. Incluso antes de tocar el cuchillo notaba el calor que emanaba de las hojas gemelas. Era posible, pensó, que el gabán, el sombrero y la bufanda fueran innecesarios. Tal vez no había sido necesario matar al guarda solo para quitarle la ropa.

Lo mismo daba. Además, había disfrutado con la muerte del primer guarda. Era una compensación, pequeña, pero una compensación al fin y al cabo. Tal vez porque era el primer bocado de la venganza, el primer acto de guerra contra sus opresores.

La primera de las muchas muertes que estaban por llegar.

El prisionero sacó el cuchillo de su cinto y de inmediato los ojos del cautivo encontraron las hojas y se concentraron profundamente en ellas, admirando cómo brillaban como el oro, recogiendo la luz fría del sol y escupiéndola como si fuera otra cosa, una electricidad que chisporroteaba detrás de los párpados, el reflejo de una hoguera, de un Gran Incendio que había puesto fin a un mundo y dado comienzo a otro hacía infinidad de años.

En la mano del prisionero, el cuchillo estaba tibio y el calor le subía por el brazo y le recorría el cuerpo. Era como sumergirse en una de las escasas termas volcánicas que muy de cuando en cuando interrumpían la tundra, las termas que proporcionaban calor y electricidad a los campos.

Entonces alzó el cuchillo dorado y colocó la punta de las hojas gemelas en el hueco de la garganta del cautivo.

—El pueblo de Tyvia te agradece tus servicios —dijo.

El cautivó le miró; no había rastro de comprensión en sus ojos. Y a continuación el prisionero hundió el cuchillo y la blanca nieve se manchó con algo rojo y caliente.

EN ALGUNA PARTE DE LA CIUDAD DE DUNWALL
Día 7 del mes de la lluvia, 1851

«Me temo que la joven lady Emily es indisciplinada. Aquí en Dunwall Tower recibe instrucción de los mejores tutores de las Islas. Sin embargo, su madre la malcría y se pasa la mayor parte del tiempo sumida en sus fantasías, dibujando o pidiéndole a Corvo que le enseñe a luchar con palos de madera. Es posible que la niña un día gobierne el imperio. Cada momento que pasa jugando es tiempo malgastado».

—NOTAS DE CAMPO: EL JEFE REAL DE ESPIONAJE
Pasaje de las memorias de Hiram Burrows,
fechado muchos años atrás

Tras darse impulso en el borde del tejado que tenía detrás, tres pensamientos le vinieron a la mente.

Uno, que la cornisa opuesta estaba mucho más lejos de lo que había calculado y que era muy posible que se quedase corta y se precipitase a una muerte que tenía pinta de ser dolorosa y desagradable, estampada contra los adoquines de la calle, cuatro pisos más abajo.

Dos, que el mes de la lluvia no solo era el más desagradable («prefiero mil veces el mes del frío», pensó), sino que las noches anegadas y caladas de lluvia eran las peores para ir correteando por los tejados de la ciudad.

Tres, que su muerte inminente e inevitable no era el fin más majestuoso para la emperatriz de las Islas y que su padre iba a sentirse muy, muy decepcionado.

Y un cuarto pensamiento (Corvo de pie junto a su cadáver, no triste, sino enfadado porque no había conseguido realizar un salto tan sencillo) que se esfumó de la mente de Emily Kaldwin en cuanto aterrizó en el tejado plano del edificio, con los pies por delante. Su cuerpo, ágil y atlético, controlado por los reflejos adiestrados y afinados durante la última década, absorbió el impacto de su mal calculado salto dando una voltereta hacia delante, con la cola de su abrigo negro mojándose en los charcos y levantando una ola de salpicaduras en el aire.

Al acabar la voltereta, Emily hizo una pausa, de rodillas en el tejado, equilibrándose con las manos. La lluvia caía de la punta de su capucha al charco que tenía a los pies.

Una respiración…

Dos respiraciones…

Tres.

«Bueno, tampoco ha estado tan mal», pensó. «Más vale pasarse que no llegar. Y no solo es de noche sino que además llueve».

Emily se permitió esbozar una pequeña sonrisa bajo la capucha.

«No está mal, emperatriz. Nada mal». Tal vez su padre no estaría tan

decepcionado con ella si pudiera verla ahora.

Giró sobre los talones, se puso de pie y caminó de vuelta al borde. La sonrisa desapareció de sus facciones afiladas y angulares y frunció el ceño mientras se decía a sí misma que tenía que prestar más atención. De lo contrario, el próximo error sería fatal de verdad.

Sí, era una buena caída y había sido muy idiota por intentar semejante salto. Lo había conseguido por los pelos gracias al entrenamiento de su padre y a las incontables horas que había pasado practicando saltos en las murallas escalonadas de Dunwall Tower, evitando que la vieran los guardias.

Un rayo cayó a lo lejos e iluminó un instante la silueta de la torre con total claridad. Segundos después rugió un trueno, tan fuerte como un disparo de cañón, que resonó en la ciudad de piedra. Era tarde; en realidad era muy temprano, pues las horas se hacían cortas, y debido a la lluvia constante Emily sospechaba que era la única persona que había salido a la calle.

Sin duda, era la única en la ciudad con unas vistas como aquellas. Se apartó del borde y corrió hacia donde el edificio se unía con el siguiente, que era más alto y cuyo tejado era un revoltijo de baldosas colocadas con la precisión de un niño que había comido demasiado pastel de miel de Serkonos.

Al acercarse, Emily aceleró y saltó para poner un pie en un alféizar e impulsarse hacia arriba, rebotar contra el ángulo del muro contrario para subir algo más, llegar más alto al siguiente tejado y, con los brazos, trepar a él. Siguió avanzando, usando las superficies y los ángulos del edificio (las ventanas, los salientes, las cornisas, las tejas) para subir más y más y más, hasta que a los pocos minutos estaba en lo alto de una pequeña torre cuadrada, el punto más alto, parecía ser, de aquella parte de la ciudad.

Se irguió. Llevaba el pelo negro azabache empapado a pesar del capuchón de su abrigo negro de frac. Suspiró y se quitó la capucha. La lluvia le caía en la cara mientras observaba las miles de calles y callejones laberínticos rodeados de edificios altos y estrechos construidos con granito oscuro de Gristol o con ladrillo marrón. Los tejados a dos aguas se alzaban como dedos puntiagudos hacia el cielo nocturno. Así era Dunwall, y era suya, aunque todavía no se había hecho a la idea.

Entonces volvió a caer un rayo y se agachó, temerosa de que la vieran. Su viaje a escondidas desde Dunwall Tower, por los tejados de la ciudad, por la mansión Boyle, cruzando el puente que llevaba el nombre de su familia y atravesando finalmente los estrechos edificios que se agolpaban en la orilla sur del río Wrenhaven, era un ejercicio en clandestinidad y del estado mental que semejante sigilo requería.

Pero no la habían visto. La oscuridad y la lluvia estaban de su parte.

Y la habían entrenado bien. Diez años de duro trabajo, de esforzarse de madrugada cuando no la reclamaban sus obligaciones imperiales. Diez años de dolor, de cortes y cardenales y… de mucha sangre, la verdad. Llevaba diez años aprendiendo del mejor. Su entrenador era el mismísimo lord protector, Corvo Attano.

Lord protector y también su padre. Aunque empezaba a hacerse mayor, seguía siendo el mejor espía, el mejor agente y el mejor en combates cuerpo a cuerpo del reino.

La lluvia caía sobre el tejado y Emily se agachó y se concedió un momento para pensar en su padre. Daba las gracias por tenerlo en su vida. No solo por su protección, la protección que le ofrecía a la emperatriz, la que le ofrecía como hija. No solo por su amistad, su amor y su consejo, oficial o no. Sino por sus habilidades en las sutiles artes del subterfugio, el espionaje, la vigilancia y, por supuesto, el sigilo y el combate.

Eran habilidades que le había inculcado durante los últimos diez años, puede que incluso más. Emily sonrió de nuevo. Iban a cumplirse quince años de su coronación. ¿De verdad hacía ya tanto tiempo? Quince años desde que Hiram Burrows, que se nombró a sí mismo lord regente, fue derrocado.

Quince años desde que Emily recuperó el trono que el asesinato de su madre, la emperatriz Jessamine Kaldwin I, había dejado vacante. Su madre había sido asesinada por órdenes del lord regente, parte de una conspiración nacida en las profundidades de la aristocracia de Dunwall, un círculo secreto que el propio Corvo había desmantelado.

A Emily le parecía que había sido hacía mucho, toda una vida, en realidad. Así había sido. Tenía diez años cuando su madre murió. Ahora tenía veinticinco y todavía sentía el dolor de su ausencia, cuando se permitía sentirlo. La mayor parte del tiempo dejaba que los recuerdos de la emperatriz Jessamine permanecieran dormidos en su mente. No tenía más remedio porque, a pesar de aquella tragedia, tenía que vivir su vida y hacer su trabajo.

Y menudo trabajo. Llevaba quince años gobernando el imperio con mano firme y justa, trabajando duro para deshacer el daño causado por el lord regente a Dunwall y al resto de sus dominios. Al mismo tiempo, Corvo y ella se habían embarcado en otro proyecto, uno no tan público, cuyo resultado permitía que Emily estuviera donde estaba, en un tejado en plena noche.

Sin muros que la aprisionaran, sin protocolo, sin etiqueta que atara sus actos y sus pensamientos, allá fuera la ciudad era suya. Aquí y ahora, sola, sentía que podía ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa, y nadie se enteraría.

Ni siquiera Corvo Attano, el lord protector.

Porque hasta donde él sabía, hasta donde todos en palacio sabían —desde los guardias de la puerta hasta los miembros de la corte—, la emperatriz estaba disfrutando del sueño reparador en sus aposentos privados.

Emily se echó a reír y, pese a que ya no llovía tan fuerte, se cubrió con la capucha.

Salir de la torre había sido lo más fácil. En su recámara había una puerta oculta que conducía a una habitación secreta que había descubierto cuando era niña, antes de la muerte de su madre y de que todo cambiara. No se lo había contado a nadie,

aunque sabía que los miembros más ancianos de la corte conocían la existencia de pasadizos y cámaras ocultos en la torre.

En aquella habitación secreta, Emily se había hecho su propia armería. No solo contenía armas y ropa de protección, abrigos con capucha, capas y gabanes, sino también oro. Todo lo que pudiera serle de utilidad en sus nuevas aventuras.

Sus nuevas aventuras más allá de los muros de palacio.

Aunque, a decir verdad, no le había hecho falta. Las cuerdas, las asideras y los crampones solo la retrasaban. Se había acostumbrado a usar unos mitones con la palma de la mano y la base de los dedos almohadillada que le conferían un agarre excelente a la vez que protegían sus manos del maltrato de viajar por los tejados, saltando de repisa a alféizar.

Aunque pareciera sorprendente, como emperatriz le preocupaban sus manos y con razón; siempre se las estaban besando, cogiendo con reverencia, y los amigos y los desconocidos las observaban con atención.

Era una vida extraña y aún no se había acostumbrado a ella, ni siquiera después de tanto tiempo.

Emily alzó la vista y los cielos se animaron. La lluvia caía con energía renovada como una pesada manta de lana. Pero incluso entre la lluvia había oído la torre del reloj de Dunwall, que se encontraba en distrito de Estado, cantar la segunda hora de la madrugada.

Emily se volvió hacia el sonido. La torre era el edificio más alto de la ciudad a excepción de Dunwall Tower. Emily llevaba dos meses explorando la ciudad de noche, cruzando a la orilla sur del río Wrenhaven y quedándose en esa parte de la ciudad. Había sido, tal vez, una decisión inconsciente, un intento por evitar ser vista por los miembros de la aristocracia que, en su mayoría, ocupaban los barrios más lujosos de la ciudad, al norte del río.

Pero la torre del reloj… Las vistas tenían que ser espectaculares incluso a pesar de la lluvia. Y era una buena escalada.

Otra prueba a superar.

Tomada la decisión, Emily hizo una pausa, ordenando a la lluvia que parase, aunque fuera un poco. Para su sorpresa, los elementos parecían obedecer sus reales deseos y la lluvia torrencial se tornó en chirimiri. Aun así, los tejados estarían traicioneros y tendría que ser muy cuidadosa. Pero tenía tiempo de llegar a la torre del reloj y volver a palacio antes de que nadie se percatara de su ausencia. Repasó mentalmente la agenda oficial del día siguiente. («No, de hoy»). No era gran cosa. Podía permitirse llegar tarde.

Se preparó. Puso un pie en la pronunciada cuesta, pensando en la ruta que iba a seguir entre los edificios y las calles que tenía por delante.

Y entonces, con una sonrisa, se bajó la capucha y echó a correr hacia el borde del tejado…

PRIMERA PARTE

La ciudad durmiente

1

EL GOLDEN CAT, BARRIO DE LA DESTILERÍA, DUNWALL
Día 1 del mes de la oscuridad, 1851

«Hay un establecimiento en Dunwall llamado el Golden Cat. Creo que es una casa de baños, aunque algunos dicen que se trata de un burdel».

—MUJERES DESAPARECIDAS, EL GOLDEN CAT
Pasaje de una historia de crimen y misterio
ambientada en el Golden Cat

Galia Fleet estaba teniendo una buena noche, que era más de lo que podía decirse del zoquete borracho tirado en el callejón trasero del Golden Cat.

Le dio un sorbo a la botella de whisky Old Dunwall y bajó la mirada hacia el… ¿Qué era ese hombre, exactamente? Los bordes de su chaqueta de terciopelo negro estaban bordados con hilo de oro, y minutos antes habían tenido mejor aspecto, pero ahora, mojados y llenos de barro… o lo que fuera aquello en lo que se había desplomado el tipo.

El chaleco, que se había librado de la suciedad del callejón pero que estaba salpicado de vómito, era violeta real intenso. A Galia le recordaba a algo. ¿Significaba el púrpura alguna clase de alto cargo o la engañaba su memoria?

Se encogió de hombros y le dio otro trago al whisky antes de darle al hombre una patada con la punta de su bota. El imbécil bien podía ser un embajador real de tierras lejanas, aquí eso daba igual. Porque en el Golden Cat no se daban nombres, no se hablaba de cargos ni de la identidad de nadie. Todos eran tan iguales como las monedas que llevaban en el bolsillo.

Galia empujó de nuevo al hombre que rodó como un rollo de lino de los que descargaban de los esquifes de la compañía mercante Horizon. Gimió y balbuceó en la sucia calzada.

Su arma, un bastón con florete oculto que el muy cretino había desenvainado en la casa del placer, yacía en dos piezas junto a la puerta de atrás del Golden Cat. Lástima de florete, pensó Galia. Tenía aspecto de haber sido un objeto de calidad, el accesorio de lujo de un aristócrata, que además servía como arma. Galia se lo habría quedado si no hubiera tenido que partirlo en dos antes de coger al hombre por las solapas del chaleco púrpura y arrojarlo al fango.

El florete habría sido un buen trofeo, un bonito añadido a la colección de armas que ocultaba en su despacho. Ser la jefa de seguridad del Golden Cat le daba mucha libertad con madame Steele, pero incluso ella —hija de la antigua propietaria,

madame Prudence— habría cuestionado la armería que Galia mantenía bajo llave y escondida.

Mientras Galia miraba el florete roto, el callejón daba unas agradables vueltas en su mente gracias a que el whisky empezaba a hacerle efecto. Tal vez pudiera llevar el arma a su ayudante, Rinaldo, a ver si podía arreglarlo.

«Olvídalo». Demasiado trabajo, y no estaba segura de que Rinaldo aprobase su pequeña colección.

El hombre del chaleco púrpura gimió de nuevo, tratando de ponerse de pie, pero lo único que consiguió fue poner el culo en pompa sin poder despegar la cara de la mierda de la calle. Galia sonrió, incapaz de resistir la invitación, y con un suave empujón del pie, el hombre cayó espatarrado.

—A ver si la próxima vez te lo piensas dos veces antes de intentar impresionar a nuestras chicas con tu poderosa espada —dijo Galia, aunque no estaba segura de que el hombre la estuviera escuchando. Resoplaba como un Ballenero, sin darse cuenta de que todavía no había conseguido ponerse de pie.

Galia suspiró, en jarras, la alegría del whisky se disipaba y dejaba paso a la fría melancolía.

«¿A esto hemos llegado?», se preguntó. ¿A echar a nobles anónimos del Golden Cat cuando se pasaban de la raya? Solo tenía treinta y cinco años y le gustaba pensar que estaba en buena forma, pero cuando el velo del alcohol caía sobre ella como un sudario, últimamente casi todas las noches, se sentía mucho mayor.

Suspiró de nuevo y le pegó un trago a la botella que sostenía en una mano mientras se pasaba la otra por el pelo corto, rubio y grasiento.

¿Dónde se habían ido los años? ¿Qué fue de los viejos tiempos, cuando era joven y tenía ganas de aventuras y de dinero? Los días en los que llevaba la máscara de su banda y además con orgullo. Los días en los que viajaba junto al líder, haciendo cumplir su voluntad, siguiendo sus órdenes, ayudándole a limpiar la ciudad de cretinos y ganando un buen dinero a cambio.

Al menos eso le había dicho Daud, y ella se lo había creído. Por aquel entonces era una asesina novata de veinte años que lo habría seguido al fin del mundo.

Hubo un momento en el que pareció que le sonreía la suerte. Billie Lurk había desaparecido y Galia nunca había sido tan feliz. Nunca le había caído bien la matona favorita de Daud, y sin ella Galia tuvo la oportunidad de lucirse y demostrarle a Daud de qué estaba hecha, de enseñarle quién merecía realmente ser su mano derecha en lugar de aquella bruta sombría.

Pero entonces él también desapareció.

Muy pronto no quedó ninguno. Thomas se hizo el líder de los Balleneros, o de lo que quedaba de ellos, recogiendo a los rezagados y a los miembros de bandas de poca monta para formar su propio grupo pero…

El hombre del chaleco púrpura suspiró y se cayó de boca contra el suelo del callejón, interrumpiendo los pensamientos de Galia, que se acercó a él y, aunque se lo

pensó dos veces, se agachó para ponerlo boca arriba de un empujón. Una cosa era un aristócrata borracho y otra un noble muerto que se había ahogado en cinco centímetros de agua enfangada. Al Golden Cat no le gustaba llamar la atención.

Tampoco es que el establecimiento fuera ilegal, ni mucho menos. El Golden Cat formaba parte de la historia de Dunwall, era muy famoso por ser un sitio en el que uno se lo pasaba bien; había teatro de variedades y era la mejor taberna de las Islas. Lo que sucedía entre los parroquianos y las chicas en habitaciones a puerta cerrada no era asunto de nadie.

El hombre tirado en la calle se desmayó y Galia, que estaba preparada para soltarle su discurso estándar y explicarle que ya no era bienvenido en el establecimiento, decidió ahorrar saliva y rematar la botella de Old Dunwall. Quizá fuera mejor así. Se despertaría, avergonzado, e iría a esconderse un par de días hasta que el deseo y la necesidad fueran más fuertes que él y entonces volvería. Cuando lo hiciera, Galia estaría esperándole. Se aseguraría de que le pagase antes de que se produjera ninguna transacción.

Se dio la vuelta y volvió dentro.

Era tarde y la fiesta de la noche se estaba apagando. Alguna carcajada suelta salpicaba el murmullo silencioso en el Golden Cat mientras los parroquianos que quedaban fumaban y bebían y pasaban un buen rato con las chicas. Al atravesar el salón principal, con las paredes festoneadas de espejos con marcos dorados y acres de tapicería y cortinajes rojos, Galia contó a los hombres inconscientes en los distintos muebles de lujo, con las pipas colgando de dedos sin fuerza, la bragueta desabrochada y las carteras mucho más ligeras que antes de que llegaran.

«Así es», pensó. «Así es ahora mi vida». No era mala, no del todo. Galia era la primera en reconocerlo. «Jefa de seguridad del Golden Cat» sonaba a trabajo cómodo y lo era. Las cosas habían cambiado con los años mientras la ciudad se reconstruía. ¿Cuánto hacía desde que habían drenado y reconstruido el barrio anegado que había vuelto a ser el palpitante corazón financiero del imperio?

Mucho tiempo. Ese era el problema.

El tiempo pasaba pero en el Golden Cat parecía haberse detenido, atrapado en ámbar, para no volver a moverse. El negocio iba bien, como siempre. Antes, cuando estaba en los Balleneros, el Golden Cat era… vulgar. La madriguera de los guardias y los oficiales del lord regente, los viajeros provenientes de las otras islas acudían atraídos por las tentaciones del local.

La suerte del Golden Cat había mejorado con la de la ciudad. La Plaga de las Ratas era un recuerdo lejano y se había restaurado la libre circulación de personas en casi todo el imperio. Se restableció el comercio y con él llegaron los viajeros, los extranjeros y los dignatarios. Traían consigo dinero que fluía por Dunwall y llenaba de nuevo las arcas de la corte imperial y de los ciudadanos.

Libres del opresivo yugo del lord regente, la ciudad había resucitado y se había reconstruido y era próspera de nuevo. La prosperidad encontró el camino de vuelta al

Golden Cat. El negocio no podía ir mejor.

Sí, la vida marchaba bien y su trabajo era fácil. «Qué alegría. Una maravilla». Galia levantó la botella vacía de Old Dunwall y la miró con mala cara. Se encaminó a la barra y se metió detrás para extraer una botella sin abrir. Se la llevó consigo mientras desaparecía por una puerta oculta tras una cortina, de vuelta a su despacho.

Era una estancia pequeña, austera, decorada con alfombras, una mesa y una silla, todo viejo y raído, a diferencia de los muebles del salón. Aquí eso daba igual. Tenía todo lo que necesitaba, incluso una ventana que daba a la calle principal.

Sí, así estaban las cosas.

Le pagaban bien por echar a borrachos de un bar.

Añoraba los viejos tiempos, cuando el Golden Cat era… Bueno, tampoco tanto. Nunca había sido peligroso exactamente, sino más bien… interesante. Pero el aburguesamiento se había extendido por Dunwall y había llegado al Golden Cat. La clientela tenía más dinero pero también era más blanda.

«Jefa de seguridad» era mucho decir. Galia era una guerrera bien entrenada pero no solo eso. Galia Fleet era una asesina.

O lo había sido. En pretérito. Hacía mucho, cuando Daud era el líder de los Balleneros.

Se sentó detrás de la mesa, puso los pies encima y empezó a desenroscar el tapón de su nueva botella de whisky.

Intentó localizarlos pero los Balleneros eran maestros del engaño, expertos en pasar inadvertidos en la ciudad que les debía la libertad gracias al poder que Daud les había permitido compartir.

El único al que había logrado encontrar, Rinaldo, había ido a buscarla a ella. ¿Cuánto hacía de aquello? ¿Cinco…? No, seis años. Había ido al Golden Cat, con sus facciones oscuras ocultas tras la barba, el pelo indomable salpicado de gris y enredado en gruesas trenzas mugrientas. Pero era inconfundible con aquel destello en la mirada, la sonrisa de medio lado y la cicatriz del ojo izquierdo, un eco de otra vida, de una batalla del pasado, una en la que, si mal no recordaba, Galia le había salvado la vida.

Se lo recordaba siempre que tenía ocasión de hacerlo.

¿Se había tomado la molestia de seguirla al Golden Cat para hablar de los viejos tiempos o para disfrutar de los placeres que ofrecía el local sin saber que ella estaba allí? Galia nunca lo supo pero hablaron, bebieron y rieron y, a petición de Galia, la dueña le hizo un descuento especial al ex asesino. A continuación le ofreció trabajo, cosa que él necesitaba y mucho.

Galia y Rinaldo unidos de nuevo para velar por la seguridad de las cortesanas del Golden Cat.

Es posible que Rinaldo no esperase encontrar a Galia trabajando en el Golden Cat, pero le confesó que de vez en cuando le daba por buscar a sus viejos amigos, aunque no había tenido suerte. Algunos habían encontrado trabajo en barcos

mercantes, otros en buques balleneros o en las fábricas donde se procesaba el aceite de ballena. Se echaron a reír. Los Balleneros se habían convertido en balleneros. Habían cambiado de oficio pero no de nombre.

El tapón de la botella dejó de resistirse y Galia le dio un largo trago al líquido fiero mientras miraba de reojo la estantería a su derecha. Los estantes, como casi el resto del despacho, estaban vacíos.

Salvo por la máscara de Ballenera, que estaba colocada con orgullo en el centro de la estantería.

Cogiendo polvo.

No pasaba un solo día sin que Galia no desease que Daud estuviera allí. Hacía muchos años, catorce por lo menos, pensó Galia; fingiendo que no había contado los días uno por uno. Pese al tiempo transcurrido, no se le pasaba y empezaba a sentir una agonía ardiente en la mente. La bebida ayudaba, le abotargaba el dolor y los sentidos.

Pero aquella quemazón, aquel dolor, no eran ansias de aventura o de peligro, aunque Galia soñaba con ambos. Su nueva vida era fácil y segura, dos cosas que ella siempre pensó que aborrecería. La vida no tenía encanto cuando uno no temía perderla. Había que luchar por ella, había que arriesgarse, para poder apreciarla de verdad.

Pero la quemazón era más que eso. Se esforzaba por enterrarla en las profundidades de su mente pero en los últimos días había vuelto a ascender a la superficie. Daba igual lo mucho que bebiera o que entrenara. A solas en su apartamento en la planta superior del edificio, intentaba mantenerse en forma aunque lo único que se la arrebataba era el paso del tiempo.

Lo que quería era lo que Daud le había dado, lo que les había dado a todos sus Balleneros.

Galia cerró los ojos y entonces, justo en aquellos instantes, cuando apretaba los párpados y observaba la oscuridad en movimiento y un brillo azul como la superficie de un tanque de aceite de ballena, podía ver el recuerdo y se imaginaba ralentizándolo. El tiempo se detenía una décima de segundo y ella saltaba por los tejados de la ciudad, atravesando un callejón, una calle, persiguiendo a un objetivo desprevenido con la hoja corta en la mano, clavándose hasta la empuñadura en el costado de la víctima sin que esta se percatase siquiera de su presencia.

Eso sí era poder. Era el regalo de Daud. Moverse en un abrir y cerrar de ojos, la geometría del mundo clara como el agua para ella y para los Balleneros. Les permitía una libertad de movimiento inimaginable para la mayoría de personas. Aquella clase de movimiento, el ralentí, era poder.

Al principio no lo echó de menos. Estar libre de la servidumbre debida a Daud era como despertarse en una mañana fría, sobria, viva y alerta. Llena de energía. Tal vez fuera una reacción a haber perdido el regalo de Daud.

Luego fue a peor, se convirtió en un dolor casi físico que primero la llevó a la

desesperación y luego la empujó a la bebida. Al principio el trabajo en el Golden Cat era un desahogo, algo nuevo en lo que centrarse, pero pronto se convirtió, como todo en la vida, en pura rutina. Algo que se repetía todos los días.

Había tardado años en darse cuenta de lo bajo que había caído. Un día, Galia se despertó y la ciudad parecía distinta y se dio cuenta de que había perdido semanas, meses y años por culpa de la miseria y del dolor, un dolor que había llegado a amar.

Así que lo aceptó con los brazos abiertos. Aprendió a utilizarlo. Empezó a entrenar de nuevo, a volver a la vida de un Ballenero, aunque con otro oficio. El mundo había seguido sin ella y tenía que ponerse al día.

La bebida ayudaba, como siempre, aunque Rinaldo no lo aprobaba. Galia no estaba segura de haberlo visto probar nunca una sola gota…

Oyó un golpe sordo tras la puerta de su despacho, sonaba pesado y a madera con un traqueteo final. Galia parpadeó para salir de su ensimismamiento y ladeó la cabeza para escuchar mejor. Reconoció el sonido. Alguien había abierto la puerta principal con demasiada fuerza.

Otro borracho…

No. El mismo de antes. El zoquete del bastón con florete. Sus amigos lo habrían encontrado y volvían para montar una escena. Los aristócratas jóvenes eran todos iguales. Se creían los dueños del local.

«Bien, si queréis jugar, jugaremos». Era hora de enseñarles a esos mequetrefes quién mandaba. El linaje, su alta cuna o el dinero que llevaran en el bolsillo no tenían importancia.

Galia arrastró los pies de encima de la mesa y se dirigió a la puerta. Se detuvo un instante a escuchar. Podía oír conversaciones, murmullos. Nada fuera de lo normal.

Se relajó. Lo más probable es que se hubieran ido a casa. Era posible que Rinaldo y los demás guardias de seguridad se hubieran encargado de ellos.

«Mejor». Se apartó de la puerta y volvió a mirar la botella de Old Dunwall sobre la mesa.

Luego se oyó un estruendo y gritos en el salón. Muchos gritos. La sorpresa la espabiló de golpe. Se dio media vuelta, abrió la puerta del despacho con rapidez y descorrió la cortina que la separaba del salón. Sacó el cuchillo que llevaba en el cinto.

—¡Por el decano supremo! ¿Qué pasa aquí? —gritó.

El salón era un caos. Las cortesanas y sus clientes, medio borrachos o mucho peor, medio desnudos o mucho peor, corrían a la parte de atrás recogiendo su ropa de prisa y corriendo, subiéndose los velos. Una pareja se escondió detrás de las cortinas de terciopelo, envueltas alrededor de su cuerpo para darles cobijo y protección.

En el centro de la sala estaban Rinaldo y tres de los guardias del Golden Cat, con los cuchillos desenfundados, listos para proteger a los clientes y mantener al visitante a raya.

El visitante no se apartó del umbral de la puerta. Llevaba un gabán oscuro de lana con charreteras rojas y botones de metal. El cuello del gabán estaba tan subido que

formaba un aspa negra detrás de su cabeza. Bajo la tela, llevaba el cuello envuelto en una bufanda de piel tejida con la que se cubría la nariz y la boca. La parte superior de su rostro también estaba oculta tras unas lentes rojas tan grandes como los platillos de los juegos de té de Morley. Para rematar aquel estrafalario atuendo, llevaba un sombrero negro de ala extremadamente ancha que rozaba la parte superior del cuello subido del gabán. Sus manos estaban enguantadas en gruesos guantes de cuero.

Permaneció en pie, inmóvil, como un maniquí de una casa de moda Drapers Ward.

Rinaldo relajó los hombros y alzó el cuchillo contra el intruso.

—No sé quién eres, amigo, pero esas no son formas de presentarse. O te descubres y nos enseñas la bolsa o te echaremos por la puerta de atrás y nos cobraremos el coste de nuestros servicios.

El intruso no dijo nada. Parecía como si solo estuviera de pie, mirando, pero Galia sabía que estaba examinando la sala y a los que estaban en ella con los ojos ocultos tras las lentes rojas. Tenía los puños apretados y no había forma de saber qué armas escondería tras el inmenso gabán. Estaban en el mes de la oscuridad pero tampoco hacía tanto frío, ni siquiera a las tantas de la noche. No tenía por qué vestir así.

A menos que ocultara algo.

—Es suficiente por… —dijo Galia dando un paso hacia el hombre con el cuchillo por delante, aunque las palabras se le helaron en la garganta cuando el intruso volvió el rostro hacia ella. Le ponía nerviosa no poder verlo. De hecho, lo único que podía ver era su reflejo distorsionado en las lentes.

Le miró las manos. No intentaba coger nada y llevaba el abrigo abrochado hasta el cuello. Si escondía algo debajo, no parecía que hubiera modo de sacarlo a gran velocidad.

Galia frunció el ceño, luego señaló con la cabeza al grupo de guardias.

—Rinaldo, muéstrale a nuestro amigo la salida y corta con tu cuchillo las cuerdas de su bolsa.

Rinaldo gruñó como respuesta y dio un paso al frente.

Entonces el intruso volvió a la vida. Levantó el codo con fuerza, hacia atrás y hacia fuera, y golpeó a Rinaldo en el pecho. Rinaldo se tambaleó un instante pero se recuperó en seguida y él y sus hombres corrieron hacia el intruso. También Galia, con el cuchillo directo hacia el cuello envuelto en pieles del hombre.

De repente trastabilló, luego se paró en seco y estuvo a punto de tropezar con Rinaldo y los demás.

El hombre había desaparecido. Se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

Los parroquianos del Golden Cat murmuraron asombrados, casi todos seguían agazapados en la parte de atrás del salón. Galia se dio media vuelta, cuchillo en mano, buscándolo, sin poder creerse lo que había visto. Detrás de ella, Rinaldo y los demás se recuperaban y se dispersaban, caminando hacia delante, cada uno de los tres hombres mirando hacia uno de los rincones del salón.

Era imposible. Imposible del todo.

Galia se detuvo.

No, no era imposible. Tal vez improbable, pero lo había visto antes. De hecho, ella misma había sido capaz de hacerlo años atrás.

Antes de que Daud desapareciera, dejándolo todo atrás y llevándose consigo la magia.

—¡Da la cara! —gritó Galia, y los parroquianos lanzaron murmullos de terror. Se oyó un crujido. Galia y los demás se volvieron hacia el lugar del que provenía y vieron que el extraño estaba en la otra punta del salón.

No, no era el intruso sino su reflejo en el enorme espejo con marco barroco y dorado, uno de los muchos que colgaban de las paredes del salón. Galia se volvió de nuevo, pues su instinto le decía que el extraño estaba detrás de ella.

Pero no lo estaba.

Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo el reflejo del extraño salía del espejo y entraba en el salón mientras su reflejo se hacía visible detrás de él.

Gala apretó los dientes.

—Bonito truco —dijo—, pero se lo enseñas al público equivocado. —Corrió hacia delante, Rinaldo y los demás tras ella.

Era una noche para disfrutar. Hacía tiempo que no rajaba a un parroquiano.

Pero el intruso era rápido, incluso bajo las pesadas prendas invernales. Bloqueó el ataque de Galia con maestría, parándolo con un brazo y contraatacando con el otro. Rinaldo y los otros dos guardias de seguridad se unieron a la refriega. Juntos, rodearon al forastero. Estaban bien entrenados, listos y dispuestos para pelear.

Igual que el intruso. Era el centro del combate y parecía un derviche. Los picos de la cola de su abrigo dibujaban remolinos mientras él bloqueaba, atacaba y contraatacaba. El cuchillo de Galia, y también el de Rinaldo, le rozaron muchas veces, pero sus afiladas hojas no parecían ser capaces de atravesar la gruesa tela del abrigo.

En un momento cayó uno de los guardias. Un chorro de sangre le manaba de la cara y retrocedió, lo que hizo gritar aún más a los parroquianos. Galia lo vio todo por el rabillo del ojo. Mientras combatía, vio a Rinaldo sonreír al otro lado del extraño. Lo estaba disfrutando tanto como ella. Igual que en los viejos tiempos.

El intruso se tambaleó ante los continuos ataques. Galia aprovechó la ventaja y lo acorraló contra la pared, contra uno de los espejos gigantes.

Se oyó un crujido similar a cuando las botas pisan la nieve.

El hombre ya no estaba.

Una sombra en el rabillo del ojo. Galia se dio la vuelta y vio al hombre saliendo de otro espejo, entre la masa apretujada de parroquianos. Gritaron y se dispersaron, pero el hombre no les hizo el menor caso.

El último guardia de Galia se lanzó a la carga pero fue derribado casi al instante. Galia notó cómo Rinaldo se tensaba a su lado, alargó el brazo y lo cogió de la camisa.

—No, espera —le dijo.

Los dos se volvieron hacia el intruso que, aparentemente, estaba como si nada, con la bufanda, el sombrero y los anteojos en su sitio. No se movió.

Galia dio un paso hacia delante. Alzó la vista hacia los anteojos, haciendo malabares con el cuchillo, lanzándolo por el mango y recogiéndolo otra vez. Luego se lo guardó en la funda del cinto.

—Galia, preciosa… —dijo Rinaldo—, ¿qué estás…?

—Calla, Rinaldo —dijo Galia ladeando la cabeza. Sentía…

La verdad es que se sentía bien. Embriagada pero no por el whisky. Había disfrutado con la pelea, aunque esa no fuera la principal razón por la que trabajaba en seguridad. Lo mejor era que ver al forastero, al intruso, había despertado de nuevo en ella un fuego que creía extinto desde hacía muchos años.

El extraño, que llevaba una vestimenta estrafalaria más apropiada para las nieves de Tyvia que para la ciudad. Que luchaba como un soldado. Que se desplazaba en un abrir y cerrar de ojos, que aparentemente podía viajar a través de los espejos.

No era ralentí, la habilidad de detener el tiempo y recorrer dos puntos, el don que Daud había compartido con los Balleneros.

Pero se le parecía…, y también era un poder.

Miró los ojos rojos del extraño y le entró vértigo, la sensación de estar *cayendo, cayendo, cayendo…*

Vio

a hombres. Muchos hombres, con las cabezas cubiertas con capuchas y los rostros ocultos por grandes máscaras con ojos de cristal; los filtros antigás bailan mientras masacran al enemigo, los Vigilantes Ciudadanos, la patrulla del río Wrenhaven cayendo ante ellos.

Delante, un Ballenero con un abrigo oscuro. Un líder. El mejor de los mejores. El líder la llamó y Galia reconoció la voz.

Era su voz. Eran sus hombres. Ella era una líder. La mejor entre los mejores.

Entonces Galia la líder se desvaneció en un remolino de nada borrosa, seguida de sus hombres…

Galia se irguió con firmeza sobre sus pies y el salón dejó de moverse. Notaba la quemazón, el dolor, el fuego en su interior. Durante un momento, un segundo, Galia quiso gritar lo que deseaba, expresarle al intruso que quería compartir parte de aquel poder.

Luego la sensación desapareció.

Apretó los labios. Lo sabía. Seguro que sabía quién era aquel hombre y a qué había venido. No era Daud porque era demasiado alto. Claro que de esa guisa…, la ropa…, el poder… Tal vez conociera a Daud.

Tal vez…

—Galia Fleet —dijo el intruso, y Galia ahogó un grito quedo y retrocedió. La voz era fuerte pero suave. Masculina, profunda, atronadora pero… basta. Seca. Habría jurado que sonaba enferma pero se había llevado por delante a cuatro guardias con mucha facilidad.

Abrió la boca pero no pronunció palabra.

—No he venido a pelear contigo, Galia —dijo el foráneo—. He venido a rescatarte.

2

NUEVO BARRIO MERCANTIL, DUNWALL
Día 8 del mes de la oscuridad, 1851

«Alguna vez me he aventurado más allá de las murallas de la ciudad, a los cementerios olvidados y las ruinas periféricas frecuentadas por las gentes de mal vivir».

—RUMORES Y HABLADURÍAS: DAUD
Pasaje de un informe de un decano

Emily asomó la nariz por el borde del edificio que se erigía en la parte oeste de la plaza. Miró hacia abajo y contuvo un instante el aliento, preguntándose por todas las Islas qué demonios ocurría.

Era tarde, mucho más de lo que le hubiera gustado, pero había llegado muy lejos, tal vez demasiado. Fuera de Dunwall Tower, sobre el puente Kaldwin y rodeando la mansión Boyle, luego había ascendido a la torre del reloj del extremo norte del barrio residencial. En la torre hizo una pausa para pensar por qué ruta iba a continuar su exploración.

Era una noche fría pero calmada. Las lluvias y los vientos inevitables de los últimos meses habían dado paso a días cortos y noches largas en las que un viento helado azotaba la ciudad. Esa noche la llovizna apenas era una molestia y por entre las nubes sesgadas aparecía la luna, llena y brillante.

Al norte. Iría al norte, por el borde de la ciudad, donde había muchos edificios en construcción, barrios nuevos que crecían mientras las murallas de Dunwall se expandían hacia fuera, en la única dirección en la que la ciudad podía expandirse. Era una zona que no conocía bien, razón de más para sus excursiones nocturnas. La ciudad era suya, legalmente hablando, y la quería conocer tan bien como el interior de la Dunwall Tower.

Desde el reloj siguió una amplia avenida que la llevó no directamente al norte, sino al noroeste. Siguió durante una hora, deteniéndose a mirar, a observar. Las calles estaban tranquilas y Emily había tomado las precauciones habituales. Se mantenía en las sombras y los aleros, lejos de donde pudieran verla desde las ventanas y portones y de las propias calles. Había visto gente, un par de patrullas de Vigilantes Ciudadanos, un par de parejas volviendo a casa bajo la lluvia después de haber salido a pasarlo bien en alguno de los entretenimientos nocturnos de la urbe.

Era una de las ventajas de salir de exploración en aquella época del año: hacía frío pero no demasiado. Así que podía moverse por la ciudad sin que nadie se percatase de su presencia. El temprano toque de queda del invierno bastaba para mantener a la

gente en sus casas cuando caía la noche, pero sin que ella tuviera que congelarse para salir.

Al final encontró la antigua muralla de la ciudad y saltando entre las sombras dejó atrás a una patrulla de Vigilantes Ciudadanos y cruzó. Era nuevo territorio, la ciudad crecía y absorbía a los pueblos y aldeas que antes estaban separadas. Se acuclilló en las tejas de una casa alta, una de las doce que rodeaba la vieja plaza.

Solo… que no era exactamente una plaza. Emily bajó la vista y tardó un segundo en darse cuenta de que las calles en el nuevo barrio estaban muy silenciosas y de que estaban vacías. Parecía un barrio residencial con las calles pegadas las unas a las otras en hileras, como en casi toda la ciudad, aunque eran más casas, con callejones estrechos separando los edificios a intervalos regulares. Parecía una buena zona pero Emily se percató de que todas ellas, grandes y lujosas, estaban vacías.

A lo mejor no era para sorprenderse, pensó. La Plaga de las Ratas era cosa de hacía década y media pero había golpeado con dureza a la ciudad. En algunas zonas, los residentes se habían visto obligados a abandonar sus hogares y las calles se habían vuelto demasiado peligrosas ya que familias enteras habían sucumbido a la enfermedad. La plaga transformó barrios, familias y amigos en afligidos.

Fue la invitación perfecta para que las bandas se hicieran con todo. La banda de Bottle Street, las Anguilas Muertas, los Sombrereros y más tarde, los Cortadores de Parliament Street. Partes de la ciudad que antaño fueran el hogar de familias felices se convirtieron en zonas hostiles y decrépitas que incluso los Vigilantes Ciudadanos abandonaron a su suerte.

Pero eso fue antes. Historia antigua. Dunwall había cambiado. La Plaga de las Ratas era una nota al pie en el pasado y bajo la guía de Emily la ciudad se había reconstruido a sí misma, lo que incluía la expansión al norte más allá de la muralla de la ciudad.

Lugares como este.

Emily lo observó con atención. Las casas no estaban en ruinas aunque mostraban algunos signos de abandono. La plaza y los edificios colindantes formaron en otros tiempos parte de un pequeño pueblo o de una aldea castigada por la plaga y abandonada. Más tarde, a medida que la ciudad se reconstruía, algún promotor lo había comprado todo como una sola parcela. No era nada inusual.

Por ahora, las casas dormían, esperando pacientemente que las reparasen y restaurasen.

Por ahora, estaban vacías.

Pero la plaza no lo estaba.

Emily se agachó y, con los codos, se arrastró hasta el borde del tejado para poder ver mejor. Se subió la capucha. El agua resbalaba desde la punta hacia su nariz, y se la secó. Se revolvió sobre el vientre y sacó su lente de aumento, un tubo corto y ornamentado de metal oscuro y anillos de latón. Se lo llevó al ojo derecho y ajustó las ruedas dentadas con ambas manos para ver con claridad a los hombres que se

afanaban abajo.

La plaza medía unos cien metros de punta a punta y estaba rodeada de altos rieles de hierro negro. Parecía ser una especie de parque privado para los residentes. Estaba descuidado, con el césped sin podar y las barras de metal de las pérgolas y de los bancos retorcidas y esparcidas por todas partes. Había sido un lugar de paz y tranquilidad y ahora lo ahogaban las malas hierbas. En la punta más remota había un árbol áspero y nudoso, sus ramas sin hojas se alzaban al cielo como dedos esqueléticos bajo la luz de la luna.

Además de los bancos y de las barras de hierro había algo más en el parque. Pálidas a la luz de la luna, se veía una serie de piedras colocadas de pie, algunas ocultas por el césped que llegaba a la cintura. Estaban dispuestas en filas torcidas y en ángulos extraños. Algunas estaban caídas.

No era un parque ni un jardín privado, pensó Emily sobresaltada. Bajó la lente de aumento para poder verlo con sus propios ojos, sin ayuda.

Era un cementerio.

Los que estaban trabajando al amparo de la oscuridad y de la luna eran ladrones de tumbas.

Emily volvió a mirar a través de la lente, girando el mecanismo para conseguir aumentar la vista lo máximo posible. Eran cinco. Todos llevaban abrigo y la cabeza cubierta, como Emily, por una capucha. Pero, a diferencia de ella, parecían llevar una máscara. Trabajaban bajo la tenue luz amarilla de los farolillos; era débil y poco adecuada para ningún tipo de trabajo, pensó Emily. De vez en cuando la luz les daba en la cara pero desde donde ella estaba no podía ver más que duros reflejos, como si llevaran gafas o antiparras.

En el lado oeste del cementerio había una puerta de hierro de gran tamaño que siempre estaba abierta. Los barrotes estaban atrapados entre las ramas gruesas de los arbustos que los habían cubierto a lo largo de los años. El caballo atado a la puerta estaba callado y no se movía, y de su boca salían volutas de vaho que se perdían en la fría noche mientras los hombres trabajaban.

Mientras seguían excavando.

El cementerio parecía antiguo. Un hombre se apoyó contra una de las piedras más altas y derechas mientras observaba a dos de sus compinches, que estaban metidos hasta la cintura en una tumba. Junto a ellos había dos hombres más.

Dejaron de cavar. Emily no podía oír lo que decían pero los tres que estaban mirando se habían puesto frenéticos, gesticulando y dando manotazos. Uno de los que estaba excavando salió de la tumba con un poco de ayuda mientras que el segundo se agachó. La tierra se lo tragó y Emily lo perdió de vista.

Los que quedaban rodearon, se agacharon y metieron los brazos en la sepultura. Lentamente, con esfuerzo, sacaron una caja larga y la empujaron hacia el montón de tierra fresca recién removida. Emily ajustó la lente para verlos mejor.

El hombre que todavía estaba de pie en la tumba salió de rodillas y se arrastró por

el fango. Palpó alrededor del ataúd exhumado como si estuviera buscando algo. Luego, aparentemente satisfecho, se apoyó en él para ponerse de pie. Hizo un gesto con la mano a los otros. Dos hombres cogieron el ataúd, uno de cada punta, lo levantaron y lo cargaron por el cementerio y a través de la verja abierta. Los otros les adelantaron trotando para quitarle la lona al carro y esperar la llegada del sarcófago.

Emily ajustó de nuevo la lente y tragó saliva. Se le aceleró el pulso al ver lo que había en el carro.

Más ataúdes.

Cuatro, puede que cinco contando con el que acaban de encajar entre los demás.

Emily volvió la mirada hacia el pequeño cementerio. El grupo no había perdido el tiempo. Había muchas tumbas abiertas, aparentemente excavadas, con los enterrados devueltos a la superficie. Antes no había visto los montículos de tierra oscura que se fundían con las sombras en el cementerio abandonado.

«Por todas las Islas, ¿qué demonios pasa aquí?», pensó Emily.

¿Estaban despejando la parcela? Es posible que fueran a demoler toda la zona, lo que implicaba tener que reubicar el cementerio para que pudieran comenzar las obras. Tenía lógica…, pero sabía que esa no era la respuesta.

Había algo en ellos y en su forma de trabajar que le revolvía el estómago. Si sus actividades hubieran sido legítimas, no estarían trabajando en plena noche. Algo así se hace de día, con la supervisión de los Vigilantes Ciudadanos o, al menos, de un funcionario de urbanismo. Emily no conocía al detalle todo lo que ocurría en Dunwall mientras avanzaba la reconstrucción (era imposible e innecesario) pero podía consultarlo.

Sin duda era un tanto… siniestro. El hecho de que no solo iban encapuchados sino también enmascarados, el que trabajaran en silencio, a las tantas de la noche, bajo la luz grasienta y amarillenta de sus farolillos.

No era normal, no tenía nada de oficial. Eran ladrones de tumbas, así de claro. Tal vez los restos de una de las antiguas bandas callejeras en busca de una nueva fuente de ingresos hurgando en las riquezas enterradas con los muertos.

Solo de pensarlo a Emily se le hizo un nudo frío y duro en la boca del estómago. Retrocedió a rastras por el tejado, de vuelta al amparo del otro lado del tejado, mientras pensaba en la situación.

Tomó una decisión. La que tomaría cualquiera.

Había cinco enmascarados. Estaban ocupados con su siniestra tarea y creían estar solos.

Cinco ladrones y ella.

La respuesta era fácil: podía con ellos; podía detenerlos y acabar con su espeluznante noche de horrores. Sabía que podía hacerlo.

Se arrastró de nuevo hacia el borde, estudió el cementerio, a los ladrones, los edificios colindantes…

Podía con ellos. Lo sabía. Corvo la había entrenado bien y era la ocasión perfecta

para poner en práctica sus enseñanzas. Dunwall era suya.

Emily guardó la lente en la chaqueta y miró alrededor del cementerio y de las casas. Calculó las posiciones, practicó mentalmente sus movimientos y observó cómo volvían al cementerio y pasaban a la siguiente tumba. Pensó que, al estar cometiendo un crimen en secreto, lo más probable es que fueran armados.

Perfecto. Sin problema.

Alzó la vista, estudió su entorno y calculó que, si se desplazaba por el lado noroeste —donde uno de los edificios tenía un elaborado balcón que sobresalía justo por encima de la calle de abajo, sobre la verja del cementerio—, podría tomar una ruta hacia el suelo aprovechando las sombras y la vegetación para ocultarse, hasta que estuviera lo bastante cerca para atacar mientras ellos seguían ocupados excavando. Jugaría con ventaja.

Podía hacerlo.

Lo sabía.

Se levantó del suelo mojado y miró a la derecha, a la ruta que iba a seguir.

«Hacia el tejado del edificio colindante, que está como medio piso más alto. Cruzo el tejado, bajo por la repisa de la ventana del edificio de la esquina. Subo por la cañería del edificio, cruzo el tejado, cojo el saliente. Me dejo caer en el balcón, me escondo en la sombra, detrás de las columnas y estudio la situación».

«Evalúo la situación y decido qué hacer a continuación».

Los ladrones nunca sabrían qué les había pasado.

Emily se volvió y corrió en cuclillas hacia el primer obstáculo, se detuvo y se agachó hasta quedar casi tumbada sobre el tejado. Con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas, levantó la barbilla y miró el balcón al que quería llegar.

Ya estaba ocupado. Se habían escondido muy bien pero el ojo bien entrenado de Emily percibió el movimiento y ahora ya veía con claridad al hombre que estaba de pie. No era más que una sombra pero llevaba capucha y… también una máscara. Por supuesto. Estaba vigilando. No había hecho ninguna señal, lo que significaba que no la había visto.

Emily suspiró aliviada.

«No importa», pensó. Podía acabar también con él.

«Aunque…».

Evaluó la ruta que había pensado seguir. No le servía. Aunque impediría que la vieran desde el cementerio, estaría a la vista del hombre apostado en el balcón.

La vería.

De hecho…

Emily se quedó muy quieta, respirando lentamente por instinto, forzándose a desaparecer entre las sombras, a convertirse en parte del tejado, oculta en la noche, una masa de nada.

El vigilante estaba detrás de una columna pero parecía estar mirándola. No, la estaba mirando. La luz de la luna sobre su máscara delataba hacia donde miraba.

La había visto. Iba a alertar a sus amigos en cualquier momento, así que el elemento sorpresa ya era historia. Estarían esperándola, preparados y, aunque siempre estaba dispuesta a pelear, la suma del vigilante (y a saber cuántos más habría espiando en los edificios vacíos) hacía que no se sintiera segura de tenerlas todas consigo.

No había nada que hacer. Era hora de irse. Era la emperatriz de las Islas. Ni siquiera debería estar allí y mucho menos morir allí.

En cuanto el vigilante se despistara…

Los segundos le parecieron horas mientras los contaba mentalmente desde el tejado, sin atreverse a moverse, vigilando al vigilante. A lo mejor no estaba seguro. A lo mejor también estaba esperando a estar seguro mientras contaba los segundos.

Y de repente desapareció. Se había retirado a las sombras en un abrir y cerrar de ojos. Estaría saliendo de la casa abandonada, en busca de sus amigos, para contarles que había un espía en el tejado.

Emily dejó escapar un profundo suspiro y decidió que era hora de volver a casa. Había otros modos de investigar a los ladrones de tumbas. Métodos más oficiales. De repente se sintió imbécil y le dio miedo al pensar en lo mucho que se había arriesgado.

Tomó una nueva decisión: retirarse a Dunwall Tower, donde estaría a salvo. Por la mañana enviaría una patrulla de Vigilantes Ciudadanos a investigar. Le preguntaría a Corvo si sus espías habían visto u oído algo raro.

Retrocedió sin levantarse del suelo, apoyándose en los codos, por los lados en sombras de los tejados de dos aguas y el cementerio, y los ladrones de tumbas desaparecieron de su campo de visión, atareados con sus crímenes. Estaba esperando oír la voz de alarma, un grito, pero nada.

De momento.

Emily dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a casa.

3

DUNWALL, NUEVO BARRIO MERCANTIL
Día 8 del mes de la oscuridad, 1851

«Restringe las manos inquietas, que no tardan en convertirse en herramientas del Forastero. Sin las trabas de un trabajo honrado, se apresuran a buscar beneficios sórdidos, intereses vanos y actos de violencia. ¿De qué sirven las manos que roban, matan y destruyen?».

—LA TERCERA CENSURA
Pasaje de la obra en la que se detalla una
de las siete censuras

Corvo Attano se deslizó en la profunda sombra de las gruesas columnas que formaban la parte delantera del balcón. Miró el tejado a su derecha, aguardando pacientemente a que Emily retrocediera a rastras y desapareciera de su vista. Si todo iba como él esperaba, Emily decidiría obrar con cautela y regresar a la Dunwall Tower.

Había estado muy bien, Corvo era el primero en reconocerlo. En los últimos meses Emily había comenzado a explorar la ciudad por las noches. Se escabullía de la torre para observar a sus habitantes, observar las obras, la restauración y la reconstrucción de la ciudad. Esta era la primera noche que había llegado tan lejos. Había cruzado la antigua muralla de la ciudad y se había adentrado en el nuevo barrio mercantil.

«Muy bien», pensó. Estaba muy, pero que muy bien. No, mucho mejor aún. Había estado soberbia y había sabido poner en práctica década y media de entrenamiento, todas las sesiones que habían tenido tras los muros de la torre.

Durante sus escapadas nocturnas, Corvo había seguido en secreto los pasos de la joven emperatriz, observando cómo saltaba por los tejados con una velocidad y pericia que incluso a él le resultaban impresionantes.

En su opinión, estaba obligado a seguirla. Estaba obligado por dos motivos distintos a no perderla de vista, a mantenerla a salvo. Como protector real, era su deber oficial. Si se supiera que la emperatriz salía a escondidas, sola y de noche a vagar por la ciudad, a la corte imperial le daría un patatús.

Como padre, tenía que proteger a su hija al tiempo que le permitía ponerse a prueba, descubrir de qué era y de qué no era capaz, de explorar los límites de su habilidad y de su ingenio.

Era sensata. Él había visto lo suficiente para estar seguro de eso. Aun así, nunca podía relajarse cuando ella salía. La tensión de estar siempre alerta, listo para acudir en su ayuda pero con la esperanza de no hacer nunca falta, hacía que las noches

fueran agotadoras.

A riesgo de parecer poco modesto, la verdad era que la había entrenado bien. No cabía duda. Emily era la alumna perfecta, dispuesta no solo a aprender sino a exigirse a sí misma. Llevaban casi quince años entrenando. Quince años practicando las sutiles artes del sigilo y del combate mano a mano. De la protección y de la defensa. Habían pasado por mucho desde los viejos tiempos, cuando Jessamine ocupaba el trono; cuando Emily, que era una niña, y él se batían en duelo con espadas de madera en aquellos gloriosos y largos veranos de Dunwall.

«Cómo cambian las cosas». Y ahora la emperatriz tenía lo que quería: la habilidad y la destreza que deseaba para poder abrirse camino en la historia, no solo como emperatriz, sino como defensora, como protectora.

Corvo no podía estar más orgulloso.

En cuanto a que Emily no se hubiera dado cuenta del hecho de que su protector la estuviera siguiendo…, era innegable que Emily era buena pero él era mejor. Un asesino bien entrenado con muchos más años de experiencia.

Por no mencionar que poseía habilidades que Emily ni se imaginaba que tenía…

Pero esta noche se había dejado ver. Solo un poco, lo suficiente. No para asustarla sino para obligarla a adoptar una táctica más cautelosa. Pero la había asustado y era una pena porque Corvo quería ver de qué estaba hecha.

Había cinco intrusos en el cementerio y Corvo estaba seguro de que Emily los habría vencido a todos. Salvo que…

Salvo que no estaba completamente seguro, no.

O… Bueno, en realidad sí. El que no estaba preparado, por ahora, era él. Seguía siendo el protector real y ella seguía siendo la emperatriz y, aunque estaba claro que Emily tenía muchas ganas de acción y aventura, un modo de escapar de las asfixiantes obligaciones de estado y de las rigideces de palacio, él no estaba preparado para dejar que corriera excesivos riesgos.

Todavía no.

Contento de tener a Emily fuera de escena, Corvo prestó atención a lo que ocurría en el cementerio. El balcón en el que se ocultaba era una extravagancia, más bien una plataforma desde las que se proclamaban los bandos oficiales y no un sitio bonito en el que sentarse a beber té caliente por las tardes, en tiempos en los que la plaza estaba llena de actividad.

Ya había estado antes aquí. Muchas veces, en realidad. Aquello había sido un pueblo pequeño situado junto a Dunwall. Tan cerca, que casi formaba parte de la ciudad a pesar de la separación que marcaban las murallas. El antiguo pueblo era ahora un barrio de mercaderes. De familias antiguas, ricas o de clase media, que no formaban parte de la aristocracia de Dunwall y estaban felices con su independencia, haciendo negocios y construyendo las fortunas familiares aquí, fuera de la muralla.

Entonces llegó la Plaga de las Ratas. Al igual que en la propia ciudad, la plaga lo cambió todo. La ciudad se quedó vacía; las casas aquí en la plaza y en las calles que

la rodeaban fueron abandonadas. Corvo no estaba seguro de qué había sido de los mercaderes y de sus familias. La mayoría se habrían marchado de Dunwall en cuanto el lord regente tomó el poder, temerosos de los planes que tuviera para los vecinos más allá de la muralla.

«Bien que hicieron». Había lugares mucho más seguros en los que vivir y ganarse la vida.

Los mercaderes se habían ido pero sus muertos se habían quedado. El cementerio ajardinado, un lugar para el recuerdo y la contemplación, fue abandonado junto con las casas, y sus residentes fallecidos ignoraban la decadencia que lentamente se apoderaba de su lugar de descanso eterno.

La banda estaba trabajando en su sexta tumba. La lluvia se había calmado y era un frío rocío que servía de poco para amortiguar el sonido de los picos y las palas que cortaban la tierra húmeda y pedregosa.

«Ladrones de tumbas». Corvo se ponía enfermo de pensarlo. Dado lo ricas que eran las familias de mercaderes que vivieron aquí, el cementerio tenía que estar lleno de tesoros. Robar de las tumbas, a los muertos, era una profanación, una falta total de respeto hacia las familias, los parientes y los seres queridos que se habían ido demasiado pronto. No podía dejarlo pasar por alto.

Corvo se preparó. Parecía tarea fácil y más ahora que uno de los ladrones, aburrido de su trabajo en el cementerio, vagaba de vuelta hacia el carro. Caería el primero. Lo único que Corvo tenía que hacer era un Guiño hacia el carro, detrás del ladrón, y atacar. Desde allí, la vegetación del cementerio ofrecía escondites en abundancia y podría llegar hasta los demás sin necesidad de utilizar sus poderes.

Le harían falta unos minutos para acabar con el resto de la banda y esperaba poder hacerlo sin que ninguno gritara y llamara la atención de Emily, que estaba volviendo a casa por los tejados.

Corvo se concentró. Sintió los pinchazos de siempre en su mano izquierda, en cuyo dorso la marca del Forastero brillaba con la electricidad del Vacío. Corvo escogió su objetivo, listo para atravesar limpiamente la distancia que lo separaba de la calle cuando…

Se agachó; el cosquilleo en su mano se convirtió en una quemadura al rojo vivo y se vio obligado a disipar la energía que había concentrado. Escondido contra la barandilla del balcón, se asomó entre las pequeñas columnas que tenía delante.

El ladrón de tumbas que había junto al carro, inquieto y aburrido, iluminado por la luna, se había dado la vuelta en dirección a Corvo, que se había retirado justo a tiempo. El Guiño lo habría delatado al instante.

Pero había más, algo que hizo que a Corvo le palpitara el corazón en la garganta y que su propia respiración resonara en el interior de la máscara.

El ladrón de tumbas era un Ballenero.

No había duda. Botas negras con hebillas y tiras de cuero marrón, guantes negros gruesos y los puños remangados hasta el codo. Un abrigo de cuero negro entallado

con las características mangas cortas cuya pechera cruzaba un cinturón ancho del que colgaban varias bolsas. En la cadera, junto al cuchillo, la mano enguantada estaba a pocos centímetros de la empuñadura.

En la cabeza, la capucha ajustada brillaba húmeda a la luz de la luna y una máscara le cubría la cara. Tenía dos lentes grandes y circulares montadas en goma gruesa. Un respirador cilíndrico y prominente, diseñado para proteger a su dueño de los molestos vapores tóxicos del matadero de ballenas.

Corvo se hundió en las sombras, obligándose a desvanecerse en la oscuridad con un solo pensamiento en la cabeza.

«Balleneros. ¡Balleneros! Es un Ballenero. Es un Ballenero. Es un Ballenero».

¿Era posible que hubieran vuelto?

Corvo se estrujó la mollera. Las bandas callejeras de Dunwall habían corrido diversas suertes desde la caída de Hiram Burrows, el lord regente. Algunas habían desaparecido, desgastadas y dispersadas a manos de los nuevos y mejor organizados Vigilantes Ciudadanos. Se decía que otras se habían reubicado intactas, e intentaban establecerse en otros puntos del imperio, en las islas y en ciudades donde la vida les fuera más fácil. A lo largo de los años, Corvo incluso había oído rumores y cuchicheos sobre que algunas de las bandas de Dunwall, o sus miembros, se habían montado el chiringuito en lugares tan remotos como Karnaca, la capital de la isla sureña Serkonos. La tierra natal de Corvo.

Algunas habían desaparecido por completo y sus miembros se habían esfumado. Entre ellas, los Balleneros, aunque estos no eran una banda callejera cualquiera. Eran diferentes. Eran asesinos. Asesinos muy eficientes y muy bien entrenados. Tenían un don especial que su líder, Daud, les había conferido. Al igual que Corvo, llevaba la marca del Forastero. Dicha marca les confería la capacidad de utilizar el poder del Vacío y de lo sobrenatural.

«Daud. Asesino. Asesino». El hombre que había matado a Jessamine y había cambiado para siempre el rumbo del imperio. El rumbo de la vida de Corvo. Jessamine era su amor y le había dado una hija, Emily. Daud lo destruyó todo y a Corvo le hizo falta toda su fuerza de voluntad para no quitarle la vida cuando tuvo la oportunidad. Daud fue desterrado de la ciudad y no podía volver bajo pena de muerte.

De eso hacía quince largos, largos años.

Quince años que Corvo se había pasado preguntándose por qué había cedido, por qué no había matado a Daud. Tal vez debiera haberlo hecho. Su crimen lo merecía. Aunque es posible que una parte de Corvo quisiera a Daud vivo. Que viviera temiendo la terrible ira del protector imperial si alguna vez volvían a cruzarse sus caminos.

Porque tal vez vivir con miedo fuera un destino peor que la muerte.

Tal vez.

Luego la banda de Daud se desintegró. Uno de sus cómplices, Thomas, tomó las riendas durante un tiempo, hasta que también desapareció. Muerto, probablemente.

Nadie sabía qué había sido del resto de la banda a pesar de que Corvo y su red de espías habían intentado rastrearlos por todos los medios.

Ahora, década y media después, estaba viendo a un grupo de Balleneros robar en un cementerio. Corvo volvió a asomarse para mirar al que estaba junto al carro. Estaba demasiado oscuro para ver el color de la túnica del Ballenero. A Corvo le parecía que era gris. Un novato. Si todos eran de la misma categoría, no sería difícil derrotarlos.

Miró a los demás, observando cómo trabajaban a la débil luz del farol. Iban encapuchados, sí, pero…

Corvo frunció el ceño. Los demás no llevaban respiradores. Simplemente se cubrían la cara con pañuelos atados a la cabeza y, aunque iban encapuchados, sus ropas no correspondían con las de un uniforme. No eran Balleneros.

Se levantó para ver mejor, mirando el carro de reojo. Para su sorpresa, el Ballenero de verdad ya no estaba.

Corvo se agachó pegado a una columna, manteniéndose con cuidado entre las sombras mientras lo buscaba en plaza. Los demás seguían cavando sin saber que su líder se había ido. Pero ¿adónde?

Podía ver con claridad el carro pero el Ballenero no estaba por ninguna parte. Tampoco había vuelto al cementerio. Había muchos sitios donde esconderse pero entre las puertas del cementerio y el carro había un espacio amplio, vacío e iluminado por la luna.

Se escuchó un sonido detrás de Corvo.

Un sonido infinitesimal.

Un clic de metal contra metal.

Era el sonido de una navaja automática.

Corvo se dio la vuelta. Imposible. El Ballenero estaba detrás de él en el balcón, con la navaja en una mano y la otra extendida y abierta. Como lo habían descubierto, el asesino no perdió un instante y se lanzó contra su objetivo como una flecha, blandiendo la navaja primero a la izquierda y luego a la derecha. Corvo dio un salto y arqueó el cuerpo hacia atrás para alejarlo de la hoja, cuyo tajo cortó el aire.

Luego dio un paso al frente. Su mano ya había desenvainado su singular hoja corta plegable. Con un tirón de la muñeca, la hoja se expandió. Corvo la levantó, listo para bloquear el siguiente ataque.

Pero el ataque no llegó. Corvo bajó un poco la espada mientras observaba el espacio vacío que tenía delante.

El Ballenero había desaparecido otra vez.

Corvo se volvió, por instinto, blandiendo la espada. Detrás de él, el asesino esquivó el estoque con facilidad antes de darle la vuelta a su cuchillo, colocarlo con la hoja paralela a su antebrazo y lanzarse a la carga.

La adrenalina volaba por las venas de Corvo. Dio medio paso atrás y se centró más allá del asesino que tenía delante. Allí, en el lado opuesto de la plaza, había un

edificio con grandes ventanas negras y pesadas cornisas de piedra.

Corvo cerró los ojos, sintió un viento que en su mundo no existía y abrió los ojos.

Lo había conseguido…, por muy poco. Estaba colgando de la cornisa por las puntas de los dedos, con su espada plegable entre la piel y la piedra. Hizo fuerza con el brazo para subirse a la cornisa y se volvió, intentando ubicarse y establecer de qué rutas y opciones disponía.

Por el rabillo del ojo vio al asesino desvanecerse del balcón en un remolino de sombras negras atrapadas por la luz de la luna. Corvo miró hacia abajo e hizo un Guiño hacia un balcón más abajo que estaba a su izquierda, en la otra punta de la plaza. Hizo lo mismo otra vez.

Y otra…

Y otra más, arriba hacia un tejado, abajo hacia una canaleja de cobre que crujió al recibir su peso.

Se sumergió en las sombras tirándose de cabeza, luego giró sobre sí mismo y aterrizó boca abajo contra la fría piedra del pasaje que llevaba al interior de la casa abandonada. Se arrastró hacia atrás y se deslizó dentro, como un cangrejo. La oscuridad era como un líquido negro. El pecho le subía y bajaba por el esfuerzo. Tantos Guiños en tan poco tiempo eran agotadores y la marca del Forastero palpitaba en su mano.

Corvo no había llevado consigo viales de solución Addermire, el elixir mágico azul que, según su creadora (la Dra. Alexandria Hypatia del Instituto Addermire de Karnaca), revitalizaba cuerpo y mente. Era una versión mejorada del antiguo elixir de salud de Sokolov y del remedio espiritual de Piero, aunque solo fuera porque la solución Addermire poseía las mismas propiedades reparadoras combinadas en un solo producto. Así había que cargar menos cosas pero, para ser sincero, pensaba que no iba a volver a necesitar esas cosas.

Tal vez fuera hora de replanteárselo.

Sin despegarse del pasaje, echó un vistazo alrededor mientras recuperaba lentamente las fuerzas. Necesitaba descansar…, si podía.

Estaba de suerte. No había rastro de su atacante, no se percibía movimiento ni remolinos de sombras en los tejados, en las cornisas ni en los portales.

Lo había despistado.

Volvió al balcón y se agachó, aguzando el oído en busca del menor sonido. Le llegaban voces de abajo, del cementerio. Se acercó al borde del balcón, se asomó por entre las pequeñas columnas y suspiró aliviado.

El Ballenero estaba en medio del cementerio, señalando con una mano, y con la navaja automática en la otra, refulgiendo a la luz de la luna. A su alrededor, los ladrones empezaban a darse prisa, a arrancar el último ataúd de la tierra, llevarlo al carro corriendo y cargarlo sin cuidado alguno encima de los otros. Mientras ellos trabajaban, el Ballenero permanecía en su puesto, mirando alrededor con la navaja preparada. Corvo se agachó un poco más cuando el Ballenero se volvió hacia él, pero

no había nada que indicara que lo había visto.

Uno de los otros lo llamó. Corvo no pudo entender las palabras exactas pero el significado estaba claro. Confirmadas sus sospechas, el Ballenero corrió al carro, guardó al fin la navaja y le ayudaron a subirse a la parte de atrás. Delante, uno de los hombres se sentó en el pescante y cogió las riendas. Las chasqueó y el carro se puso en marcha. Los caballos protestaron cuando les obligaron a correr a fin de alejarse del escenario del crimen. Las ruedas traqueteaban con sequedad contra los adoquines.

Corvo vio cómo se iban. Debería haberlos seguido. Quería seguirles pero no podía, esa noche no. Se había quedado sin fuerzas tras la carrera de Guiños y aunque podía volver a la torre a aprovisionarse de solución Addermire, para entonces el amanecer estaría demasiado cerca como para salir de nuevo.

Además, ¿adónde iría?

Corvo suspiró, frustrado. Mil pensamientos le rondaban por la cabeza.

«Los Balleneros han vuelto y están en activo. Algo traman. ¿Por qué si no robarían tumbas y se llevarían los ataúdes a saber dónde?». Y, lo que era aún más importante, si los Balleneros habían vuelto, también había vuelto su líder, el hombre que Corvo creía que permanecería lejos para siempre.

Por cómo se movía el Ballenero, por su forma de transversar alrededor de la plaza para atacarle… Solo había un modo de conseguir ese poder. Solo había un hombre capaz de compartirlo con su banda.

«Daud».

Había vuelto y estaba reuniendo a sus tropas.

Pero el asesino que había estado supervisando la operación en el cementerio, el que lo había atacado, no era Daud. De eso Corvo estaba seguro. El asesino era más menudo, más delgado. El lenguaje corporal, los movimientos, eran distintos a los que recordaba.

Claro que había pasado mucho tiempo. Quince años. La memoria a veces jugaba malas pasadas.

Corvo se irguió. El carro se había ido y el sonido de las ruedas y de los cascos de los caballos desaparecía poco a poco en la ciudad. Miró al este, donde el cielo ya mostraba un pequeño cardenal naranja y púrpura en un claro entre las nubes de lluvia. Se acercaba el alba y con ella, sus deberes para con la emperatriz. Solo esperaba que hubiera llegado a Dunwall Tower y que no se hubiera quedado a husmear y hubiera presenciado los acontecimientos de la noche.

Corvo emprendió el camino de vuelta a casa. Estaba empezando a esbozar un plan. Por la mañana, enviaría a sus espías a que comenzasen la búsqueda. Encontraría a Daud y descubriría qué hacía de vuelta en Dunwall.

4

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 8 del mes de la oscuridad, 1851

«Con este lucrativo giro de los acontecimientos el número de mataderos se multiplicó por cuatro y la demanda de ballenas frescas se incrementó de manera proporcional. Muchos de los barrios adyacentes a la que pasó a llamarse "la calle de los Mataderos" comenzaron a cambiar al tiempo que las familias que allí vivían se trasladaban para evitar la polución industrial y los despojos que producían las plantas de procesamiento. El crimen aumentó de la noche a la mañana, lo que obligó a los Vigilantes Ciudadanos a redoblar sus esfuerzos contra las bandas de Dunwall».

—LA CALLE DE LOS MATADEROS
Pasaje de un libro sobre los barrios de la ciudad de Dunwall

En cuanto el carro atravesó traqueteando los portones de carga que daban a la calle, Galia saltó de la parte de atrás, se quitó la capucha y la máscara y el respirador de Ballenera. Daban más calor de lo que recordaba. Pero el olor a caucho y a tiza del filtro de aire, la sensación de vacío alrededor de la cara, haciendo ventosa contra su piel, eran recuerdos que habían estado dormidos mucho tiempo y habían despertado al instante, como una canción de la infancia olvidada que uno recuerda de repente palabra a palabra, como si no hubieran pasado los años.

Galia sonrió. Estaba disfrutando de haber recuperado esos recuerdos, esas sensaciones. Porque volvía a ser una Ballenera, es más, ahora era su líder.

El portón de carga se cerró de golpe tras ella en cuanto dejó atrás el carro y se dirigió a la amplia planta del antiguo matadero de ballenas. Pensó en amonestar a sus hombres por el jaleo que estaban armando pero no había tiempo para eso. Con la máscara en una mano, se pasó la otra por el pelo húmedo y grasiento mientras caminaba más allá de los gigantescos tanques vacíos de aceite de la fábrica, colocados en largas hileras paralelas, y se dirigía a la escalera de hierro que llevaba a una serie de plataformas y galerías desde las que se veía la planta entera.

El trabajo había sido un éxito pero había un problema, un problema del que había que informar al jefe.

—Hola, hola, mi querida Galia. Qué pronto has vuelto. ¿Lo has traído todo?

Hizo una pausa y alzó la vista para ver a Rinaldo, que bajaba al trote las escaleras hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Los dientes amarillos contrastaban con su piel morena. Frunció el ceño. No estaba para chácharas. Galia miró a su viejo amigo. Llevaba el pelo negro y rizado tan corto que apenas sobresalía del cráneo en pequeñas crestas. Pero no le contestó, sino que siguió subiendo las escaleras y le rozó el hombro al pasar junto a él.

Rinaldo se dio la vuelta con los brazos extendidos.

—Oye, ¿tenemos lo que queríamos o no? —La sonrisa titubeó en su cara y desapareció por completo al ver que Galia le daba la espalda.

Ella se detuvo en el punto en el que la escalera de hierro daba un giro de noventa grados hacia el piso superior. Se inclinó sobre la barandilla y señaló el carro donde los demás holgazaneaban, observándolos.

—Dile a los hombres que descarguen el carro —dijo Galia, y miró hacia arriba, hacia la sala de control—. ¿Sigue allí?

Rinaldo bajó los brazos y se echó a reír pero sus ojos no se reían.

—Ah, sí, ¿el Jefe? No ha movido un músculo desde que te fuiste. Ha estado todo el rato mirando por la ventana. Te digo que no he entrado pero sentía cómo me observaba en todo momento.

—Bien —dijo Galia. Se dio la vuelta y empezó a subir el siguiente tramo de escaleras—. Tengo que hablar con él. Procura que no nos moleste nadie, ¿entendido?

—Oye, oye, mi niña —dijo Rinaldo—. Confía en mí. Nadie quiere acercarse a él, servidor incluido. ¿Es siquiera un hombre lo que hay debajo de todo eso?

Lo oía en la voz de Rinaldo, enterrado en sus bromas y en su tono firme y seguro de sí mismo. Había algo más. Algo tembloroso, temeroso. La última pregunta no había sido en broma.

Galia se pasó la lengua por los labios y dijo:

—Haz que descarguen el carro. —Y desapareció por las escaleras, subiendo los peldaños de dos en dos. Al llegar a la sala de control, oyó a Rinaldo bajar las escaleras, dando palmadas para llamar la atención de los demás. Su voz retumbaba en la fábrica cavernosa.

—Bien, ya la habéis oído. ¡Descargad el carro!

Galia extendió el brazo para coger la manija pero se detuvo. Sus dedos rozaron el frío metal. Meneó la cabeza, abrió la puerta y entró.

Galia dejó caer la máscara en los paneles de control sucios y oxidados que cubrían las paredes de la sala y empezó a quitarse los guantes. Tal y como había dicho Rinaldo, el Jefe (con mayúscula) permanecía sentado en la misma posición en la que estaba cuando ella salió del matadero horas antes. Estaba de pie con la espalda apoyada en la pared, al fondo de la sala, mirando la planta de la fábrica a través del enorme panel de cristal.

Parecía apropiado que los Balleneros (los nuevos Balleneros) usaran como base un antiguo matadero. A Galia le gustaba la conexión. La ciudad estaba repleta de fábricas como aquella, casi todas situadas en la misma zona, en la calle de los Mataderos. No era una sola calle, a pesar del nombre, sino un pequeño barrio en la bahía del río Wrenhaven, donde el hedor de las refinerías del aceite de ballena se disipaba sin molestar a los habitantes de la ciudad. Algunos de los mataderos y de las refinerías seguían operativos pero, como gran parte del corazón industrial de la

ciudad, muchos estaban criando polvo, condenados a años de abandono mientras esperaban que los nuevos dueños los devolvieran a la vida con nuevos trabajos.

Aquel matadero en concreto era una nave auxiliar que se encargaba del excedente de demanda de otras fábricas del imperio de la compañía de Refinerías Greaves. Situada en el extremo oriental de la calle de los Mataderos, estaba separada de otras fábricas por un par de calles de almacenes, y la compañía le echó el cierre un par de años después de la restauración de la emperatriz. Ahora la empresa concentraba sus esfuerzos en instalaciones más modernas y más próximas a la entrada del puerto, al oeste.

Como resultado, el matadero auxiliar estaba intacto pero, sin mantenimiento, condenado a una lenta decadencia. El tejado tenía goteras, lo que significaba que en aquella época del año el agua en el interior de la fábrica llegaba a los tobillos. Galia se acercó al Jefe y echó un vistazo a la planta a través del cristal. El agua estaba tan quieta que parecía un espejo.

Colarse en la fábrica no supuso ningún problema. Rinaldo seguía teniendo muchos contactos y encontrar un local lo bastante grande para satisfacer las demandas precisas del Jefe no fue tan difícil. Rodeada por altos almacenes que también estaban cerrados, en desuso y abandonados, la nueva banda de Balleneros disponía de ochocientos metros cuadrados de ciudad solo para ellos. Era poco probable que nadie los descubriera, y les sobraba espacio para operar.

Fuera cual fuera la operación. El Jefe no se lo había dejado claro, aún no. Les exponía las tareas una a una, a medida que salían. Por ahora, Galia se contentaba con obedecer y Rinaldo se contentaba con obedecerla a ella y transmitir sus órdenes a los demás.

En total, eran ocho nuevos Balleneros. Galia y Rinaldo eran los únicos miembros de la banda original, los únicos que habían conocido a Daud. A los demás los habían reclutado en los muelles y en las tabernas de los alrededores, en Lucky Jim y Seven of Bells. Algunos decían haber sido miembros de otras bandas callejeras en sus buenos tiempos, pero Galia sospechaba que la gente hablaba mucho de noche en los tugurios de los muelles. Sin embargo, el Jefe financiaba la operación y el dinero compraba la lealtad.

Aunque para Galia la lealtad era… un concepto más complejo. El Jefe daba las órdenes y Galia las seguía pero no le pagaban con dinero. Le pagaban con otra cosa que era mucho más valiosa.

Con la que había soñado durante quince años…

Solo que era hora de recibir respuestas. Había llegado el momento de que el Jefe confiara en ella, de que le contara sus planes. Al fin, ella era la líder de los Balleneros. El Jefe dependía de ella para llevar a cabo sus designios. Es verdad que le pagaba con lo que más deseaba, pero después del breve encuentro en el cementerio las cosas se estaban complicando.

Necesitaba saber qué había pasado y necesitaba saber cuál era el plan, el objetivo.

Así que Galia se acercó al Jefe, se plantó a su lado, cruzó los brazos sobre el pecho, ladeó la cabeza y se quedó mirando sus espaldas.

Seguía envuelto en el pesado gabán militar, que llevaba los bajos manchados de barro seco. Tampoco se había quitado el sombrero de ala ancha, la gruesa bufanda y las gafas de nieve. En la sala de control el calor y la humedad eran sofocantes. El agua de lluvia que se evaporaba del suelo de la fábrica lo empapaba todo y cubría de vaho las paredes de la sala de control. El líquido dibujaba largas uves rojas al caer por las paredes. El Jefe tenía que estar cociéndose en su jugo con aquella extraña indumentaria.

—Escucha, Jefe —dijo Galia—. Tenemos un problema.

Esperó una respuesta que nunca llegó. Él no se movió. No parecía ni que respirase. Rinaldo tenía razón, era como si debajo de la gruesa vestimenta no hubiera nada. Normal que los demás no quisieran tenerlo cerca. El Jefe parecía sacado de un cuento para niños.

«Cuidado con el monstruo, que viene el hombre del saco».

Galia suspiró y se acercó a uno de los paneles de mando. Acarició con los dedos los interruptores y los botones, a través del polvo. Accionó un par de ellos, tiró de una palanca. Nada. Los paneles, al igual que el resto del matadero, estaban inactivos. En el lateral del panel había un enchufe en el que normalmente se insertaría un tanque de aceite de ballena del que obtener energía. El enchufe estaba vacío, el protector colgaba de un gozne, el enganche magnético del interior, diseñado para sujetar el tanque en su sitio, había desaparecido. El matadero llevaba mucho tiempo vacío y Galia estaba segura de que su banda no era la primera en ocuparlo. Era probable que no quedase ni un cable bajo los paneles. Una vez pelados los cables, el metal del interior era valioso y llevaría años vendido en el mercado negro.

Galia se armó de valor mientras caminaba junto al panel de control y se volvió hacia el Jefe. Se colocó a su lado y se quedó mirándolo un momento. Su mirada se sentía atraída por las lentes rojas. No percibió ningún sonido, ningún movimiento, ni siquiera el subir y bajar de su pecho.

—He dicho que tenemos un problema…

Entonces el Jefe ladeó la cabeza, un movimiento diminuto pero que bastó para que Galia diera un brinco. Se maldijo al instante por asustarse con tanta facilidad. Dio un paso hacia él y apretó los puños a la altura de las caderas.

—¡Oye! ¡Nos han visto…!

—¿Has conseguido lo que quería? —preguntó el Jefe. Lo dijo despacio, como si estuviera escogiendo con cuidado las palabras, como si hablara con alguien de una tierra remota cuya lengua materna era otra.

Galia se tomó un instante y dijo:

—Sí. Tenemos seis. Los hombres están descargando el carro.

El Jefe volvió el rostro hacia ella. Galia enarcó una ceja y se encontró mirando su reflejo en las enormes lentes rojas.

—Te he pedido siete.

—Pues seis es lo que hay. —Galia se acercó otro paso—. ¿Es que no me has oído? Nos han visto.

El Jefe ladeó la cabeza hacia el otro lado.

—¿Visto?

—Sí, gracias, nos han visto. Pero conseguí ahuyentarlo.

—Entonces no tiene importancia.

—No —dijo Galia—. Tiene mucha importancia. Escucha, era como… si usara el Vacío. Podía transversar, igual que yo. En los viejos tiempos, ese era el poder que Daud me dio y que ahora me has devuelto tú. ¿Cómo es que ese otro tipo lo tiene? ¿Cómo es posible? ¿Quién más conoce secretos como los nuestros?

—Eso no importa —dijo el Jefe—. Es un solo hombre y un solo hombre no puede hacer nada.

—Eso no responde a mi pregunta. Y ¿cómo sabes que solo había uno? Puede que haya más ahí fuera.

El Jefe se volvió hacia Galia, que, muy a su pesar, dio un paso atrás.

—Dime, Galia Fleet. ¿Eres feliz? ¿Estás satisfecha?

—¿Qué? ¿Feliz? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy sencilla —dijo el Jefe—. Te he prometido poder. Te he dado a probar un poco de lo que más deseabas, de los dones que poseíste una vez, los dones que el hombre llamado Daud te concedió. Vuelves a tenerlos.

—Sí, pero…

—Hablas de él a menudo, del tal Daud. Era un gran hombre, ¿no es así?

Galia sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Sí. Sí, lo era. Fue un gran líder. —Hizo una pausa—. Aunque —añadió—, creo que los últimos días que pasé con él parecía estar atormentado.

—Y ¿qué hay de los otros?

Galia meneó la cabeza. En los últimos días se había acostumbrado a la tendencia que tenía el Jefe a salirse por la tangente, pero ¿aquí?, ¿ahora? No era ni el lugar ni el momento. Tenía la impresión de que estaban en apuros y sin embargo al Jefe no parecía preocuparle.

—¿Qué otros?

—Los Balleneros fuisteis formidables. —El Jefe prácticamente siseó el nombre de la banda—. Liderados por Daud, seguido de Billie Lurk y de Thomas y también Rinaldo… Y tú. Galia Fleet, la novata, la acólita. La aprendiza.

Galia tragó saliva. ¿Cómo sabía todo eso? Sí, era verdad, fue solo una novata en los Balleneros… ¿Y qué? Fue la única que intentó mantener viva la banda cuando todos los demás se desvanecieron, se fueron o murieron… Daud, Billie, Thomas. Todos. Ahora solo quedaban Rinaldo y ella. Cuando se lo contó al Jefe, lo hizo con voz firme y algo más brusca de lo que esperaba.

Hubo un silencio, un instante, y luego el Jefe se echó a reír. Era una risa hosca,

entre una carcajada y una tos. Galia se preguntó de nuevo qué había debajo del abrigo, del sombrero y de los anteojos. El Jefe era un hombre corpulento.

Que sonaba… a enfermo.

—Y ahora la aprendiza es la líder —dijo mientras desaparecía su risa—. Recuérdalo, Galia. Recuerda lo que he hecho por ti. Recuerda lo que te he prometido.

Volvió a los ventanales de cristal. Galia se colocó a su lado y miró la planta de la fábrica. Habían descargado el carro, que ya no estaba. La lúgubre carga estaba dispuesta formando una línea entre dos gigantescos tanques de aceite.

—Lo… siento —dijo Galia para su propia sorpresa, casi sin ser consciente de lo que decía. Se sentía febril, mareada—. Solo hemos podido traer seis. Nos interrumpieron antes de poder sacar al séptimo. —Miró al Jefe de reojo.

El Jefe sonrió y asintió.

—Con seis bastará. Lo has hecho bien, Galia.

Una alabanza. Una pequeña y diminuta alabanza, pero con eso bastaba. Galia notó el pulso acelerado y la cabeza ligera.

Lo había hecho bien. Se sentía complacido.

Lo que significaba… que iba a pagarle. Iba a probar otro poco de poder.

El Jefe pareció notar su anticipación. Asintió de nuevo.

—Pronto —dijo.

Galia hizo un gesto con la cabeza y se volvió hacia el ventanal. El hambre le rugía en el estómago y tenía ganas de vomitar, pero se concentró en las vistas del matadero y apartó de su mente el ansia y el deseo. Vio que los hombres se habían ido.

—Según el mapa que nos diste, el cementerio estaba en el centro de una vieja ciudad que estaba justo al otro lado de la muralla de Dunwall, un enclave poblado por mercaderes y banqueros —dijo señalando con la cabeza los ataúdes de abajo, en el suelo de la fábrica—. Las tumbas pertenecían a familias adineradas. Los echarán en falta. No hemos tenido tiempo de dejarlo todo igual que estaba. Alguien se dará cuenta de que las hemos profanado y entonces se nos echarán encima los Vigilantes Ciudadanos.

—Eso no tiene importancia.

Galia meneó la cabeza.

—No dejas de repetirlo, pero no son solo los Vigilantes Ciudadanos. —Se volvió para mirarlo a la cara, con el corazón a punto de salírsele por la garganta—. Te lo he dicho, alguien nos ha visto. Alguien capaz de transversar, igual que yo.

Entonces el Jefe volvió a echarse a reír. Esta vez hasta se le movían los hombros. Galia se quedó embobada mirándolo. ¿Qué le hacía tanta gracia? Se habían arriesgado mucho desenterrando seis ataúdes para él, por no mencionar las horas que los hombres se habían pasado trabajando bajo la lluvia y la oscuridad.

«¡Se acabó!».

—¿Qué estamos haciendo? ¿Para qué? —preguntó—. Quieres que te ayudemos. No: ¡necesitas nuestra ayuda! ¿Para qué la necesitas? ¿Para saquear tumbas y ya está?

El Jefe se volvió de nuevo hacia Galia y esta vez fue él quien dio un paso adelante. Hay que decir que Galia no se movió, sus pies estaban firmemente clavados en el suelo. Y una mano estaba lista para desenfundar el cuchillo que colgaba de su cinto.

—Y yo vuelvo a preguntarte, Galia Fleet —dijo el Jefe—. ¿Acaso no eres feliz? ¿No estás satisfecha? —Extendió las manos—. Te he dado lo que querías, ¿no es así? Tienes el poder que ansías, el poder de transversar la geometría del mundo, de desplazarte con un Guiño de un lugar a otro. Es lo que querías, lo que deseabas, lo que ansiabas desde que tu antiguo señor Daud, ese tal Daud, te abandonó.

Galia apretó los labios pero relajó la mano que pendía sobre el cuchillo.

—Te he ayudado —continuó el Jefe—. Esto no es más que el comienzo, Galia, solo el comienzo. Con mi ayuda podrás resucitar a los Balleneros. Fíjate, ya has empezado. Y, con mi ayuda, la ciudad volverá a aprender a temeros y tú darás las órdenes. Paso a paso, uno detrás de otro. Poco a poco nos llevarán a grandes cosas.

Galia entreabrió los labios. Respiraba de prisa, de manera superficial, mientras asimilaba la visión que el Jefe estaba compartiendo con ella. Sí, paso a paso… Pero solo era el comienzo. Los Balleneros habían vuelto.

Y ella estaba al mando.

Se perdió en los ojos rojos y el mundo empezó a dar vueltas mientras ella caía…

El Jefe extendió una mano enguantada con la que le acarició a Galia la barbilla. Galia sintió una chispa, como electricidad estática, y cuando parpadeó vio una luz azul bailando en su campo de visión. Se le despejó la mente.

Sintió aumentar el poder en ella.

—Y habrá más, Galia —dijo el Jefe—. Mucho, mucho más.

Se volvió y la dejó de pie, sin aliento, de puntillas. El Jefe regresó a los ventanales de cristal y miró la planta de la fábrica.

—Tienes talentos, Galia —dijo—. Talentos en bruto. Han estado creciendo, madurando en tu interior. Con mi ayuda, los sacaremos al exterior.

Galia asintió sin pensar.

—Has estado durmiendo, Galia Fleet. Has estado desperdiciando años en el Golden Cat. —El Jefe alzó los brazos como si quisiera abrazar las vistas—. ¿No es mejor que ser vigilante en un burdel? Confía en mí, Galia. Estás destinada a grandes cosas y yo puedo ayudarte a que tu destino se haga realidad.

Galia se balanceó sobre los talones. Había estado muerta durante quince años… Habían pasado quince años desde que Daud se desvaneció, y en todos esos años no había hecho nada. Nada salvo pudrirse en el Golden Cat, embalsamándose en whisky Old Dunwall, o a veces con ron Orbum si llegaba un cargamento de Karnaca. Fingiendo que Daud aparecería por la puerta un día, algún día…

Sí, el Jefe la ayudaría. Le daría lo que deseaba…

No. Lo que merecía.

Poder. Lo quería e iba a tenerlo.

Ya.

Galia estaba mareada, febril, sofocada por la humedad y el calor de la fábrica. Y ahí estaba el Jefe, ridículo con su abrigo de invierno grueso y pesado, más adecuado para las nieves de Tyvia que para la humedad de Dunwall.

Sí. Sí. El Jefe era un loco. Un loco que hablaba en adivinanzas y que creía que podía decirle a Galia lo que tenía que hacer.

Pues se acabó. Si no quería hablar, tendría que darle todos los poderes que le había prometido.

Y si no lo hacía, correría la sangre.

Galia cerró el puño alrededor de la empuñadura de su cuchillo, el cuchillo que no recordaba haber sacado de su vaina. La hoja era ligera, equilibrada, el arma perfecta para un asesino. Y ella era la misma de siempre, más mayor, pero igual de equilibrada que su arma, lista para hacer el trabajo para el que había nacido.

Se puso de puntillas y bajó la cabeza lista para la celeridad. Él, como siempre, estaba de espaldas a ella y aquel ridículo sombrero le tapaba la visión periférica.

«A ver qué adivinanza me suelta cuando tenga mi cuchillo contra la garganta», pensó. Cedería. Iba a hacerle ceder.

Hubo un momento, una pausa entre latidos, en el que Galia se vio reflejada en el cristal del despacho de la fábrica mientras avanzaba, en silencio, lista para poner al loco de rodillas. El reflejo del Jefe también estaba pero… algo no era como tenía que ser.

Sucedió en un instante, en un abrir y cerrar de ojos y Galia se encontró atacando al aire. De repente su reflejo estaba detrás de ella en la ventana. Se dio la vuelta y, superada la sorpresa, blandió el cuchillo. Era un movimiento torpe pero por lo general eficiente, producto del instinto, de los años que había pasado en los Balleneros de Daud, con la esperanza de ascender de novata a experta, de estar más cerca de él, de compartir más del poder que él poseía.

De nuevo Galia avanzó a trompicones, esperando encontrarse con un cuerpo con un cuchillo clavado en el cuello. Pero el cuchillo cortó el aire.

Se dio la vuelta. El Jefe estaba al otro lado, a más de un metro de distancia.

Con un rugido de enfado, Galia avanzó de nuevo.

Y se topó con el aire.

Levantó la vista. Ahora el Jefe estaba detrás de ella, en la otra punta del despacho de la fábrica.

«¡Claro, ha transversado!». Era un juego para dos.

Galia se concentró y eligió una nueva posición. Se teletransportó esa corta distancia casi al momento y apareció tres metros detrás de donde estaba antes, lista para sorprender al Jefe.

No estaba.

Se oyó un traqueteo fuera, más allá de las ventanas. Galia se volvió y vio a su objetivo en la celosía de hierro de la plataforma que rodeaba la sala de control. Se

concentró, guiñó y reapareció donde había visto al Jefe, pero estaba sola otra vez. Miró alrededor, miró abajo. Ahí estaba. Abajo. En la planta del matadero, dando zancadas hacia la fila de ataúdes.

Galia saltó del raíl de hierro, cuchillo en mano. Durante la caída, transversó y reapareció en cuclillas en el suelo de la fábrica.

Sola. Otra vez.

Se puso en pie y avanzó mirando alrededor. La planta de la fábrica era enorme y estaba vacía salvo por los tanques de aceite de ballena y los seis ataúdes. La banda se había ido a sus aposentos provisionales en la parte trasera del edificio. Ante ella, las puertas dobles, altas como el matadero y casi igual de anchas, lo bastante grandes para permitir la entrada de la preciosa carga de un barco ballenero varado en el muelle del río. Brazos de grúas mecánicas situadas en el techo del matadero balanceaban hacia el interior el poste que sujetaba a la ballena, hasta que quedaba suspendida sobre los gigantescos tanques.

Galia se dio la vuelta. No necesitaba la cautela. Le pegó un puntapié a los tres centímetros de agua que cubrían el suelo y una ráfaga de gotas surcó el aire.

Al caer de nuevo, el Jefe dio un paso adelante y apareció de la nada. Estaba cerca, demasiado cerca, y Galia lo sabía. Le pegó un puñetazo en el estómago. Galia se dobló, de cabeza al suelo. Entonces transversó de nuevo para aparecer detrás de él. Sin aliento, hizo acopio de todas sus fuerzas para atacar…

Solo que no había objetivo, sino que una bota golpeó su cadera y se cayó espatarrada de lado. El agua estaba helada. Se levantó rápidamente, blandió el cuchillo a la derecha pero el Jefe estaba fuera de su alcance. Cargó hacia delante, hincó una rodilla en tierra y dio un puñetazo con la izquierda. Esta vez hizo contacto pero no produjo ningún efecto. El Jefe contraatacó y le golpeó en el antebrazo.

Se oyó un crujido y el dolor ascendió por el brazo de Galia. Rápidamente, transversó a la otra punta de la fábrica, lo más lejos posible del Jefe, y cayó al suelo. Se quedó allí tumbada de lado. El dolor de la pierna y del brazo era casi insoportable.

Una ráfaga de agua le hizo alzar la vista.

Tenía al Jefe delante.

Se levantó pero era demasiado lenta. Además del dolor, se sentía… débil. Las extremidades y el cuerpo le pesaban como el plomo y tenía la cabeza llena de algodón y de grasa de ballena. Él estaba erguido, mirándola desde lo alto con sus lentes rojas.

Galia tosió y se puso de pie. Luego sintió un latigazo de dolor en el muslo y se desplomó hacia delante, de vuelta al suelo mojado, con las rodillas gimiendo de agonía al chocar contra el cemento. Tosió de nuevo y se recostó de lado y luego sobre las posaderas en tres centímetros de agua, acunando el brazo izquierdo contra su pecho, con el muslo palpitando de dolor y la cabeza dándole vueltas.

—Es suficiente —dijo, aunque apenas podía oír sus propias palabras por el zumbido que tenía en la cabeza—. Es suficiente. Me rindo.

El Jefe se echó a reír. O eso le pareció a Galia. Le dolía la cabeza y estaba cansada, muy, muy cansada. Era como si cuanto más usara el poder, el poder que el Jefe le había dado, más se debilitara. No solo no podía usar los poderes: tampoco su cuerpo. Sus fuerzas se evaporaban como el agua del suelo de la fábrica.

Agachó la mirada al agua estancada a su alrededor. Vio su reflejo, ondulante, y por encima el del Jefe.

«Claro». Los reflejos. Primero en la sala de control y luego en el suelo de la fábrica. «Igual que en el Golden Cat». El Jefe también podía transversar pero su habilidad era diferente. Él viajaba a través de los reflejos (espejos, cristales, la superficie del agua en el suelo…).

Y no parecía que el hecho de usarla le agotase.

Galia despegó los ojos del reflejo del Jefe; sentía como si las lentes rojas le quemaran la mente. Tenía una especie de rugido ensordecedor en la cabeza. Al alzar la vista, vio los seis ataúdes en fila, cerca de donde ella estaba. Los hombres les habían cepillado la tierra pero seguían estando sucios. La madera llevaba pegada años y años de mugre. No se habían molestado en escribir a quién pertenecían, ni cuánto tiempo llevaban allí. El Jefe no se lo había especificado.

Solo quería los cadáveres.

Siete.

Tenía seis.

—¿Para qué los quieres? —preguntó Galia débilmente, señalando los ataúdes con la cabeza. Al oírla el Jefe caminó hasta la fila, levantando olas de agua con sus botas. Al llegar al primero, se agachó y pasó una mano enguantada por la superficie. Primero le limpió la suciedad y luego trazó los contornos de la tapa con los dedos. Se inclinó hasta tener la cara tan cerca que lo único que lo separaba del cadáver momificado eran unos centímetros de madera. Galia pensó que lo había oído oler, con fuerza, luego pensó que debía de ser cosa de su imaginación, que era el zumbido que retumbaba en sus tímpanos.

—Son esenciales para mí —dijo el Jefe, y se enderezó—. Son esenciales para nosotros, querida mía. Para nosotros.

Galia suspiró y se obligó a ponerse de pie. Le dolía la pierna allí donde había recibido la patada pero no la tenía rota. Tampoco el brazo, aunque sabía que le iba a doler durante mucho tiempo. Lo que era peor, no iba a poder seguir luchando. Necesitaba tiempo para descansar, para curarse.

—Pero ¿qué estamos haciendo? —preguntó Galia, prácticamente a gritos—. Dime, ¿quién eres?

El Jefe se echó a reír y luego alzó la mano derecha. Con la izquierda, se sacó el guante. Debajo del cuero, llevaba la mano envuelta en vendajes sucios y negros.

Arrojó el guante al suelo mojado y empezó a quitarse el vendaje, dando una vuelta tras otra alrededor de la muñeca y del antebrazo hasta que lo redujo a una larga cinta moteada, manchada de sangre y de otra cosa que Galia no sabía identificar.

Galia ahogó un grito al ver que se había quitado del todo el vendaje negro y chamuscado y lo que quedaba no era más venda sino la piel del hombre, también negra y chamuscada, de la que caían escamas como cenizas. Flotaban en el aire pegajoso y en el agua, como hojas minúsculas.

Galia había acertado. Estaba enfermo o herido, o las dos cosas. El Jefe cerró el puño y más cenizas cayeron al suelo. Luego volvió la mano y le mostró a Galia el dorso costroso y quemado.

Galia abrió unos ojos como platos. La piel estaba negra pero había algo más. Era como la sombra de la tinta que queda en el papel cuando se tira una hoja al fuego, un delineado fino y delicado, negro sobre negro. Un símbolo, como un emblema.

«Una marca». Dos semicírculos seccionados en dos por un rayo que nacía de un círculo más pequeño en el centro del emblema. Conocía aquella marca, aquel símbolo. Daud lo tenía y lo habían encontrado dibujado en los templos más raros de la ciudad. Una reliquia, un recuerdo de otro tiempo.

«La marca del Forastero».

—Me llamo Zhukov —dijo el Jefe—. Soy el héroe de Tyvia y estoy aquí para salvar el mundo.

5

DUNWALL TOWER
Día 8 del mes de la oscuridad, 1851

«En la capital, Dunwall, a cada nuevo emperador se le permite nombrar a un protector real. Esta figura es mucho más que un simple guardaespaldas de confianza. El protector real está mucho mejor considerado que los guardas elegidos a mano que defienden Dunwall Tower, o los catadores; es una figura de la corte, que goza de gran libertad de actuación y hace compañía constante al soberano más importante del mundo conocido».

—EL PROTECTOR REAL
Pasaje de un documento histórico sobre
puestos y cargos de gobierno

Corvo descubrió al entrar en el salón del trono que los demás ya le estaban esperando. Como si fueran una sola persona, todo el grupo se volvió a mirarle cuando entró, incluso Emily, que estaba sentada en el trono, sobre la tarima, con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada en una mano mientras los dedos de la otra tamborileaban sobre el reposabrazos plateado.

Al llegar al grupo, hizo la reverencia de rigor. Detrás de él, Corvo oyó que se cerraban las puertas del salón. Miró hacia atrás y vio que se habían marchado incluso los guardias de palacio cuyo destino permanente era vigilar a este lado de la puerta; debían de ser órdenes de la emperatriz.

Se quedaron los cuatro a solas. Corvo miró al grupo y todos le saludaron con un cortés movimiento de cabeza.

El que estaba más cerca de los escalones de la tarima era el decano supremo Yul Khulan. Un hombre grande, corpulento, con la cabeza rapada y resplandeciente en su abrigo de cuello alto y terciopelo rojo. Corvo no había pasado mucho tiempo con Khulan pero parecía buena persona, incluso amable, y leal hasta la muerte con la emperatriz, mientras que al mismo tiempo conservaba la independencia de su cargo. Tras la caída del lord regente, Khulan se había apresurado en formar una alianza con la joven emperatriz. Él y Corvo habían ayudado a la joven gobernante en cuestiones de estado durante casi una década, hasta que Emily cumplió la edad en la que los dos pensaron que ya era más que capaz de decidir por sí misma.

Si el decano supremo supiera lo capaz que era la joven emperatriz, por no mencionar una espadachina formidable.

Junto a Khulan estaba Jameson Curnow, el joven hijo de Geoff Curnow, ex capitán de los Vigilantes Ciudadanos y que ahora disfrutaba de una larga y feliz jubilación con su esposa gracias en gran parte a Corvo y a su sobrina, la prima de Jameson, Calista, que fue la cuidadora de Emily.

Jameson iba elegantemente vestido con una casaca marrón con brocado negro en el pecho; el cuello subido, como era la moda entre los aristócratas. Llevaba el largo flequillo rizado por encima de las cejas y le hizo a Corvo una tensa reverencia con la cabeza y se apartó el pelo a un lado. Luego miró a Emily de reojo. Era una mirada de la que ni el decano supremo ni la emperatriz se percataron. Para ellos, Jameson era un miembro joven de su círculo, apenas era un año o dos mayor que Emily pero, gracias al fuerte vínculo entre Calista y Emily, era un consejero que gozaba de la confianza de la emperatriz.

Poco se imaginaban que Jameson Curnow estaba bajo las órdenes de Corvo, ya que Corvo no era solo el protector real, sino también jefe real de espionaje y el primero en aunar ambos cargos.

Jameson Curnow era su jefe de espías.

Emily descendió del trono a la larga alfombra roja: una figura elegante y esbelta con el traje pantalón negro de dos piezas, y el cuello alto y blanco de la blusa enmarcándole el rostro. Corvo le hizo una reverencia con la cabeza, le sonrió y se cogió las manos por detrás. Ella le devolvió la sonrisa con los labios apretados.

Corvo sabía lo que significaba y, tras haber sido convocado a primera hora, poco después de regresar a la torre, sabía exactamente por qué los había reunido.

—Creo saber qué te preocupa, emperatriz —dijo con una pequeña reverencia—. El capitán de los Vigilantes Ciudadanos me ha informado del asunto esta mañana. —No era del todo mentira. Al volver había hecho que uno de sus agentes informara a un patrullero de los Vigilantes Ciudadanos, que a su vez había informado a su capitán, y este acudió a Corvo—. Y ya he enviado a un par de agentes a examinar el lugar. Espero recibir pronto su informe.

—¡Actos funestos en Dunwall! —dijo Jameson con una sonrisa. Se cruzó de brazos y enarcó las cejas con dramatismo—. Ladrones de tumbas en acción y todavía faltan siete meses para la festividad de la fuga. Alguien se ha puesto creativo.

Corvo torció el labio mientras el decano supremo Khulan ahogaba una exclamación de sorpresa y tiraba de las solapas de su abrigo de terciopelo. Parecía perplejo. Emily miró a Jameson con una ceja arqueada, luego se dio la vuelta y se encaminó a un lado del salón, donde había preparada una gran mesa.

—Espero que esté en lo cierto, señor Curnow —dijo Emily mientras los demás la seguían—. Pero robar a los difuntos es un crimen repugnante. Aquí.

El grupo se reunió alrededor de la mesa, donde yacía abierto un enorme mapa de Dunwall. Los peces dorados con gemas incrustadas que normalmente adornaban la vitrina decorativa en la otra punta del salón hacían de pisapapeles en las esquinas del mapa. Corvo se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Las estatuillas eran regalos periódicos de un lugar que conocía muy bien, un conjunto de pequeñas aldeas de Serkonos, su tierra natal. Aunque se había criado en Karnaca, la capital de Serkonos, Corvo pasó muchos momentos felices vagando por las zonas rurales de la costa entre las aldeas, hasta el fallecimiento de su padre. La región era famosa por la calidad de

su pesca.

Emily señaló un sector del mapa, al norte, justo fuera de la antigua muralla de la ciudad. Corvo asintió, se mordió el labio inferior y fingió estar pensativo mientras Emily describía lo que había visto pero, para ocultar sus correrías nocturnas, lo ponía en boca del capitán de los Vigilantes Ciudadanos.

Al terminar, el decano supremo se estremeció. Se le había puesto la piel cetrina de gallina, y se tiraba de las solapas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Es un asunto muy feo, su majestad —dijo—. Muy, muy feo. ¿Quién haría semejante cosa? Profanar los sepulcros de los que ya no están este mundo…, de quienes se han ganado su descanso de esta existencia. Qué vergüenza.

Jameson asintió y se inclinó para ver el mapa. Estiró los brazos mientras examinaba la representación en papel de la ciudad. El flequillo le caía sobre la cara y a través de la cortinilla de pelo miró de nuevo a Emily y agachó la cabeza.

—Os pido disculpas por mi ligereza, majestad —dijo, y Emily asintió. Jameson volvió a concentrarse en el mapa y se enderezó. Señaló varios puntos—. La ciudad tiene muchos cementerios y camposantos, algunos son espacios públicos, como el mausoleo de la abadía de Everyman, y el cementerio principal de la ciudad está aquí. —Golpeó con el dedo los puntos respectivos en el mapa—. Pero tiene que haber muchos otros como el viejo cementerio en el nuevo barrio mercantil. ¡Ajá! Aquí y aquí, al menos que yo conozca.

Corvo observó cómo Jameson señalaba las ubicaciones aproximadas. Emily cogió otras dos estatuillas de la mesa y las usó para marcar los puntos en el mapa.

—Tenemos que averiguar quién está detrás de esto —dijo la emperatriz—. No puedo permitir… No voy a permitir que esto ocurra en mi capital.

—Estoy de acuerdo —dijo Corvo—. Veamos qué encuentran mis agentes en el escenario del crimen. Es posible que los ladrones nos hayan dejado alguna pista. Si la intención de la banda es saquear las tumbas en busca de dinero y objetos de valor, es posible que vuelvan a por más. Hablaré con los Vigilantes Ciudadanos para que envíen patrullas que vigilen los cementerios.

—Pero entonces sabrán que andamos tras ellos —dijo Jameson señalando de nuevo el lugar del crimen—. Parecen haber dejado el cementerio ajardinado hecho un desastre. El barrio está prácticamente deshabitado pero tienen que saber que, tarde o temprano, alguien iba a darse cuenta de lo ocurrido.

—Por fortuna, ha sido pronto —dijo el decano supremo. Estaba mirando el mapa con una mueca en la cara—. Por lo que tengo entendido, se están realizando extensos trabajos de rehabilitación en la zona. Podría haber pasado desapercibidos durante días, incluso semanas —dijo estremeciéndose de nuevo, sin soltar las solapas del abrigo—. Esperemos —dijo en voz baja— que los ladrones solo busquen dinero, como ha dicho. De lo contrario, me estremezco de pensar en sus fines. Tal vez sea una secta que rinde culto al Forastero…, aunque me cueste pronunciar su nombre en vuestra presencia, majestad, e intentan llevar a cabo un plan funesto que sería, sin

duda, una herejía.

Khulan suspiró, recobró la compostura, se volvió hacia Emily y le hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Los Vigilantes Ciudadanos son dignos de alabanza por su efectiva vigilancia.

Al oír eso Corvo se relamió y miró a Emily para estudiar su reacción. Pero ella no mostró nada, sino que se limitó a inclinarse para estudiar el mapa. Era muy buena.

Corvo se dirigió a Jameson.

—Tiene razón. Los pondríamos sobre aviso, pero si somos cuidadosos… —Señaló al decano supremo con la cabeza—. Khulan, si pudiera prescindir de unos cuantos decanos para que ayuden a los Vigilantes, cualquiera que vea movimiento pensará que es porque la abadía se prepara para ritos funerarios.

Khulan asintió.

—Cuente con ello, protector real. La abadía está a su disposición.

—Buena idea. —Emily alzó la vista—. Podemos centrar nuestra atención en las parcelas pequeñas —dijo señalando más puntos en el mapa—. Dudo que se atrevan con el mausoleo de la abadía o con las tumbas públicas, pero de todos modos conviene no quitarles el ojo de encima.

Corvo asintió.

—Sí, y enviaré a mis agentes a la ciudad, a ver si alguien habla sobre ladrones de tumbas.

«Entre otras cosas», pensó.

—Deberíamos contactar con las familias de aquellos cuyas tumbas han sido perturbadas —dijo Emily—. Puedo escribirles o concederles audiencia si están en la ciudad, y prometerles que daremos con los culpables y serán castigados.

—Podría ser complicado —dijo Jameson—. He hecho indagaciones y parece que casi todas las casas del nuevo barrio mercantil llevan años vacías. Creo que un pequeño número de familias sigue en Dunwall. Algunas se trasladaron a Potterstead y a Baleton, pero creo que casi todas se mudaron a Arran. La mayoría procedían de Morley, o eso me han dicho.

Emily miró a su consejero.

—Entendido, Jameson. Haga lo que pueda. —Miró a los demás—. Muchas gracias, caballeros, por su ayuda. Debemos estar atentos a lo que ocurre en Dunwall. Pese a que han pasado muchos años, aún hay partes de la ciudad que se están recuperando de los terrores de la Plaga de las Ratas. Es un proceso lento pero nada debe interferir en la reconstrucción de dichas zonas. La gente necesita confiar en el imperio y, como bien comprenderán, en mí. Este parece un delito sin importancia comparado con lo que ha sufrido la ciudad en el pasado, pero no puedo pasarlo por alto.

Los demás asintieron, incluido Corvo. Vigilaba a Emily con atención. El plan parecía sensato: mantener los ojos abiertos hasta encontrar a los ladrones de tumbas. Por supuesto, no solo los Vigilantes Ciudadanos y los agentes de Corvo se

encargarían de hacerlo. Sabía que Emily había encontrado una nueva tarea.

Solo esperaba que no se zambullera en ella hasta el cuello.

Emily volvió al trono. De pie ante la tarima, alzó las manos y dio tres palmadas. Los golpes secos resonaron con fuerza en el salón. Al momento, dos miembros de la guardia imperial abrieron las puertas y dejaron que entrara la luz brillante de la terraza.

Allí estaba, joven y noble, más o menos de la misma edad que la emperatriz. Llevaba una chaqueta de cuello alto de terciopelo verde oscuro, decorada con tiras dobles de brocado. Al abrirse las puertas, la figura recién llegada se irguió y fijó sus ojos en los de Emily. Corvo no pudo evitar sonreír y cuando miró a Emily vio que ella también le estaba sonriendo a Wyman.

A Corvo le complacía que hubiera encontrado el amor pese a su apretada agenda como emperatriz y discípula secreta.

Jameson se volvió hacia el trono e hizo una reverencia teatral, luego se despidió de Corvo y del decano supremo. Entonces le hizo un leve gesto de cabeza al protector real, quien se lo devolvió.

Continuarían su reunión en privado.

—Majestad —dijo Khulan haciendo una profunda reverencia ante el trono—. Os mantendré informada de todos los acontecimientos.

—Gracias, decano supremo.

—Majestad —dijo Corvo—. Si me permites un momento con el decano supremo, quisiera repasar con él los detalles de lo que debemos hacer con la abadía.

Emily le sonrió a su protector real.

—Por supuesto —dijo antes de bajar los peldaños del trono, tomar al decano supremo del brazo y conducirlo hacia las puertas. Libre del brazo de su majestad, Khulan se dio la vuelta y le hizo otra reverencia a Emily y una a Wyman, que estaba esperando pacientemente. Wyman le devolvió la reverencia y le guiñó el ojo a Emily.

Emily se volvió e intentó ocultar la sonrisa.

—Entonces —dijo Corvo aclarándose la garganta—. Os dejaremos a solas. Decano supremo Khulan, ¿me acompaña?

Emily asintió y se dio la vuelta. Wyman saludó a Corvo como lo haría un militar y entró en el salón del trono con ella. Los dos guardias que tenían que estar vigilando en el interior volvieron a sus puestos de siempre, y dos más en la terraza. Al cerrarse las puertas, Khulan asintió y se alisó el abrigo de terciopelo.

—¿Protector real?

Corvo se quedó un momento de pie junto a las puertas cerradas, rascándose la barbilla pensativo.

—Deme cinco minutos y reúnase conmigo en mis aposentos, si le resulta conveniente.

Khulan asintió y se dirigió al ascensor que lo llevaría hacia las entrañas de Dunwall Tower. Por su parte, Corvo volvió junto a las puertas del salón del trono,

dándole vueltas a las cosas.

Hasta ahora las aventuras nocturnas de Emily habían sido inofensivas. Cierto que, si se supiera su secreto, la corte entera, la ciudad entera, se escandalizaría. Pero Corvo confiaba en sus habilidades y en las de ella.

Seguirla cuando salía de noche era su deber y formaba parte del entrenamiento de Emily. Tenía que entrenarse en el mundo real, lejos de la seguridad de la torre. Pero ahora existían riesgos. Antes también: podía resultar herida o ser descubierta… Aunque la ciudad era relativamente segura ya que las bandas estaban bajo control desde hacía varia años.

Además, Emily sabría defenderse si fuese necesario.

Pero esto… era distinto. Emily había visto a los ladrones y era evidente que se le había metido en la cabeza que había que investigarlo, que tenía que resolver el misterio y atrapar a los malhechores. No la culpaba. Necesitaba aventuras. Ser la emperatriz de las Islas era una bendición y una maldición. Emily sabía cuál era su lugar y lo aceptaba de buen agrado.

Ser reinstaurada en el trono le había dado la oportunidad de honrar a su madre, Jessamine, y deshacer el daño causado por el lord regente no solo en la ciudad de Dunwall sino en todo el imperio de las Islas. El principal objetivo de Emily era ser una gobernante justa y competente. Para eso, para conocer de verdad al imperio y a sus gentes, salía a explorar Dunwall.

Tenía que hacerlo a su manera, con sus reglas, y Corvo lo aprobaba. Emily estaría bien siempre y cuando él estuviera ahí para vigilarla.

Pero los ladrones de tumbas eran más que una simple banda que había descubierto un nuevo sistema para llenarse los bolsillos. Emily solo había visto una parte.

Corvo lo había visto todo.

El hombre ataviado de Ballenero y con el poder de un Ballenero.

El poder del Forastero.

La situación era mucho más peligrosa tanto para Emily como para los demás. Los Balleneros no robaban cadáveres en mitad de la noche. No sin otros motivos.

Podía vigilarla hasta cierto punto. Necesitaba refuerzos.

Corvo estiró el cuello y le hizo un gesto al guardia a la izquierda de la puerta del salón del trono. Su insignia decía que era un teniente de los Vigilantes Ciudadanos. Su compañero solo era un cabo.

—¿Teniente?

El joven oficial salió pegó un brinco y su espada tintineó en la vaina al chocar contra su pierna.

—¡Sí, señor!

—Hay que establecer una vigilancia especial para la emperatriz —dijo Corvo—. No debe estar a solas ni de noche ni de día. Hablaré con el capitán de la Guardia para dar la orden oficial pero, mientras tanto, ¿ha entendido mis órdenes?

—Sí, señor.

El oficial levantó un poco más la barbilla. Corvo asintió y se dirigió a los ascensores. Ponerle una escolta no iba a impedir que Emily saliera de noche pero tal vez tuviera que bajar el ritmo de sus escapadas. Tal vez incluso se lo pensara dos veces, más aún si doblaba la vigilancia alrededor de la torre.

Era absurdo, la verdad. Estaba intentando encerrar a la emperatriz en Dunwall Tower para mantenerla a salvo, cuando la emperatriz algún día sería tan hábil en combate como él.

No obstante los ladrones de tumbas le daban mala espina. No le olía bien lo que estaba sucediendo en la ciudad. Tenía que averiguar de qué se trataba.

Corvo encontró al decano supremo esperando en el despacho del jefe de espionaje, admirando un cuadro. Cuando entró por la puerta y la cerró, Khulan se volvió para mirar al protector real.

—Corvo —dijo Khulan sin ninguna formalidad ahora que no estaban en presencia de Emily. El decano supremo meneó la cabeza y sus manos buscaron las solapas de su abrigo—. Qué asunto más turbio. Es repugnante. Asqueroso.

—No te lo discuto —dijo Corvo. Se acercó a su mesa, la miró pero no se sentó, sino que se quedó de pie y se mordió el labio inferior.

—Me huelo problemas, Corvo —dijo Khulan arqueando una ceja—. ¿Qué has descubierto que no quieres que la emperatriz sepa?

Corvo hizo una pausa. Miró al decano supremo a los ojos y sonrió. Tamborileó con las uñas en la mesa del escritorio.

—Sigues siendo tan intuitivo como siempre, amigo mío.

Khulan esbozó una pequeña sonrisa.

—Estas intrigas son tu especialidad, no la mía. Dime qué quieres que haga y lo haré. Espero que sepas que cuentas conmigo.

—¿Puedes arreglarlo para que los decanos ayuden a los Vigilantes Ciudadanos?

—Ya te he dicho que sí.

—Bien —dijo Corvo bajando la voz. No podía correr riesgos—. También quiero que los decanos vayan armados con cajas de música.

Khulan parpadeó y una sonrisa cruzó su cara redonda.

—Perdona, Corvo, pero me ha parecido oír «cajas de música».

Corvo se limitó a mirar a Khulan muy serio. La sonrisa se le borró de la cara.

—¿Cajas de música, Corvo? Si quieres que vuelva a sonar la música antigua, tiene que ser porque…

Corvo simplemente asintió.

—¿Hechicería?

—Sí, decano supremo. Hay magia negra en Dunwall.

—Pero… Ay, ay, ay… Esto es muy serio. —Khulan alargó un brazo como si necesitara apoyarse en la mesa del jefe real de espionaje para no caerse. Con la otra,

se rascó la frente—. Magia —repitió meneando la cabeza—. ¿Quién querría abrir las entrañas del gusano negro y traer la herejía a Dunwall?

—Eso es precisamente lo que voy a averiguar —dijo Corvo—. ¿Podrás hacer lo que te pido?

El decano supremo siseó entre dientes.

—Sí, pero me llevará un tiempo. Hacía mucho que no necesitábamos semejante enclave de decanos. Lo consultaré con mis vicedecanos a ver qué puede hacerse. Tampoco hemos usado las cajas de música desde… los tiempos del lord regente. Tendré que encargar que las saquen de la armería de la abadía pero, después de tantos años, habrá que afinarlas y probar sus supresores de magia. No será fácil, pues nadie les ha hecho ni caso en una eternidad. La verdad es que muchos de los decanos jóvenes apenas creen en los cuentos del toque del Forastero. A pesar de lo que susurran nuestras hermanas de la orden del oráculo, que perciben destellos de cuando en cuando, y a pesar de los templos en ruinas que encontramos en apartamentos abandonados y edificios condenados. Pero ni siquiera estas pruebas les bastan. Muchos de ellos simplemente no les dan importancia.

—La mayoría —dijo Corvo frunciendo el ceño—. ¿Significa eso que puedes hacerlo o no?

El decano supremo asintió pero su expresión no reflejaba ninguna satisfacción.

—De acuerdo —dijo Corvo—. Hora de quitarles el polvo y ponerse a trabajar. Infórmame de tus progresos. Necesito las cajas operativas lo antes posible.

—Muy bien —dijo Khulan—. Pero me temo que no quedarán muchas cajas operativas.

—Consigue todas las que puedas y arma al resto de decanos con granadas y pistolas. Debería haber más que de sobra en las armerías de la torre si no las hay en la abadía. Los quiero listos y a mis órdenes cuanto antes, en caso de que se los necesite.

—Llevará tiempo pero podemos hacerlo.

—Gracias, Yul —dijo Corvo—. Y gracias por tu discreción. Cuando tengamos más información podremos trazar un plan mejor y presentárselo a la emperatriz. Mientras, solo estamos tomando precauciones. Confía en mí.

—¿Precauciones, Corvo? —dijo el decano supremo—. A mí me parecen preparativos de guerra.

Corvo suspiró.

—Espero que no sea así, Yul. De verdad.

6

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 8 del mes de la oscuridad, 1851

«He conocido a cuatro personas en mi vida que portaban la marca del Forastero pero sé de muchas más que la deseaban, que pasaban la noche en vela en lagos estancados o suplicaban cuando se levantaba el polvo en los cementerios; que destripaban animales de granja o quemaban seres humanos creyendo que así atraerían el Vacío. Una vez conocí a un moribundo que llevaba años coleccionando runas y amuletos. Los convirtió en polvo, hizo con ellos una pasta y se los comió pensando que de ese modo se haría con la magia que contenían. Tuvo una muerte larga y dolorosa».

—TROZOS DE HUESO TALLADOS
Pasaje de un diario sobre varios artefactos ocultistas

Todavía de rodillas en el suelo mojado de la fábrica, Galia seguía mirando la mano de Zhukov, embobada con la insignia grabada a fuego en la piel carbonizada. Era la misma marca que Daud llevaba en la mano, solo que la suya brillaba con una luz azul que, años después, aun la atormentaba en sueños.

La marca del Forastero.

Galia no creyó a Daud cuando le contó lo de la marca e incluso hoy tenía sus dudas. El Forastero era un mito, un rumor que se propagaba al fondo de las tabernas, un invento de los decanos. Lo más probable es que formara parte de una conspiración para mantener a la ciudadanía a raya al tiempo que permitía a los de la abadía de Everyman continuar estudiando las artes prohibidas, la magia prohibida, para sus propios fines.

O eso decían.

Pero Galia había sentido el poder del Forastero. Daud se lo había dado, a ella y a todos los Balleneros. Fue lo que los convirtió en los mejores asesinos del mundo. Nada ni nadie podía derrotarlos ni detenerlos.

Zhukov le había devuelto el poder. Era distinto, sí, pero eso le daba igual. Lo único que le importaba era que había vuelto a ella y que el extraño, el hombre que decía llamarse Zhukov, que decía ser un héroe de tierras lejas, le había prometido más.

Dio un paso adelante sin apartar la vista de la mano de Zhukov. Él volvió la mano para que dejara de mirarla y empezó a vendársela de nuevo.

—Has reconocido la marca —dijo. Era una afirmación, no una pregunta.

Galia asintió. Luego se pasó la mano por el pelo grasiento.

—¿Quién eres? —preguntó.

El hombre se echó a reír.

—Ya te lo he dicho. Soy Zhukov, el héroe del Estado de Tyvia.

Galia entornó los ojos.

—¿Un héroe? —No sabía mucho de Tyvia, solo que no se parecía en nada a Gristol. ¿No tenía un príncipe y una especia de consejo? No estaba segura—. No tienes pinta de héroe.

Zhukov dejó de vendarse la mano un instante y luego prosiguió sin mediar palabra. Cuando terminó, recogió el guante del suelo encharcado y se lo enfundó de nuevo.

—Fui traicionado —dijo—. Pero no pueden robarme lo que soy. Seguiré siendo un héroe de Tyvia pese a lo que me hicieron.

Galia meneó la cabeza.

—No lo entiendo.

—Ser nombrado «héroe del estado» es el honor más alto al que se puede aspirar en Tyvia. ¿Conoces mi país? Es una tierra preciosa, llena de maravillas, pero también un lugar extraño y difícil, gobernado por sus gentes pero no siempre para sus gentes. Gentes a las que juré ayudar. Luché por sus derechos, por su forma de vida. Iba a combatir donde hubiera injusticia, incluso cuando las autoridades se lavaban las manos. Llevé mi lucha a todas las ciudades del país: Tamarak, Caltan, Dabokva… Incluso a Samara y a Yaro, en el norte. La gente me adoraba.

—Y ¿dices que te traicionaron?

Zhukov inclinó la cabeza.

—Sí. Como he dicho, Tyvia era un lugar extraño y esa es la verdad. Antes lo gobernaban príncipes pero ahora hay un consejo formado por representantes elegidos por los ciudadanos de todas las regiones. El consejo a su vez lo gobierna un triunvirato: los jueces supremos. Su líder es quien manda en todo. Yo trabajaba para los jueces supremos, en secreto. Como héroe del estado no era más que un instrumento. Mi propósito era mantener el equilibro, que los ciudadanos estuvieran contentos creyendo que había alguien fuera del sistema que luchaba por ellos, que enderezaba entuertos, y que tal vez algún día mi lucha conseguiría el retorno de los príncipes de Tyvia. Cualquier cosa que hiciera feliz a la gente… y los mantuviera a raya. Pero todo lo que hice, lo hice por los jueces supremos.

—Y ¿qué pasó? ¿Se volvieron en tu contra?

Zhukov hizo una nueva pausa y asintió muy despacio.

—Ya no les era útil. Era un instrumento, les pertenecía. Tras haber cumplido mi tarea pasé a ser poco más que una ficción molesta. Dijeron que no podían permitir que permaneciera entre los civiles, así que me quitaron de en medio. Me enviaron al campo de trabajo, a Utyrka, en el corazón de hielo del país.

Galia notó que una sonrisa la curvaba los labios. Cruzó los brazos y miró al extranjero con la cabeza ladeada.

—¿Dices que te metieron en la cárcel? ¿En Tyvia?

Zhukov asintió.

Los labios de Galia se curvaron un poco más. No podía evitarlo.

—Imposible. Todo el mundo sabe que nadie ha logrado escapar nunca de una prisión de Tyvia. Las prisiones están en mitad de la tundra, en mitad de la nieve y el hielo. Nadie sale vivo de allí. Todo el mundo lo sabe.

—Sin embargo —dijo Zhukov abriendo los brazos—. Heme aquí.

Galia enarcó una ceja.

—Mientes.

Ahora le tocaba a Zhukov ladear la cabeza. Alzó la mano que le había mostrado, cubierta de nuevo por el grueso guante negro de cuero.

—¿Has visto una mentira? —preguntó—. ¿Es mentira la marca que poseo? ¿Son mentira los poderes que te he concedido?

Galia notó que perdía valor con la mera mención de los poderes. Se mordió el labio inferior y asintió levemente.

—Entonces eres el primero y el único que ha escapado de Tyvia. ¿Cómo lo hiciste?

Zhukov volvió la mano y se miró el dorso, aunque era imposible decirlo con seguridad porque llevaba puestas las gruesas lentes rojas. Bajó la mano muy despacio.

—El campo de Utyrka era un lugar muy cruel —dijo—. Había guardias y personal militar dedicado a gestionar el campo. Aunque no se les llama así. Ni hacían falta, ni tampoco muros. La nieve y el hielo eran nuestros carceleros.

Galia bajó la vista. Observó el reflejo de Zhukov en los charcos del suelo del matadero.

—El trabajo era demoledor —continuó Zhukov—. Era… letal. Tienes razón al decir que nadie ha logrado escapar. Ni tampoco han soltado nunca a nadie, no de Utyrka. Allí hasta la condena más corta es a muerte. El trabajo te mata antes de haber podido cumplirla. Pero, por las noches, soñaba —prosiguió—. Veía las estrellas dar vueltas, brillaban con una resplandeciente luz azul. Soñaba todas las noches. Pasaron los años y la luz azul se fue oscureciendo. Se volvió amarilla, luego naranja y más tarde roja. Era un fuego, la visión de una gran hoguera. Y…

—Espera, ¿el Gran Incendio?

Zhukov se detuvo y luego continuó, aparentemente contento de hacer caso omiso a la exclamación de Galia.

—De aquel fuego salió un hombre. Me habló y yo le escuché. Me contó muchas cosas, secretos de otro tiempo, secretos sobre los que se construyó tu mundo. Aquella noche, cuando me desperté, tenía la marca.

Alzó la mano de nuevo.

—La marca es poder, Galia. Fue mi vía de escape. Me permitió atravesar la tundra y las llanuras de hielo azul translúcidos como el cristal. Allí descubrí cómo usar mi poder. Podía fundirme con mi reflejo y luego proyectar ese reflejo en otro, y en otro y en otro. Pude atravesar el hielo saltando de un reflejo a otro. De repente me

vi libre.

Se volvió hacia Galia, que miraba el reflejo del extraño en el agua y luego su propio reflejo en las lentes rojas.

—Pero ya no estás en Tyvia —dijo Galia incapaz de apartar la vista de su cara—. ¿Cómo es que vas vestido igual que en el campo de trabajo? Con las lentes para la nieve, el abrigo…

La gruesa bufanda amortiguó la carcajada grave y profunda que surgió del pecho ancho de Zhukov.

—Es por culpa del hielo de los glaciares tyvianos. Son famosos en el imperio, en el mundo entero. Pero sus profundidades no son perfectas ni mucho menos. Los reflejos que forman están a su vez fracturados. Cuanto más viajaba, más me fracturaba. Más me corroía.

Galia alzó la barbilla.

—Descúbrete. Quiero verte la cara.

Zhukov emitió otra carcajada.

—Soy una sombra de lo que fui. La sangre arde en mis venas pero no soporto el frío ni la luz de Dunwall. Tendrás que perdonar mi vestimenta, pero siento como si hasta mi alma estuviera corroída. Cada doloroso instante es un recuerdo de la traición que sufrí.

Galia notó que sus dedos flotaban cerca del cuchillo que llevaba en la cintura.

—Te he pedido que te descubras.

—Mi cara ya no es la del héroe que fui, Galia.

Galia se levantó con un ágil movimiento, se puso de puntillas y miró a Zhukov a los ojos. Luego se dejó caer sobre los talones, dio un paso atrás, se cruzó de brazos e intentó controlar su frustración.

Intentó mantener el cuchillo lejos de su mano.

—Y aquel… sueño… ¿Crees que era el Forastero que quería saludarte? —preguntó Galia.

—Tal vez. No recuerdo la visión con claridad pero llevo la marca. Eso es lo único que importa.

—¿Lo único que importa? ¿Por qué iba a aparecérsete el Forastero? ¿Qué quería? ¿Por qué te marcó?

Zhukov ni se movió ni dijo palabra.

—¡Contéstame! —Galia sentía que la sangre se le subía a la cara y que empezaba a sacar el genio.

—El Forastero sabe por qué hace lo que hace y sabe cuál es su plan —dijo Zhukov—. No es un hombre. Lo que piensa, lo que hace, se escapa a nuestra comprensión. Lo único que importa es que ahora tengo su poder. Primero lo usé para escapar de Utyrka, luego de Tyvia —dio un paso hacia Galia.

Galia se negó a moverse. Alzó más la barbilla cuando Zhukov se irguió sobre ella.

—Llevo meses viajando por las Islas —dijo Zhukov—. Una vez fuera de Tyvia, viajé a Morley, a Karnaca… Incluso visité las costas de Pandyssia. Estaba recogiendo datos, recabando información. Seguía una luz y finalmente esta me llevó a Gristol, a Dunwall y a ti, Galia Fleet.

—Pero ¿para qué? Tienes que decírmelo. ¿De qué vas a salvar al mundo?

—De sí mismo, Galia. Que me traicionaran fue solo el comienzo de un gran desequilibrio, no solo en Tyvia sino en el mundo.

Galia meneó la cabeza.

—No entiendo nada.

—A lo mejor esto sí lo entiendes. Tyvia me traicionó y he jurado venganza. Pienso volver y tomar lo que es mío por derecho.

—Pero ¿cómo vas a hacerlo? —suspiró Galia poniéndose en jarras—. ¿Para qué los necesitas? ¿Para qué me necesitas?

Zhukov giró sobre los talones y cruzó a pie la planta del matadero. Se detuvo, se dio la vuelta y le hizo un gesto a Galia para que lo siguiera.

—Ven conmigo. Te lo enseñaré.

Rinaldo salió de las sombras a la galería de hierro junto a la sala de control y vio cómo el fantasma al que llamaban «Jefe» conducía a su vieja amiga hacia la otra punta del matadero, donde una escalera con peldaños de piedra que nacían de la pared bajaba a las entrañas de la fábrica.

Rinaldo dejó escapar el aire que llevaba demasiado tiempo aguantando en los pulmones: Galia y el Jefe no le habían visto esconderse, estaba seguro. No había sido fácil. Las escaleras y los descansillos oxidados crujían y chirriaban con el menor movimiento. A Rinaldo le dolían los gemelos de tanto esconderse de puntillas para poder espiar.

Se desentumeció, fue hacia la barandilla de la plataforma y se agachó. La planta de la fábrica estaba vacía. Galia y el Jefe iban a las bodegas en la parte de atrás de la fábrica, donde el resto de la banda dormía después de trabajar toda la noche. Rinaldo estaba solo.

Silbó, muy suavemente, pero el eco se oyó mucho más de lo que hubiera querido. Paró y meneó la cabeza al recordar la conversación.

No había oído ni media verdad. ¿Se había escapado de Tyvia? Por supuesto que sí. Pasaba todos los días. Aquello no eran más que unas encantadoras vacaciones en la nieve, con un poco de ejercicio en los campos de salud, antes de caminar hacia la puesta de sol cuando uno se hartaba de las vistas.

Rinaldo se rió disimuladamente. Era absurdo. Todo. Se había escapado de Tyvia, muy bien… ¿Con qué? ¿Gracias a los poderes mágicos que un benefactor sobrenatural le había dado… en sueños?

Era peor que un cuento para niños. Cuidado con Zhukov, el monstruo de Tyvia, el único hombre en la historia de la humanidad que ha visitado las prisiones de Tyvia y

ha vivido para contarlo. ¡Música, por favor!

Redoble de tambores.

Rinaldo hizo una pausa. ¿Había dicho una sola cosa cierta? Galia parecía habérselo creído todo a pies juntillas. Sí, podían hacer algún que otro truco con el Vacío; eran parecidos a los que les había dado Daud. Pero Daud nunca se había puesto a divagar sobre el destino, la venganza y sus aspiraciones de salvar el mundo.

En fin. Lo que había oído confirmaba sus sospechas: Galia sabía tanto de los planes del Jefe como él. Es decir, nada en absoluto. Zhukov la tenía pillada, cautivada, y por eso le creía.

¿Qué clase de poder tenía sobre ella? Galia era inteligente, una de las personas más listas que Rinaldo había conocido. En los viejos tiempos, cuando estaban en los Balleneros, él era un señor y ella una novata. Pero se le veía potencial y su talento aumentó sin parar hasta el día en que Daud desapareció.

Galia habría llegado a ser alguien en los Balleneros, Rinaldo no tenía la menor duda. Los años siguientes fueron muy duros. Encontró a Galia en el Golden Cat, donde se pasaba la vida macerando en alcohol. Luego mejoró, y tenía que admitir que Zhukov había conseguido acabar lo que él mismo había empezado. Desde que se trasladaron al matadero, Rinaldo no la había visto probar una sola gota de Old Dunwall.

Había hecho lo que siempre había querido hacer: reunir a los Balleneros. Aunque había sido gracias a la ayuda de un bicho raro envuelto en un abrigo enorme y ataviado con un sombrero ridículo a quien le gustaba aburrir al personal con historias sobre las nieves de Tyvia.

«Venga ya».

Pero se traía a saber qué entre manos. Venganza. Restaurar el equilibrio.

Sonaba todo muy extraño.

Rinaldo se apoyó en la barandilla y examinó la planta del matadero y las escaleras al sótano. No había estado allí abajo. Ni él ni nadie, al menos que él supiera. A juzgar por el estado del edificio, estaría inundado. Solo que Zhukov estaba llevando allí a Galia. Lo que significaba que tenía algo guardado en el sótano.

Rinaldo ya sabía dónde buscar respuestas.

En el sótano. Al final de las escaleras.

Pero por ahora era demasiado peligroso. No sabía para qué se habían usado los sótanos cuando el matadero estaba operativo. ¿De almacén? ¿Para guardar tanques de aceite de ballena? Tendría que echar un vistazo cuando todo estuviera despejado.

Se acuclilló en las sombras y miró las escaleras. Galia y Zhukov tendrían que volver en algún momento, y él tenía mucha paciencia. Pero lo que quería ver estaba abajo. Quería saber qué pasaba, qué tramaba Zhukov.

En qué los había metido Galia.

Galia retrocedió sin parar hasta que la detuvo el frío acero de la puerta del almacén. Respiró hondo y notó el sabor a bilis en la boca.

Meneó la cabeza. Quería, con desesperación, darse la vuelta y perder de vista el horror que tenía delante; pero tragó saliva y levantó la barbilla, un gesto que le hacía sentir valiente, fuerte y segura.

Funcionó.

En sus tiempos había visto de todo. Los Balleneros de Daud no tenían piedad. Galia tampoco, o eso se decía. Tal vez los años de borrachera en el Golden Cat la habían cambiado, la habían vuelto más blanda. O tal vez fuera por el insoportable hedor a cementerio, a putrefacción, a descomposición… Los gusanos, los escarabajos y toda clase de insectos rastreros.

—Con todo lo que tienes aquí —dijo señalando con una mano los contenidos del taller subterráneo de Zhukov mientras intentaba no mirarlo, centrada en las relucientes lentes rojas que brillaban a la luz amarillenta y pegajosa de las lámparas de aceite de ballena—, no entiendo para qué nos necesitas.

Zhukov volvió a su mesa de trabajo; sus dedos jugueteaban con las ruedas dentadas y los engranajes del aparato que había encima, una especia de instrumento que no habría estado fuera de lugar en la Academia de Filosofía Natural.

Por descontado, Galia nunca la había visitado, pero Daud la había mencionado varias veces. De pequeña había oído muchas historias sobre aquel extraño lugar, un monumento a los secretos ocultos del cosmos, en el que espeluznantes practicantes picoteaban de infinidad de campos de la filosofía natural y combinaban procesos modernos con alquimia ancestral.

Se decía que habían construido máquinas que predecían cuándo iba a llover, o dónde se podían encontrar nuevas vetas de plata en las montañas de Serkonos, mientras que otros hablaban de hombres que trataban de reanimar los tejidos muertos con electricidad. Galia no estaba segura de que nada de todo aquello fuera verdad. Aunque tampoco había pensado nunca que fueran mentira.

La máquina encajaba con las cosas que imaginaba que se fabricaban en la Academia. El resto del… material que había en las mesas de trabajo…

No sabía qué pensar al respecto.

—Tus Balleneros y tú me habéis sido de gran ayuda, Galia —dijo Zhukov—. Y ahora has visto la fuente del poder que te concedo, aunque con esto no basta. Te he prometido más y lo tendrás, todos lo tendremos. Pero para eso necesito que me ayudes un poco más.

Galia tragó saliva y asintió. Tal vez para demostrarle a Zhukov su apoyo… O tal vez para animarse a sí misma.

—Dime qué hago.

Zhukov se dio media vuelta y se acercó a ella. Galia no tenía miedo, sino náuseas, pero sentía la fría puerta de metal contra su espalda y, al apretarse más contra ella, la rueda de apertura se le clavó en la rabadilla.

«Así. Eso es bueno».

Galia se apretó más contra la puerta y sintió más dolor. Así tenía algo en lo que

pensar que le ayudaba a mantener la cabeza despejada.

—Quiero venganza —dijo Zhukov bajando la mirada hasta Galia— y la conseguiré. No solo contra los gobernantes de mi país, los jueces supremos, sino también contra el pueblo de Tyvia. Me vendieron sin ningún reparo. Lo pagarán todos muy caro.

Zhukov volvió a la mesa y se inclinó sobre su instrumento. Una mano enguantada ajustaba con cuidado las palancas y engranajes que mantenían el extraño conjunto de lentes en su sitio. Galia no podía ver qué había bajo las lentes y tampoco quería mirar.

—Sabía que necesitaba ayuda —prosiguió Zhukov—. También sabía que existían otros como yo, otros con la marca. Había oído hablar sobre un hombre llamado Daud, por eso fui en su busca. Viajé muy lejos pero no pude encontrarle. Pero también había oído hablar de la reputación de sus lugartenientes. De Thomas, de Billie Lurk y unos cuantos nombres más. No logré dar con ninguno de ellos. Pero Galia Fleet era otro de los nombres, el de alguien que aprendía rápido y que conocía a Daud y sus secretos. Alguien que habría ocupado el lugar que le correspondía junto a Daud si el mundo no se hubiera desequilibrado tantos años atrás, o eso se decía.

Galia notó el corazón en la garganta.

—Te busqué en el Golden Cat —dijo Zhukov— porque necesitaba que me ayudaras a restablecer el equilibro del mundo. A cambio, restablecí tu equilibrio interno. Te he prometido poder y lo tendrás. Pero no así, no este poder del crepúsculo. Ya lo has notado: cuanto más usas este poder, más te debilitas y más fuerte es el deseo, más profunda la necesidad que sientes.

Se dio la vuelta y caminó de nuevo hacia Galia, muy despacio. Ella miró la luz roja que brillaba en sus ojos. Se mareó. Se le iba la cabeza, como si hubiera bebido demasiado Old Dunwall.

—Puedo darte el poder que deseas y será tuyo para siempre —susurró Zhukov—. Te daré el poder para tomar la ciudad entera. Tendrás el poder para llevar a los Balleneros a la victoria. Los sueños de Daud se te quedaban pequeños, ¿verdad? Lo veo en tu mente. Él tenía potencial pero estaba limitado. Tú… llegarás más lejos. Mucho, mucho más, con mi ayuda. A cambio, solo te pido tu obediencia y tu ayuda.

Galia se tragó el nudo que tenía en la garganta. Recordó lo que había visto en el Golden Cat, en el sueño que Zhukov le había mostrado, casi como si se lo hubiera arrancado de la cabeza.

Los Balleneros… No como una banda sino como un ejército, con Galia como general.

Dunwall sería suyo.

Y Dunwall solo era el comienzo.

Galia luchó contra la embriaguez que amenazaba con superarla.

Haría lo que fuera por Zhukov.

Cualquier cosa.

—Dime —susurró.

Zhukov siseo detrás de la bufanda y extendió los dedos largos y enguantados para coger la barbilla puntiaguda de Galia. Le alzó la cabeza y ella le dejó.

—Bien —dijo en voz baja—. Muy bien.

Retiró la mano y Galia sintió la ausencia de sus dedos y un frío extraño y vacío muy dentro de ella.

—Mi plan requiere de ciertos preparativos muy especiales para los que os necesito a ti y a tus Balleneros. Me has encontrado las instalaciones perfectas pero hay más. Necesito que robes una cosa para mí. Será complicado. El objeto no está vigilado y carece de valor, pero es de difícil acceso.

Galia se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Empezaba a sentirse más como ella misma.

—Con tu poder, Zhukov, podemos ir a todas partes.

—Ah, sí —dijo—, y necesitarás el poder para la próxima tarea. Para llevar a cabo este… robo, por llamarlo así, he de crear algo mucho más poderoso que lo que has visto en esta sala. Por ahora bastarán los huesos de los antiguos mercantes pero tienen un uso limitado. Puedo tallarlos, animarlos con mi poder, pero lo que necesitamos para la siguiente fase son los huesos de aquellos que llevan dentro su propia forma de magia.

Galia frunció el ceño y se apartó de la puerta. Se acercó a la mesa, respiró hondo y se obligó a mirar a los objetos desperdigados en la superficie. Luego se dio la vuelta, a propósito, para ver el contenido de la bodega, pese a que había tratado de ignorarlo con todas sus fuerzas.

Ahora veía las cosas de otra manera. Lo que había en la bodega no era más que materia prima, igual que el aceite de ballena que antes se almacenaba en los tanques. No obstante, frunció el ceño al recordar las palabras de Zhukov. Lo miró, su confianza en sí misma aumentó.

—Mis chicos y yo estamos a tu disposición, Zhukov —dijo—. Pero me hará falta más para continuar. Ve al grano. Dime lo que necesitas e iremos a buscarlo.

Zhukov asintió.

—Sabía que no ibas a decepcionarme —dijo. Galia sonrió al escucharlo pues sintió que el pequeño cumplido era en realidad todo un halago. Zhukov se acercó a ella.

—Lo que necesito está en la mansión Brigmore.

Galia abrió y cerró la boca antes de encontrar las palabras para responder. Sabía dónde estaba, la conocía bien.

Así como a sus antiguos ocupantes.

—Ah… La mansión Brigmore.

—Sí, Galia —dijo Zhukov—. Dime, ¿sabes la verdad sobre una mujer llamada Delilah?

A Galia le vinieron mil cosas a la cabeza. Sí, conocía Brigmore y había oído hablar de quien vivía en ella. Lo sabía todo sobre Delilah. Galia no dijo nada pero

Zhukov asintió.

—Sí, las brujas de Brigmore —dijo—. Un aquelarre de magia detestable.

Galia meneó la cabeza. No quería volver a Brigmore. Ni ahora, ni nunca.

Pero le había prometido lealtad a Zhukov y él le había prometido el mundo.

—Lo que necesito —dijo Zhukov— es que tus Balleneros y tú entréis en la cripta.

Galia tragó saliva. No pudo evitarlo.

—Quiero que robéis sus huesos —continuó Zhukov—. Los huesos de las brujas de Brigmore, con los que tallaremos nuestro destino.

7

DUNWALL TOWER
Del día 9 al día 11 del mes de la oscuridad de 1851

«El barrio del textil atraía a los mejores diseñadores del imperio, donde se encontraban libres de la necesidad de buscar clientes. De hecho, se les elevaba a la alta sociedad, donde los buscaban y los mimaban. Los ricos y poderosos empezaron a frecuentar el nuevo barrio del textil y pagaban lo que fuera para poder lucir las nuevas modas y estilos».

—HISTORIA DEL BARRIO TEXTIL
Extracto de un libro reciente, *Los barrios de Dunwall*

Los días y las noches pasaban con tranquilidad y, en opinión de Emily, demasiado despacio. La escolta que Corvo le había asignado no tardó en estorbarle, aunque sabía que su padre lo hacía con la mejor de las intenciones.

Pasó prácticamente todo el segundo día intentando despistar a su escolta en palacio. Funcionó.

El tercer día, descubrió que su escolta había pasado de estar formada por un guardia, a contar con dos.

Como resultado, lo único que podía hacer era aguardar noticias. Sentía como si no fuera a pasar nada, que estaba encerrada en Dunwall Tower mientras se sucedían los acontecimientos allí fuera, en la ciudad. No salió de noche, no mientras la banda estaba en busca y captura. Era demasiado peligroso, no por los ladrones de tumbas, sino por sus propios agentes. Los Vigilantes Ciudadanos y las patrullas del río Wrenhaven habían aumentado en número, habían llamado a muchos hombres que se ganaban sus merecidas horas extra al ampliar su jornada vigilando la ciudad y, junto con los decanos, no perdían de vista los cementerios de la ciudad.

Aunque Emily sabía que podía evitar ser vista por las fuerzas imperiales de uniforme sin mucha dificultad, los agentes secretos de paisano del jefe de espionaje eran harina de otro costal. ¿Cuántos había desplegado Corvo? Puestos a pensarlo, ¿de cuántos disponía? Emily no lo sabía, pero sí que eran muy buenos. Gracias a Corvo recibían la mejor formación del imperio. Lo sabía porque era la misma que había recibido ella.

Las probabilidades de ser vista, o incluso apresada, aumentaban de manera exponencial. Por primera vez desde hacía semanas, pasaba las noches en Dunwall Tower.

Durante el día tenía trabajo que hacer. Los deberes de la emperatriz no acababan nunca. El barco del estado necesitaba a su capitán al timón, como solía recordarle su chambelán.

Había documentos que firmar, dignatarios a los que recibir, presentar y con los que compartir un té. Ya había recibido propuestas diplomáticas del duque Luca Abele, gobernante de Serkonos. El duque proponía una visita oficial en alguna fecha del año próximo, que podría coincidir con el día en memoria de Jessamine, la madre de Emily. Los enviados de Serkonos también le habían traído un presente, un diario encuadernado en el cuero trabajado a mano más fino de su país. A Emily le había impresionado mucho aquel detalle tan personal y se prometió hacer buen uso de él.

Aceptaba sus responsabilidades sin queja y se sumergía en el trabajo. Cualquier cosa era mejor que quedarse sentada sin hacer nada. Por una vez en la vida, ser la emperatriz era una agradable distracción, igual que la compañía de Wyman.

A Corvo lo veía poco y solo para recibir actualizaciones oficiales de las labores de busca y captura, acompañado por el decano supremo Khulan, el capitán Ramsey de los Vigilantes Ciudadanos, el comandante Kittredge de la patrulla del río Wrenhaven y su amigo y consejero Jameson Curnow.

Tampoco es que hubiera novedades. No se había producido ninguna actividad sospechosa en los cementerios y la vida en la ciudad transcurría con normalidad. La noticias de la profanación de las tumbas de los mercaderes de antaño había llegado a oídos del público, pese a que Corvo había hecho lo imposible para que no saliera en el periódico de la ciudad, *El Correo de Dunwall*.

El periódico había publicado durante tres días seguidos un artículo especial con grabados que mostraban las tumbas abiertas, pero como la investigación no avanzaba y no se había repetido el crimen, dejaron de escribir sobre el tema. Emily, que esperaba que la cobertura cesara, lo agradeció, pero ocurrió de un modo repentino. Es posible que Corvo hubiera ido a decirle un par de cosas al editor.

Los rumores continuaron en la corte imperial y entre los nobles de la ciudad durante un tiempo antes de que la conversación virase hacia un tema mucho más emocionante e interesante. El acontecimiento más importante del calendario social de Dunwall estaba cerca: el baile anual de máscaras en la mansión Boyle.

Cuatro días después del incidente de los ladrones de tumbas, Emily se sentó a desayunar con Corvo y con Wyman en los aposentos privados de la emperatriz. Wyman bebía té con delicadeza mientras Corvo bebía una pequeña taza tras otra de café. Era un líquido negro y viscoso diluido solo con un poco de leche de cabra endulzada con miel.

Los dos hablaban de algo extremadamente aburrido: los festivales regionales de especias y comida de Karnaca. Emily medio escuchaba la conversación mientras repasaba la montaña de correspondencia que le habían llevado a la mesa en una valija de cuero rojo. Era un grueso fajo de cargas pero no parecía haber nada urgente ni de especial importancia. Podía haberse encargado de ellas el chambelán, como era su deber.

Se detuvo a mitad de la pila de papeles. Había topado con un sobre grande, de un

vivo escarlata y ribeteado en oro. Iba dirigido a la emperatriz de las Islas, en letras grandes y enmarañadas.

Lo reconoció al instante. Había recibido la misma carta el mismo día durante los últimos trece años. Al principio la había recibido como tenía que ser: entregada en mano por un paje con cofia que portaba la carta directamente desde la mesa de la persona que la enviaba, con la tinta del sobre todavía húmeda. Según una larga tradición, la emperatriz de las Islas era la primera persona en Dunwall en recibir la invitación para el baile de máscaras.

Y, como mandaba la larga tradición, la emperatriz también era la primera persona en declinar la invitación.

Tras los primeros cinco años, Emily dio orden al chambelán de que recogiera la invitación en la puerta de la torre, de manos del paje, y la metiera en la caja de la correspondencia. Le parecía absurda tanta formalidad para recibir el estúpido sobre rojo cuando nunca podía asistir al baile.

Frunció el ceño, sacó el sobre de entre las demás cartas y lo miró.

Corvo y Wyman se callaron y se volvieron hacia ella.

—Veo que ya estamos en esa época del año —dijo Corvo. Sonrió y de un trago vació otro dedal de café.

Emily arrugó la nariz y le dio la vuelta al sobre. Leyó la dirección del remitente y la del destinatario. La letra apenas era inteligible y cubría casi todo el reverso del sobre. Supuso que la última lady Boyle se estaba haciendo mayor. ¿Cuántos años hacía que Emily no la veía?

Wyman se inclinó hacia delante.

—¿No vas a abrirla?

Emily suspiró y arrojó el sobre encima de la mesa. Una de las esquinas doradas aterrizó en un plato de ojos de pez bruja en vinagre.

—¿Para qué? —preguntó dejándose caer en la silla—. Todos los años la emperatriz, o el emperador, recibe una invitación para el baile de máscaras y todos los años el emperador, perdón, la emperatriz, tiene que rechazarla —dijo Emily meneando la cabeza.

—Es la tradición —dijo Wyman.

Emily enarcó una ceja.

—La tradición es una mierda.

—Dice Emily Drexel Lela Kaldwin I, de la casa de Kaldwin, emperatriz de las Islas —contestó Corvo detrás del borde de su dedal de café.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Emily cruzándose de brazos—. Me hubiera gustado poder asistir aunque fuera una sola vez. Lo habría hecho si mi madre estuviera viva. Habría sido mi presentación en sociedad en Dunwall como princesa imperial y heredera al trono.

Corvo emitió un sonido de escepticismo.

—No te habría gustado —añadió.

Wyman sonrió y miró al protector real.

—¿Ha estado?

Corvo frunció el ceño.

—Una vez.

—¿Y?

Corvo se encogió de hombros.

—No acabó bien.

Wyman se echó a reír y se dirigió a Emily.

—¿Qué fue de las famosas hermanas Boyle, Emily? Ahora solo una vive en la mansión, ¿no?

Emily asintió.

—Sí, solo queda una —dijo recogiendo el sobre y sacudiéndole el líquido avinagrado antes de abrirlo con un cuchillo de cortar el pan. Sacó la tarjeta, la miró por encima y se la pasó a Wyman para que la viera. Wyman cogió la tarjeta y leyó el texto en voz alta, con acento formal y exagerado.

—Lady Esma Boyle se complace en invitar a su ilustrísima majestad imperial, la emperatriz Emily Kaldwin, al baile de máscaras que se celebrará en el salón de baile de la mansión Boyle el quince del mes de la oscuridad de 1851.

Corvo extendió la mano y Wyman le entregó la tarjeta.

—Lady Esma Boyle —dijo Corvo en voz baja—. La última de las tres hermanas Boyle.

—Lady Waverly aún vive, ¿verdad? —preguntó Emily.

Corvo asintió.

—Sí, pero no está en Dunwall. No ha vuelto desde lo de lord Brisby.

Wyman miró primero a Corvo, luego a Emily y a la inversa.

—Perdonad, pero vais a tener que explicármelo. ¿Quién es lord Brisby?

—Un criminal, eso lo que es —dijo Emily—. Igual que Waverly.

Wyman abrió mucho los ojos, con sorpresa, pero Emily no dijo nada más y su expresión era dura. Wyman miró de nuevo a Corvo y este suspiró.

—Brisby era un lord de la corte de la emperatriz Jessamine —dijo Corvo—. Estaba obsesionado con lady Waverly Boyle y la secuestró la noche del baile de máscaras de 1837. Se la llevó de la ciudad, a su residencia familiar que estaba en una isla perdida. No ha vuelto desde entonces.

—Que le vaya bien —dijo Emily y cruzó los brazos.

Wyman miró a Corvo.

—¿Y…?

Corvo frunció el ceño y continuó.

—Y Waverly Boyle era la amante de Hiram Burrows.

—¿Eh? ¡Ah! —dijo Wyman y desapareció rápidamente detrás de su taza de té.

—Sí —dijo Emily—. Ah.

—Pocos años después —dijo Corvo—, lord Brisby también desapareció. Parece

ser que tomó un barco con rumbo a Gristol pero nunca bajó a tierra cuando el barco atracó. Corría el rumor de que Waverly orquestó su desaparición para quedarse con su fortuna.

—Y ¿es eso cierto? —preguntó Wyman.

Corvo se encogió de hombros.

—¿Si hizo que lo mataran? No se encontró ninguna prueba pero, sí, se quedó con sus bienes. Sigue en la residencia familiar, ella sola. Imagino que le irá bien a juzgar por lo rico que era Brisby.

Emily se levantó de la mesa.

—Disculpadme —dijo—. Necesito dar un paseo.

Pasó el día deambulando por Dunwall Tower. Con Corvo en palacio por fin se había librado de la escolta permanente y saboreó la soledad.

Mientras vagaba por los pasillos, pasaba junto a cortesanos que la saludaban y le hacían reverencias. Se volvían hacia la emperatriz por respeto pero su mera presencia acallaba todas las conversaciones. Emily los saludó a todos pero seguía de mal humor porque sabía de qué estaban hablando. Algunos incluso llevaban el sobre rojo en la mano.

El baile de máscaras en la mansión Boyle.

Al final encontró un rincón tranquilo donde se quedó un momento, mirando un retrato impresionante de una de sus predecesoras. Buscó la placa identificativa en la base.

—Emperatriz Larisa Olaskir, 1783-1801 —leyó—. Ajá. Tú también te perdiste el baile de máscaras. —Bajó la voz y añadió imitando al protector real—: Pero no te preocupes, que no te gustaría.

Se quedó allí un poco más. Dando gritos en su cabeza.

Se sintió mejor.

Por impulso, se dirigió al salón de baile y se arrepintió nada más llegar. Era muy grande y se reservaba para eventos importantes en honor de altos dignatarios que estaban de visita. Lo presidía una mesa que iba de punta a punta y en la que cabían doscientos comensales. Pero, como era tradición, en cuanto llegaban los sobres rojos el salón se convertía durante dos semanas en una sastrería, modistería y mercería.

La mitad de la mesa estaba enterrada bajo cientos de metros de tela de todos los rincones del imperio. Rollos de seda de vivos colores de Karnaca, rollos de terciopelo grueso y oscuro de Tyvia, paño de lana de Morley con su característico diseño a pequeños cuadros. Media docena de costureras y tres sastres correteaban por la sala, hablando de telas y patrones. Al menos la mitad habían sido contratados del barrio más de moda de Dunwall, el barrio textil. Al entrar Emily, se callaron y le hicieron una reverencia.

Ella apretó los dientes, les sonrió y les dijo que continuaran con lo que estaban haciendo. Fue al otro extremo de la mesa y caminó siguiendo el tablero, bebiéndose

con los ojos las maravillas que tenía ante sí.

Entre las telas y los artículos de mercería encontró abierto un cuaderno de grandes hojas y tapas de cuero. Emily empezó a pasar las páginas, deslizando la mirada por los elaborados patrones de disfraces: leones dorados, pavos reales púrpura, aves del paraíso de muchos colores. Todas las páginas llevaban un precioso grabado, una ilustración a color, de cómo quedaba el disfraz una vez cosido.

Junto a los folios, en la otra punta de la mesa, estaban las máscaras. Solo era una selección de lo que era posible, una demostración de la habilidad de los artesanos, pues ningún cortesano se pondría jamás una máscara que no estuviera hecha a medida. Al contrario, el baile de máscaras de los Boyle era una ocasión para lucirse, para mostrarse espléndido con un disfraz fantástico hecho por encargo y a medida.

Emily cogió un elaborado tocado de león, se lo llevó a los ojos y suspiró. La cara estaba hecha de retales de pana amarillos y naranja y la densa melena era de hilo de oro.

El baile iba a ser magnífico.

Lo sabía. Nunca había estado pero era así todos los años. Dos semanas de preparativos en la corte y, tras el acontecimiento, otras dos semanas en las que el baile era el único tema de conversación.

Y todos los años la volvía loca.

Era una vez al año, una noche de glamur, de música y de baile; una ocasión para relajarse y mezclarse con la nobleza de la ciudad.

Y ella no podía ir.

Miró los ojos falsos de cristal del león. Las ranuras para los verdaderos estaban ocultas detrás, entre pliegues amarillos.

No podía ir.

¿O sí?…

Emily miró las máscaras que había encima de la mesa. Un oso, una rana, un zorro y algo con ojos saltones y multifacetados que bien podía ser una mariposa. También había dos máscaras de pájaro: la de una criatura roja y azul con un pico curvo que sobresalía por lo menos treinta centímetros de la nariz del portador y otra máscara más pequeña, más compacta, con plumas negras iridiscentes y el pico corto y estilizado. Parecía un gorrión negro.

Se le pasó una idea por la cabeza. Una idea que le gustaba. Atizó un poco las brasas para que la llama se avivara en su mente.

Sí que podía ir al baile de máscaras precisamente porque era un baile de máscaras. Todo el mundo llevaría elaborados disfraces de todas clases, desde máscaras sencillas y cortas, a detalles simbólicos, pasando por complejos tocados como los que había en la mesa y que cubrían toda la cabeza. Tendría que llevar puesta la máscara toda la noche, pero así… nadie la reconocería.

¿Verdad?

Emily suspiró. No, no funcionaría. No tenía invitación. Eran invitaciones

personales y había que enseñárselas al lacayo que guardaba la puerta.

A menos que pudiera llegar a un acuerdo con lady Boyle. Quizá habría que contarle el secreto a la anfitriona, con discreción.

«Corvo». Él conocía a lady Boyle mejor que nadie y, como protector real, había que informarle. De hecho, podría acompañarla, disfrazado, y ser su escolta. Al menos eso se dijo Emily y, cuando más se lo decía, más lógico parecía el plan.

Salió del salón de baile al trote, ignorando las reverencias de las costureras y de los sastres, hacia la recámara de Corvo.

8

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 11 del mes de la oscuridad, 1851

«Los talismanes de hueso son una bendición para los marineros, según dicen.

El propio tallado es una práctica que se remonta a mucho tiempo atrás, transmitida de padres a hijos, de viejos veteranos a novatos que aún se están haciendo a la mar. En los viejos tiempos, los hombres usaban los colmillos de focas de los hielos o los colmillos, tan largos como un brazo, de los osos que deambulaban por las islas al norte de Tyvia.

Cuando comenzó la caza de ballenas, quienes la practicaban se aficionaron a grabar los huesos de esas grandes bestias, para obtener talismanes que cantan en la noche y otorgan alguna pequeña ayuda al vigor de un hombre, o protección contra posibles embarazos».

—TALISMANES DE HUESO
Pasaje de un libro sobre tradiciones marítimas
y talla en marfil

Rinaldo bajó a hurtadillas las escaleras que conducían a los almacenes subterráneos del matadero, dando gracias de que fueran de piedra y no de hierro oxidado y chirriante como el de las galerías que formaban una tracería por encima de la planta de la fábrica. Aquí al menos podía moverse sin riesgo de que le oyeran.

Esperó unos días antes de investigar. Los pasó trabajando con los demás para limpiar el tanque de aceite de ballena más grande mientras vigilaba a Galia y al Jefe. La pareja parecía pasar casi todo el tiempo apartada de los demás, bien en la sala de control o abajo en el sótano al que se dirigía Rinaldo. Los había estado observando con atención y, cuando ya había elegido el momento, se las apañó para robar un juego de llaves del armario de la sala de control. Esperaba que una de las miles de llaves que colgaba del llavero funcionara.

Siguió bajando las escaleras.

Rinaldo no lo entendía. ¿Quién demonios era el Jefe y qué poder tenía sobre su vieja amiga? Galia parecía estar hechizada y no darse cuenta del repelús que daba el tipo, que parecía un espantapájaros andante. Aun peor, el tipo del sombrero no les contaba nada y Galia había tenido el valor de defenderlo.

A los demás no les importaba gran cosa. Eran mercenarios a sueldo, no precisamente la mejor versión de los Balleneros, pero hacían su trabajo, cogían su paga y no hablaban mucho. Aunque opinaban lo mismo que Rinaldo sobre su nuevo y extraño jefe, no se le acercaban. Tampoco suponía un problema porque el Jefe pasaba casi todo su tiempo tras los paneles de cristal de la sala de control, sin moverse, observándolos. Era imposible saber si les estaba vigilando mientras trabajaba o si estaba dormido detrás de las lentes rojas y la bufanda.

«A lo mejor es un lunático», pensó Rinaldo. «O quizá le sobre el “a lo mejor”».

Pero las cosas eran distintas para Rinaldo. Él no lo hacía por dinero.

Bueno, no exactamente. Lo hacía por dinero. De hecho, sabía que el dinero era lo que motivaba a todo el mundo, el vil metal. Pero también lo hacía por Galia. Se lo debía, y era una deuda que no le importaba pagar.

Ella lo había encontrado, lo había acogido. Le había salvado la vida y él era perfectamente consciente de eso. Sí, a cambio él la había ayudado. Que se encontraran después de tantos años fue la salvación de ambos. Si no hubiera entrado por casualidad en el Golden Cat aquella noche, no sería más que un suspiró en el Vacío, condenado a vagar en él para siempre.

Lo hacía por Galia aunque ella no le estuviera dando nada a cambio. Nada. Ni información, ni una pista sobre lo que sucedía. Se había puesto de parte de su nuevo amigo del abrigo y el sombrero, diciéndole que confiara en ella, mientras poco a poco, sin prisa pero sin pausa, lo sacaba de escena.

Galia había cambiado. Por aquel hombre, aquella cosa que tenía poder sobre ella. Ejercía una especie de fascinación aunque Rinaldo no sabía ni cómo ni por qué.

Pero iba a averiguarlo.

Llegó al final de las escaleras y entró en un corto pasillo subterráneo. El cemento estaba húmedo y quebradizo y la puerta al final del pasillo, gracias al estado de abandono general o a que el suelo se hundía, no acababa de encajar en el marco, al menos no todo lo bien que había encajado cuando la fábrica funcionaba a pleno rendimiento y el aceite recogido en caliente de los cadáveres vivientes de las grandes bestias que colgaban de las horquillas de la planta de arriba rebosaba en los tanques.

Rinaldo se deslizó hasta la puerta. Era de acero, con una manivela giratoria en el centro, como las puertas de los barcos. Rinaldo suponía que tras la puerta habría contenedores y que la puerta de metal estaba diseñada para sellar la sala en caso de filtraciones. Estaba torcida y había un hueco de dos centímetros y medio entre el marco y la bisagra de en medio. Se acercó al hueco y miró a través de él.

Intento sin éxito reprimir el escalofrío que sintió al ver lo que había en el almacén. Rinaldo era muchas cosas, se arrepentía de muchas otras y no estaba orgulloso de otras tantas, pero así era la vida que había elegido. Era demasiado tarde para pasar página aunque quisiera.

Pero robar tumbas. Aquello era… caer muy bajo. Si le daban un cuchillo y un objetivo, una misión, él ejecutaba las órdenes a pies juntillas. Se suponía que así funcionaba. Cuando era un Ballenero su vida tenía un propósito, significaba algo. Pero ¿esto? ¿Robar a los muertos? ¿Arrastrar sus cadáveres hasta aquí para que el chiflado del abrigo hiciera… lo que fuera que estuviera haciendo?

Era pedirle demasiado. A lo mejor si supiera lo que estaban haciendo, para qué estaban trabajando, lo comprendería. Tal vez podría ser de más ayuda que simplemente haciendo lo mismo que el resto de la banda. Galia debería saber eso.

¿Tanto había cambiado?

No, Galia no había cambiado. Era cosa suya, del Jefe. Del raro de gafas rojas.

Era hora de obtener respuestas.

Por desgracia, mientras Rinaldo contemplaba cada vez más horrorizado lo que había al otro lado de la puerta, no estaba seguro de estar preparado para lo que iba a encontrar.

La puerta de acero prensado casi se había soltado de los goznes pero estaba cerrada. La rueda de descomprensión que había en el centro se negaba a moverse por más fuerza que empleara Rinaldo. Retrocedió, miró con disgusto el mecanismo y buscó en su túnica el llavero. Lo sacó y sujetó con la mano libre el manojo de llaves para que no hicieran ruido. Empezó a probarlas.

La segunda funcionó. «No ha sido tan difícil». Rinaldo sonrió y con cuidado volvió a guardarse las llaves en la túnica. Hizo girar la rueda y abrió la puerta, procurando no hacer ruido. Pesaba mucho y estaba torcida, era complicado moverla sin que chirriara. El Jefe estaba arriba, en la sala de control. Rinaldo hacía un rato que no veía a Galia pero suponía que estaba con él.

Lo último que quería era que lo pillaran.

El almacén estaba poco iluminado con el brillo azul de una lámpara eléctrica de aceite. Lo habían limpiado. La basura y los escombros estaban apilados contra una pared. En el otro extremo del espacio, largo y de techos bajos, había dos tanques presurizados en forma de bala, ribeteados con remaches del tamaño de platos planos, cerrados con grandes manivelas giratorias y cubiertos por un complejo entramado de válvulas y tuberías.

Pero eso no era lo que había cautivado la mirada de Rinaldo. Entró en el almacén mirando las cajas que había en el suelo y dejó que la pesada puerta se cerrara tras él. Cuatro de los seis ataúdes que habían traído de la escapada al cementerio estaban colocados en fila. Los otros dos estaban colocados sobre un caballete y desde donde estaba Rinaldo podía ver que estaban abiertos. Curiosamente, el almacén no apestaba. El tufo asfixiante y polvoriento de cemento en descomposición tapaba el hedor que desprendía el contenido de los ataúdes.

Entre los dos enormes tanques de aceite, habían construido tres largas mesas con caballetes. Las mesas estaban cubiertas de montones que parecían de tela bajo la luz azul y, junto a ellos, largas esquirlas que daban la impresión de ser de cerámica, pálidas y dispuestas siguiendo un orden. Bajo aquella luz tenue, era imposible distinguir los detalles y Rinaldo se maldijo por no haber pensado en traer un farol con capucha.

En el otro extremo de la mesa había una especie de aparato mecánico con varios círculos concéntricos montados en una base de metal y una serie de palancas alrededor. Eran lentes, tal vez las herramientas de un relojero. Rinaldo nunca había visto nada similar. Frunció el ceño y pasó de puntillas junto a los ataúdes para acercarse a las mesas. No podía apartar la vista de los dos ataúdes abiertos y en alto. Al llegar junto a ellos, tomó aliento y miró dentro. El primero estaba vacío salvo por

una capa de polvo pegajoso.

El segundo todavía estaba ocupado.

Al menos… en parte.

Rinaldo torció el gesto y se acercó al segundo ataúd. Sí, era un cadáver, un cadáver disecado con ropajes opulentos pero descoloridos, antiguos y polvorientos.

Pero habían tocado el cuerpo. Estaba incompleto. Le faltaban los brazos, una pierna y la cabeza. Mientras lo contemplaba, un escarabajo con el caparazón húmedo y reluciente emergió del cuello momificado del muerto y huyó por entre el cuerpo.

Rinaldo se estremeció, incapaz de apartar la vista, preguntándose qué le había pasado a aquel hombre. ¿Había perdido las extremidades y la cabeza en un accidente? Podía ser. El Jefe no se los había cortado. Eso… no habría estado bien.

Se acordó de las mesas. De cerca sí que podía distinguir qué eran los montones y las esquirlas de cerámica.

Los montones eran partes de cadáveres, marrones y húmedas y chorreantes. Los tejidos muertos eran muy similares al pan mohoso. Había un montón que parecía la casquería de una carnicería y enfrente había un brazo entero, desde el hombro hasta la mano. El brazo estaba clavado a la mesa y el antebrazo había sido fileteado. Más clavos apartaban la piel para dejar al descubierto el músculo que se deshacía como escamas de jabón. Normalmente un antebrazo humano tiene dos huesos, pero a aquel espécimen solo le quedaba uno.

Y las esquirlas no estaban hechas de cerámica sino de hueso. Huesos humanos, seguramente los del esqueleto del primer cadáver, el habitante del ataúd vacío. Habían sido extraídos con esmero y estaban ordenados en grupo y por tamaño. En una parte de la mesa había dos calaveras. Una estaba intacta y a la otra le faltaba una buena porción circular de cráneo. De hecho, le habían serrado casi toda la parte superior.

Rinaldo respiraba lentamente y miraba los huesos. ¿Qué era el Jefe, una especie de filósofo natural? Encajaba. ¿No trabajaban con huesos? Por cómo estaban colocados, era evidente que alguien los había ordenado. ¿Tal vez para estudiarlos?

Pasó a la tercera mesa, la del complejo instrumento de metal. Era científico. Tenía que serlo. Rinaldo miró el aparato con el ceño fruncido y se agachó para mirar a través de las lentes concéntricas.

Estaban montadas sobre un objeto color marfil, del tamaño de la palma de la mano de Rinaldo, y colocada en una plataforma de metal encima de la mesa. El objeto parecía estar hecho de muchas piezas alargadas de hueso, sujetas para formar un octógono. Las esquinas interiores estaban unidas a otros fragmentos de hueso. Era como un volante rústico atado con reluciente hilo de cobre.

Rinaldo husmeó alrededor del aparato para poder verlo sin las lentes. Al examinarlo, vio más objetos amontonados debajo de la mesa, una media docena, todos con la misma forma y tamaño, aunque algunos de los huesos que formaban los radios interiores presentaban variaciones.

¿Qué eran esas teclas? Rinaldo no tenía ni idea. Se parecían a lo que uno podría encontrar en uno de los antiguos santuarios que había esparcidos por lugares inaccesibles, altares que se suponía que eran ofrendas u otra tontería mitológica.

Sintió que le daban ganas de vomitar cuando comprendió para qué quería el Jefe los cadáveres. Estaba tallando… aquellas baratijas con los huesos para montar lo que había en la mesa. Rinaldo no estaba cómodo con la idea.

La muerte no era nada nuevo para él, había visto cosas mucho más escabrosas que los restos momificados de los muertos de décadas pasadas, pero ¿usar sus cadáveres para hacer aquellas cosas? No le parecía bien. Se estaba metiendo con lo que había que dejar en paz. No podía explicar lo que sentía en el estómago, una pelota gélida que se hacía más y más grande.

Era hora de tener una pequeña charla con Galia. Ella había estado en el sótano y había visto todo aquello y, aun así, no había dicho nada. Ni siquiera se lo había dicho a su buen amigo Rinaldo.

Pues era hora de hacerlo.

Miró los pequeños montones de tallas, con cuidado de no tirarlos, y cogió una de ellas por la base. Al tocarla, sintió una chispa en la punta de los dedos. Se sobresaltó, pero la sensación ya había desaparecido.

Con el extraño amuleto de hueso en el bolsillo, Rinaldo se retiró del almacén y cerró la puerta al salir.

9

DUNWALL TOWER
Día 11 del mes de la oscuridad, 1851

«Se dice que el cargo de jefe real de espionaje existe desde que ha habido emperadores y emperatrices. Sin embargo, en los primeros tiempos del imperio, las tareas de este puesto se realizaban en secreto».

—EL JEFE REAL DE ESPIONAJE
Pasaje de un documento histórico sobre puestos
y cargos de gobierno

Emily llamó a la puerta de las cámaras que ahora servían de despacho al protector real y al jefe real de espionaje, pero no hubo contestación. Sabía que a Corvo no le gustaba estar encerrado detrás de una mesa y que a menudo se quejaba de que su deber era estar al lado de la emperatriz, no lidiando con asuntos burocráticos.

«Ya podría estar ahora a mi lado», pensó.

Pero cuando se combinaban dos cargos de gobierno, la naturaleza del trabajo cambiaba. Ya no era solo su guardaespaldas. El jefe real de espionaje tenía una red de espías que coordinar. Al combinar dos cargos las responsabilidades y el papeleo que tanto detestaba se duplicaban.

Lo cual implicaba que a menudo tenía que sentarse detrás de una mesa, por mucho que le molestara. Sin embargo, el despacho estaba vacío y la puerta cerrada con llave.

Comprobó que no hubiera nadie en el pasillo, se llevó la mano al escote y tiró de la cadena de plata de la que colgaba una llave, una llave maestra que abría todas las puertas en Dunwall Tower. No le gustaba usarla y rara vez lo hacía, pero venía con el cargo y le había sido de utilidad en más de una ocasión.

Aunque no impedía que se sintiera como si estuviera cometiendo allanamiento de morada.

Giró la llave en la cerradura, meneó la cabeza y respiró hondo. Emily era la emperatriz de las Islas y Dunwall Tower era de su propiedad: podía ir donde le diera la gana.

Al menos eso se dijo al abrir la puerta y entrar en el despacho. Esperaba encontrar un horario o algo así que le dijera dónde encontrar a Corvo. No quería enviar a un guardia a buscarlo si no era necesario.

El despacho tenía forma de ele y era tan grande que los muebles parecían diminutos. Había una mesa de roble con dos sillones con reposabrazos y una silla de respaldo alto detrás. El escritorio estaba rodeado de estanterías y de una de las

paredes colgaba un enorme paisaje de un puerto urbano en plena actividad y situado a los pies de una montaña. La cima estaba partida en dos picos triangulares e irregulares.

Era la ciudad de Karnaca, capital de Serkonos. Le recordaba a Corvo su casa.

En el otro lado del despacho, frente a la mesa, estaba la cama, por lo general oculta tras un ornamentado biombo de madera. Habían cambiado el biombo de sitio, estaba más o menos en el centro de la cámara, tapando el lugar en el que, por lo que Emily recordaba, solía haber una mesa y sofás.

Emily miró alrededor y se acercó al escritorio. Su padre mantenía su lugar de trabajo ordenado, y lo poco que había encima de la mesa carecía de interés. Eran documentos tipo requerimientos, una carta del decano supremo en la que informaba al jefe real de espionaje de los avances de unos preparativos sin especificar. También le pedía disculpas por el retraso pero sin dar más detalles.

«No me sirve de mucho», pensó Emily.

Vaciló antes de abrir los cajones pero los abrió de todos modos. Papeles y poco más. Parecía que no los habían tocado en mucho tiempo. Emily cerró los cajones y se puso en jarras. Miró alrededor y el biombo de madera atrajo de nuevo su atención.

Se acercó a él y cruzó al otro lado. Tenía razón. La mesa seguía allí y también el largo sofá y un par de cómodos sillones, tal y como ella recordaba. Dio un paso hacia ellos.

No, aquella no era la mesa de siempre. La de siempre estaba pegada contra la pared opuesta y no tenía nada encima salvo un candelabro y un reproductor de audiógrafos. Corvo se había traído otra mesa, una grande y cuadrada en la que podían sentarse al menos diez personas. O más. Emily la miró y se quedó boquiabierta.

Encima había un mapa muy detallado de Dunwall. No estaba segura de la escala, no había notas en los márgenes y carecía de la leyenda de los atlas, pero cuando lo miró bien, se dio cuenta de que todas las calles, callejones y edificios estaban marcados, incluso tenían cajas individuales para mensajes y postes para los caballos.

El mapa quitaba el aliento. Era una obra de arte. El más detallado y más preciso que había visto. Sobre él había marcadores, pequeños discos de madera tallada del tamaño de un antiguo penique. Los había de cuatro colores: rojo, azul, verde y negro. Estaban distribuidos por el mapa en lugares concretos. Los rojos y los verdes en los cementerios. Los azules en las orillas norte y sur del río. Los negros parecían dispuestos al azar.

Emily no tardó en intuir qué representaban: los distintos tipos de fuerzas imperiales que trabajaban en la ciudad. Los rojos y los negros eran los decanos y los Vigilantes Ciudadanos que velaban discretamente por los cementerios. Los azules eran la patrulla del río Wrenhaven y los negros, supuso Emily, eran los espías reales de Corvo.

Más mapas y más representaciones gráficas de la ciudad a distintas escalas y nivel de detalle. Se acercó para verlas mejor y reconoció cartas de navegación del puerto

del río que mostraban en gran detalle varias islas y salientes en la desembocadura. Había un mapa de la ciudad vecina, Potterstead, aunque mucho menos detallado que el de Dunwall.

Uno en particular le llamó la atención. Lo miró de cerca pero tuvo que alejarse para entender lo que era. No se trataba de un mapa sino de planos, los planos de una casa grande y simétrica. Una mansión: grandiosa pero en restauración.

El plano estaba marcado con dos colores, uno para la estructura y otro para las reparaciones, y la hoja llevaba el sello de los permisos del departamento de urbanismo de la ciudad. Emily estudió los sellos e intentó averiguar la ubicación de la casa. Estaba en Mutcherhaven, un distrito fuera de la muralla de la ciudad, siguiendo el curso del río Wrenhaven.

Emily también vio una tarjeta de audiógrafo en la esquina superior del plano, junto con una nota en una caligrafía que Emily no conocía.

INFORME DE VIGILANCIA DE BRIGMORE
Día 10 del mes de la oscuridad, 1851

La mansión Brigmore, por supuesto. El caserón estaba a varios kilómetros de Dunwall y Emily sabía que llevaba mucho tiempo abandonado pero estaba segura de que seguía en pie. Según el permiso de obras, algo quedaba de la mansión, pues la habían comprado hacía un año y la estaban restaurando.

Miró de nuevo el audiógrafo. Tenía fecha del día anterior. Intrigada, Emily lo cogió y fue hacia el reproductor de audiógrafos que había junto a la pared. Metió la tarjeta en la ranura de la máquina y echó un vistazo al otro lado del biombo. Su instinto le decía que comprobase que ni Corvo ni nadie había entrado mientras ella husmeaba tras los paneles de madera.

Volvió junto al audiógrafo y lo accionó. No esperaba oír aquella voz.

«Informe de Jameson Curnow sobre la situación en la mansión Brigmore. Como imaginábamos, corren rumores de que algo va a pasar en la casa en un par de noches. Tenemos hombres en las tabernas de rigor, la Randy Whaler y la Seven of Bells. Incluso en las ruinas del Hound Pits Pub y también en el Golden Cat. Muchas habladurías. Parece que hay un nuevo grupo en busca de miembros y que pagan bien. Es posible que estén intentando atraer a los ex miembros de las antiguas bandas, rescatarlos de la vida anodina.

»Aún no tenemos nombres», continuó Jameson. «No sabemos qué planean pero se dice que la banda ha robado un cementerio, así que estamos bastantes seguros de que se trata del mismo grupo. La patrulla del río Wrenhaven ha hecho un buen trabajo, han visto actividades sospechosas en las plantas de procesamiento de aceite de ballena abandonadas de la calle de los Mataderos, en el matadero auxiliar Greaves 5, para ser exactos. Tenemos previsto vigilarlo pero recomiendo cautela. No queremos que sepan que vamos tras ellos. Como bien sugirió, vamos a observar qué

hacen. Va más allá del saqueo de tumbas. Si los cazamos con las manos en la masa, es posible que averigüemos qué traman en realidad.

»Enviaré otro informe cuando me haya reunido de nuevo con el comandante Kittredge. Hacen lo que pueden pero no son espías. Al paso al que se acercan, les falta solo llamar a la puerta del matadero y preguntar si hay alguien en casa. Su leal y fiel servidor, Jameson Curnow».

El audiógrafo se detuvo y expulsó la tarjeta. Emily se quedó mirándola. Tenía mil cosas en la cabeza y se preguntó qué estaba pasando.

Estaba enfadada pero también emocionada. Había descubierto muchas cosas. Para empezar, que Jameson Curnow era uno de los espías de Corvo. Era su amigo, su consejero, pero también estaba siempre pegado a Corvo.

«Ahora entiendo muchas cosas».

¿De verdad habían dado con el cuartel general de la banda? Con tantas obras y demoliciones en curso pese a los años transcurridos desde la Plaga de las Ratas, había miles de escondrijos en la ciudad. No le sorprendía que fuera un matadero de ballenas abandonado, aunque imaginaba que lo habían escogido por algo. ¿Les haría falta el espacio?

Cuando más tiempo pasaba junto al audiógrafo, más se enfadaba. El informe de Jameson era del día anterior. Desde entonces se había reunido dos veces con Corvo, Jameson, el decano supremo, Ramsey y Kittredge. Ninguno había mencionado el informe y Corvo había dicho que no sabían nada del paradero de la banda.

Emily ahora sabía que no era cierto. Corvo y sus espías, entre ellos el dulce e inocente Jameson Curnow, sabían dónde estaba la banda.

Era el colmo. Estaba furiosa. Maldijo en voz alta y su voz resonó en la cámara. Luego empezó a andar detrás de los paneles de madera, estirando el cuello a un lado y a otro y con las manos en las caderas.

Cerró los ojos y trató de pensar en lo que iba a hacer. Dejó de caminar y al abrir los ojos vio que tenía delante los planos de la mansión Brigmore.

La mansión Brigmore. Jameson había dicho que la tenían vigilada y que el plan de Corvo, fuera el que fuera, seguía en marcha.

Quedaba descartada. Demasiado arriesgado, y no tenía suficiente información. Vagar por una mansión en obras fuera de la ciudad sin saber lo que buscaba le parecía una pérdida de tiempo.

Volvió al audiógrafo y se paró a pensar. Metió la audiocarta en la ranura y escuchó el mensaje por segunda vez.

Ahí estaba. Matadero auxiliar Greaves 5, en la calle de los Mataderos.

Sabía dónde estaba y sabía que los ladrones de tumbas estaban allí.

Era hora de ponerle fin a aquello, de actuar allí donde Corvo no parecía tener intención de hacerlo.

Al salir de la recámara de Corvo, mientras regresaba a sus aposentos, pensó que tal vez la empujara la ira. Llevaba demasiado tiempo encerrada en la torre y el

aburrimiento y la frustración la estaban volviendo loca. También era consciente de eso.

Pero… era muy capaz. Más que capaz. Necesitaba descubrir qué estaba pasando en su ciudad y Corvo y sus agentes necesitaban toda la ayuda que pudieran conseguir. Emily había visto a los ladrones, les había tomado la medida.

Sabía que podía con ellos.

Lo que significaba que era hora de salir e iniciar su propia investigación. A la calle de los Mataderos. Al matadero auxiliar Greaves 5.

10

MATADERO DE BALLENAS AUXILIAR GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 12 del mes de la oscuridad de 1851

«La ballenera Greaves creció rápidamente, absorbiendo a sus rivales hasta dominar el negocio. En sus momentos de mayor esplendor, la compañía empleó a más de 300 trabajadores, sin incluir a los niños que desempeñaban papeles menores, aunque a menudo trágicos. Todos aquellos relacionados con la refinería eran fácilmente reconocibles por sus uniformes industriales de cuero de pies a cabeza y las máscaras que llevaban para protegerse de los vapores».

—LA CASA BALLENERA GREAVES
Pasaje de un libro sobre las compañías sólidas de Dunwall

Emily llegó a la calle de los Mataderos sin mucha dificultad gracias a que conocía las posiciones de los Vigilantes Ciudadanos, la patrulla del río Wrenhaven y de los espías de Corvo, cortesía del mapa que había encontrado en la recámara del jefe real de espionaje. Sin embargo, cuando se topaba con una patrulla, tenía que desviarse y coger rutas alternativas, agacharse y esconderse en los tejados cuando las luces de los barcos recorrían los edificios de ambas orillas.

Como resultado, tardó más de lo que le hubiera gustado en llegar a su destino.

El matadero de ballenas auxiliar Greaves 5 era un edificio muy grande, tan alto como largo, que ocupaba el equivalente a una manzana de la ciudad y tenía pintado un número descolorido en lo alto de uno de sus laterales. La parte de atrás se prolongaba hacia el río. La instalación contaba con su propio embarcadero para poder meter a las ballenas directamente en la fábrica a través de unas colosales puertas. Una vez dentro, se extraía el aceite de las criaturas, vivas, de un modo lento y doloroso. Suspendidas sobre los tanques, su piel se secaba y se tornaba gris.

A Emily no le gustaba y, aunque como emperatriz no podría decirlo nunca en voz alta, se alegraba de que la industria ballenera estuviera moribunda. Gracias a Sokolov y a Piero disponían de nuevas tecnologías. Los dos científicos formaban de mala gana muy buen equipo en la Academia de Filosofía Natural.

El declive de la industria era también responsable de la lenta desintegración de la calle de los Mataderos. Al mirar el imponente lateral del edificio donde el nombre de la empresa lucía otrora orgulloso y que ahora no era más que un palimpsesto, Emily se preguntó cuánto llevaría vacío. ¿Diez años? Puede que más. El lugar estaba intacto pero decrépito.

Y sin vigilar. Era fácil colarse dentro.

Siempre precavida, eligió entrar por la parte del río, saltando la verja paralela al dique y trepando por las vigas oxidadas que reforzaban la parte inferior del

embarcadero. Estaba muy oscuro y era difícil moverse pero al final llegó a las puertas gigantes, dando gracias por no haberse caído al agua.

Las puertas principales estaban cerradas. Había una puerta más pequeña en la pared para uso de los empleados de la fábrica. Alcanzó la parte superior del embarcadero, se acercó y sopesó sus opciones.

Porque la fábrica no estaba vacía.

Ahora que estaba cerca podía oírlos trabajar. El martilleo de metal contra metal, cadenas contra el suelo. Las fábricas estaban insonorizadas, no porque el proceso de extracción del aceite fuera ruidoso, sino para que los vecinos no oyeran los terribles gritos y alaridos de los pobres animales durante la extracción.

Emily fue hacia la pequeña puerta y pegó la oreja. Dentro había mucha gente, trabajando.

—Por todas las Islas, ¿qué está pasando aquí?

Descartó entrar por la pequeña puerta. Miró alrededor en busca de opciones y encontró una salida de incendios no muy lejos. La estructura de metal ascendía en espiral por el lateral plano de la fábrica. Los tramos de escalera y los descansillos se correspondían con las plantas del edificio y había una puerta en cada uno. La plataforma más baja era más alta que su cabeza y los fascinantes peldaños lejos de su alcance.

Entonces Emily vio unas tuberías de hierro que salían de la pared un poco más lejos y corrían horizontales a lo largo del edificio hasta desaparecer en la oscuridad. Cañerías de aguas residuales, posiblemente.

Servirían.

Se armó de valor y echó a correr hacia ellas. Saltó y con un pie se impulsó más alto y se estiró para cogerse al último peldaño de la escalera de incendios. Se aferró a él con los guantes acolchados pero la escalera no se movió, el óxido no se lo permitía.

Colgada del peldaño, Emily no perdió el tiempo. Se sujetó con ambas manos y se retorció hacia la pared de la fábrica. Empezó a columpiarse hacia delante y hacia atrás para coger impulso. Luego, cuando lo consideró oportuno, se soltó, le dio una patada a la pared de la fábrica y giró en el aire para coger la plataforma que tenía encima. La inercia estaba de su parte y la aprovechó para subirse a la plataforma.

Lo difícil ya estaba hecho. Se volvió hacia las escaleras y comenzó a subirlas. No se detuvo hasta que llegó a la puerta del último piso, a una altura de vértigo.

Estaba atascada pero cedió a la presión constante del hombro de Emily. Se abrió renqueando y ella entró.

Una vez en el interior la sorprendieron el ruido y el calor. La puerta daba a una grúa cerca del techo. Formaba una galería de raíles que orbitaba por toda la periferia del matadero y de la que a intervalos surgían escaleras de hierro negro que transcurrían por los laterales de los despachos, un bloque enorme de varios pisos que emergía de la planta de la fábrica, con ventanas en tres laterales desde las que observar las labores de los empleados.

Emily echó un vistazo y no vio movimiento en los despachos. Se arrodilló. Luego se tumbó boca abajo y reptó por la galería hasta llegar al borde. Se asomó y el calor ascendente le hizo torcer el semblante y entornar los ojos por la luz amarilla naranja. En lo alto resonaban los sonidos de los pisos inferiores. Se puso la capucha y miró abajo.

La planta de la fábrica era un hervidero de actividad. En el centro estaba uno de los enormes tanques de aceite de ballena. Era una balsa rectangular de unos cien metros de largo por treinta de ancho. Era la fuente del calor y de la luz.

Estaba llena de un líquido brillante con ondulaciones densas como las del vidrio fundido. En el borde del tanque había varios hombres, sus siluetas dibujadas en un resplandor rojizo. Llevaban unos palos largos en la mano con los que removían la sustancia densa y sinuosa. De vez en cuando una burbuja asomaba a la superficie, haciendo que el líquido escupiera como la lava, y mostrando un interior aún más ardiente y brillante. Le pareció que los hombres llevaban máscaras y capuchas protectoras.

Había otros trabajando en la planta, montando una plataforma adaptada de uno de los soportes para ballenas que colgaba sobre el tanque. Habían desmontado parte del soporte. Las cadenas y la horquilla yacían por separado en el suelo mientras los hombres llevaban piezas de un lado para otro, cortaban la cadena y las riostras en nuevas secciones y volvían a ensamblarlas para hacer otra cosa completamente distinta.

Emily contó unos veinte hombres trabajando. Eran demasiados incluso para ella.

Notó que unas vibraciones recorrían su cuerpo tumbado sobre la plataforma y al mirar a la izquierda vio a otros dos hombres caminando por la galería de hierro dos pisos más abajo. Iban vestidos como los demás pero las máscaras colgaban con holgura de sus cuellos y no llevaban puestas las capuchas. Uno de los hombres estaba bebiendo de una cantimplora y al terminar se la ofreció a su amigo.

No iba a poder enfrentarse a la banda pero sí recabar información. No solo se dedicaban a robar tumbas. Esto iba mucho más allá de lo que esperaba. Cualquier cosa que descubriera le sería de utilidad a Corvo.

Emily se retiró entre las sombras, contra la pared, y avanzó sin hacer ruido por la galería, hacia las escaleras y los dos hombres de la plataforma de abajo.

A medida que se acercaba empezó a llegarle la conversación. Emily avanzó de puntillas, se agachó y se escondió en un rincón junto a las escaleras para ver y oír, dando las gracias a la luz que manaba del contenido hirviente de los tanques de abajo y que producía sombras muy profundas.

El segundo hombre le dio un buen trago a la cantimplora, se limpió la boca y se la devolvió a su dueño, que la agitó y la puso boca abajo. Apenas cayeron un par de gotas.

—Sí, gracias, eso ha estado bien —dijo enroscando la tapa y echándose la

cantimplora al hombro para que le colgara a la altura de la cadera.

—Oye, has dicho que podía darle un trago. Estoy pasando un calor de mil demonios con este trabajo.

—Te he ofrecido un trago —contestó el otro—, pero no te he dicho que te la acabaras.

El amigo se apoyó en la barandilla y no hizo ni caso de las protestas del dueño de la cantimplora.

—¿Cuánto crees que queda?

El otro se ajustó la tira de la cantimplora.

—Cuanto más, mejor, amigo mío. Cuanto más, mejor.

—¿En serio?

—Es dinero. Cuanto más tiempo me necesiten, más me llevo.

Su amigo se echó a reír.

—Estás loco. El calor te ha dejado tonto.

—Qué va. Se te olvida que soy de Karnaca. ¿Te parece que aquí dentro hace calor? Yo allí trabajaba en las minas de plata. Eso sí que era pasar calor. ¡Y el polvo! ¡No veas la polvareda! ¿Sabes que en Karnaca hay un barrio del polvo? Como te lo cuento. Hay un barrio entero de Karnaca enterrado en polvo.

—Ya —dijo su amigo—. En Serkonos tenéis mucha imaginación. ¿El barrio del polvo? Venga ya…

Se echaron a reír.

En las sombras, Emily frunció el ceño. Su cháchara no le servía de nada y estaba perdiendo un tiempo valioso. Lo que de verdad necesitaba era bajar a la planta de la fábrica y echar un vistazo de cerca. Para eso le hacía falta un disfraz.

Un uniforme con máscara y capucha sería ideal.

Observó a los hombres que estaban junto a la barandilla. El de la cantimplora era demasiado grande. Le sacaba por lo menos una cabeza. Pero su compañero era más menudo y delgado, como reflejaba su ropa. Algo en aquel uniforme le traía recuerdos, pero no lograba identificar de qué exactamente, así que se centró en lo que había venido a hacer.

Esperó un momento, aguardando el momento oportuno. Su paciencia fue recompensada.

—Ten —dijo el hombre de la cantimplora. Se quitó el asa por encima de la cabeza y se la pasó a su compañero—. El que se la acaba la rellena —dijo dándole golpecitos en el hombro con la cantimplora—. Ve a la cisterna de lluvia. Debería estar llena con la que cayó anoche.

—Lo que tú digas —dijo el hombre menudo cogiendo la botella y volviéndose. Se encaminó en dirección al escondite de Emily, junto a las escaleras. Ella contuvo la respiración para no moverse y hacerse lo más pequeña posible. A menos de un metro, el hombre cogió el pasamanos de las escaleras, le dio la espalda y comenzó a subir.

No llegó muy lejos. Emily se despegó de la pared y se le abalanzó por detrás

cuando iba a por el primer peldaño. Le rodeó el cuello con el brazo y apretó.

Un gruñido y el hombre quedó inconsciente en cuestión de segundos. Todo el peso de su cuerpo cayó sobre Emily, que se agachó y se lo deslizó sobre los hombros. Pesaba un quintal pero no le hacía falta ir muy lejos. Encorvada bajo el peso, Emily dio media vuelta y regresó a la esquina junto a la pared. Dejó al hombre contra la pared y se puso manos a la obra. Desabrochó las hebillas de las tiras de cuero de la túnica con la nariz casi pegada a la máscara que le colgaba del cuello.

Entonces se detuvo en seco.

Alzó la vista y echó atrás la cabeza cuando por fin lo recordó. Había visto antes aquel uniforme. Y la máscara, la máscara la llevaba grabada en la mente para siempre. Había estado tan concentrada en el presente que no se había dado cuenta de quiénes eran aquellos hombres.

Eran la banda de los Balleneros, el grupo de criminales más secreto y peligroso de Dunwall. No eran una simple banda, sino mercenarios, asesinos a sueldo.

Los dedos de Emily cayeron de la túnica. El corazón se le iba a salir del pecho y tenía un nudo duro y caliente en la garganta.

Los Balleneros habían matado a su madre. Habían puesto fin a su vida delante de ella cuando solo tenía diez años. Lo hicieron por encargo de Hiram Burrows, el jefe real de espionaje de aquel entonces. Ayudaron a instigar un golpe de estado que derrocó a la emperatriz Jessamine Kaldwin e inició un reinado de terror que solo acabó cuando Corvo mató a Burrows.

Se obligó a respirar. Respirar. Respirar. No disponía de mucho tiempo. Había ido allí a investigar a la banda, a recopilar información para Corvo. Ahora ella era la emperatriz y estaba decidida a proteger su cuidad lo mejor que pudiera. Pero le picaban los ojos y los tenía llorosos. Inspiró hondo, cerró los párpados y ordenó a sus manos que dejaran de temblar.

«Balleneros. Otra vez en Dunwall. Los Balleneros han vuelto».

Abrió los ojos y dejó escapar el aire muy despacio, contando mentalmente los segundos. Apretó los dientes y redobló su empeño por desabrochar las hebillas del uniforme del hombre inconsciente.

Sí, Balleneros. Ya había descubierto una cosa, y el hecho de que lo fueran era otro incentivo más.

No podía permitir que los Balleneros volvieran a derrotar a los Kaldwin.

El hombre apoyado en la barandilla se irguió al oír pasos pero no se dio la vuelta.

—Qué rápido has vuelto —dijo. Al no recibir respuesta, se volvió.

No había nadie.

«Hmm». Imaginaciones. Miró hacia arriba, intentando ver adónde se había ido su compañero. Imposible que hubiese llegado a la cisterna tan rápido. Miró hacia abajo y se volvió sobresaltado.

Tenía a su compañero detrás. A saber por qué, se había puesto la máscara.

—¡Pero bueno! No me des esos sustos —dijo el hombre en la barandilla—. ¿Has llenado la cantimplora?

El otro meneó la cabeza.

—Y ¿a qué esperas? ¿A recibir una invitación firmada por la emperatriz de las Islas? —Despachó a su amigo con un gesto de la mano y se dio media vuelta.

De repente, un brazo menudo pero muy fuerte le rodeó el cuello y apretó. El hombre cogió el brazo y tiró de él con ambas manos pero ya le habían cerrado la tráquea. Le golpearon las rodillas por detrás y no pudo evitar que lo arrastraran hacia atrás, por la plataforma, hacia las sombras.

El hombre y su amigo se estaban echando una buena siesta, amordazados y encerrados en uno de los despachos de la fábrica. Emily se ajustó las tiras de la máscara de Ballenero en la parte de atrás de la cabeza para asegurarse de que la llevaba bien puesta. Respiró hondo a través del caucho y se dirigió a la planta del matadero.

Merodeando entre las sombras, observó trabajar a los hombres. Abajo el calor que desprendía el tanque era impresionante. Pese a la gruesa capa de cuero y de caucho de la máscara, le ardían las mejillas. Nadie hablaba. Estaban concentrados en su misión. Además, el ruido hacía imposible conversar.

Íbamos mal. Emily quería descubrir qué tramaban, pero si no hablaban no había nada en la planta que no hubiera podido observar desde su posición segura arriba, en la galería de hierro.

Sopesó sus opciones. No le gustaron.

A lo mejor encontraba algo en los despachos. Emily se dio la vuelta en dirección a las escaleras, feliz de no haber sido descubierta.

—¡Eh, tú!

Se detuvo con el pie todavía en el aire y alzó la vista. En la plataforma de arriba había otro Ballenero, uno con una chaqueta de cuero rojo sucio, no verde o marrón como la de los demás (o como la que ella había tomado prestada). Aquel Ballenero era una mujer, la única en la banda, por lo que había visto Emily. Era joven, de unos treinta años. Las bolsas que tenía bajo los ojos decían que había tenido una vida dura. Llevaba el pelo corto y rubio y no parecía que se lo hubiera lavado desde hacía mucho tiempo.

Emily contuvo la respiración y apretó los puños. Podía llevarse a uno por delante, aunque no iba a servir de mucho. Los demás se le echarían encima al instante.

Estaba atrapada.

La Ballenera bajó las escaleras y se le acercó.

—Arriba —dijo. Dio una vuelta alrededor de Emily y recogió un trozo de tubería descartada de la estructura que estaban construyendo. Se dirigió de nuevo a las escaleras y arrastró la tubería por los barrotes de la barandilla de hierro para llamar la atención de los demás.

—Ha llegado la hora —gritó, y les indicó que se acercaran a ella. Se dio la vuelta y subió las escaleras, sin mirar siquiera a Emily, que no se había movido del sitio.

La emperatriz la siguió y se le aceleró el pulso al ver que iba en cabeza del grupo. Siguió a la líder de la chaqueta roja y entró en el despacho de la galería del segundo piso. Era un lugar amplio y estaba vacío. Los muebles habían desaparecido hacía mucho. La mujer del abrigo se puso donde todos las vieran y se volvió hacia ellos con los brazos cruzados. Los miembros de la banda la rodearon, con Emily en el centro.

Entonces se abrió la puerta de la parte de atrás y entró un hombre.

Emily por fin respiró. Sus ojos, ocultos tras la máscara, se abrieron de sorpresa. El hombre no llevaba uniforme de Ballenero, su ropa no se parecía en nada a la de los demás. Llevaba un enorme gabán grueso y pesado de lana. Pero lo más extraño era la cara, o más bien, su modo de ocultarla. No llevaba máscara, sino una gruesa bufanda a la que le había dado cuatro o cinco vueltas. Sobre la bufanda, unas lentes protectoras, circulares y tintadas de rojo brillante. Para rematarlo, lucía un sombrero negro con el ala muy ancha y circular.

El hombre tenía que estar cociéndose en su jugo con el calor que hacía en la fábrica pero no daba muestras de incomodidad. Miró a los Balleneros de arriba abajo, aunque era imposible saber hacia dónde miraba exactamente. Emily notó que los ojos se le iban a las lentes, al reflejo curvo, rojo y deformado de sí misma y de los demás que veía en ellas.

La cabeza le dio vueltas un instante y entonces…

Ve…
Un trono.
Un cuchillo.
Una tormenta que azota Dunwall Tower. Rayos silenciosos.
Lo único que oye son carcajadas. Es su propia risa.

Emily parpadeó y se meció sobre los talones. Notó en la boca el sabor amargo de la bilis. La visión…

Se había esfumado, como si nunca hubiera existido. Parpadeó de nuevo y se concentró en el hombre que estaba hablando. Debía de haber sido el calor, el hedor a caucho de la máscara, la adrenalina que le corría por las venas.

—El trabajo progresa a gran velocidad —dijo el hombre con voz profunda, seca y un poco amortiguada por la bufanda—. El plan avanza según lo previsto.

Emily parpadeó de nuevo. La habitación se movía un poco pero se le estaba pasando.

—Estamos listos para la siguiente fase de la operación —prosiguió el hombre—, para la que necesitaremos más material.

Los hombres musitaron brevemente. Junto a Emily, un par de Balleneros con las máscaras levantadas se miraron y no parecían muy contentos. La líder de la chaqueta roja dio un paso adelante con las manos en las caderas.

—¡Basta! —gritó. Los trabajadores se callaron—. Se os paga más de lo que valéis y haréis lo que el Jefe os diga, ¿entendido?

Tras decirlo miró al hombre del abrigo. Él asintió. Luego la Ballenera se dirigió otra vez a ellos.

—Necesitamos más material y vamos a conseguirlo. Yo encabezaré la expedición, con Rinaldo. Será un trabajo fácil, entrar y salir, en la cripta de una mansión fuera de Dunwall. Está en ruinas y abandonada desde hace años, así que nadie nos molestará. Pero estad atentos.

Se hizo el silencio. Todos los ojos y las máscaras miraron al extraño hombre del enorme gabán. La Ballenera de la chaqueta roja hizo una pausa y asintió.

—Sí —dijo despacio—. Debemos estar preparados.

Luego alzó la vista hacia las lentes rojas, y a Emily le pareció que se balanceaba un poco. Miró al hombre, miró en sus lentes y sintió que ella también se balanceaba y…

Ve…

El salón del trono. Sucio. Polvoriento. El suelo es de otro color y está mojado. Brilla con los relámpagos como si no hubiera tejado, como si el palacio estuviera en ruinas y a merced de los elementos.

Ve…

A Corvo, que sonríe. Sonríe mientras el hombre al que sujeta con un brazo alrededor del cuello se resiste y patalea. El prisionero habla, agita los brazos, pero Emily no le oye. Solo se oye a sí misma riéndose.

Su risa.

Corvo sonríe de nuevo y degüella al prisionero, el decano supremo. El cuerpo cae al suelo y lo inunda de sangre, sangre que se mezcla con la de los cuerpos que cubren las paredes del salón del trono. La corte imperial al completo ha muerto a manos del protector real.

Y de su emperatriz.

Solo oye su risa. Su propia risa.

Cae la luz del rayo y…

Emily tragó saliva y notó calor y fuego en la garganta. No se encontraba mal, más bien… mareada, desorientada. Era como si el mundo estuviera bajo el agua. Tenía calor. Quería quitarse la máscara, respirar una bocanada de aire más fresco, más puro que el que pasaba por el respirador. Pero no podía.

Así que tragó saliva e intentó tranquilizarse. Obligó a su corazón a latir más despacio para que no se le saliera del pecho. Esta vez sí que recordaba lo que había visto.

Parpadeó y salió de su ensoñación cuando los Balleneros empezaron a dispersarse. La líder de rojo y un hombre con la máscara subida, negro, con una enorme sonrisa y perilla, empezaron a organizar la banda en grupos. Emily no entendía qué estaba pasando. ¿Se había perdido mucho? Pero se colocó con los demás y en breve estaba en un grupo de doce.

Se sentía mejor, se le estaba aclarando la cabeza. El hombre del gabán había desaparecido. Emily sintió alivio. Algo en él no le gustaba. No era solo su aspecto. Era como si emanara de él un aura, un poder. Tenía un halo que la ponía enferma y

que… le hacía ver cosas.

Se pasó la lengua por los labios. Cuánta tontería. Era el calor, el olor químico del respirador. Aun así, era un alivio que el hombre no fuera con ellos.

Poco después los Balleneros empezaron a salir del despacho, bajaron a la planta del matadero y entraron en un almacén lleno de armas. Cada cual empezó a escoger lo que quería llevarse. Herramientas, cuchillos y pequeñas ballestas atadas a la muñeca. Emily los imitó y cogió una pequeña ballesta.

«Estad preparados», había dijo el hombre.

¿Preparados para qué? Emily sabía que la casa, Brigmore, estaba abandonada y vacía. Sin embargo el hombre del abrigo sospechaba que iban a encontrar resistencia. ¿Acaso sabía que el plan de Corvo era atacarlos allí?

Demasiado tarde. Emily formaba parte de aquello. Aunque al menos iba a descubrir a qué se dedicaba la banda.

Mientras los Balleneros empezaban a salir de la fábrica, pensó en el hombre del abrigo y en lo que había visto en la superficie de sus lentes.

Una visión de Dunwall en ruinas, de ella no como emperatriz, sino convertida en tirana, y Corvo no como protector real, sino como verdugo real.

INTERLUDIO

UTYRKA, TYVIA
Mes sin determinar, 1848-1849

«No temo al Vacío, ni me preocupa la santidad espiritual de los débiles. Pues ahora soy su heraldo, su elegido, tras haber visto su sublime bóveda, donde se alimenta eternamente de la sustancia del Vacío».

—*LLAMADA A LAS ESFERAS*, VOL. 3
Pasaje de una obra de ficción, capítulos finales

El túnel era largo, bajo y estaba oscuro como la noche salvo por la leve luz amarilla que bailaba a lo lejos. Estaba bajo tierra, un pasaje excavado en el permafrost de la meseta de la tundra.

Zhukov se estrujó hacia delante, arrastrándose con los codos, intentando que las puntas gastadas de sus botas hicieran tracción contra el suelo. No era ningún enclenque pero el pasaje era diminuto. Cabía a duras penas. El pensar que tenía encima treinta metros de hielo y roca tratando de aplastarle no ayudaba a que se sintiera de mejor humor.

Un baño de escombros le cayó en la cara y se detuvo, farfullando, incapaz de mover los brazos para limpiarse la sal que le escocía en los ojos. Parpadeó entre las lágrimas para ver las botas de Milosch empujando por el túnel delante de él.

—¡Eh! —dijo Zhukov. Su voz no llegó muy lejos. Reflejaba cómo se sentía.

Atrapado.

Menos mal que no era claustrofóbico. Porque arrastrarse por un túnel de hielo, a oscuras, no era apto para miedosos.

Milosch le contestó pero Zhukov no logró entender lo que le había dicho. De hecho, Milosch apenas había dicho nada desde que emprendieron el viaje. Zhukov solo sabía que Milosch había encontrado una cosa y que pensó que a Zhukov le gustaría verla.

Zhukov esperó a que su guía avanzara unos centímetros más con la esperanza de no comerse otra lluvia de hielo salado y terroso antes de volver a ponerse en marcha. Durante unos segundos no pudo moverse porque se quedó atascado, pero respiró y notó que las paredes cedían. Empujó hacia delante y se movió otro poco. Soltó el aire, consciente de que no había espacio para que su caja torácica se expandiera a su tamaño normal. Cuanto más se adentraban en el pasaje, más superficial era su respiración.

Se preguntó cuánto tardarían en percatarse de su ausencia en el campamento. Le parecía que llevaban horas gateando, pero el campamento dormía.

Los dos llevaban más de diez años trabajando en la mina de sal de Utyrka. Zhukov había oído hablar de la mina antes de que lo enviaran a ella. Todos en Tyvia conocían su reputación. Era el campo de trabajo más duro, el destino de los peores

criminales, de los más duros. De los asesinos en masa y de los asesinos en serie, de los que se decía que algunos eran también caníbales. Y también de gente como él, traidores, que habían cometido el peor crimen inimaginable.

Traición.

Allí en Utyrka, el campo más duro de todos, trabajaban hasta morir en la mina de sal, en la oscuridad, bajo tierra, en las entrañas de la tundra.

Solo que a Zhukov le gustaba el trabajo. Sí, estaba oscuro pero le gustaba la oscuridad, y la realidad era que tenían luz de sobra para extraer la halita de las paredes de la mina con un pico y un taladro. La sal estaba dura como la roca pero a Zhukov no le importaba. Usaba el trabajo para mantenerse fuerte y en forma para cuando llegara el momento.

El momento de marcharse.

La mina de sal también era claustrofóbica pero eso tampoco afectaba a Zhukov. En la mina abundaban los espacios confinados pero la mayoría eran cavernas gigantescas con techos tan altos que eran invisibles, que desaparecían en la oscuridad a cientos de metros por encima de su cabeza.

Sí, a Zhukov le gustaba trabajar en la mina. Había trabajado en ella durante años, arañando pacientemente las paredes mientras a su alrededor los demás caían. El trabajo destruía su cuerpo y la sensación de estar atrapados en un mundo oscuro que se desplomaba sobre ellos acababa con sus mentes.

Milosch llegó a la mina pocos meses después que Zhukov. Meses después, Zhukov y él eran los únicos que quedaban de la pandilla original de mineros. Trabajaron juntos durante años y años.

Entonces, hacía unos pocos meses, Milosch le dijo que había encontrado una cosa. Les habían enviado a él y a otros tres a probar un pozo exploratorio en una zona nueva de la mina.

Milosch regresó solo. Informó a los jefes del campo de trabajo de que la zona era inestable y no apta para la minería y que sus dos compañeros se habían despeñado de unas rocas.

Los jefes del campamento confiaron en su palabra. A Zhukov le contó una historia muy distinta, la de un túnel que no era natural, sino que había sido excavado a mano en la sal, oculto en la parte de atrás de una caverna gigante. Zhukov no preguntó qué le había sucedido a sus compañeros y Milosch nunca se lo explicó.

Esperando. Dos meses. Tres. Para estar seguros. Cuando tuvieron la certeza de que los jefes del campo no tenían el menor interés en el pozo, Milosch le mostró el camino. Salieron de sus barracones de noche, caminando por el frío cortante y mortal hasta la mina. Bajaron con Milosch delante, hacia su caverna, hacia el pasaje. Tal y como le había dicho, era obra del hombre. Un túnel cuadrado excavado en la sal. Al principio era ancho pero no tardó en estrecharse más y más. Terminaba en un túnel tan estrecho que había que arrastrarse como una serpiente para poder atravesarlo.

Pero Milosch era muy insistente. Dijo que al otro lado había una cosa que quería

mostrarle. Podía ser una trampa, pero si Milosch quería librarse de él, había modos más fáciles de hacerlo.

Zhukov era famoso en el campo. Llevaba años allí, más que los jefes que enviaban de la academia militar para gobernar el lugar. Algunos prisioneros decían que había sido un héroe del estado pero nadie se lo creía. Corrían historias y rumores y eran más que suficiente. Los demás le dejaban en paz por respeto a su veteranía, cuando no a las leyendas que se contaban de él.

Milosch era la excepción. Tenía la misma edad que Zhukov o un par de años más. Tal vez no fueran amigos pero sí tenían cierta afinidad. Milosch nunca le preguntó a Zhukov quién era o qué había hecho para acabar en Utyrka, ni tampoco le contó nunca por qué lo habían enviado a él allí. Zhukov no se lo preguntó porque no le importaba. No le habría creído de todas maneras, ya sabía cómo eran los campos de trabajo.

Era perfectamente posible que el hombre fuera un topo, un agente enviado por los jueces supremos para matar a Zhukov, para eliminar a alguien que consideraban un problema, una vergüenza, por mucho que lo hubieran escondido en la tundra. Zhukov era un problema porque era un superviviente. Sospechaba que era el prisionero más veterano de todos los campos, posiblemente de toda la historia de Tyvia. Ese era el problema. Los jueces supremos le estaban observando y se estaban poniendo nerviosos.

Tenían miedo.

Mientras reptaba por el túnel, Zhukov decidió que no estaba seguro. Tal vez Milosch no fuera un agente. A lo mejor lo habían enviado al campo por ser un asesino en serie y un caníbal y no había matado a Zhukov al aire libre porque quería comerse sus sesos en privado.

O a lo mejor había encontrado algo. Tal vez quisiera enseñarle su maravilloso descubrimiento al único hombre en el campo en el que podía confiar.

Zhukov.

Notó un temblor y cayó otra lluvia de hielo y tierra, y sintió una corriente fría en la cara. A los pocos minutos, el rostro se le llenó otra vez de sal, aunque esta vez una mano enguantada acudió en su ayuda.

Zhukov aceptó la mano y, con ayuda de Milosch, emergió del pasaje. La cámara era pequeña; débiles parpadeos azules brillaron en la linterna de minero de aceite de ballena de Milosch al encenderla. La luz se reflejaba en las paredes de hielo y de piedra. Estaban tan cerca que Zhukov podía tocarlas si se ponía de pie en el centro y extendía los brazos. El techo era invisible. Milosch apuntó con la linterna hacia arriba y dijo algo pero Zhukov no le estaba escuchando. Lo único que había sobre sus cabezas era oscuridad. Como si fuera el cielo abierto.

—Te lo dije, amigo mío. Te lo dije —dijo bajando el brazo y acercándose a la pared. La luz jugaba en la superficie—. Había oído hablar de sitios como este, pero ¡mira que encontrar uno aquí! Es increíble. Es del todo increíble.

Zhukov dio un paso hacia la luz. En la pared de enfrente había sal. Sal tallada a mano en forma de dos columnas situadas a ambos lados de un estante. Tenía una superficie de metro ochenta y otro metro y medio dentro de la pared de sal. Tanto el estante como los pilares estaban tallados y decorados con delicadas inscripciones. Era una obra notable. Habían esculpido la sal con tanto esmero como el mármol perfecto que decoraba la ciudadela del pueblo en Dabokva. ¿Cuánto llevaba el santuario allí? Zhukov no lo sabía. Bajo tierra, a oscuras en el hielo, podían haberlo tallado ayer o hacía mil años.

En el centro del estante había una cosa aún más increíble. Un cuchillo. Era de bronce y tenía dos hojas rectas y gemelas de treinta centímetros de largo cada una. Resplandecían a la luz de la linterna de Milosch y los reflejos que emitían cautivaron la atención de Zhukov. Parpadeó, confuso por un instante. Era un truco de la luz, tenía que serlo. El reflejo de las hojas no era azul, sino rojo profundo, y cuando cerraba los párpados veía siluetas que se movían tras ellos que no podían ser ecos de la luz.

Zhukov se acercó al estante y pasó el guante por la superficie de hielo salado. Sintió el frío pese a las gruesas capas de tejido.

De repente notó y oyó un zumbido feroz en sus oídos. La sangre corría y sonaba como un océano lejano, un mar que no había visto en quince años.

Los reflejos del cuchillo eran rojos, luego amarillos, luego rojos otra vez.

De los confines del tiempo le llegó el rugido de un incendio, de un infierno en llamas.

—¿Es que no lo ves? —le decía Milosch, pero era como si hablara desde detrás de una puerta, de una colina, a miles de kilómetros. Como si le gritara al viento—. Es un altar dedicado a él, ¡al Forastero! Eso significa que sus seguidores estuvieron antaño aquí y ahora ya no están. Tiene que haber más túneles, túneles hacia el exterior, que lleven lejos de Utyrka. —Milosch le lanzó una mirada airada—. Eh, ¿me estás escuchando?

Zhukov asintió. La presión en su cabeza iba *in crescendo* y su manó buscó el cuchillo. En cuanto sus dedos rozaron la empuñadura, el ruido cesó. Fue tan repentino, se hizo un silencio tan profundo, que le dolió y lo dejó perplejo.

—Hay otra salida —dijo Milosch—. Escucha, si encontramos los otros túneles, si hay alguno que atraviese las montañas, podremos escapar. Si viajamos bajo tierra no tendremos que enfrentarnos a los osos ni a los lobos y aquí hace un poco más de calor aunque estemos helados.

—Algo más de calor, sí —susurró Zhukov. Sin apartar la vista del cuchillo, levantó la mano, se quitó el guante y la estiró para coger la empuñadura. Sus dedos desnudos se curvaron a su alrededor. Hacía calor, calor que ascendió por la mano y el brazo de Zhukov e inundó todo su cuerpo. Calor. Calor de sangre.

—¿Zhukov?

Se volvió y Milosch dio un paso atrás. Zhukov bajó la vista y se dio cuenta de que

llevaba el cuchillo en la mano. Estaba caliente. Al mirarlo vio que por entre los dedos de su apretado puño caían gotas de sangre.

Oyó un susurró. Venía de atrás, de alguna parte. Había alguien detrás de él, una presencia. Una voz que le hablaba, le susurraba una canción al oído.

Milosch frunció el ceño y levantó las manos.

—¿Me estás escuchando, Zhukov? He dicho que hay un modo de salir de aquí. ¿Zhukov? Zhukov, ¿me oyes?

Zhukov asintió y ladeó la cabeza, escuchando la canción, viendo cómo bailaba el fuego delante de sus ojos.

La voz susurró. El cuchillo le cantaba.

Se lo contó todo.

Le dijo lo que tenía que hacer y cómo tenía que hacerlo.

—Sí —dijo Zhukov, asintiendo de nuevo—. Sí, hay un modo de salir de aquí.

Dio un paso adelante y hundió el cuchillo en el vientre de Milosch. Los ojos del otro hombre se abrieron de par en par, se tambaleó y sus piernas cedieron. Zhukov se acercó más, hundiendo más la hoja, manteniendo a Milosch de pie. Acercó el rostro al de Milosch hasta pegar nariz con nariz. Le miró a los ojos y vio las sombras bailar entre las llamas, la silueta, la presencia, de pie detrás de él.

Milosch farfulló; movía la mandíbula cuando Zhukov movía los filos dentro de su cuerpo, retorciéndolos, hundiéndolos. Milosch tosió y le salpicó de sangre la cara.

—Sí —repitió Zhukov—. Sí, hay un modo de salir de aquí.

Luego retrocedió y sacó el cuchillo. Milosch se desplomó en el suelo de la cámara de hielo y no se movió. Sus dedos soltaron la linterna, que empezó a rodar por el suelo, y el pequeño tanque de aceite de ballena se soltó un poco. Bajo la luz parpadeante, los ojos moribundos de Milosch miraron fijamente a Zhukov y abrió la boca con expresión de sorpresa y de terror.

Zhukov hizo caso de la canción susurrada en su oído. Se arrodilló junto al cadáver y se puso manos a la obra.

SEGUNDA PARTE

Talismanes de bruja

11

MANSIÓN BRIGMORE, DISTRITO MUTCHERHAVEN
Día 12 del mes de la oscuridad, 1851

«Las calles adyacentes ya son otra cuestión. En concreto, Bottle Street y la destilería de whisky de Old Dunwall están controladas por Slackjaw y su banda. Poco se sabe sobre Slackjaw, salvo que se ha mantenido especialmente activo durante la crisis de la peste. Como parte de sus negocios ilegales, gira en torno a la distribución de elixir contra la peste; la Guardia no se ha dado mucha prisa en cerrarle el negocio».

—LA BANDA DE BOTTLE STREET DE SLACKJAW
Pasaje de un informe sobre actividades de bandas delincuentes

Corvo se apoyó en el alféizar de la ventana, contempló la mansión Brigmore y se rascó la barbilla.

Era una noche nublada, aunque parecía que no iba a llover. Hacía ese calor extraño que hacía a veces en la ciudad en aquella época del año. Los últimos coletazos del otoño antes de que llegaran la nieve y el frío de verdad. Las nubles flotaban en lo alto, la luna se asomaba de cuando en cuando y proyectaba una lúgubre luz pálida en los jardines abandonados y cenagosos que rodeaban la casa. Árboles viejos con las ramas torcidas y cubiertas de musgo coronaban el poco espacio abierto que había. Aquí y allá se veían restos que indicaban que otrora aquel fue un jardín majestuoso y formal que habían dejado echar a perder. Estatuas y balaustradas sobresalían entre la densa y enmarañada hiedra. Los barrocos comederos de pájaro y las paredes de columnas bajas revelaban la disposición de los jardines simétricos que se habían perdido entre las malas hierbas. Nubes de niebla vagaban entre las ruinas.

Corvo suspiró. La mansión Brigmore era un terreno difícil que ofrecía muchos escondites y muchas rutas por las que acercarse a la casa sin ser visto. Aunque jugaba a favor de Corvo, que podía distribuir a sus agentes a placer entre los escondites, también implicaba que el enemigo podía avanzar a cubierto.

—Bonita noche, ¿verdad?

Corvo se volvió hacia el hombre que estaba apoyado en la ventana contigua. Solo la luna iluminaba la estancia, que estaba vacía por las obras de restauración que ya habían comenzado. Habían colocado suelos de madera clara para sustituir casi todo el suelo antiguo, que estaba podrido. El suelo nuevo reflejaba la luna en los ojos de Corvo y en las gotas de rocío acumuladas en el bigote plateado de puntas rizadas de su compañero.

Debajo del bigote, una boca sonreía y mostraba unos dientes como lápidas. Las cejas del hombre hacían juego con su vello facial, pero estaba calvo, salvo por una órbita plateada y larga que había dejado crecer por atrás y que llevaba en una trenza

hasta la cintura.

El hombre le guiñó un ojo y asintió al ver los alrededores.

—He dicho que hace una bonita noche, Corvo —dijo—. ¿Qué te pasa? ¿Acaso estás sordo, muchacho?

Corvo sonrió.

—Te oigo perfectamente, Isaiah —dijo en voz baja—. Igual que todo el jardín. ¿Te importaría guardar silencio?

—Está bien, está bien —dijo el hombre sin bajar la voz. Se dio cuenta de su error y le pidió disculpas a Corvo con un gesto—. Y me llamo Azariah, no Isaiah —susurró—. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo para que se te meta en la cabeza? Te has hecho demasiados chichones, sí, señor.

Corvo sonrió.

—Perdona, Azariah. —Volvió junto a la ventana. Pasó un momento—. Y no me llames muchacho, tenemos la misma edad.

Azariah resopló.

—Si eso es cierto, véndeme el secreto para que lo envase y lo venda en mi destilería.

El protector real se echó a reír y meneó la cabeza. Se concentró en los jardines. Los dos guardaron silencio por un tiempo, escuchando croar a las ranas, a los grillos y demás insectos de la noche que disfrutaban de la vegetación descuidada del lugar.

Corvo frunció los labios.

—Azariah —dijo muy despacio.

—¿Eh?

Corvo sonrió.

—Estaba intentando recordarlo. Te pega el nombre. Es mejor que tu apodo de antes, la verdad.

Azariah se rió y a continuación le pidió perdón a Corvo con un gesto. Él le lanzó una mirada asesina para que se callara.

—Ah, sí. Era un nombre para la posteridad. Pero te diré una cosa, aquel hombre murió hace mucho y el viejo Azariah Fillmore no sabe nada de nada. —Tosió y repitió su nombre un par de veces, deslizándolo en la lengua con delicadeza—. Azariah Fillmore —asintió—. Azariah Fillmore. Sí. Funciona, muchacho. Servirá.

Se apartó de la ventana y sacó un reloj de bolsillo de su chaleco de terciopelo. Lo puso a la luz de la luna.

—El tiempo pasa, Corvo. ¿Cuánto llevamos aquí? —Miró el reloj, frunció el ceño y se volvió hacia el protector real—. Bah. Ayuda a un viejo amigo. Mira la manecilla y dime qué secretos te desvela.

Corvo miró el reloj y meneó la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Tienes algo mejor que hacer?

—A ver, Corvo —dijo el otro—. He venido a ayudaros y a dejaros entrar a ti y a tus hombres en mi humilde morada. Más que eso, he hecho que mis hombres dejaran

lo que estaban haciendo y los he puesto a disposición de ese jovenzuelo… ¿Cómo se llamaba?

—Jameson.

—Eso, Jameson. Muy buen chico, por cierto. Me alegra poder ayudar y me alegra contar con vuestra ayuda. Me he gastado un dineral reconstruyendo este caserón en ruinas y no voy a dejar que nadie me lo quite, no, señor —resopló el anciano en el aire nocturno.

—Además —añadió—. Me llamo Azariah y no Isaiah. Por amor del cielo, Corvo. Tengo una tapadera que mantener y no me ayuda que te equivoques con mi nombre cada dos por tres. He pasado demasiados años dándole la vuelta a mi vida para que llegues tú ahora y me arruines la fiesta, muchacho.

—Me parece que has pasado demasiado tiempo en el mar, Azariah. —Corvo sonrió y esta vez Azariah lo vio. Resopló de nuevo y cayó en que tal vez su amigo estaba llamándole por el nombre equivocado a propósito, solo para molestarle. Entonces él también sonrió.

—¡Ja! Puede ser, Corvo. Puede ser. Pero es donde más a gusto estaba. Tenía vocación. Sinceramente, allí es donde de verdad me encontré a mí mismo.

Corvo inspeccionó el jardín con la mirada. Nada.

—Dos expresiones que creía que no te oiría pronunciar nunca.

—¿Qué?

Corvo miró a su viejo conocido.

—«Sinceramente» y «de verdad». Me sorprende que figuren en tu vocabulario.

—Qué cosas más bonitas me dices —contestó Azariah, sorprendido—. He estado muy ocupado, desde que me salvaste de acabar en la cazuela de Doña Andrajos. He cambiado de vida. Soy un hombre nuevo. —Se miró a sí mismo a la luz de la luna y le dio un tirón al bajo del chaleco de terciopelo—. ¿Cómo crees que he conseguido esto? ¿Y esto? —dijo señalando la habitación vacía—. ¿Eh, eh? —Luego le pasó un dedo por la cara a Corvo—. Trabajando muy duro. No soy el que era cuando me conociste. Estás en la casa de Azariah Fillmore, fabricante y exportador de licores exóticos. Es más…

Corvo levantó una mano.

—¡Chist!

Se apoyó en la ventana y miró alrededor.

En la otra punta de los jardines había un edificio de piedra alargado que brillaba a la luz de la luna. Era el antiguo mausoleo Brigmore y, por lo que habían descubierto sus agentes, el objetivo del robo de esa noche.

A lo lejos, entre los árboles, vio un destello. Luego dos más un poco más cerca. Luego otro. Todos en dirección a la casa. Eran señales de los espías de Corvo, apostados en los jardines. Habían avistado al enemigo.

Corvo se irguió y miró a Azariah.

—Están aquí. Ve abajo y prepara a tus hombres.

Azariah sacó pecho e hizo un falso saludo militar.

—A sus órdenes, protector real. —Se detuvo y añadió—: O ¿debería llamarte jefe real de espionaje?

Corvo puso los ojos en blanco y le indicó al anciano que se marchara. Azariah frunció el ceño, dio media vuelta y se encaminó hacia las escaleras. Cuando llegó, se detuvo y giró sobre sus talones. A la luz de la luna que entraba por las ventanas le guiñó un ojo a Corvo y le dedicó una amplia sonrisa debajo del impresionante bigote.

—Oye, Corvo. Como en los buenos tiempos.

Este se permitió una pequeña sonrisa, pero no había tiempo que perder.

—Como en los buenos tiempos, Slackjaw. Vete. ¡Vete!

—De acuerdo, ya me voy. Ya me voy —dijo el anciano—. Y es Azariah Fillmore, zoquete. No sé cuántas veces voy a tener que…

12

MANSIÓN BRIGMORE, DISTRITO DE MUTCHERHAVEN
Día 12 del mes de la oscuridad, 1851

«La generación actual, sobreprotegida, acepta mejor la herejía, e incluso se deleita con las historias de brujería que se narran en sórdidos relatos de aventuras. Este es el resultado: ahora, incluso los que no tienen ninguna conexión real con el Vacío intentan diseñar sus propios rituales y talismanes repulsivos. Por imposible que parezca, los talismanes corrompidos y las runas fragmentadas podrían ser incluso más peligrosos que los artefactos originales».

—ADVERTENCIA SOBRE TALISMANES CORRUPTOS
Pasaje del informe de un decano sobre artefactos ocultistas
en el mercado negro

Habían tardado un par de horas en llegar a su destino, la antigua mansión Brigmore, al norte de Dunwall, más allá de la muralla. Estaba rodeada por un muro de piedra medio derruido y no quedaba ni rastro de la verja de la entrada. Los Balleneros estaban bien informados: la casa estaba abandonada y Emily creía que llevaba así desde la Plaga de las Ratas.

O al menos parecía estar abandonada. Ella sabía que no era así.

Los agentes de Corvo estaban cerca, vigilando. Emily estaba lista para agachar la cabeza y salir pitando si las cosas se ponían… difíciles. No podía arriesgarse a que descubrieran su presencia, ni los Balleneros entre cuyas filas se encontraba, ni tampoco los agentes imperiales.

Los Balleneros, con las máscaras puestas, se acercaron a la casa por el sotobosque que bordeaba el camino principal, ocultos por la noche y la niebla que se filtraba de la zona cenagosa de bosque y helechos que los envolvía. El lugar estaba descuidado y enmarañado, el aire olía a tierra y a humedad. Cuando llegaron a la entrada, la banda se detuvo y se dividió en los dos grupos que les habían sido asignados previamente. Uno lo capitaneaba Rinaldo y el otro la Ballenera de abrigo rojo. Cada grupo se componía de doce Balleneros, que avanzaban por la parte exterior del muro de la casa, en direcciones opuestas.

Emily había sido asignada al grupo de Galia y la seguía en la retaguardia, caminando con los demás en silencio por el difícil terreno. Los Balleneros eran buenos y se les daba bien el arte del sigilo. Emily dio las gracias por poseer habilidades similares.

Anduvieron durante unos veinte minutos, rodeando los restos del muro, hasta que llegaron a una parte que se había derrumbado prematuramente por completo. Había sido derribado por el grueso tronco de un árbol caído. La maraña de raíces yacía

perpendicular al suelo al otro lado del muro. Galia fue la primera en atravesarlo, midiendo sus pasos entre los escombros. Emily la siguió detrás de los demás.

Una vez dentro atisbó la casa. Las nubes se retiraron lo suficiente para que la luz plateada de la luna se proyectara en la mansión. Le pareció que estaban en la parte de atrás, lejos del bloque principal. Lo que tenían más cerca era una esquina de la parte trasera. Desde allí tendrían que atravesar los restos del jardín. La fuente estaba seca y embozada por la basura y la hierba. A un lado, había el esqueleto de hierro de lo que tuvo que ser en su día un invernadero impresionante con cientos de paneles de cristal, de los que no quedaba ni uno.

Galia llevó al grupo hacia un muro bajo semicircular que rodeaba una zona elevada en cuyo centro se encontraba la fuente. Con un repentino gesto les ordenó que se agacharan y todos se escondieron rápidamente.

Entonces Emily lo vio. Un destello, el reflejo de la luna en un objeto, en la oscuridad del extremo opuesto del jardín. Había alguien allí.

«Los agentes de Corvo».

El grupo permaneció agazapado unos minutos, con el oído atento al menor movimiento. No oyeron nada, y Galia, con mucho cuidado, fue a explorar el muro y desapareció durante unos momentos. Luego regresó junto a los demás.

—La cripta está al otro lado del invernadero —susurró a través de la máscara—. Os abriré. Sabéis lo que buscamos, no perdáis tiempo buscando nada más. Ahí dentro solo hay huesos. Eso es lo que queremos, y cuantos más, mejor.

Los demás asintieron y reorganizaron su posición.

—Pero parece que tenemos compañía —continuó Galia—. Es difícil saber de quién se trata. Jaxon, Clem, dirigíos al este. Hay un par de vigías en los árboles. Quitadlos de en medio antes de que puedan comunicarse con la casa. Cuando lleguemos a la cripta os dejaré entrar. Devon, Finn, vosotros os venís conmigo a la mansión.

Emily no pudo contenerse.

—Creía que había dicho que la mansión estaba vacía.

Los demás se volvieron a mirarla. Galia no le contestó de inmediato.

—Siempre existió la posibilidad de que no lo estuviera —dijo al fin—. ¿Es que no me has escuchado antes? ¿Cómo has dicho que te llamabas?

Emily pensó de prisa.

—Lela —dijo.

—Verás, Lela —repuso Galia—. Las autoridades nos buscan y tenemos que estar preparados para lo que sea. —Hizo una pausa—. Te vienes con Devon y con Finn.

—¿Cómo?

—Si hay más en la mansión necesitaré ayuda para despejar el camino para poder entrar y salir sin problemas.

—¿Vas a entrar en la mansión? —preguntó Emily.

—¿Te ves capaz, Lela? —Galia ladeó la cabeza y el respirador exageró el gesto

—. Me parece que estabas durmiendo cuando he dado las instrucciones.

—Ah, no… No. Estoy bien. Todo bien.

Galia gruñó:

—Más te vale.

Luego se levantó y miró por encima del muro.

—Bien. Jaxon, Clem, adelante. Los demás, venid conmigo.

Los dos Balleneros se marcharon hacia el este. Galia echó a correr con el resto del grupo detrás.

Hacia las ruinas del invernadero.

Hacia la cripta.

La cripta era más pequeña de lo que Emily imaginaba. El mármol blanco reflejaba la luna allá donde no estaba recubierto de musgo. Capitaneado por Galia, el grupo atravesó rápidamente la vegetación que rodeaba el edificio hasta el frontón con columnas que ocultaba un tramo de anchas escaleras de piedra en la superficie que llevaba a una puerta subterránea.

«Claro», pensó Emily. «Por eso me parecía pequeño».

No era más que un adorno que se veía bonito desde la mansión. La cripta propiamente dicha estaba bajo tierra y lo más probable es que fuera mucho más grande que el edificio de la superficie.

Al acercarse, vieron que la puerta de la cámara no era una puerta. Era un bloque de piedra maciza, tallado para parecer una puerta. No faltaban ni los paneles ni el pomo con el escudo familiar. Emily no sabía cómo iban a entrar. La cámara subterránea parecía estar sellada a cal y canto.

Galia pasó las manos por la puerta falsa mientras los demás se pegaban a las paredes de la escalera para mantenerse en las sombras, lejos del rayo de luz de luna que iluminaba la mitad del espacio con sorprendente nitidez.

Entonces Galia colocó ambas palmas contra la puerta de piedra. Separó las piernas, como si fuera a derribar la puerta de un empujón, y miró hacia atrás.

—Dos minutos —dijo. Los demás asintieron. Parecían saber qué iba a hacer la Ballenera. Emily no tenía ni idea.

Galia se colocó de cara al bloque y agachó la cabeza. Parecía susurrar algo pero Emily no estaba segura. De repente apareció un viento de la nada, formó un remolino que azotó las escaleras y engulló las hojas secas y el polvo.

Emily oyó, o sintió, un chasquido y una especie de hormigueo. Vio a Galia levantar la cabeza y…

Desaparecer. El espacio que había ocupado un segundo antes ahora contenía un especie de humo negro como el carbón que el viento dispersó en un instante y, al poco tiempo, no quedaba ni el viento.

Ahogó un grito de sorpresa. Lo había visto antes, hacía quince años, el aciago día en el mataron a su madre. Los Balleneros, los asesinos, surgieron de la nada.

Aparecían y desaparecían entre Guiños, asaltaron el cenador y asesinaron a su madre, la emperatriz Jessamine Kaldwin.

El resto del grupo ni se movió ni mostró sorpresa. Normal.

Transcurrieron dos minutos. Emily contó los segundos mentalmente. Se le hicieron eternos pero al final se oyeron unos arañazos y el bloque de piedra se inclinó hacia atrás por arriba y hacia delante por abajo, como si pivotara sobre un eje central. Detrás solo había oscuridad, pero en ella vio a Galia, tirando de una cadena que pasaba por una polea en el techo y que permitía la apertura de la cámara.

Solo desde el interior.

Cuando terminó de abrir la puerta, Galia sujetó la cadena y les indicó que entraran.

—Esta noche no.

Los demás se dieron la vuelta y miraron hacia las escaleras. En lo alto, la silueta recortada por la luna de tres hombres armados con pistolas que apuntaban a los Balleneros. Uno de ellos hizo un gesto con la pistola.

—Hale, arriba —dijo—. Y las manos en alto, ya que estamos. No quiero que intentéis hacer nada de lo que os vayáis a arrepentir.

La banda se revolvió. Estaban atrapados en las escaleras, acorralados. Con tres pistolas apuntándoles, luchar era inútil. Obedecieron y levantaron las manos. Emily también. Subió las escaleras con los demás, esta vez bajo la luz de la luna. En lo alto se dio la vuelta, obedeciendo las indicaciones de los movimientos de pistola.

No eran decanos ni Vigilantes Ciudadanos. Debían de ser agentes de Corvo disfrazados, Emily no estaba segura. Iban vestidos de obreros, con jubones sucios de cuero, pantalones y camisas abullonadas que en otro tiempo fueron blancas como la nieve. El que daba las órdenes estaba calvo y tenía una larga barba que le llegaba al pecho. Los otros dos eran más jóvenes. Uno llevaba el pelo corto, tenía sombra en las mejillas y un pañuelo rojo atado alrededor del cuello. El tercero llevaba el pelo largo y rubio medio recogido debajo de una vieja chistera.

Parecían miembros de una banda callejera. El rubio, de los Sombrereros. Los demás… ¿de la banda de Bottle Street? Emily frunció el ceño detrás de la máscara, con las manos en alto, mientras los tres hombres les hacían gestos para que se alejaran de la cripta.

Emily sabía que todavía quedaban bandas en Dunwall. El capitán Ramsey la informaba con regularidad. Las cosas habían cambiado mucho desde los tiempos de la Plaga de las Ratas, cuando zonas enteras de la ciudad cayeron bajo el control de las bandas. Habían dividido Dunwall en sus feudos particulares y echaban a los residentes de las zonas que quedaban más o menos libres de ratas.

El crimen organizado y las guerras de bandas seguían siendo un problema pero ahora había menos bandas y tenían menos miembros. La mayoría estaba cumpliendo condena en la prisión de Coldridge. Los que habían evadido a la justicia habían dejado aquella forma de vida atrás, habían buscado ocupaciones legales, casi todos en

los muelles, los embarcaderos, o se habían marchado de Dunwall, incluso de Gristol.

¿Qué hacían los miembros de la banda de Bottle Street y de los Sombrereros allí, en una mansión en ruinas fuera de la ciudad? El hombre de la barba interrumpió los pensamientos de Emily.

—Eh, tú. Mueve el culo y no intentes nada.

Estaba en lo alto de las escaleras, apuntando a Galia, que seguía de pie en el umbral de la tumba, manteniendo la puerta abierta con la cadena.

—A menos —continuó el de la barba—, que te apetezca unirte a los residentes de la cripta de manera permanente.

El Ballenero que estaba de pie junto a Emily se tensó. Los de las pistolas no se dieron cuenta. Estaban demasiado ocupados admirando la vivacidad verbal de su jefe.

—Prefiero arriesgarme —dijo Galia.

Soltó la cadena.

—¡La madre que la trajo! —dijo el barbudo cuando el portón de piedra se cerró. Disparó y la bala rebotó con una ráfaga de chispas.

No hizo falta más. Los hombres armados se habían distraído y los Balleneros estaban esperando el momento.

Se movieron rápido y en silencio. El barbudo fue el primero en morir. Le dieron un tajo en el costado con un cuchillo largo antes de que la puerta de piedra terminara de cerrarse. El rubio de la chistera giró sobre sus talones mientras dos Balleneros se abalanzaban sobre él. Le dio tiempo a disparar una vez pero falló y, para cuando terminó de montar el martillo y se disponía a disparar un segundo, los atacantes lo derribaron. El cuchillo de un asesino le corto la garganta hasta el hueso.

El que quedaba lanzó un alarido de espanto y echó a correr hacia la vegetación. Los Balleneros fueron a por él pero no lo hicieron… porque de los arbustos salían más hombres.

Muchos más. Al igual que los otros, eran antiguos miembros de las bandas callejeras de Dunwall. Iban vestidos con ropa de trabajo andrajosa, algunos armados con pistolas, otros con cuchillos y con porras. Los grupos se miraron unos segundos, estudiando al enemigo. Luego, con gritos de ambos bandos, se lanzaron a la carga.

Emily se agachó. Repasó mentalmente los movimientos defensivos que su padre había pasado más de una década intentando grabar en su cabeza. Dejó que los Balleneros pasaran a toda velocidad hacia ella y se lanzaran al ataque. Hubo disparos, uno, dos, tres, cuatro… Perdió la cuenta. Desde la retaguardia de la escaramuza, se escondió detrás de un árbol, justo cuando la parte de delante explotó tras recibir una ráfaga de disparos que astillaron la madera.

Se tiró al suelo y esperó haciéndose la muerta. Contó hasta diez. Como no parecía que nadie fuera a acercarse, se apartó de los sonidos del conflicto arrastrándose sobre el estómago. Llegó a un muro medio derruido cubierto por vegetación, se pegó a él y se arriesgó a asomarse y echar un vistazo.

Era un combate brutal, violento. En el claro, a la luz de la luna, brillaban las

navajas y la niebla del bosque pantanoso se mezclaba con las nubes acres y negras de la pólvora de los disparos. Muchos habían caído ya, pero caerían más.

Los Balleneros iban perdiendo. Eran buenos luchadores pero ese no era su estilo de lucha preferido. Eran maestros del sigilo y del asesinato, o lo fueron en tiempos de Daud. ¿Aquello? Aquello era una pelea en campo abierto. Perfecta para sus contrincantes, la Bottle Street, los Sombrereros y las Anguilas Muertas. Parecían estar presentes todas las facciones de las bandas callejeras de Dunwall, que hombres y mujeres se habían unido para eliminar a los intrusos.

Entonces oyó crujir una rama, unos ruidos en los arbustos. Provenía de detrás de Emily, lejos de la batalla, en dirección a la mansión. Se dio la vuelta y con la espada pegada a la pared, echó un vistazo.

«Ahí». Había alguien corriendo hacia la casa. Era difícil ver en la oscuridad quebrada pero el abrigo con capucha era de color rojo sucio.

«Galia». Había escapado de la cámara con el mismo truco que había usado para entrar.

Emily se puso en pie de un brinco y echó a correr tras ella.

13

MANSIÓN BRIGMORE, DISTRITO MUTCHERHAVEN
Día 12 del mes de la oscuridad, 1851

«¿Quieres cotilleos sobre Slackjaw? ¿Saber cómo era de joven, antes de ganarse el nombre? Bueno, ahora tiene la mente fría, pero antes de ser jefe de la banda de Bottle Street, no era siempre así. El joven Slackjaw no era un hombre tan razonable».

—PRIMEROS TIEMPOS DE SLACKJAW
Pasaje de una serie de cartas enviadas por un miembro
de la Bottle Street

Emily corría tras Galia, la líder de los Balleneros, que no parecía haberse percatado de que la estaban siguiendo ni le preocupaba hacer ruido, pues los gritos y los disparos de la refriega junto a la cripta resonaban en la oscuridad nublada de la finca.

Tenían delante una luz blanca que proyectaba largas sombras en los bosques y que se reflejaba de un modo extraño en las lentes de la máscara que Emily se acababa de dar cuenta de que todavía llevaba puesta. Se la quitó de un tirón, la tiró y disfrutó del aire frío de la noche en la cara.

Los bosques llegaban casi hasta la mansión pero había un claro despejado de unos cincuenta metros. Galia se paró detrás de un tronco ancho de un árbol cuyas ramas acariciaban los pisos superiores de la casa. Emily se metió en el hueco que habían dejado las raíces de un árbol desaparecido y se asomó por el borde.

Una habitación de la planta baja de la mansión tenía unas enormes puertas de cristal que daban a lo que quedaba de un patio plagado de malas hierbas. Otrora fue el sitio perfecto para dar las fiestas al aire libre perfectas de la aristocracia. Las puertas estaban abiertas y la habitación estaba iluminada. Era la primera vista en condiciones que tenía de la casa, y Emily pudo ver que no estaba en ruinas pese al lamentable estado de los exteriores.

La habitación tras las puertas de cristal había sido un salón de baile o tal vez el final de un largo pasillo. Las paredes desnudas mostraban el esqueleto del interior de la casa, aunque había algunos bultos de buen tamaño cubiertos con sábanas. En el exterior, parte de la fachada del edificio estaba cubierta de andamios. Tal y como indicaban los permisos de obras que había encontrado en el despacho de Corvo, la casa estaba siendo restaurada y rehabilitada y ya habían comenzado las obras.

Emily vio aparecer algunos de los miembros de las bandas aliadas en la oscuridad del patio. Arrastraban a los miembros cautivos de los Balleneros. Costaba verlo, pero era un grupo distinto de defensores y de Balleneros. También habían descubierto a los hombres de Rinaldo.

Aparecieron dos hombres en la habitación.

Emily contuvo su sorpresa.

El primero era bastante mayor, de unos sesenta años. Estaba calvo pero tenía una larga trenza plateada que le caía por la espalda y un impresionante bigote rizado le adornaba el labio superior. Las puntas se curvaban hacia arriba y se unían al poco pelo que le quedaba en la cabeza. Cuando cruzó los brazos Emily le vio los bíceps. Sería mayor, pero se mantenía en forma. Pensó que tal vez fuera un miembro veterano de las antiguas bandas.

El causante de la sorpresa de Emily era el hombre de al lado. Era tan alto y tan ancho como su compañero y llevaba una túnica con capucha que se cerraba con tiras de cuero cruzadas. Bajo la capucha, el metal y el cuero de su máscara brillaban en la noche. Era una máscara que Emily conocía muy bien.

Una máscara del pasado, la máscara que sabía que el protector real lucía en secreto para realizar actividades que no tenían nada que ver con sus deberes oficiales, una parte de su vida que no casaba con su papel formal en la corte.

«Corvo».

Luego sintió aquel hormigueo de nuevo, la presión en los ojos. Miró a la izquierda, hacia el tronco desde el que Galia observaba la escena.

O desde el que había estado observando. Lo único que quedaba de ella era una nube de humo negro como el carbón que también se disolvió y se esfumó.

Emily frunció el ceño y se agachó. El árbol era un escondite ideal y las ramas llegaban al segundo piso de la mansión, que estaba mitad en ruinas, mitad en obras, con múltiples puntos de entrada y fácil acceso. Le serían de utilidad.

Empezó a trepar.

Slackjaw (Azariah) sonrió, cogió aire y lanzó otro puñetazo. El puño y el puño de acero que llevaba puesto impactaron con la cara del hombre atado a la silla y enviaron al prisionero y la silla al suelo, de lado. Un arco de sangre y saliva salpicó los suelos sin barnizar.

Slackjaw apoyó las manos en las rodillas y se detuvo a recuperar el aliento. Uno de sus dos lugartenientes cogió al prisionero por la espalda y volvió a enderezarlo. El prisionero gimió, tenía la cara ensangrentada y amoratada, el pelo bañado en sudor y pegado a la frente. En el suelo, a su lado, la máscara de Ballenero.

De pie al fondo de la habitación, Corvo observaba cubierto por su propia máscara. Cruzado de brazos mientras Slackjaw probaba su técnica de interrogación. No aprobaba el método pero no iba a intervenir, al menos de momento. Necesitaban información y, pese a todo, eran la mansión y los hombres de Slackjaw.

Lo que significaba que tenía que seguir sus reglas.

El viejo gánster se irguió y miró al techo. Luego se dio la vuelta, miró a Corvo y se echó a reír.

—¿Sabes? Hubo un tiempo en el que pensé que había dejado atrás este tipo de

trabajo y que lo que de verdad necesitaba era comprar un pequeño viñedo y pasar mis días dormitando en una mecedora al sol —dijo sin aliento—. Pero últimamente estoy empezando a cambiar de opinión.

Se volvió de nuevo y le atizó otro puñetazo al prisionero. Las patas de la silla se tambalearon, pero el golpe no tenía la fuerza del anterior. Se dobló sobre las rodillas para recuperar el aliento y le hizo un gesto a uno de los lugartenientes para que le relevara. Al rato, se irguió y meneó la cabeza. Seguía sonriendo. Se pasó por el pelo la mano con la que no daba puñetazos.

—Esta clase de ejercicio es beneficiosa para el cuerpo y para el alma —dijo—. He de decir que lo echaba de menos. No hay nada igual para que fluyan los corpúsculos.

Corvo se alegraba de que la máscara ocultara su mueca de asco. Slackjaw no había cambiado y era de ingenuos pensar lo contrario. Había envejecido y le había dado un nuevo rumbo a su negocio. Había convertido la banda de Bottle Street y la destilería en una empresa legal, pero seguía siendo un bandido y un matón.

El protector real miró a los dos lugartenientes. Eran jóvenes, fuertes como robles, y estaban disfrutando con los acontecimientos de la noche tanto como su jefe.

Las cosas tampoco habían cambiado tanto.

—Oiga, jefe, este tiene mala pinta.

Slackjaw, resoplando, miró a sus hombres. Uno de ellos estaba junto al prisionero, levantándole la cabeza por el pelo y mirándole la cara. Slackjaw se acercó y examinó el despojo maniatado con los ojos entornados. Le dio en el hombro con el puño de acero, se irguió y meneó la cabeza.

—No —dijo—. Ya no los hacen como los de antes. Los Balleneros de antaño eran duros de pelar. Nadie quería cruzarse con ellos en un callejón oscuro porque no ibas a volver a casa a cenar. —Hizo un gesto con la cabeza al otro lugarteniente—. Trae al siguiente, a ver si aguanta más.

Caminó hacia Corvo, ajustándose el puño de acero. Se detuvo junto a uno de los muebles cubierto por una sábana y la usó para limpiarse la mano. Flexionó los dedos y relajó la muñeca. A pesar del puño de acero, Corvo vio que tenía la mano en carne viva.

—¿Quieres seguir tú? —preguntó Slackjaw—. Este anciano necesita sentarse y echar un par de tragos.

Corvo miró a Slackjaw acercarse a la chimenea y coger la botella de whisky que había en la repisa. Le quitó el tapón, lo tiró al fuego y se empinó la botella.

La nuez de Slackjaw subía y bajaba, dejando pasar casi un cuarto del contenido de la botella antes de que se parase a respirar. Luego se la ofreció a Corvo.

Él permaneció inmóvil y con los brazos cruzados.

Slackjaw soltó una carcajada.

—Imagino que no quieres quitarte tu preciosa máscara, ¿verdad, misterioso hombre de misterio?

—Esto no funciona —dijo Corvo.

Slackjaw se detuvo, la botella entre los labios. Torció el gesto como si acabase de pisar algo que no quería.

—¿A qué te refieres? Hemos pillado a esos cabrones. ¿No es eso lo que querías?

—Sí —dijo Corvo despegándose de la pared. Al acercarse al anciano, este alzó la barbilla, desafiante—. Pero también necesitamos información. Tenemos que descubrir quién es su jefe y qué es lo que traman.

—Ya… ¿Y? Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

Sin soltar la botella, Slackjaw señaló el suelo salpicado de sangre mientras entraban por la puerta a otro de los Balleneros. Era un hombre negro algo más mayor y con perilla.

—No vamos a enterarnos de nada si sigues matando a los prisioneros.

Slackjaw frunció el ceño. Abrió y cerró la boca como si aquello no se le hubiera ocurrido hasta ahora.

Mientras, un matón hizo sentarse al prisionero en la silla y otro le ató las manos. El Ballenero miró primero a Slackjaw y luego a Corvo y abrió unos ojos como platos al ver la máscara cadavérica antes de percatarse del cuerpo de su compañero caído, que yacía en el suelo en un charco de sangre.

Slackjaw le sonrió y le saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches y recibe una cordial bienvenida a mi humilde morada —dio un paso hacia el prisionero mientras bebía de la botella, luego se agachó y pegó la cara a la del otro hombre—. Vayamos al grano. La noche ya no es joven y yo tampoco. Me ha venido bien el ejercicio pero necesito mi sueño reparador y aquí mi amigo dice que he sido muy duro con vosotros.

Slackjaw miró el cadáver que había junto a la silla y se echó a reír.

—Tal vez tenga razón. La cuestión es que esta es mi casa. Quizá tus amigos y tú no lo sabíais. Sé que os hacía ilusión llevaros un pequeño souvenir de la cripta. Pues resulta que la cripta también es de mi propiedad y quien osa robarle a Azariah Fillmore comete un grave error.

Al terminar volvió junto a la chimenea y dejó la botella de whisky en la repisa. Sacó el puño de acero del bolsillo y se lo colocó de nuevo en la mano con un gesto de dolor.

—Tengo una pregunta —dijo acercándose al prisionero—. Pareces buena gente. Tienes pinta de haber vivido mucho, no como tus amigos. La juventud de hoy… Sé cómo son, créeme.

Slackjaw les hizo un repaso a sus lugartenientes, que miraron a su jefe con expresión confusa y molesta a la vez.

—La pregunta es… —continuó—. Bueno, tengo muchas pero empecemos por el principio. Quiero que le digas a mi amigo del rincón, ese tan feo que asusta, qué estabais haciendo en la cripta y qué tenéis planeado hacer con todos los huesos que habéis estado robando.

El prisionero no dijo nada. Sus grandes ojos iban de Slackjaw a sus lugartenientes y a Corvo.

Slackjaw suspiró, se aclaró la garganta y relajó los hombros. Le guiñó el ojo a Corvo.

—Muchacho, no veas las agujetas que voy a tener mañana.

Con eso, llevó el puño atrás para coger impulso y asestar el primer puñetazo.

Entonces el prisionero habló.

—¡Sí!

Slackjaw dejó caer el brazo.

—Ah… ¿Sí? ¿Sí, qué?

—Sí, hablaré. Os diré lo que queréis saber.

Slackjaw miró perplejo al prisionero. Sonrió, luego la sonrisa vaciló y desapareció en cuanto se dio una palmada en el costado con la mano de dar puñetazos.

—En fin, qué se le va a hacer. Esperaba un poco más de resistencia. —Miró a Corvo—. Ya sabes, hace que resulte más satisfactorio.

—Como te dé más satisfacción acabará también muerto —dijo Corvo. Descruzó los brazos y caminó hacia el prisionero. El hombre esbozó una sonrisa de medio lado y asintió.

A Corvo no le gustó aquello.

—¿Qué tienes que decir?

El prisionero asintió de nuevo y la sonrisa se tornó más amplia. Los dientes amarillos contrastaban con la piel morena.

—Te conozco —dijo.

—Lo dudo —respondió Corvo.

—Te conozco de entonces —dijo el prisionero echando atrás la cabeza, como si entonces fuera un lugar físico a sus espaldas—. De cuando Daud rondaba por aquí. Tú también conocías a Daud, ¿verdad?

Corvo frunció el ceño.

—¿Cómo te llamas?

Al hombre se le borró la sonrisa de la cara.

—Rinaldo. Rinaldo Escobar.

Corvo estuvo a punto de preguntarle «¿de Karnaca?» pero se contuvo y lo que preguntó fue:

—¿Qué querías contarnos?

Rinaldo se revolvió en la silla e intentó mover los brazos pero los tenía bien atados.

—Desátame —dijo—. Quiero enseñarte una cosa.

Slackjaw soltó una carcajada.

—Ya me imagino, hijo.

Rinaldo lo miró con la ceja enarcada, luego se volvió hacia Corvo y señaló con la

cabeza.

—Está en mi chaqueta. Echa un vistazo.

Slackjaw miró al protector real de reojo, con los labios apretados. Él se paró a pensar. No había peligro. El Ballenero estaba maniatado. Slackjaw y sus lacayos se morían de ganas de partirle la cara a alguien y si el Ballenero intentaba cualquier truco, no lo dejarían llegar muy lejos.

Se colocó detrás de Rinaldo y palpó los bolsillos de la túnica. Nada en el primero ni el segundo. Luego fue a por el bolsillo del pecho.

Había algo duro y pequeño.

Corvo metió la mano y siseó debajo de la máscara al recibir una descarga eléctrica. Sacó la mano de un tirón. Al instante Rinaldo tenía los cuchillos de los lugartenientes de Slackjaw en la garganta. Corvo vio formarse una gota de sangre en su cuello.

Pero Rinaldo no estaba asustado, sino que miraba fijamente a Corvo.

—Lo sé. A mí me hace lo mismo. Inténtalo otra vez.

Corvo miró a Rinaldo de reojo. Se agachó y volvió a meter la mano en el bolsillo. Sintió unos pinchazos en la punta de los dedos al tocar… lo que fuera aquello, solo que esta vez la descarga no era tan intensa. Cerró los dedos alrededor del objeto y lo sacó del bolsillo. Slackjaw se acercó. El aliento le apestaba a whisky.

—¿Qué demonios es eso?

Corvo miró el objeto. Era pequeño y le cabía en la palma de la mano. Tenía forma octogonal y estaba hecho de hilo de cobre y lo que parecía ser hueso, hueso blanco en el centro pero chamuscado por los bordes. Estaba caliente pero no por haber estado en el bolsillo de la chaqueta de Rinaldo.

Sabía lo que era.

Era un talismán de hueso, pero nunca había visto uno así.

Miró a Rinaldo.

—¿De dónde lo has sacado?

Rinaldo sonrió.

—Desátame y te diré todo lo que sé.

14

MANSIÓN BRIGMORE, DISTRITO MUTCHERHAVEN
Día 12 del mes de la oscuridad, 1851

«La verdadera arma del enemigo son sus ojos, porque con ellos pueden ver dónde estás, pueden ver lo que haces, pueden ver cómo vencerte. Debes usar tus ojos primero y actuar para que el enemigo no pueda usar los suyos. El arte del espionaje es tan noble como el arte de la guerra».

—UNA MANERA MEJOR DE MORIR
Pasaje superviviente del tratado de un asesino,
autor desconocido

Emily estaba tumbada en el suelo de la habitación encima del largo pasillo, observando el interrogatorio a través de un pequeño agujero en el suelo. Todavía no habían empezado las obras en la habitación en la que se encontraba, que olía a moho, a podredumbre y a viejo.

Había visto cómo el anciano del puño de hierro había ido demasiado lejos con el interrogatorio y había matado a dos Balleneros seguidos. Había visto a Corvo cruzarse de brazos, impasible. Al principio le sorprendió ver cómo su padre permitía que el otro dispensara semejante brutalidad. Pero Corvo no había participado, y después Emily fue testigo de la discusión entre los dos hombres.

Le hizo sentir mejor. No mucho, pero sí un poco mejor.

Parecía que Rinaldo, que daba la impresión de querer cooperar, les estaba dando respuestas. Corvo parecía saber qué era lo que llevaba en el bolsillo. Emily pensó que había algo en su voz, un cambio, un tono grave detrás de la máscara. No era miedo, el protector real nunca tenía miedo, sino otra cosa. Una preocupación silenciosa pero profunda.

Aquella cosa diminuta era importante.

Se oyó un crujido en lo alto. Emily alzó la vista. Las plantas superiores de la mansión parecían estar en tan mal estado como aquella, por lo que era complicado no hacer ruido incluso para alguien tan experimentado como ella.

Tan experimentado como Galia.

Los tablones de arriba estaban rotos y había huecos y en aquella parte de la casa parte del tejado se había hundido y permitía el paso de la luz de la luna, luz que proyectó una sombra fugaz en movimiento. Emily vio a Galia entrar por el hueco.

Intentando no pisar ningún tablón podrido, Emily se puso de pie y buscó las escaleras.

El piso de arriba estaba aún más impracticable.

Había sido fácil moverse por la habitación de la que venía, con el techo colapsado, porque la luna ofrecía mucha luz para esquivar los agujeros del suelo. Pero las demás estaban a oscuras, como si algo, tal vez un árbol, hubiera caído sobre el tejado y tapase huecos y ventanas en aquella parte de la casa.

Emily empezó a elegir un camino por el borde de la habitación y descubrió una puerta en la pared. Conducía a una habitación similar que parecía intacta y, lo más importante, bien iluminada. En las ventanas no había ni cristales ni escombros y la luna brillaba tanto que casi parecía de día.

La habitación era cuadrada y estaba vacía a excepción de varias cajas de madera y lo que parecía ser un caballete de pintor apoyado en la pared, junto a un taburete. Quizá aquello fuera el estudio de los anteriores dueños. No había nada en el caballete, aunque bajo las patas descansaba un marco rectangular de madera; el lienzo había sucumbido a los elementos hacía mucho.

Emily ignoraba qué había ocurrido en la mansión Brigmore. Solo había oído los rumores, historias de otros tiempos que no sonaban muy creíbles. Pero el hecho de que la casa hubiera estado abandonada tantos años daba a entender que tal vez la gente no se sintiera cómoda con su pasado.

Entró con cautela en la habitación, consciente de que le daba la luz y de que las sombras en los rincones y los huecos oscuros tras las cajas eran muy oportunos para una emboscada.

Como para confirmar sus sospechas, oyó ruido.

Se dio la vuelta y vio una nube de humo negro. Otro movimiento, en el rabillo del ojo, y el hormigueo que le subía y bajaba por los brazos. Volvió a darse la vuelta y encontró una nube de oscuridad en la otra punta de la habitación mientras Galia guiñaba hacia la periferia.

Hacia la ventana.

Emily no pensó, simplemente actuó. Dio un golpe de muñeca y la ingeniosa ballesta plegable que había cogido de la armería de los Balleneros se desplegó. La alzó y la apoyó en el marco de la ventana justo cuando Galia se materializó de la nada.

Emily disparó, el virote se clavó en la pared. Galia se había esfumado y reapareció al otro lado de la cámara. Emily se volvió para ver a la Ballenera arrancar la tapa de una de las cajas y sacar algo de un tirón, un fajo de papeles mohosos.

La emperatriz volvió a disparar en rápida sucesión y ribeteó la caja y la pared de pequeños virotes mortíferos. Era demasiado lenta, Galia ya se había ido.

Sintió una corriente de aire y giró sobre sus talones sin dejar de disparar hasta que vació la aljaba de la ballesta. Se dio cuenta de que Galia lo estaba haciendo a propósito, estaba haciendo uno, dos, tres Guiños por la habitación para desorientar al enemigo.

Entonces sintió un golpe en el estómago.

Emily se dobló y sintió un líquido amargo y caliente en la garganta al tiempo que le faltaba el aire. Se tambaleó y cayó en un sillón cubierto con una sábana que se desplomó bajo su peso. La madera vieja estalló en una nube de astillas. Alzó la vista, tosiendo. Galia estaba acuclillada en la ventana, con la máscara puesta. Los papeles sobresalían de la túnica y estaba inspeccionando el jardín abandonado.

Se dio la vuelta. Emily trató de levantarse.

Galia se había esfumado.

Emily se arrastró a la ventana. La luz de la sala de interrogatorios de la planta baja inundaba el jardín. Vio la silueta de Galia correr por el bosque y desaparecer en la oscuridad. La líder de los Balleneros le llevaba ventaja pero Emily se imaginaba adónde iba.

Emily recogió los virotes de las paredes y de las cajas y recargó la aljaba. Después salió de la habitación, de vuelta al exterior, al jardín y a los bosques por la rama del árbol que rozaba el edificio y el tronco que estaba junto a la planta baja.

La base de operaciones de los Balleneros estaba vacía y silenciosa. Todos sus miembros habían salido a dar el golpe en Brigmore. Emily no sabía si alguno habría sobrevivido al choque con la alianza de bandas callejeras, o si habrían conseguido evadir la captura, pero por el momento ninguno había regresado al matadero.

Salvo Galia.

Emily la alcanzó con facilidad saltando por los tejados de la ciudad. Para su sorpresa, Galia prefería las calles y evitaba a las patrullas y a los transeúntes escondiéndose en las sombras, usando las artes convencionales del sigilo y no el poder sobrenatural del Guiño para transversar.

Tras seguir un rato a su presa, Emily descubrió por qué. Galia estaba enferma o herida o las dos cosas. Usó su poder para saltar de la parte en sombras de una calle a otra para evitar a una pareja que se hacía carantoñas en la puerta de una taberna. En cuanto se rematerializó, la Ballenera se dobló, se apartó la máscara y vomitó en la alcantarilla.

Después de aquello, se acabaron los Guiños.

En la fábrica todavía hacía un calor intenso y sorprendente. Una vez dentro, Galia se quitó la máscara, la arrojó al suelo y se dirigió a la escalera de metal. Se retiró la capucha y se pasó la mano por la densa mata de pelo rubio grasiento.

Emily se agachó detrás de un enorme caldero con ruedas y la vio subir las escaleras a la sala de control. Alzó la vista. El hombre raro del gabán estaba junto a las ventanas. Parecía observar la fábrica vacía.

Pegada a la pared, buscó otras escaleras que llevasen a la galería de varios niveles que había en frente de la sala de control. Aunque tenía que acercarse más. Subió hasta la planta de las oficinas, de puntillas, indetectable.

Y se detuvo.

En el lado opuesto, el hombre del gabán salió a la galería que había junto a la sala de control. Iba al encuentro de Galia, que se movía con lentitud, subiendo las escaleras con dificultad.

Emily solo podía avanzar por la pasarela de metal pero entre su situación y el despacho había una sección descubierta muy bien iluminada. Si se movía, el hombre del gabán la vería sin dificultad desde donde estaba.

Galia llegó junto a su jefe y empezaron a hablar.

Emily buscó alternativas. Había niveles más altos, más escaleras que llevaban a la salida de incendios por la que había entrado antes. Eso le daba opciones. Al mirar el techo de la fábrica, Emily vio que consistía en una celosía de vigas entrelazadas de punta a punta del edificio, hechas para soportar las horquillas deslizantes que servían para mover las ballenas por la fábrica.

El metal parecía pasable pero peligroso. Un movimiento en falso y caería a la planta de la fábrica, sesenta metros más abajo. Pero podía acceder a la celosía desde la plataforma más alta si saltaba los tres metros que las separaban. Desde allí iría a la sala de control. De hecho, estaría justo encima.

No había tiempo que perder. Respiró hondo y empezó a subir. Llegó a la plataforma superior en un momento, estaba casi al mismo nivel que la estructura metálica del techo. Midió el hueco. La planta de la fábrica estaba muy lejos y no había espacio para coger carrerilla. En cualquier caso, el ruido de los pasos la habría delatado.

Emily relajó el cuello y los hombros. Recordaba las horas de entrenamiento, los años que había pasado practicando. Había llegado el momento de ponerlo todo en práctica. Dio dos pasos atrás y se lanzó a la carrera, al vacío.

Sus manos encontraron el borde de la viga.

Tiró del resto de su cuerpo.

Una mano se le resbaló. Emily ahogó un grito y durante un segundo que se le hizo eterno quedó colgando de la viga, sujeta tan solo por los dedos de la mano derecha, sus piernas intentando apoyarse en el aire.

Con un gesto de dolor, se estiró todo lo que pudo, lo justo para que la mano izquierda encontrara asidero. Tiró de su cuerpo con los dos brazos y se deslizó por la viga sobre el estómago, retorciéndose para que su cuerpo quedara paralelo a esta. La viga medía treinta centímetros de ancho pero era sólida y no se movía y no crujía como las escaleras y las plataformas.

Se aferró a la viga, contando los segundos. El corazón amenazaba con salírsele del pecho.

Intentó olvidar la altura. Se levantó, miró al frente y abajo, a la pareja en la sala de control a doscientos metros de ella, cien metros más abajo. El hombre del abrigo y Galia seguían hablando. La Ballenera estaba de rodillas.

Emily se puso de pie. La viga se extendía diez metros antes de que otra viga intersectara con ella en ángulo recto y formara una plataforma un poco más grande y

segura. Iba mal de tiempo pero pensó que podía recorrer el tramo que quedaba bastante rápido.

Agachada, con los brazos ligeramente extendidos para mantener el equilibrio, corrió hacia la primera intersección. Hizo una pausa y continuó hasta la siguiente. En un momento había atravesado la planta de la fábrica y estaba prácticamente encima de la pareja. Se puso en cuclillas y se inclinó hacia delante para escuchar la conversación.

—Nos estaban esperando —dijo Galia.

—¿Cuántos eran?

—Suficientes. Más que de sobra. Estábamos a la par en número pero…

—¿Pero?

Galia meneó la cabeza.

—No eran Vigilantes Ciudadanos. Parecían una banda callejera, de las antiguas, de las de la Plaga de las Ratas. La banda de Bottle Street o los Sombreros. Tal vez ambas. —Se frotó la cara—. También había Anguilas Muertas. Ah, qué sé yo…

—No importa.

—¿No importa? —Galia se puso en pie—. ¿Cómo que no importa? Acabas de perder a todos tus hombres.

El hombre del abrigó ladeó la cabeza. Estaba pensando.

—Tú has escapado.

—Sí, pero…

—Otros también. Volverán pronto.

—¿Cómo lo sabes?

—Galia, ¿confías en mí?

—¿Qué? ¿Si confío en ti? ¿Después de todo esto me preguntas si confío en ti?

El hombre del abrigo la ignoró.

—¿Has conseguido lo que necesito?

Galia hizo una pausa.

—Estaban exactamente donde dijiste. —Sacó los documentos de la túnica y se los entregó. El hombre del abrigo los cogió con una mano y extendió la otra como si esperase recibir algo más.

Galia se descolgó la mochila de la espalda y la abrió. Hizo una pausa y metió dentro de la mano.

—No serán suficientes. Se suponía que íbamos a robar la tumba.

Galia sacó una calavera. Le faltaba la mandíbula pero por lo demás estaba intacta. Parecía vieja y polvorienta. La colocó en la palma de la mano del hombre. Él la levantó, le dio la vuelta y miró por las cuencas vacías.

—No —dijo el hombre con voz sibilante tras la bufanda—. Buen trabajo, Galia. Lo has hecho muy bien.

—¿Con eso… basta?

—Sí, sí —dijo el hombre—. Habría sido mejor si hubiéramos conseguido más

pero aquí hay suficiente material para elaborar el talismán que necesito y más ahora que tengo estos pergaminos de la casa. El anterior dueño sabía mucho de brujería y me será muy útil.

Dejó caer la mano y levantó la cabeza, examinando el techo con las lentes rojas.

Emily ahogó un grito y se agachó, aplastándose todo lo que podía contra la viga de hierro. ¿La había visto u oído? Contuvo la respiración y aguzó el oído.

—¿Ocurre algo? —preguntó Galia siguiendo la mirada del Jefe.

Emily oía la pesada respiración del hombre tras la bufanda.

—Puede que nada —susurró el hombre—. O puede que sea otra cosa.

Emily miró el metal negro de la viga. Los oyó caminar por la galería y luego el hombre volvió a hablar.

—Lo has hecho bien, Galia. Podemos proceder.

Galia musitó algo. Emily aprovechó la ocasión y echó un vistazo. Estaban de espaldas a ella y hablaban en voz baja.

Entonces Emily notó que la sangre le zumbaba en los oídos y se le aceleraba el pulso. Se sintió viva y lista para la acción. Podía acabar con ellos. Era perfecto. Estaban de espaldas a ella. Había espacio de sobra para saltar desde las vigas y caerles justo encima. Ni se darían cuenta.

Podía poner fin a todo aquello. Podía ponerle fin en aquel mismo momento.

Emily se acuclilló y se deslizó por la viga. La ballesta no le servía de nada pero el uniforme de Ballenero que había tomado prestado traía una cosa más.

Desenvainó el cuchillo del cinto. No podía ser más perfecto.

Y entonces…

Y entonces oye la risa y los gritos y los relámpagos.

Y entonces ve a Corvo separando la cabeza del decano supremo Khulan del resto de su cuerpo y los arcos de sangre caliente surcan el salón del trono.

Y entonces alguien grita pidiendo más, más, más.

Es la voz de Emily, emperatriz de las Islas. Ella da las órdenes y Corvo obedece y ya tiene a otro entre manos.

El verdugo real alza la vista y le sonríe a la emperatriz. La emperatriz se ríe y caen relámpagos que iluminan la hoja que Corvo tiene en la mano y con la que degüella a otro miembro de la nobleza que todavía grita suplicando su liberación.

Es Wyman. Muere.

Y Corvo se ríe.

Y Emily también se ríe.

Emily se pone de pie en la viga. El matadero desaparece en un túnel de oscuridad y ella se desmaya.

Se desploma de lado y cae… cae…

15

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 12 del mes de la oscuridad, 1851

«He postulado aquí que el tiempo es una ilusión. No tanto el declive inevitable de un sistema del orden al caos, sino en el aspecto adicional de espacio, la naturaleza del cual no es evidente de inmediato. Si un objeto sólido ocupa un espacio en virtud de su extensión, anchura y volumen, ¿no se puede decir que el mismo objeto también ocupa la dimensión medible de "duración"?».

—EL COSMOS HAMBRIENTO
Pasaje de una obra más extensa sobre el movimiento
de las esferas, de Anton Sokolov

Corvo estaba en la planta de la fábrica de ballenas cuando vio caer a Emily. Estaba examinando las cadenas de la gigantesca estructura que habían soldado y clavado junto al tanque de lo que parecía ser vidrio fundido.

La había visto correr por los bosques de la mansión Brigmore. Pese a que llevaba lo que parecía ser un uniforme de Ballenero, había reconocido a su hija al instante, por cómo se movía y saltaba del árbol que tocaba la casa para luego salir corriendo hacia el bosque. La siguió después de dejar a Rinaldo en buenas manos. No las de Slackjaw y sus hombres sino las de Jameson, con instrucciones de llevarlo directamente a la torre.

El extraño talismán seguía en el bolsillo de Corvo. No iba a soltarlo, tenía que estudiarlo, examinarlo. Iba a necesitar que el decano supremo le ayudara a averiguar qué clase de talismán era.

No se dejó ver de camino al matadero. No le sorprendió que Emily hubiera salido de la torre, pero sí que fuera vestida de Ballenero.

Además iba siguiendo un rastro, persiguiendo algo que debía ser importante.

Había observado desde las sombras del matadero cómo su hija trepaba por la grúa y saltaba a la estructura de vigas suspendidas del techo. Una chapuza. Emily tenía que saberlo porque, tras casi fallar el salto, cruzó el tejado con cuidado y facilidad.

Desde abajo, Corvo divisaba dos objetivos, el Ballenero y el hombre del abrigo. Emily se había acercado mucho más que él.

«Bravo». Estaba aprendiendo. Cierto, Corvo sabía que debería estar enfadado con ella pero se sentía orgulloso de que estuviera en la calle, poniendo en práctica lo que había aprendido, una emperatriz que trabajaba duro para defender su ciudad como ningún otro gobernante lo había hecho nunca.

Y entonces se cayó.

Corvo actuó por instinto. Saltó con la marca del Forastero quemándole la mano,

invocando al Vacío para que se diera prisa en materializarse en su mundo, la espiral convergente de dos universos distintos, incompatibles, que permitían que el tiempo se congelara unos instantes desde el punto de vista de Corvo. Suponía un esfuerzo tremendo que no podía sostener por mucho. Llevaba consigo tres viales de solución Addermire, nada más.

El cuerpo de Emily se congeló a mitad de caída y de repente toda la fábrica era en blanco y negro. Corvo apretó los dientes por el esfuerzo pero guiñó hacia la plataforma que tenía encima para llegar al segundo piso de la fábrica.

Se dio la vuelta, vio las vigas del techo. Demasiado alto. Se concentró en la galería del piso de arriba. El tercero. Bastaría por ahora.

Hizo un Guiño y le costó coger aire cuando se materializó en la galería. Ya se notaba lento. Se volvió para ver a Emily. Seguía suspendida, una mariposa en un mar ámbar. Estaba agotado. En cualquier momento se vería obligado a soltar el tiempo y ella caería al suelo de la fábrica.

Corvo relajó mente y cuerpo. Hizo un Guiño a la siguiente plataforma, a la estructura del techo, luego a la galería.

Se volvió hacia su hija. La marca del Forastero le ardía en la mano y le flaqueaban las fuerzas. Notaba las extremidades pesadas y los reflejos lentos. Le fallaba la concentración y con ella su control sobre el poder del Vacío.

El tiempo se aceleró y la realidad saltó a la normalidad.

Emily cayó.

Corvo saltó y guiñó.

Se materializó con los brazos alrededor de Emily. Se retorcieron, tambalearon y cayeron. Estiró el brazo y guiñó de nuevo, el vínculo que unía su mente a la galería al otro lado de la fábrica se deshacía mientras caía.

Iba a llegar tarde.

No tenía objetivo ni destino. Ni esperanza.

Corvo cerró los ojos, se olvidó de todo y simplemente guiñó.

Cayeron en la cubierta metálica de la galería con un golpe sordo y Emily rodó a su lado. Respiraba y movía los ojos de un lado a otro tras los párpados cerrados. Estaba viva pero inconsciente. Le había pasado algo allá arriba, en la estructura del techo.

Las voces llegaron de abajo.

Corvo respiró hondo y se llenó los pulmones del aire caliente de la fábrica. Esperaba ver al líder de los Balleneros materializándose delante de sus narices, pero estaban arriba y, de momento, solos.

Se echó a Emily a la espalda y se dirigió a la salida de incendios que estaba un poco más adelante.

Fuera el aire frío de la noche le sorprendió para bien, lo espabiló. Equilibró a Emily con cuidado y buscó en su túnica: sus dedos se aferraron al vial de solución Addermire. Lo vació de un trago y notó el efecto de inmediato. El cuerpo le dolía

menos y la marca del Forastero ya no le daba pinchazos eléctricos en la mano.

Miró al otro lado de la puerta. Parecía haber una especie de confusión y se oía discutir a más de dos voces. Debían de haber vuelto algunos Balleneros de la incursión fallida. Destacaba la voz de Galia, que les ordenaba que capturasen a los intrusos que ni siquiera habían visto.

Los Balleneros se amontonaron en las escaleras y Corvo vio al hombre del abrigo en la sala de control. Estaba de cara a Corvo e, incluso a tal distancia, el cristal de rojo de sus lentes resplandecía como dos faros.

Una oleada de náuseas asoló su cuerpo y, de repente, le entró frío, como si lo hubieran arrojado al río. Estaba mareado, con el estómago revuelto, y la fábrica daba vueltas. Parpadeó intentando enfocar mejor pero lo único que veía era al hombre del abrigo y las lentes rojas brillantes.

Tragó saliva, se dio media vuelta y tomó una bocanada de aire fresco. Amanecería pronto. Las nubes remoloneaban al este y el sol naciente teñía el cielo de un rojo tan intenso como el de las lentes del extraño.

Allí no tenía nada más que hacer. Su prioridad era llevar a la emperatriz inconsciente de vuelta a la torre. Miró la calle; más allá de la salida de incendios, justo enfrente, había un pub, el Lost Cause.

Hizo una mueca por lo desafortunado que era el nombre del lugar. Sujetó a Emily con fuerza y se tiró de la escalera de incendios. Guiñó al caer y reapareció en el tejado de la taberna.

Corrió de vuelta a Dunwall Tower con Emily en brazos.

16

CÁMARA DEL JEFE REAL DE ESPIONAJE, DUNWALL TOWER
Día 14 del mes de la oscuridad, 1851

«Me preguntaron si no deberíamos tolerar la posesión de simples talismanes de hueso entre el pueblo. Sin duda, se trata de un asunto trivial, una mera práctica cultural extendida por todas las islas. No es tan terrible como la creación y el almacenamiento de runas ocultistas más complejas. Qué pregunta más insidiosa».

—LA CUESTIÓN DE LOS TALISMANES DE HUESO
Pasaje de un informe a la oficina del decano supremo

El decano supremo Yul Khulan enarcó una ceja cuando miró los mapas y los planos clavados al reverso de los paneles de madera de la recámara de Corvo. El biombo era una especie de centro de operaciones secretas separado del resto de la habitación y mucho más íntimo. Se cogió las manos y frunció los labios.

—Muy impresionante.

Corvo estaba de pie junto a la mesa de los mapas. Alzó la vista y cruzó los brazos.

—Me alegra que lo apruebes.

El decano supremo se echó a reír sin dejar de mirar alrededor.

—Tampoco te emociones.

Corvo arqueó una ceja y a Khulan se le secó la risa en la garganta. Tosió y se acercó a la mesa.

—¿Qué es lo que necesitas que vea?

Corvo se acarició la mejilla y se acercó a un cuadro que colgaba de la pared, uno de la emperatriz Jessamine. Era un recordatorio de otro lugar, de otro mundo.

Abrió el cuadro como si fuera una puerta. Detrás, empotrada en la pared, había una caja fuerte. Introdujo la combinación, giró la manivela, abrió la caja y sacó un pequeño objeto envuelto en lino.

—Te he hecho venir —dijo Corvo— porque no quiero que salga de esta habitación. Es demasiado arriesgado. —Colocó el objeto en la mesa y lo desenvolvió. El decano supremo se acercó.

—¿Qué es? —preguntó.

—Echa un vistazo —dijo Corvo desdoblando el último pliegue de lino.

—Por todas las Islas —susurró el decano supremo. Sus dedos intentaron tocarlo pero los retiró de pronto, antes de que hicieran contacto, como si el objeto quemara.

—¿De dónde lo has sacado?

Corvo se cruzó de brazos y miró el extraño talismán de hueso. Estaba más chamuscado que antes, casi toda la superficie se había ennegrecido y estaba cubierta

de pequeñas grietas. El lino en el que lo había envuelto estaba quemado allí donde el talismán lo había tocado. Era curiosa la aparente desintegración del objeto y el calor que producía.

—De uno de los Balleneros que capturamos en la mansión Brigmore —dijo Corvo—. Su nombre era Rinaldo y conocía a Daud. Llevaba esto encima.

—Y ¿de dónde lo ha sacado él?

—Ahí es donde la cosa se pone interesante. Dice haberlo encontrado en el sótano del matadero donde los Balleneros se estaban reagrupando. —Corvo hizo una pausa, recordando su experiencia en la fábrica dos noches antes. Emily estaba bien pero exhausta, y le había contado a Corvo un cuento, que se había puesto enferma. No recordaba cómo había vuelto a la torre. Él la dejó creer que la extraña desorientación que había sufrido en el matadero le había borrado la memoria y que había vuelto a casa por su propio pie.

Tenía que mantener en secreto su papel en la historia, y por eso se hizo el inocente y fingió que se creía que su hija simplemente estaba indispuesta.

Corvo pensó en aquel hombre tan extraño. Se estremeció al recordar las brillantes lentes rojas.

—Parece que los Balleneros tienen un nuevo líder —dijo—. Un hombre que lleva un gabán de invierno del ejército de Tyvia.

—¿Un agente de Tyvia? —preguntó el decano Supremo. Las cejas le bailaban en la frente—. ¿Temes un complot contra la emperatriz?

Corvo se rascó la sombra de la barbilla.

—No estoy seguro pero no me lo parece. Creo que trabaja por su cuenta. Ha refundado los Balleneros con parte de la vieja guardia. Según Rinaldo, una mujer llamada Galia se ha convertido en la mano derecha del extraño. Rinaldo y ella formaban parte de los Balleneros originales cuando Daud operaba en Dunwall.

—¿No te parece que el extraño podría ser Daud? —preguntó Khulan—. A saber qué le habrá ocurrido durante estos quince años.

—Supongo que es posible —dijo Corvo—. No le vi la cara. Rinaldo dice que tiene poderes, como los que tenía Daud, y que los ha compartido con Galia. Eso significa que es ella con quien me encontré en el cementerio del nuevo barrio mercantil. Capitaneaba la incursión. Rinaldo dice que el hombre del gabán nunca sale de la fábrica. Y he visto moverse a Galia —continuó—. Transversa igual que lo hacían los Balleneros.

El decano supremo frunció el ceño.

—Entonces, ¿se trata de Daud?

Corvo miró el talismán de hueso. ¿Era Daud el hombre del abrigo? Iba disfrazado pero era más corpulento que Daud…, ¿verdad? ¿Era fiable la memoria de Corvo?

Por supuesto que sí. Daud era el responsable del asesinato de Jessamine, daba igual que fuera por órdenes de Hiram Burrows. Era Daud quien tenía las manos manchas de sangre.

Corvo debería haberlo matado cuando tuvo la ocasión. Era un pensamiento que le rondaba la cabeza de cuando en cuando desde entonces. Si existiera el modo de hacer más que detener el tiempo…, de darle marcha atrás.

El decano supremo se inclinó sobre el talismán de hueso. Intentó tocarlo de nuevo pero Corvo se lo impidió poniéndole la mano en el antebrazo.

—Cuidado, quema. Mira cómo ha carbonizado el lino.

Khulan asintió.

—Sí, ya veo lo que quieres decir. —Sacó un guante blanco del abrigo rojo de terciopelo, se lo enfundó y tanteó el talismán con un dedo cubierto. Aun así, el talismán se partió en dos. Las mitades se astillaron y se deshicieron como el carbón consumido. Khulan retiró la mano y frunció el ceño.

—Si es un talismán de hueso nunca he visto otro igual. —Se apartó—. Es obvio que es inestable. Tal vez el poder que contiene corrompe la estructura con el tiempo, lo que causa la inestabilidad.

Corvo asintió.

—Eso suponía yo. También le daría un tiempo de vida limitado. —Se rascó la barbilla otra vez—. Tampoco yo he visto nunca un talismán como este. Sabemos que es de hueso humano, probablemente de los cadáveres que robaron del cementerio. Rinaldo dice que el hombre del abrigo tiene montado un taller bajo la fábrica y que ha estado tallando talismanes día y noche.

—Si tienen una vida limitada tendrá que hacer todos los que pueda, sin importar para qué los necesite. Es posible que el llevarlos encima acelere su descomposición pues el portador absorbe su poder.

—¡Herejías! —exclamó Khulan meneando la cabeza. Se recompuso y continuó —. Eso no explica el poder que viste en el cementerio. Los talismanes de hueso no están a ese nivel. Si a Galia le han dado el don de transversar, estaríamos hablando de una magia muy distinta.

—Estoy de acuerdo.

—¿Has obtenido más información del tal Rinaldo?

Corvo asintió y, descruzando un brazo, señaló un punto en el mapa.

—Rinaldo dice que Galia y el hombre del abrigo no han terminado. Están trabajando en una empresa mayor y para rematar la faena necesitan un componente más.

El decano supremo echó un vistazo al mapa y miró a Corvo con expresión de susto en la cara.

—Pero es… es…

Corvo puso el dedo en el mapa.

—La mansión Boyle, sí.

—El baile de máscaras se celebra en unos días. No me digas que…

—No lo sé, pero es lo que parece. Quieren algo del baile de máscaras. Los miembros que quedan tras la incursión a la mansión Brigmore acudirán al baile.

—¿No podemos impedírselo? Sabemos dónde tienen la base. Podemos enviar a los Vigilantes Ciudadanos. ¡A los decanos! Sé que las cajas de música no estaban afinadas para que te las llevaras a Brigmore pero ahora lo están. Podemos poner fin a esto antes de que causen más daños.

Corvo meneó la cabeza. Señaló el talismán.

—El hombre del abrigo tiene más como ese. Decenas, según Rinaldo. Hasta que sepamos de lo que son capaces no podemos arriesgarnos a atacar de frente. Las cajas de música no tienen efecto sobre los talismanes de hueso, ¿no te acuerdas?

—Y ¿qué sugieres?

—Sigilo —dijo Corvo—. Sutileza. Déjame hacer las cosas como sé hacerlas.

Khulan resopló.

—Dijo el jefe real de espionaje.

—Jefe real de espionaje y protector real, Yul. No creas que me tomo a la ligera las amenazas contra la emperatriz. Sin embargo, necesito saber qué trama el hombre del abrigo. Cuanta más información tengamos, mejor. Es peligroso y poderoso, de hecho, es probable que no tengamos ni idea de lo poderoso que es.

—¿Qué propones entonces?

—Que se celebre el baile de máscaras.

—¿Qué? No hablarás en serio.

—Más que nunca —dijo Corvo—. El baile sigue su curso. Estará plagado de mis agentes. Nadie se enterará y nada cambiará.

El decano supremo dejó salir despacio el aire acumulado en sus carrillos y meneó la cabeza.

—No me gusta, Corvo. Va en contra de mi naturaleza.

Corvo asintió.

—Comprendo, Yul. Pero tiene sentido. Escucha: el hombre del abrigo nunca sale de la fábrica. Los Balleneros han perdido a casi todos sus hombres en la mansión Brigmore. Si atacan durante el baile, tendrá que ser con Galia y lo que queda de su banda.

Khulan enarcó una ceja.

—Ya veo —dijo—. Con los Balleneros en el baile…

—El hombre del abrigo estará solo en la fábrica —dijo Corvo—. Esperaremos en el baile y atraparemos a Galia y a los demás. Mientras, reuniremos a todos los Vigilantes Ciudadanos y a todos los decanos que podamos y rodearemos la fábrica. Me llevaré a los decanos de guerra al baile. Las cajas de música impedirán que use sus poderes y tendré suficientes agentes entre los invitados para detenerlos a ella y a sus secuaces antes de que causen problemas.

El decano supremo siseó. Se alejó de la mesa y empezó a dar vueltas por detrás de los paneles de madera, tamborileando con los dedos en los labios.

—No me gusta, Corvo. Es arriesgado. ¡Muy arriesgado! Vas a usar el baile y a los invitados de cebo.

—Es un riesgo calculado, Yul, y los huéspedes estarán bien protegidos. Tengo agentes de sobra a mi disposición.

—¿Qué hay de la emperatriz?

—Estará en el lugar más seguro que existe —dijo Corvo—. Aquí mismo, en Dunwall Tower. La emperatriz recibe una invitación para el baile de máscaras todos los años pero nunca asiste. Lo prohíben el protocolo y la tradición.

—Entonces la emperatriz estará a salvo.

—Así es.

—¿Aunque su guardaespaldas no esté a su lado?

Corvo levantó las manos.

—Escucha, Yul. Es nuestra oportunidad para averiguar quién es esa gente y qué es lo que traman.

—Pero pondremos en peligro a los habitantes de Dunwall, Corvo —replicó el decano supremo dando manotazos como para representar a la población de la ciudad —. La élite del imperio estará en el baile y pretendes permitir que esa banda se mezcle con ellos.

—Nosotros también estaremos allí, Yul. Yo estaré allí. No les pasará nada. Te doy mi palabra.

Khulan frunció el ceño.

—Muy bien, Corvo. Bajo tu responsabilidad y bajo la responsabilidad de la emperatriz.

Corvo asintió y se acercó a su amigo. Le ofreció la mano, con la palma hacia arriba. Khulan la miró con una mueca en el rostro pero se la estrechó de todas maneras.

—Bajo tu responsabilidad —repitió el decano supremo. Dio media vuelta y se marchó.

17

DUNWALL TOWER
Día 14 del mes de la oscuridad, 1851

«Esto lleva a la crítica más habitual que suele hacerse al cargo de jefe real de espionaje: que se llevan a cabo acciones y se cometen actos que ni siquiera el emperador o emperatriz conocen. Esta falta de supervisión y de responsabilidad es un tema que suele debatirse a menudo durante las sesiones parlamentarias, pero quienes ocupan el cargo de jefe real de espionaje aseguran que, para poder desempeñar correctamente su labor, el puesto debe mantenerse ajeno al aparato legislativo y burocrático existente».

—EL JEFE REAL DE ESPIONAJE
Pasaje de un documento histórico sobre puestos y cargos del gobierno

Corvo encontró a Jameson esperando, como estaba previsto, en los jardines de Dunwall Tower, junto al cenador con vistas a la esclusa. Juntos se dirigieron al salón del trono. Eran las últimas horas de la mañana, dos días después de haber rescatado a Emily del matadero y de haberla traído a casa, a su habitación segura y secreta en sus aposentos privados. Corvo casi no había pegado ojo desde entonces. Tenía mucho en que pensar y mucho que planificar.

Había conseguido el beneplácito del decano supremo y era hora de poner sus planes en acción.

La luz de la mañana envolvía a la pareja, el jefe real de espionaje y su agente jefe caminaban hacia el vestíbulo de la torre. Corvo parpadeó. Hacía gran parte de su trabajo de noche, en la oscuridad. Pero no era el momento y dormir era para las tortugas. No había tiempo que perder.

De camino al salón del trono informó a Jameson de sus planes. Comentaron qué agentes irían disfrazados con los elaborados trajes que exigía el baile de máscaras de los Boyle. Corvo estaba contento. Había encontrado en Jameson un agente fiel y leal que obedecía sin chistar y sin hacer preguntas. Si le interesara la opinión de Jameson, se la preguntaría.

Pero no lo hizo.

En el salón del trono, los guardas les vieron y les abrieron las puertas. Corvo entró y se detuvo. Frunció el ceño. Pasaba algo y no sabía qué era.

La emperatriz Emily Kaldwin estaba sentada en el trono, vestida con su habitual traje pantalón negro y blusa blanca de cuello alto, como nueva tras un día de descanso. A excepción de Corvo, nadie, ni siquiera Jameson, sabía que había escapado por los pelos de la muerte dos noches antes.

Reunidos ante la tarima estaban el capitán Ramsey de los Vigilantes Ciudadanos, el comandante Kittredge de la patrulla del río Wrenhaven… y el decano supremo

Khulan. Cuando se acercaron Corvo y Jameson, Khulan presionó con la lengua contra la mejilla y miró a Corvo como si le estuviera pidiendo perdón porque la emperatriz lo hubiera convocado. Aquella mirada le dijo a Corvo todo lo que quería saber: el decano supremo no había desvelado sus planes. Una convocatoria de la emperatriz de las Islas era una orden que no se podía ignorar.

Corvo hizo una reverencia al trono y otra al decano supremo. Mientras, el capitán y el comandante los saludaron a Jameson y a él.

—Perdona, majestad, no era consciente de que hubiera prevista una reunión. ¿Me he perdido algo? —La miró con los ojos entornados, preguntándose qué tendría planeado.

—Lord protector —dijo Emily saludando a su padre con el tono formal que reservaba para sus subordinados. Corvo se mordió la lengua—. Te he convocado aquí para dictar un edicto imperial. Vamos a imponer un cierre general sobre la ciudad de Dunwall hasta que los ladrones de tumbas sean capturados.

Corvo ladeó la cabeza. Miró primero a Jameson, que se cogió las manos a la espalda y se balanceó sobre los talones a sabiendas de que no tenía ni voz ni voto, y luego intercambió una mirada con el decano supremo. Khulan se estaba esforzando por prestarle atención solamente a la emperatriz pero no pudo evitar mirar a Corvo por el rabillo del ojo y torcer el labio.

—¿Por qué motivo, majestad? —preguntó Corvo.

Todos los presentes se volvieron hacia él. Nadie más que el protector real osaría cuestionar así a la emperatriz.

—Nueva información —contestó la emperatriz—. Es todo lo que necesita saber.

Corvo se aclaró la garganta. Cierto, Emily estaba protegiendo su secreto sin saber que Corvo estaba al tanto de sus aventuras nocturnas. Si lo había visto en la mansión Brigmore, sabía que andaba tras los Balleneros.

Solo que no podía admitirlo.

El hombre permitió que una pequeña sonrisa levantara las comisuras de sus labios.

—Entiendo, majestad —dijo escogiendo con cuidado sus palabras. Emily creería jugar con ventaja porque pensaba que Corvo no quería desvelar lo ocurrido en la mansión Brigmore.

El capitán de los Vigilantes Ciudadanos se aclaró la garganta.

—Con permiso, majestad, caballeros… Los Vigilantes Ciudadanos están al límite de su capacidad. Tenemos un enlace con la abadía de Everyman para mantener vigilados los cementerios de la ciudad-estado. —Hizo una pequeña inclinación de cabeza al decano supremo—. Con la cooperación de la patrulla del río Wrenhaven podemos redoblar las patrullas alrededor de Dunwall. Pero un cierre total requiere más soldados de los que puedo reunir. A menos que el jefe real de espionaje pueda ofrecer su ayuda.

El capitán miró a Corvo, quien apretó los labios y meneó la cabeza despacio.

—Mis agentes son míos —dijo con voz monótona—, debería saberlo. Operan de forma independiente y en secreto. De cualquier otro modo, se pondría en peligro su anonimato y la seguridad del imperio.

El capitán Ramsey suspiró y se dirigió a Emily de nuevo.

—Esperaba esa respuesta. Majestad, si estáis decidida a imponer un cierre, será necesario que el ejército de Gristol regrese de sus barracones en Whitecliff. —Hizo una pausa—. Y me atrevería a decir que no estoy seguro de que a las buenas gentes de Dunwall les guste la idea de que las tropas ocupen la ciudad a fin de mantenerlos encerrados en sus hogares.

—Traer de vuelta a las tropas llevaría tiempo —dijo Jameson interrumpiendo al capitán con una pequeña reverencia—. Ruego que me perdonen, señores, pero es un tiempo que no tenemos.

Corvo asintió.

—Tengo una alternativa.

Emily se pasó la lengua por los labios.

—Soy toda oídos.

—No hacer nada.

Al oírlo, el capitán Ramsey y el comandante Kittredge se volvieron para mirarle con los ojos abiertos como platos. El decano supremo Khulan bajó la vista al suelo. Corvo los ignoró a todos, clavando la mirada en el trono.

La emperatriz se levantó y bajó de la tarima para unirse al grupo en la alfombra roja. Arqueó una ceja negra.

—¿No hacer nada?

Corvo asintió.

—Eso mismo.

Emily meneó la cabeza.

—No lo comprendo. ¿Qué se consigue con eso? ¿Qué significa siquiera?

Corvo se cruzó de brazos.

—Significa que no hacemos nada… en apariencia. Los Vigilantes Ciudadanos y los decanos seguirán vigilando los cementerios. Pero el baile de máscaras de los Boyle se acerca. Dejemos que se celebre, que la ciudad haga vida normal como si no pasara nada.

El capitán de los Vigilantes Ciudadanos levantó la mandíbula cuadrada.

—¿Cómo sugiere que capturemos a la banda si no hacemos nada?

—Yo también tengo información —dijo Corvo—, mis agentes trabajan día y noche. Pero necesitamos ponerles una trampa.

Procedió a explicarles a grandes rasgos el plan que había discutido con el decano supremo, omitiendo los detalles que pudieran desvelar hasta dónde llegaba su red secreta de espías. Cuando hubo terminado, Ramsey y Kittredge se miraron, y luego a Corvo con expresión de incredulidad. Ramsey abrió la boca pero no dijo nada. Suspiró y miró a la emperatriz.

—Majestad, es una locura. ¿Vais a dejar el destino de la élite de la ciudad en manos de un solo hombre? Corvo es el protector real, vuestro guardaespaldas, pero pensad en las consecuencias. Si fallase… Asistirán al baile las personas más influyentes de la ciudad.

Corvo no necesitó más. Emily le profesaba una lealtad absoluta y confiaba plenamente en él. La más mínima insinuación de que él o sus agentes no estaban a la altura le tocaba la fibra sensible a la joven emperatriz y solo servía para reforzar su posición.

Meneó la cabeza.

—No, no estará solo. —Miró a su padre—. ¿Cuántos agentes tienes preparados?

Corvo sonrió y le hizo una reverencia.

—Los suficientes, majestad.

—De acuerdo —dijo Emily devolviéndole la sonrisa—. Procede con tu plan.

El comandante Kittredge masculló algo mientras que el capitán Ramsey dio un largo y sonoro suspiro.

—Majestad, supone un riesgo terrible. La nobleza de la ciudad estará en manos de vuestro jefe real de espionaje.

Corvo asintió.

—Y estarán a salvo, comandante. —Miró a Emily—. Al igual que lo estará la emperatriz, aquí en la torre. Duplicaré tu guardia personal, así como la guardia de las puertas de la torre. También apostaré a más agentes. —Hizo una pausa y sonrió—. Además, tras los últimos acontecimientos, una noche tranquila con Wyman parece justo lo que necesitas.

Emily sonrió.

—Bueno, si lo pintas así. —Luego se dirigió a los demás—. La audiencia ha terminado. Los Vigilantes Ciudadanos y la patrulla del río Wrenhaven quedan a las órdenes directas del protector real. Eso es todo.

Ramsey y Kittredged saludaron a la emperatriz al instante y, tal vez con un pequeño titubeo, a Corvo. Luego abandonaron el salón del trono y dejaron a Emily con Corvo, Khulan y Jameson.

En cuanto se cerraron las puertas del salón del trono, Emily miró a su padre meneando la cabeza y con los brazos cruzados.

—Espero que estés en lo cierto, Corvo.

—Confía en mí, Emily. Confía en mí.

Emily frunció el ceño.

—Sabes que sí lo hago.

Corvo le hizo una reverencia a su hija y un gesto al decano supremo y a Jameson.

—Caballeros, pongámonos en marcha.

18

DUNWALL TOWER
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«La alquimia de la guerra es bien curiosa. Si un enemigo duerme, ya ha sido vencido, y si se despierta más tarde de tu victoria, es posible que ni siquiera vean tu mano en su derrota. La elaboración de ciertos reactivos para inducir el sueño es una disciplina a dominar, al igual que el desarrollar inmunidad contra dichos preparados mediante la lenta valoración de dosis administradas a uno mismo».

—UNA MANERA MEJOR DE MORIR
Pasaje superviviente del tratado de un asesino,
autor desconocido

El día siguiente transcurrió a toda velocidad y sin novedades. Corvo estuvo ausente, ocupado con los planes para el baile de máscaras de los Boyle. La corte imperial estaba tranquila pues los nobles se habían retirado, listos para sorprender a sus amigos con los magníficos y elaborados disfraces que habían preparado en secreto.

El baile de máscaras, el evento social del año, iba a celebrarse según lo previsto. Los asistentes estarían a salvo bajo la atenta mirada de Corvo y sus agentes. Nadie se enteraría de lo que estaba pasando.

La emperatriz permanecía encerrada en su torre, a salvo y lejos de todo peligro mientras el protector real hacía su trabajo y defendía al trono y a la emperatriz que lo ostentaba.

Emily se lo repetía una y otra vez. Sí, era un plan arriesgado, pero confiaba en Corvo. No solo eso, sino que sabía que las actividades de la banda iban más allá del robo de tumbas y también sabía que él lo sabía. Lo había visto en Brigmore.

Faltaba la información que ella había recogido por su cuenta. Sabía que era importante y que no podía compartirla con Corvo sin desvelarle su secreto.

El deber la obligaba a ayudar en todo y todo lo que pudiera.

Cerró la puerta del apartamento y fue a la pared de enfrente, donde el cerrojo secreto de Anton Sokolov estaba escondido a vista de todos. Levantó la mano y apretó con el sello de su anillo contra la cerradura, que no era más que otro delicado elemento decorativo. El anillo encajó con el exquisito mecanismo, se oyó un chasquido y la pared se abrió.

Emily entró. Una vez en su habitación segura, fue hacia un baúl cerrado que estaba pegado a la pared. Introdujo la combinación y abrió la tapa. En las estanterías del interior había varios tipos de virote para su ballesta de muñeca. Emily sacó el estante superior y debajo apareció otro. Eran virotes diferentes: el cuerpo era un delgado tubo de cristal que contenía un líquido verde un poco fluorescente.

Cogió uno y lo llevó a su mesa de trabajo. Lo sostuvo derecho y comenzó a desmontarlo con mucho cuidado. Quitó la cola y la punta y al final se quedó con un vial de líquido verde. Lo miró a contraluz y frunció el ceño. No quería hacer lo que tenía pensado hacer y tampoco estaba segura de que fuera a funcionar… Pero sentía que no tenía elección.

No si quería proteger su secreto.

Comprobó que el vial estaba bien cerrado, se lo metió en el bolsillo, cerró la puerta secreta y volvió a su apartamento.

Emily encontró a Wyman esperándola en el salón de baile. Sonrió al verla. Ella vaciló un instante pero Wyman no pareció darse cuenta y se acercó para darle un beso educado y formal.

Al separarse, Wyman extendió el brazo y señaló la estancia.

—¿No es asombroso? Se superan año tras año.

Ella miró alrededor. El salón estaba decorado con banderines de colores que colgaban de la viga central del techo alto. La mesa para banquetes, que días antes había estado cubierta con los materiales para elaborar los disfraces, estaba separada en dos y cada mitad estaba a un lado del salón. En la pared oeste, la mesa lucía un verdadero banquete de manjares exóticos que se podían comer con los dedos. En la pared este, había metros y metros de cristalería tapando un bosque de botellas llenas de líquidos interesantes.

Suspiró. Wyman tenía razón: tenía todo un aspecto increíble. Era para la tradicional recepción de antes del baile que se celebraba en el gran salón de Dunwall Tower para los miembros de la corte imperial. Así podían charlar y socializar antes de que los carruajes los llevaran a todos a la mansión Boyle. Como mandaba la tradición, la emperatriz no los acompañaba.

Emily cogió la mano de Wyman.

—¡Mi señora! —Wyman hizo una reverencia exagerada.

Emily se echó a reír pero no podía evitar que se le hiciera un nudo en el estómago al pensar en lo que estaba a punto de hacer.

—¿No te da pena perderte el baile este año? —le preguntó.

Wyman se rió y miró las banderas de la nobleza colgando del techo.

—Para nada. No me van esas cosas. Además, ¿con quién iba a ir? ¿Con mi hermana? —Más risas—. No se me ocurre nada mejor que estar aquí, en Dunwall Tower, con la emperatriz de las Islas.

Wyman le estrechó la mano, y la joven sonrió. Aunque le pesaba la sonrisa y Wyman lo notó.

—¿Qué ocurre?

Emily parpadeó, luego se echó a reír, un poco avergonzada.

—No es nada —dijo—. Solo es que algún día creo que me gustaría llevarte a un baile de máscaras.

—¿Qué? —preguntó Wyman llevándose la mano al pecho y poniendo cara de fingido horror y terror—. Pero, mi señora, ¿qué diría la gente? —Wyman puso los ojos en blanco, como si fuera a desmayarse—. Qué escándalo. Damas y caballeros, ¡qué escándalo! —Entre carcajadas, Wyman se dejó caer en brazos de Emily, que se puso a dar vueltas y vueltas por todo el salón hasta que llegaron a las puertas.

Las miró por encima del hombro de Wyman. No disponía de mucho tiempo. El primer invitado llegaría en cualquier momento.

—Es hora de empezar —dijo acercándose a la mesa de las bebidas. Wyman puso cara de asombro pero Emily se recuperó rápido—. ¡Es hora de empezar a beber! Como emperatriz de las Islas, la primera copa me corresponde a mí.

Se puso de cara a la mesa y tapó con el cuerpo las copas que tenía delante.

Estaba de suerte. Además de vinos de Tyvia había un licor de Karnaca. Era verde intenso y olía a especias y a menta. Escogió una copa alta, se sacó disimuladamente el vial del bolsillo y lo vació en la copa. Rápidamente, añadió licor hasta el borde. Se guardó el vial de nuevo, cogió la copa y se dio la vuelta.

Wyman estaba en la otra mesa, eligiendo viandas.

—Damas y caballeros —dijo Emily imitando la pomposidad de Wyman. Alzó la copa de líquido verde e hizo una pronunciada reverencia.

—Vaya, vaya. Me la ha servido la emperatriz en persona. Qué bajo han caído los poderosos. —Wyman aceptó la copa y miró el contenido con recelo—. Es un… no sé qué… especiado de Serkonos.

Emily asintió y apretó los labios.

«Anda y bébetelo de una vez», pensó.

—Preferiría un espumoso —dijo Wyman mirando las bebidas con anhelo antes de alzar la ofrenda de Emily—, por el tipo de copa que has elegido. El licor de Serkonos se bebe en una copa pequeña y redonda, nada que ver con esta. —Wyman olisqueó la bebida y frunció el ceño—. Buf, no es un licor especiado… ¿Qué lleva?

—Lo he preparado yo misma con mis preciosas manos imperiales —dijo Emily.

—Ya, pero ¿qué has preparado tú misma con tus preciosas manos imperiales?

—Ah…, pues un brebaje que me he inventado. Se llama el elixir de Emily. Bébetelo de una vez y dime qué te parece. —Intentó no parecer enfadada.

Wyman estaba a punto de probarlo pero de pronto hizo una pausa, bajó la copa y miró a la emperatriz.

—¿No bebes conmigo?

—No —dijo Emily—. Es decir, sí, pero primero quisiera que me dieras tu opinión.

—¿Estás experimentando conmigo?

—Podría decirse que sí.

Wyman suspiró, levantó la copa para poder estudiar el líquido verde y brillante a la luz. Impostó la voz de nuevo, con una pronunciación perfecta y las vocales marcadas.

—Testado en los laboratorios de su majestad imperial —dijo Wyman entre carcajadas—. ¡Basta un trago, con un trago basta. Un solo trago del elixir de Emily que todos los males espanta!

Wyman miró de reojo a Emily.

—Si se me cae el pelo tendrás que comprarme un sombrero de oro macizo.

—Hecho —dijo Emily.

—Hasta el fondo —dijo Wyman antes de tragarse el contenido de la copa de una sentada. Hizo una pausa con la boca abierta, la lengua bailando, y asintió—. La verdad es que no está tan mal. Sabe a dulce, como si llevara… Creo que me recuerda a…

Se le cayó la copa.

Emily la cogió antes de que llegara al suelo.

Entonces Wyman siguió a la copa. Emily, con su copa en una mano, le pasó la otra por debajo de la axila para amortiguar la caída y dejó la figura inmóvil en el suelo.

—Lo siento, mi vida —susurró—, pero sé que Corvo te ha pedido que me vigiles.

El tiempo volaba. Los invitados llegarían en cualquier momento. Corrió a las cortinas que había al final de la mesa y escondió allí la copa vacía. Volvió junto a Wyman y se echó el peso muerto a la espalda.

Encorvada, corrió a la parte de atrás del gran salón, apartó la cortina con el pie y apareció una pared de delicados paneles de madera y un ornamentado borde superior. Entornó los ojos en busca de lo que quería: un pájaro volando con las alas abiertas.

Procurando que Wyman no se le cayera, estiró el brazo y torció la figurilla. El panel de madera se abrió hacia dentro para mostrar uno de los muchos pasadizos secretos de la torre. Se metió de lado, con cuidado de que Wyman no se llevara ningún golpe en la cabeza, y cerró el panel de madera con el pie.

Era un pasadizo corto y en breves instantes salió de detrás de otro panel al pasillo que había tras el salón de baile. Estaba despejado pero Emily se detuvo y aguzó el oído antes de continuar con su carga hacia uno de los apartamentos para invitados.

Si había calculado bien la dosis del elixir para dormir, Wyman tardaría horas en despertarse y Emily ya tenía pensada una historia para explicar su ausencia: Wyman había cogido un repentino catarro y estaba en cama.

Pero eso sería luego. Tenía mucho trabajo que hacer.

El improvisado taller de costura estaba oscuro y en silencio. Los sastres y las modistas se habían retirado al caer la noche. Emily apareció por detrás de una cortina tras haber dejado atrás sigilosamente el pasillo y a una doncella solitaria del turno de noche.

El taller estaba lleno de estanterías donde se guardaban cientos de rollos de tela, la misma que antes ocupaba el salón de baile, la misma de la que se habían cortado muchos de los disfraces para los miembros de la corte imperial.

Fue de puntillas a la parte de atrás, más allá de las estanterías, hacia donde filas y filas de prendas terminadas y a medio terminar colgaban de largos percheros. Justo detrás estaban los disfraces de muestra, listos para que los guardaran en los baúles hasta que volvieran a hacer falta el año siguiente.

Emily les echó un vistazo. Necesitaba uno que ofreciera cobertura total, con una máscara que le tapara la cabeza, pero que fuera lo más práctico posible. Las mariposas de alas gigantes no le servían, ni tampoco los tigres y los leones con sus largas colas y sus pesadas y abultadas máscaras. Tenía que poder moverse.

Recordó un disfraz mientras rebuscaba entre los percheros en la penumbra. Lo había visto en el salón de baile y no tardó en encontrarlo.

Era relativamente modesto. Un traje pantalón negro con lentejuelas negras y azules y plumas negras metálicas y el escote de la chaqueta bordado con hilo de oro y plata. No llevaba alas raras y la máscara era pequeña y ajustada. Le cubría toda la cabeza sin llegar a ser incómoda.

Emily sacó las distintas piezas del disfraz de gorrión de la percha.

«Sí. Este es perfecto».

Aquel año la emperatriz asistiría al baile de máscaras y nadie se enteraría.

INTERLUDIO

DUNWALL TOWER
Día 2 del mes de la lluvia, 1845

«El conocer al enemigo consiste en conocerse a uno mismo. Por eso todos los días deben ofrecer un desafío, y cada momento una oportunidad. Así verás la persona que eres. Buscarás tus límites y los superarás. Solo entonces estarás listo para enfrentarte a lo que venga porque solo entonces sabrás de lo que eres capaz».

—Una manera mejor de morir
Pasaje superviviente del tratado de un asesino,
autor desconocido

La emperatriz Emily Kaldwin entró en el salón del trono, se detuvo y miró alrededor.

Notaba algo raro.

Era una cámara gigantesca, larga y abovedada como el salón principal de la abadía de Everyman, empapelada de vitrinas que exhibían las riquezas del imperio con objetos de todos los rincones de las islas. En una había una pequeña pieza de madera que parecía el último superviviente de un incendio. Era muy frágil y, en teoría, una reliquia del lejano continente Pandyssia. Emily tenía que admitir que la tenía fascinada desde que era niña.

Se detuvo, a medio camino del trono de plata que estaba en lo alto de una tarima cubierta por una alfombra roja. No había sesión de la corte imperial y aunque hacía ocho años que era emperatriz, lo cierto era que no le gustaba aquel salón. Era demasiado… regio. Había aceptado la vida de emperatriz pero estaba decidida a no acomodarse en el mullido sillón de cuero del trono ni a gobernar sin pensar en las islas, sus ciudades y sus gentes.

Ojalá pudiera salir y conocer a sus súbditos. Aprender sobre ellos y sus costumbres, de sus tribulaciones para reconstruir Dunwall tras el reinado del lord regente.

Tal vez pudiera hacerlo algún día, libre de la atenta mirada de guardias y cortesanos; y de la de su padre, el protector real. Era su decimoctavo cumpleaños. Tal vez fuera un día para cambios si así se lo proponía. Con dieciocho años ya no era una niña.

Suspiró y tamborileó en el suelo con el pie. Estaba allí por una petición. El capitán de los Vigilantes Ciudadanos había solicitado una audiencia con cierta premura.

No obstante el salón del trono estaba vacío.

El capitán aún no había llegado y había algo más, pues incluso cuando no estaba en uso, en el salón del trono siempre había guardias. Dos en el exterior, que la habían saludado al abrirle la puerta. Pero los dos que debían ocupar sus puestos en el interior estaban misteriosamente ausentes. Emily estaba sola y la puerta cerrada.

Se le erizó el vello de la nuca. Cerró los puños y flexionó las rodillas por instinto, lista para lo que presentía que iba a ocurrir.

Oyó un crujido a su espalda.

Se dio la vuelta.

Aparecieron dos hombres de detrás de las gruesas cortinas que había a ambos lados de la puerta del salón del trono. Iban vestidos de negro con piezas de cuero que no hacían juego y cinturones entrecruzados mantenían abrochadas sus túnicas. Iban encapuchados, con las caras ocultas por máscaras negras de tela atadas a la nuca.

Se acercaron despacio, relajando los hombros, la mirada fija en la emperatriz. No parecían ir armados pero uno de ellos se crujió los nudillos con fuerza.

Otro ruido. Emily volvió la cara hacia el trono. De detrás salieron otros dos hombres, iguales a sus secuaces.

Cuatro hombres, cuatro intrusos. Matones allí reunidos por una sola razón.

Emily entornó los ojos. Apretó los dientes y miro alrededor mientras los hombres se acercaban a ella.

No había escapatoria.

No había dónde esconderse.

Estaba sola.

Lo único que podía hacer era luchar.

Corvo le dio una patada al cuerpo que tenía a sus pies y miró alrededor. Había otros tres cuerpos esparcidos por el suelo del salón del trono como flores silvestres. Había mucha sangre pero todos respiraban. Les iba a doler cuando despertaran.

Emily estaba sentada en el borde del trono, con la cabeza ladeada mientras apretaba un paño contra la cara para intentar frenar la hemorragia nasal.

Corvo miró a la emperatriz con una ceja arqueada.

—Es toda una sorpresa —dijo—. Bien hecho. Enhorabuena.

—Lo que necesito es darme un buen baño, un poco de ungüento y que mi protector real me explique, por todas las Islas, cómo es posible que se haya colado una banda de asesinos ya no en Dunwall Tower, sino en el salón del trono.

Corvo apretó los labios y asintió. Se llevó las manos a la espalda, pasó con cuidado por encima de uno de los matones gimientes y se acercó al trono.

—Son mercenarios —dijo—, no asesinos. Lo han hecho bastante bien.

Emily arrugó la frente, confusa. Se apartó el paño de la cara y miró a su padre desde el trono.

—¿Lo han hecho bastante bien?

—Sí. Bastante bien. —Se acarició el labio inferior y asintió—. Les doy un siete sobre diez. ¿Qué tal la nariz?

—Me duele, creo que está rota.

Corvo asintió.

—Ocho sobre diez.

—Un momento. ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —Se levantó y bajó los peldaños de la tarima al trote y con gesto de dolor.

Corvo se encogió de hombros.

—¿Majestad? —dijo haciéndose el inocente.

Emily cerró el puño y lo estampó contra el pecho de Corvo, quien se movió un poco hacia atrás y tosió.

«Se lo tiene merecido».

Emily le dio una patada a uno de los mercenarios.

—¡Los has enviado tú!

Alzó la vista y miró a Corvo. Él la observó con ojos de cordero. Ella temblaba de rabia.

—¿Qué era, una especie de prueba? —preguntó—. ¿Has enviado a una banda de mercenarios para que me matasen como si fuera un examen?

—Puedes verlo así si eso te complace, majestad —contestó Corvo—. Pero el gabinete del protector real no está al tanto de tales menesteres y no puede hacer comentarios.

—Me… Me… —musitó Emily, furiosa. Gruñó y le dio otra patada al mercenario que tenía más cerca—. ¡Podrían haberme matado!

Corvo sonrió.

—De eso nada. Estaba mirando.

Emily se dio la vuelta, alzó la cara al techo y lanzó un grito de frustración. Volvió junto a su padre.

—¡Estás mal de la cabeza!

—Y tú has estado muy pero que muy bien. No lo olvides.

Emily abrió la boca para poder seguir gritándole pero la cerró y suspiró.

Luego sonrió. Solo un poco.

—¿De verdad?

—Sí.

Miró la carnicería a su alrededor.

—Supongo que sí, ¿no?

Corvo sonrió y giró sobre sus talones. Caminó hacia las puertas a grandes zancadas y antes de marcharse dijo:

—Hablaré con el capitán de los Vigilantes Ciudadanos y le ayudaré con la limpieza.

Se detuvo y se dio la vuelta.

—Ah, feliz cumpleaños, majestad.

Cerró la puerta al salir. Emily se quedó mirando a los mercenarios. Estaba confusa, dolorida, le sangraba la nariz y había cuatro hombres inconscientes tirados en el salón del trono.

No lo había hecho del todo mal.

Se fue a sus aposentos privados con una sonrisa en la cara, ansiosa por darse un

buen baño.

TERCERA PARTE

El baile de máscaras

19

MANSIÓN BOYLE, BARRIO RESIDENCIAL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«El difunto lord Boyle y su encantadora esposa son quizá los que mejor personifican a esta clase privilegiada de ciudadanos. Su baile anual de disfraces es la comidilla de la alta sociedad, que se extiende por toda Dunwall cuando una familia u otra se ve excluida de la lista de invitados».

—EL BARRIO RESIDENCIAL
Pasaje de una visión histórica del barrio residencial

—He de decir que me halaga tanta atención —le dijo la anciana dama ataviada con un traje pantalón rojo escarlata al oso rabioso de la capa verde que estaba a su lado—. Es un honor que el protector real preste servicio en mi humilde baile de máscaras.

El oso de la capa verde le hizo una pequeña reverencia a la dama, cuyo rostro estaba completamente oculto tras una máscara oval en la que habían pintado la sonrisa de un bufón. Llevaba un sombrero rojo con el ala levantada en la frente, sujeto con alfileres al pelo gris rizado y cardado.

La pareja estaba en el balcón del descansillo de la escalera doble del grandioso salón de baile de la mansión Boyle.

—Gracias por su cooperación, lady Boyle —dijo Corvo con voz amortiguada por la máscara de oso—. Mis agentes serán discretos, ni se dará cuenta de que estamos aquí.

—Joven, es posible que tenga razón.

Lady Esma Boyle volvió su máscara estridente hacia los invitados que disfrutaban de la velada en el salón de baile, con sus disfraces de colores y las caras ocultas tras distintos tipos de máscaras. Algunas tapaban la mitad de la cara, otras el rostro entero, como la de lady Boyle. Las más complejas, como la de oso de Corvo, cubrían toda la cabeza.

Aun así, era fácil reconocer a muchos de los invitados. Corvo ya había visto a lord Curran y a su esposa disfrazados con lo más lujoso del siglo pasado, con grandes sombreros de ala rizada como el de lady Boyle pero con máscaras dominó ocultando sus rostros. La tradición insistía en que los asistentes permanecieran anónimos y por una noche todos ellos eran iguales. En la puerta, dos hombres recibían a los invitados, uno de ellos era un agente de Corvo, y los anunciaban con un simple: «¡Damas y caballeros! ¡Ha llegado un ilustre invitado!». Sin nombres.

Era un juego. Casi todos se conocían y se reconocían. La conversación que fluía en el salón era animada y ruidosa desde el principio. Justo bajo el balcón un quinteto

de cuerda tocaba música de cámara ligera amplificada por un altavoz cuadrado que pendía sobre sus cabezas envuelto en tela roja.

El aparato formaba parte del plan de Corvo. Funcionaba bien para amplificar la música tradicional del quinteto pero aquello era secundario. Oculto en la mansión había un decano de guerra que diligentemente tocaba una de las cajas de música desenterradas de los trasteros de la abadía de Everyman. Bastaba con darle a un interruptor para cambiar el altavoz de la música del quinteto a la música antigua y supresora de magia de la caja del decano.

Corvo esperaba que no hiciera falta usarla.

Se apoyó en la barandilla del balcón y miró a la izquierda. Abajo, dos hombres con máscaras parciales miraron al oso y alzaron sus copas. Uno llevaba un bigote rizado falso y ridículo que se extendía por lo menos quince centímetros a cada lado de su cara. La máscara del otro era inocua pero le tapaba bien la cara. Era lo mejor que habían podido conseguir en tan poco tiempo.

Todo el mundo estaba en su puesto. Corvo había repartido a veinte de sus mejores agentes por el salón y tenía más fuera, en los jardines. Se esperaba recibir a unos cien invitados que se moverían libremente por los salones de baile, las salas, los jardines, los cenadores y las casas de verano iluminadas por lámparas eléctricas de aceite de ballena.

Un murmullo creció entre los que ya estaban allí. Todos se acercaron a las puertas del salón de baile. Corvo los observó.

«Son puntuales».

A su lado, lady Boyle posó en su manga una mano anciana pero elegante y con una manicura perfecta.

—Ah… Ya han llegado los carruajes de palacio —dijo—. No puedo esperar a ver las maravillas que han hecho los sastres de la corte este año.

Mientras hablaban, los hombres de la puerta comenzaron a anunciar a más «ilustres invitados» y en seguida se formó una procesión que iba desde las puertas del salón hasta el lateral izquierdo de las escaleras que subían al balcón. La tradición también mandaba que los recién llegados debían subir al balcón a saludar a la ilustre anfitriona del baile de máscaras.

Corvo tenía que reconocer que los disfraces eran espectaculares. Loros y pavos reales de plumas brillantes, zorros multicolor con chalecos de pedrería, tigres con chaquetas a rayas de arco iris. Algunos cortesanos iban disfrazados de insectos: mariposas con alas de casi dos metros, y un hombre vestido de polilla con un diseño creado mediante distintas tonalidades de gris.

Por turnos, los invitados subían las escaleras muy despacio y en orden de llegada. Una vez ante lady Boyle, le tomaban la mano y le hacían una reverencia que la anfitriona devolvía. La pluma del gigantesco sombrero no paraba de subir y bajar. Corvo no se separaba de lady Boyle, con las manos bajo la caja verde y saludando a los huéspedes con una inclinación de cabeza únicamente cuando estos le saludaban

primero.

Al final de la cola había una mujer joven y esbelta con un disfraz minimalista, incluso austero, de plumas y lentejuelas negras, con una máscara de pájaro ajustada y que le cubría toda la cabeza. La cola se iba acortado y Corvo observó que la mujer miraba el salón de baile. Fuera quien fuera, parecía estar sola.

La examinó con atención cuando la tuvo más cerca. Sería una amiga de Emily. Al llegar junto a lady Boyle hizo una pausa, el pico de su máscara apuntó primero a la anfitriona y luego a Corvo. La mujer hizo una extraña reverencia con la mano apoyada en la de la anfitriona.

Corvo miró la mano de la mujer. Era joven, pálida y suave. Pero a diferencia de las demás invitadas que habían acudido a presentar sus respetos a la anfitriona, la joven llevaba las uñas cortas y sin pintar.

Pensó que aquellas manos le sonaban. Llevaba las uñas cortas para poder pelear pero lo inconfundible era el anillo. Era de plata con un sello en forma de diamante sobre el que había cuatro llaves entrelazadas dispuestas como si fueran las manecillas de una brújula. Era un anillo discreto y elegante… que tenía un gemelo.

La pareja de aquel anillo la llevaba él en el dedo.

El otro pertenecía a la emperatriz de las Islas.

Corvo no estaba seguro de que lady Boyle hubiera reconocido el anillo o de si lo había visto siquiera. No había dado muestras de ello. Inclinó la cabeza y soltó la mano de Emily. Ella se irguió, le hizo a lady Boyle y a Corvo otra reverencia con la cabeza y continuó por el balcón, hacia el tramo de escaleras de bajada. Desapareció entre la multitud.

Esperó un momento mientras lady Boyle seguía recibiendo a los recién llegados. Bajó la vista a la puerta principal y vio que la cola iba más allá de los hombres de la entrada. Lady Boyle iba a pasarse un buen rato saludando a sus invitados. Le puso la mano en el hombro y le acercó la máscara al oído.

—Disculpe, lady Boyle —susurró Corvo—. ¿Quiere que le traiga una copa?

Lady Boyle se echó a reír detrás de la máscara.

—Joven, me ha leído el pensamiento.

Corvo asintió y, pidiendo paso, atravesó la cola. Lady Boyle añadió mientras él bajaba las escaleras:

—¡De algo fuerte!

Corvo levantó una mano para hacerle saber que la había oído.

Necesitaba comunicarles a sus agentes que tenían una invitada inesperada.

Divisó a Emily desde las puertas dobles que llevaban a uno de los jardines «secretos» cerrados que rodeaban la mansión Boyle. El jardín tenía solo dos niveles: un área extensa con muebles de jardín esmaltados, desde la que unos escalones curvos llevaban a una zona larga y rectangular que se usaba para jugar al croquet y tirar al arco. Ambas estaban salpicadas de huéspedes disfrazados que disfrutaban de la luz suave y cálida de las estufas de aceite de ballena.

Corvo examinó el área. Había cuatro agentes que le ignoraron discretamente. Emily estaba sola en la balaustrada que separaba el jardín superior del inferior. Llevaba una copa alta en la mano llena de vino espumoso.

Se agachó bajo el quicio de la puerta y observó a Emily. Los demás invitados la ignoraban y charlaban animadamente. La máscara de gorrión miró a un lado y a otro y rápidamente tiró la mitad del contenido de su copa a los arbustos. Se llevó la copa a la máscara, con el codo apoyado en la otra mano, y observó a la multitud.

Corvo frunció el ceño y regresó al salón de baile. Fue hacia un hombre disfrazado de león blanco. Al pasar, acercó su máscara de oso.

—Hay un gorrión negro en el jardín —dijo—. No lo pierdas de vista.

El león blanco musitó lo que bien pudo ser un «de acuerdo, muchacho», pero la elaborada máscara lo hizo ininteligible. Para cuando Corvo logró atravesar el gentío y llegar a la otra punta del salón, el león se había desvanecido.

Frunció de nuevo el ceño. Que Emily estuviera allí no era lo ideal, pero al menos así la tenía cerca.

20

ALA CERRADA DE LA MANSIÓN BOYLE, DISTRITO RESIDENCIAL

«Todo lo que hay en mi mente es carne, muerte, huesos y canciones. Ahora escucho en sueños esas terroríficas canciones».

—CARNE, MUERTE, HUESOS Y CANCIONES
Pasaje del diario de un carnicero

El corredor era largo y estrecho, con paneles de madera marrón oscuro adornados con candelabros barrocos dentro de los escudos que lo recorrían de punta a punta. Pero el pasillo, una larga galería, estaba a oscuras, con los candelabros apagados. La poca luz que había se filtraba por los altos ventanales a ambos lados. La luna brillaba y su luz monocromática iluminaba una zona cuadrada al final del corredor.

Una mujer bailaba. Iba vestida con un elegante traje pantalón blanco y plata con mangas de farolillo y escote pronunciado. Su cabello era del mismo color que el traje, largo y liso, le llegaba casi a la cintura. Iba descalza y daba vueltas a la luz de la luna con los brazos extendidos como si estuviera abrazando a un compañero de baile ausente.

Dio una vuelta hacia un lado, luego al otro. Su pelo parecía la cola de un cometa cuando movía la cabeza y sus labios tarareaban una melodía que nadie más oía.

Cerró los ojos y se echó a reír. Dejó caer los brazos y le hizo a su compañero de baile imaginario una profunda reverencia. Musitó algo, una letanía sin sentido. Luego dio media vuelta, miró a los ventanales como si fuera una actriz bajo los focos y le sonrió a la luna. Hizo otra reverencia. Y otra. Sonreía a derecha y a izquierda, recibiendo el aplauso del público que imaginaba en su cabeza.

Se irguió con un leve contoneo y la canción volvió a sus labios. Era una tonadilla familiar, su favorita desde que era pequeña, una de las tres hermanas que jugaban juntas en el pasillo y que cantaban a coro una y otra vez, cogidas de la mano dando vueltas en un corro hasta que la galería daba vueltas y la cabeza les daba vueltas.

Arrastrando los pies por la suave moqueta, la mujer de blanco y plata vagó hasta la pared. Estiró los brazos y pegó las yemas a los paneles antes de acercar también su cuerpo a la madera. Estaba fría, era firme, era de verdad. Había ya tan pocas cosas firmes y verdaderas. La mujer de blanco y plata cerró los ojos y apoyó la frente en el panel.

«Es ahí». Podía oírlo. Los murmullos de conversación intercalados con risas y con el tintineo de las copas. Tras la pared, en la parte de la casa que no veía desde hacía años, se estaba celebrando el baile de máscaras.

Y la música. Ah, la música. Subía y bajaba como la marea y la mujer de blanco y

plata sonrió cada vez más, más, más, mucho más, hasta que ya no pudo soportarlo. Sin dejar de sonreír, se separó de la pared, se llevó las manos a la cabeza y apretó. Apretó. La música era como el rugido infinito del mar en sus oídos.

Cayó de rodillas con los ojos cerrados.

A veces la música dolía. Estaba tan alta que no podía pensar. Tan alta que había olvidado quién era, dónde estaba y qué era.

De pronto desapareció y el silencio resonó como un tiro.

Abrió los ojos y de rodillas alzó la vista a la ventana. Brillaba la luna, una bola plateada que colmaba sus ojos.

—Mi señora.

La mujer se volvió hacia la voz. Una voz de hombre que acariciaba las paredes del pasillo desde el otro extremo, el extremo bañado en sombras negras como el carbón. La mujer de blanco y plata frunció el ceño, sus labios se movían sin emitir sonido alguno. Repetían la misma frase:

«Mi señora… mi señora… mi señora… mi señora…».

Volvió la cabeza. Junto a ella, en la pared, colgaba el retrato de un hombre chapado a la antigua con un traje anticuado. La mujer de blanco y plata se quedó mirándolo.

—¿Eres tú? —preguntó.

El hombre del retrato no contestó.

La mujer se puso de pie. Junto a aquel retrato había un segundo y un tercero. De repente, o eso le pareció, las paredes se llenaron de cuadros y los ancestros la observaban en silencio a través de los años.

¿Siempre habían estado ahí? O ¿acababan de aparecer en un instante?

Ambas posibilidades le parecían igual de factibles a la mujer de blanco y plata. Empezó a andar de uno a otro.

—¿Has sido tú?

No hubo respuesta.

—¿Has sido tú?

Silencio

—Mi señora.

La mujer se volvió hacia la voz, que había sonado más fuerte, y sus labios repitieron la frase de nuevo. Allí, en el extremo a oscuras de la galería, había un hombre con un gabán negro. No era más que una silueta recortada, una sombra, pero dio un paso al frente y ella vio que sus ojos brillaban y se tornaban rojo brillante. Se quedó embelesada mirándolos mientras se acercaba. No podía apartar la mirada.

Aquellos ojos eran rojos como su sangre. Rojos como el odio y la rabia que ardían en su interior.

La luz roja se movía, parpadeaba, ondulaba. Era la luz de un fuego que ardía desde hacía milenios, la luz del fuego que ponía fin a un mundo y creaba otro. Vio una figura en las llamas. Una mujer de rojo con el cabello largo y rojo, la piel roja,

los ojos rojos. Sonrió al reconocerla y la mujer de la imagen le devolvió la sonrisa.

Se acordó.

Ah, lady Lydia Boyle se acordó.

El hombre del abrigo extendió una mano enguantada. Lydia la miró y parpadeó para librarse de las motas moradas que bailaban en sus ojos. Alargó el brazo y le cogió la mano, que estaba fría como un témpano, como los vientos aullantes, como la tundra nevada.

Ladeó la cabeza y miró las manos de ambos.

Los recuerdos la inundaron como una marea helada. El frío se apoderó de su cuerpo y sintió que le quitaban un velo de la mente. La ira volvió de pronto, roja y ardiente.

Apartó la vista de sus manos unidas y observó alrededor. La larga galería de la mansión Boyle estaba oscura, llena de telarañas. Abandonada.

Como ella.

Recordó lo que había pasado. Se acordó de la rabia, de la ira y de los gritos. De la tristeza que causó el destino de lady Waverly, la hermana perdida, que cayó como un paño mortuorio sobre la mansión. De los días, las semanas, los meses y los años que su hermana Esma y ella pasaron encerradas en ella, tratando de escapar del mundo exterior.

Para Esma, la soledad era curativa. Se reencontró a sí misma, halló su propósito. Los bailes de máscaras eran su salvavidas, lo que la conectaba al mundo exterior, la cuerda que usó para trepar de vuelta.

Para Lydia, la tristeza y la ira fueron demasiado.

Recordó los gritos. Recordó los alaridos. Recordó que se la llevaron a rastras en una camisa de fuerza. Los meses de aislamiento encerrada en una habitación en alguna parte, una habitación blanca con las paredes acolchadas y la cara barbuda y petulante de Sokolov cuando la atendía. Cuando le oyó admitir que no podía hacer nada por ella.

Llevaba años sin ver a nadie. Ni siquiera a Esma.

Pero podía oírlos. Puertas que se abrían y se cerraban. Le ponían comida y arreglaban su alcoba todos los días. Se pasaba los días persiguiendo fantasmas que jamás atrapaba.

Lydia se volvió hacia el hombre del abrigo y parpadeó. Vio que sus ojos no eran rojos, sino que llevaba lentes tintadas y que no brillaban, solo reflejaban la luz de la luna que entraba por los altos ventanales.

Sintió frío, mucho frío. Se cubrió el cuerpo con los brazos y se dejó caer al suelo, tiritando.

El hombre del abrigo no dijo nada. Lydia levantó la cabeza y lo miró.

—¿Has venido a ayudarme?

El hombre ladeó la cabeza, estudiándola como a un insecto al microscopio.

—Lady Lydia Boyle —dijo. Su voz era profunda y resonaba en los paneles de

madera de la larga galería—. ¿Recuerda su nombre?

Lydia asintió.

—Me acuerdo de todo. —Su expresión se tornó una mueca y le enseñó los dientes al extraño como haría un animal acorralado.

—Cuéntemelo —dijo.

Lydia siseó.

—Mi hermana Esma me ha hecho esto.

El hombre asintió.

—Sí.

—Me encerró aquí dentro.

—Sí.

—Fingió que yo no existía, que nunca había existido.

—Sí.

—Y… y… —Lydia frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando? Estaba mareada. Miró de nuevo los ojos rojos de aquel hombre y notó la cabeza más despejada.

—La odia, ¿no es así? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Porque la encerró aquí y tiró la llave.

—Sí.

—Dijo que había enloquecido, que no se podía hacer nada por usted.

—Sí.

—Que era por su bien.

—Sí.

—Y mientras la tiene prisionera, ha tomado el control de la casa y de la familia, de la famosa dinastía Boyle, el ejemplo que siguen todas las fortunas de Dunwall. Primero lady Waverly y luego usted. Ahora Esma Boyle está sola y es la dueña de todo.

Lydia le miró a los ojos ¿Era eso cierto? ¿Había verdad en sus palabras? Esma era su hermana. Una hermana que la quería, que cuidaba de ella, que lo hacía todo por su bien.

¿O no?

Los ojos rojos del hombre centellearon y Lydia parpadeó.

Esma era una arpía intrigante. Esma la traidora. La hermana que lo quería todo y que si se libraba de sus hermanas…

—Yo… Sí… —susurró Lydia—. Sí, ya lo veo.

—Dígame, lady Boyle —añadió el hombre—. ¿Qué haría si pudiera cambiar el pasado? ¿Qué camino elegiría? ¿Qué ocurriría si el mundo girara en torno a una tangente distinta?

Lydia movió los labios pero no pronunció palabra. El hombre parecía desvanecerse, y oía música y risas y notaba el calor del fuego alrededor de la gente que bailaba y bailaba y bailaba.

Se hizo el silencio. Repentino, frío y odioso.

El hombre del abrigo volvió y le ofreció de nuevo la mano. Esta vez Lydia la aceptó y permitió que tirase de ella.

—Puedo ayudarla, Lady Boyle —dijo el hombre—. Puedo cambiarlo todo. Puedo restablecer el equilibrio que tan cruelmente le arrebataron.

—¿Sí?

—Para hacerlo, necesito su ayuda.

—Sí.

—Debajo de esta casa hay una cámara construida para guardar un secreto.

Lydia frunció el ceño. ¿Una cámara? ¿Había una cámara? Se esforzó por hacer memoria. Una que habían construido… hacía no mucho. Era un recuerdo borroso pero estaba ahí.

—Ah, sí… Sí, creo que sí.

—Necesito que me lleve a ella —dijo el hombre del abrigo—. Contiene una cosa que me hace falta.

Lydia asintió.

—¿Qué harás cuándo la tengas? —Se puso de puntillas para ver bien los ojos rojos.

El hombre se echó a reír en voz baja. Estrechó la mano de Lydia hasta que ella pensó que le iba a romper los dedos.

—Pues, lady Boyle —dijo el hombre del abrigo—, salvaré el mundo, y a usted con él.

Entonces Zhukov se echó a reír de nuevo y lady Boyle no pudo evitar reírse con él.

21

MANSIÓN BOYLE, BARRIO RESIDENCIAL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«Llegaron de pronto, de la oscuridad, de entre las sombras. El silencio era su especialidad y el asesinato su arte. La historia del imperio se decidía aquella noche aciaga en el gran salón, la noche en que la Máscara y su Compañero mostraron sus rostros y salvaron la ciudad de Appolitis sin nada más que la fuerza de sus puños y la agudeza de su ingenio».

—LA MÁSCARA DE APPOLITIS
Pasaje de una novela gótica sensacionalista
basada, supuestamente, en hechos reales

Corvo dio la enésima vuelta por el baile de máscaras de los Boyle. Por lo menos. Había perdido la cuenta pero ya llevaba horas allí. La casa era enorme, igual que los jardines, y con tantos invitados iba arrastrando los pies. Pero tenía a sus espías en la fiesta y confiaba en que lo tenían todo vigilado.

Hasta el momento, no había ocurrido nada.

«Buena señal», se decía. El baile, el más grandioso desde hacía años, parecía todo un éxito. Había música, baile y risas. De vuelta al balcón con vistas al salón, vio un océano multicolor de disfraces y máscaras. La alta sociedad de Gristol pasaba la velada en sus fiestas sin que nadie los molestara.

No obstante, suponía un contratiempo. Corvo no podía negarlo. Era la ocasión para apresar al menos a la mitad de la cúpula de los Balleneros y esperaba poder capturar a los demás en la fábrica en una única acción coordinada. Pero la oportunidad no se había presentado.

Tal vez la información no era correcta. Quizá no había sido sensato hacer caso a Rinaldo, tenía demasiadas ganas de cooperar. Puede que hubiera sido mejor dejar al Ballenero a la merced de la bondad de Slackjaw y sus hombres.

Corvo frunció el ceño bajo la máscara.

«O puede que no».

Además, estaba el extraño talismán de hueso. Era de verdad y Rinaldo no tenía por qué entregárselo, ni por qué haberlo robado, a menos que dudase de la misión de los Balleneros, del hombre del abrigo al que ahora tenían como líder.

No. Rinaldo decía la verdad. Solo que…

Corvo se volvió, había visto a un invitado enmascarado en la puerta del salón. Estaba solo, lejos de los demás. No tenía nada de especial. Llevaba una capa negra, la cabeza gacha, y un sombrero negro de ala ancha y curva ocultaba su rostro. Corvo se quedó observándolo y ordenándole mentalmente que levantara la cara y mostrara la

máscara. El hombre no movió un músculo.

Corvo fue hacia las escaleras. Quería que uno de los agentes lo registrara. Mientras caminaba, levantó la vista.

Ya no estaba.

Corvo se detuvo y buscó entre la multitud.

Abajo, en el salón de baile, los invitados estaban enfrascados en una danza formal, hombres y mujeres en filas distintas, cara a cara. Era una reliquia de otros tiempos, con muchas reverencias y gestos del brazo y muchos corros. Corvo no le veía la gracia. En Serkonos los bailes no se parecían en nada a aquello, eran expresión en movimiento, libres de reglas y de pasos, con los cuerpos de la pareja pegados el uno al otro. Aunque tenía que reconocer que visto desde el balcón la simetría y los movimientos sincronizados de los bailarines eran muy agradables a la vista.

Avistó de nuevo a su presa: estaba de pie en un lateral del salón pero seguía con la cabeza gacha y tapándose la cara con el sombrero; llevaba una mano metida en la capa, lejos de cualquier mirada.

Empezó a caminar junto a la pared y desapareció por una de las puertas que daba a los jardines.

Corvo no perdió un segundo. Corrió a las escaleras y un hombre se interpuso en su camino. También iba vestido con la voluminosa capa negra y el enorme sombrero negro y agachaba la cabeza para que el ala del sombrero le tapase la cara. Lo saludó con una inclinación de cabeza. Corvo se detuvo y le devolvió el saludo.

El otro no se apartó de su camino sino que levantó la cara para mostrar la máscara. Era de cuero, de metal y de caucho, con dos lentes circulares en los ojos y un respirador cilíndrico que colgaba de la boca.

«Un Ballenero». Estaban allí.

Corvo iba a abalanzarse cuando se escuchó un grito en el salón. Se volvió al instante.

Los bailarines estaban quietos y los músicos en silencio, todos mirando hacia las puertas del jardín, donde se oyó otro grito. Un grupo de enmascarados entró corriendo del jardín, huyendo de los hombres de las capas negras. Las máscaras de Ballenero ocultaban los rostros de los recién llegados.

Había comenzado el ataque.

Corvo buscó al hombre con el que se había cruzado en las escaleras pero se había ido. Se maldijo y se abrió paso entre los invitados que estaban en el balcón. Los intrusos se dirigían todos en grupo, formando un tumulto escandaloso, hacia las escaleras del otro lado.

Luego notó una mano en el hombro. Se volvió con los puños en alto y se encontró con la máscara de un león blanco.

—La casa está rodeada, muchacho —susurró el león—. Los muy cabrones están por todas partes.

Corvo asintió.

—Ordena a tus hombres que tomen posiciones. Mis agentes los seguirán. —Luego añadió—: Encuentra a Emily y tráemela.

—De acuerdo.

El león blanco se puso en marcha, dando empujones para pasar.

Se oyeron más gritos en el salón de baile. Corvo regresó al balcón para ver a las parejas de bailarines, que se agolpaban unas con otras mientras los Balleneros estrechaban el cerco a su alrededor.

«Son más numerosos de lo que sospechábamos».

Como siguiendo una señal invisible, se quitaron las capas y los sombreros y aparecieron las túnicas de cuero con capucha y las pistolas y los cuchillos en las manos. Empezaron a conducir a los invitados a ambos lados de la galería y a despejar el centro de la sala.

Por el otro extremo de la habitación entró un enmascarado con un disfraz muy sencillo, una gran capa de oro y máscara de gato. La piel metálica brillaba y se ondulaba cuando caminaba hacia delante. Los Balleneros le dejaron pasar.

Entonces se quitó la capa y apareció el cuero rojo con hebillas. La máscara cayó al suelo. La mujer en el centro de la habitación se pasó la mano por el pelo corto, rubio y grasiento.

«Galia».

Corvo entró en acción. Se libró del disfraz y de la máscara, saltó por encima de la barandilla y aterrizó en cuclillas en el suelo del salón. Los invitados gritaron y se apartaron de su camino. Detrás de él, los músicos se apelotonaron contra la pared.

Se puso de pie y fue a por Galia. La mujer sonreía y le miraba a los ojos sin apartar la mirada en ningún momento. Los Balleneros retenían a los invitados a punta de cuchillo. Se hizo el silencio en la mansión Boyle.

El jefe real de espionaje miró alrededor. Sus agentes y los hombres al servicio del león blanco estaban distribuidos por la habitación, mezclados con los asistentes al baile. Estaban esperando la señal de Corvo.

«Bien».

Galia esbozó una amplia sonrisa cuando lo tuvo delante. Llevaba un cuchillo largo que lanzaba de una mano a otra sin prestarle mucha atención. Se la veía muy segura de sí misma, incluso un poco chula.

Era hora de poner fin a la farsa.

—¡Ahora! —gritó Corvo.

En el hueco de debajo del balcón, uno de los músicos, un agente de Corvo, buscó tras la cortina el interruptor oculto y lo accionó.

Una música hosca, metálica y tan alta que resultaba ensordecedora llenó el salón. Los enmascarados y sus cautivos se sorprendieron ante el ataque de la música antigua que el decano de guerra tocaba desde su habitación secreta. Era atronadora.

Los Balleneros vacilaron y los agentes de Corvo entraron en acción. Se quitaron

las capas para mostrar sus armas: cuchillos, espadas, pistolas. En el instante de confusión se volvieron las tornas y los Balleneros no tardaron en verse a merced del jefe real de espionaje y sus hombres.

El sonido apenas consiguió que Galia torciera el gesto. Miraba a un lado y a otro, viendo cómo acorralaban a su banda. Se volvió hacia Corvo con una ceja arqueada y la sonrisa jugueteando en la cara.

—Impresionante —dijo alzando la voz para que se la oyera por encima de la música antigua—. Una trampa muy efectiva.

Corvo levantó la barbilla. Fin de la partida. Las melodías extrañas y discordantes le habían robado los poderes, como bien se lo recordaba el dolor de la marca del Forastero que le ardía en la mano. El poder luchaba contra la interferencia y drenaba las fuerzas y la concentración de Corvo. Pero podía aguantarlo un poco más y valía la pena porque significaba que Galia también había perdido sus habilidades.

La balanza se inclinaba a su favor.

—Ríndete, Galia —dijo Corvo—. Esta vez has perdido. Tenemos a tus hombres. A mi señal, habrá una redada en la calle de los Mataderos y tu misterioso amigo quedará bajo custodia. Se acabó. Suelta el cuchillo y me aseguraré de que te traten bien.

Galia apretó los labios pero su expresión no cambió. Dejó de jugar con el cuchillo. Lo blandía firmemente con la mano derecha, ajustando los dedos para manejarlo mejor.

—Algo me dice que las cosas no van a ir como tu querías —dijo dando un paso adelante. Corvo extendió los brazos, listo para cogerla, para bloquear el último ataque desesperado del cuchillo.

Sus manos atraparon un humo negro como el carbón.

Galia se había esfumado.

Se dio la vuelta en redondo. Demasiado tarde. La Ballenera estaba detrás de él, muy cerca. Era imposible pero se había teletransportado, había usado el Guiño a pesar de la interferencia de la música del decano.

Galia rugió y clavó el cuchillo.

22

MANSIÓN BOYLE, BARRIO RESIDENCIAL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«¿Qué está haciendo? ¡Fuera de esta casa! ¡Vuelva a su páramo helado, granuja pálido!».

—EL JOVEN PRÍNCIPE DE TYVIA
Pasaje de una obra de teatro

Con un grito que se oyó por encima de la música antigua, Emily saltó de entre los invitados con la máscara de gorrión puesta.

En el centro del salón de baile, Galia apareció detrás de Corvo con una nube de humo negro. Torció el semblante en una mueca incluso a pesar de que Corvo se había dado la vuelta. Galia llevaba un cuchillo largo en la mano que rápidamente fue a apuñalar al protector real.

Emily fue más rápida.

Le dio a Galia una patada en la mano del cuchillo. Lo tenía bien sujeto pero no se esperaba el impacto. Emily se interpuso entre los dos y se agachó cuando la Ballenera blandió la hoja de nuevo; luego le dio un derechazo en la barbilla que obtuvo como premio un chorro de sangre y saliva. Galia salió despedida hacia atrás.

Emily se mantuvo cerca de su objetivo y esta vez golpeó bajo. Galia se dobló y la emperatriz atacó con el otro brazo la barbilla de la Ballenera, que crujió al recibir el codazo. Hizo una barrida con la pierna izquierda y le dio a Galia en la parte trasera de las rodillas. La Ballenera alargó la mano derecha extendida para no caer al suelo. Emily se preparó para dar una patada y…

Se la dio a la nada.

Un grito detrás de ella. Se dio la vuelta pero era tarde. Galia apareció entre Emily y su padre. Emily recibió una patada por detrás en las lumbares y cayó de rodillas. Se dio la vuelta en el suelo, retorciéndose para esquivar el puño de Galia y bloqueando dos ataques más con los antebrazos en alto. Se levantó, lanzó un puñetazo del que Galia se zafó y dio una patada.

La Ballenera se contorsionó para evitarla, sacó la mano derecha con la hoja del revés, lista para la sangre.

Corvo la cogió del brazo por detrás. Ella volvió a rugir cuando el protector real le rodeó el cuello con el brazo.

Emily se recuperó y lanzó otro puñetazo hacia el estómago de Galia.

Y otra vez se lo dio a la nada. Desequilibrada por haberle dado demasiado impulso al puñetazo, cayó contra Corvo. Él la cogió y la apartó de un empujón para

que le diera tiempo a prepararse para el siguiente ataque mientras él se movía sin parar, llamando a sus agentes.

Estaban todos ocupados por todo el salón de baile. Mientras Corvo y Emily se las veían contra Galia, los Balleneros habían puesto en apuros a los agentes disfrazados. Corvo observaba confuso la escena, y no tardó en ver cómo lo habían conseguido.

La cosa se había puesto fea.

Los Balleneros podían transversar, podían usar el Guiño a pesar del torrente de música discordante y machacona que inundaba la estancia. Había más agentes que Balleneros pero no eran rival para un enemigo con habilidades sobrenaturales, oponentes que desaparecían fuera del alcance de puños y cuchillos y que reaparecían en otro punto para coger a los agentes por sorpresa. Había muchos hombres muertos en el suelo a manos de los Balleneros, con los disfraces manchados de sangre. Los gritos de los invitados, que trataban de abandonar el salón, se perdían entre los alaridos de la música antigua.

Corvo se dio media vuelta. Emily estaba luchando contra Galia pero era una batalla perdida. La emperatriz le pegaba al aire y su enemiga usaba el Guiño sin parar e iba dejando reflejos mientras se arremolinaba de un lado a otro en una neblina de humo negro, desorientando a Emily, agotándola, llevándola adonde quería tenerla.

Corvo corrió en su ayuda. Tenía que apagar la música antigua. Sin ella recuperaría sus habilidades. Eso suponía tener que desvelárselas a Emily pero no era momento para tales preocupaciones. Debajo del balcón, los músicos estaban a merced de los Balleneros. El violinista, un agente, trataba de protegerlos. Por suerte, estaba lejos del interruptor oculto.

Corrió hacia ellos, consciente del crepitar en sus oídos. De pronto, lo cogieron dos Balleneros que aparecieron a un lado cada uno. Un tercero le golpeó la cabeza por detrás. Corvo gritó sorprendido y sintió que se le aflojaban las piernas. Se quedó colgando entre los dos Balleneros, que lo arrastraron hacia donde Galia tenía a Emily de rodillas, con el cuchillo en la garganta.

Entonces, por encima del machaque de la música, Corvo oyó a alguien dando palmadas. Lentas, burlonas. Alzó la vista, de rodillas y desde donde estaba, justo cuando apareció el hombre del abrigo que caminaba hacia la barandilla. Se asomó como un conquistador y cogió la barandilla con ambas manos.

—Señores, damas y caballeros —dijo por encima del ruido—. ¡Traigo saludos del norte! —Se echó a reír de su propio chiste. Corvo miró de reojo a Galia, que solo tenía ojos para el hombre y una enorme sonrisa en la cara.

—Esta noche son los invitados de lady Boyle, heredera de una de las dinastías más importantes que esta maravillosa ciudad ha producido. —El hombre miró alrededor y se hizo a un lado—. Por favor, un fuerte aplauso para la anfitriona.

De la multitud llegó una exclamación colectiva de sorpresa. Por detrás del hombre apareció una anciana de largos cabellos plateados, vestida con un traje pantalón blanco y plata y que rodeaba con la mano el delgado brazo de lady Esma

Boyle. Con la otra, sostenía un pequeño cuchillo contra el cuello de Esma.

Los susurros volaban entre los invitados. Corvo sabía quién era la mujer de blanco y plata. Todos lo sabían.

Lady Lydia Boyle.

La difunta lady Lydia Boyle.

Arrodillada junto a él, Emily se resistía a su captor. Corvo la miró, dispuesto a decirle que se relajara, que se concentrara, que no les diera la menor excusa, cuando se dio cuenta de que no podía despegar la mirada del balcón.

El hombre del abrigo lo estaba mirando fijamente. Sus lentes rojas de pronto parecían más brillantes, como si estuviera mirando una hoguera. Corvo sintió las extremidades pesadas. Veía destellos negros y azules en el rabillo del ojo y notó una extraña presión en la parte trasera del cráneo. Parpadeó para intentar que se pasara pero al cerrar los ojos vio siluetas en movimiento en los párpados.

Era parecido a lo que sintió cuando estuvo en el matadero y el hombre de negro se fijó en él. Esta vez era más potente, más cercana.

Y de repente desapareció.

Cerró los ojos y disfrutó de la oscuridad. Cuando los abrió vio que el hombre estaba mirando a Emily. Corvo se volvió hacia la emperatriz. Aún llevaba puesta la máscara de gorrión pero su pecho subía y bajaba cuando respiraba.

—Interesante —dijo el hombre del abrigo. Dejó atrás a Lydia y a su hermana cautiva y empezó a descender las escaleras que llevaban al salón de baile. Los Balleneros apartaban a los invitados de su camino.

O guardaban las distancias, pensó Corvo.

El hombre se acercó a la pareja arrodillada, atento a Emily. Corvo se concentró, o intentó concentrarse, pero la música antigua le robaba las pocas reservas de energía que le quedaban. El poder del Vacío, canalizado a través la marca del Forastero, se le escapaba cuanto más trataba de concentrarse en él.

Así que centró su atención en el hombre del abrigo y en el Ballenero. Usaban talismanes de hueso, tenían que serlo. Amuletos extraños e inestables, que ni el decano supremo ni él habían visto antes. Los amuletos decaían con el tiempo, se calcinaban al canalizar poderes mucho más fuertes de lo que Corvo creía posible. Poderes como el teletransporte. Los Balleneros podían usar el Guiño pese a la música antigua que suprimía la magia, aunque no los favores insignificantes que concedían los talismanes de hueso.

Salvo que los extraños talismanes chamuscados, como el que había encontrado Rinaldo, eran distintos. Por eso eran inestables. Concedían demasiado poder y por eso se calcinaban. Aun así, al usar talismanes de hueso, el hombre del abrigo, Galia y los Balleneros eran inmunes a la música antigua.

Él no.

Cuanto más se acercaba el hombre del abrigo, más desorientado se sentía. El frío ardiente se acumulaba dentro de él. Le rodeaba una especia de aura, un halo de

confusión, de desorientación, como un escudo protector. Los efectos de otro talismán.

El hombre del abrigo se irguió ante Emily y ladeó la cabeza. El ala ancha de su sombrero exageraba el gesto.

—Vaya, vaya… —dijo el hombre—. Qué placer tan inesperado. —Bajó la mano, cogió el pico de la máscara de gorrión y tiró hacia arriba sin miramientos.

Emily parpadeó, soplando para apartarse el pelo que le cayó sobre la cara al retirar la máscara.

—Buenas noches, majestad —dijo el hombre del abrigo.

Se oyeron exclamaciones entre los invitados a la fiesta, que no tardaron en tornarse en una entusiasmada conversación. La emperatriz de las Islas estaba allí, en el baile de máscaras. Había roto años de protocolo y de tradición. Incluso retenida a punta de cuchillo, la nobleza de Dunwall se olía un delicioso escándalo real.

La expresión de la joven era firme y tenía la boca cerrada. Los músculos de la mandíbula trabajaban sin parar porque estaba apretando los molares y sus fosas nasales aleteaban en busca de aire. Tenía los ojos llorosos pero no eran lágrimas. No tenía miedo, nada de eso. Se la veía desafiante, valiente y osada.

Y estaba luchando. El hombre del abrigo la cogió de la barbilla y le ladeó la cabeza. Emily se balanceó sobre las rodillas. Sus ojos. Le estaba mirando a los ojos, atrapada en aquella aura extraña y desorientadora.

Parpadeó y abrió la boca. Dejó escapar lo que parecía un suspiro y se desplomó.

La multitud lanzó un grito.

Galia se puso junto a su señor, con el cuchillo en la mano.

—¿Qué ocurre? —exigió saber—. No mencionaste que la emperatriz estaría aquí. —Se acercó al cuerpo inconsciente y tiró del pelo de Emily para levantarle la cabeza. Corvo vio a su hija mover los labios, sus ojos miraban a un lado y a otro detrás de los párpados cerrados pero no se despertó.

Corvo se tiró hacia delante cuando Galia llevó el cuchillo a la garganta de su hija, pero no llegó a ninguna parte porque sus guardas lo sujetaban con fuerza.

Los labios de la Ballenera se retorcieron en una mueca desdeñosa cuando miró hacia atrás, hacia el hombre del abrigo.

—¿La mato, Zhukov?

Zhukov negó con la cabeza. Corvo se preguntó qué habría tras la bufanda y las lentes. Se preguntó qué aspecto tendría el hombre, quién era. Cómo había conseguido crear, cómo había aprendido a crear, sus talismanes especiales.

—No —dijo Zhukov—. Creo que la emperatriz será de gran utilidad en la próxima fase. Nos la llevamos.

Se volvió sobre los talones y los picos de la cola de su gabán ondearon tras él al subir las escaleras. En el balcón, le hizo una señal a lady Lydia Boyle, quien todavía tenía el cuchillo en la garganta de su llorosa hermana.

Galia se echó a Emily al hombro y cargó a la esbelta emperatriz por las escaleras sin mucha dificultad.

En el balcón, Zhukov miró a las dos Boyle.

—Déjela, Lydia —dijo—. Necesito que me muestre el camino.

Lydia dejó caer el brazo que sostenía el cuchillo. Esma Boyle emitió un grito quedo tras la máscara roja y se desplomó. Zhukov y Lydia no le hicieron el menor caso.

Zhukov levantó los brazos y cogió a Lydia por la cabeza. Lydia le miró a los ojos. A los ojos rojos.

—Muéstremelo, Lydia. Muéstreme el camino a la cámara.

Lydia se balanceó. Corvo vio que movía los labios y repetía lo mismo una y otra vez. Galia se acercó a Zhukov por detrás con Emily inconsciente al hombro.

—¡Muéstrame el camino! —aulló Zhukov.

Lydia gritó. Se oyó un crujido, una nube de humo negro como el carbón, y el balcón quedó vacío.

Zhukov y Lydia, Galia y Emily se habían esfumado.

23

LA CÁMARA BAJO LA MANSIÓN BOYLE, BARRIO RESIDENCIAL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«Y bajo esta luz las puedo ver. Las grandes ballenas. A los leviatanes. Aquí, en sus dominios, se mueven con gracia y elegancia. Con un fin. Se han acercado varias veces a la esfera, una casi ha tocado el portal con su enorme ojo. Al mirar el glóbulo puedo ver que no está buscando una presa a lo loco; me está observando. Es curioso, una a una se acercan y miran a través de mi ventana. Su mirada me inquieta porque desprende inteligencia y no tiene ni un ápice de maldad. Me examinan durante un rato, mi situación, y siguen los cables rotos por el fondo marino».

—LOS GRANDES OBSERVADORES
Pasaje del diario de un filósofo natural

Galia abrió los ojos y ya no se encontraba en el balcón del salón de baile, sino en un pasaje poco iluminado hecho de piedra antigua, con el techo alto y abovedado. A pocos metros había unas puertas dobles de madera pesada y oscura que apenas eran visibles en la penumbra.

Estaba mareada, desorientada. Débil.

La emperatriz era un peso muerto en su hombro. La recolocó. Respiró hondo y obligó a su cabeza a despejarse, a la fuerza a volver a sus músculos.

—¿Dónde estamos? —preguntó mirando alrededor—. Zhukov y Lydia Boyle estaban ante las puertas. Lydia cantaba, con los brazos abiertos mientras bailaba en círculo con una pareja imaginaria. Zhukov puso una mano enguantada en la puerta.

—En la cámara Boyle —dijo sin volverse—. Lady Lydia, lo ha hecho bien pero no ha terminado su tarea.

Zhukov empujó la puerta, que no se movió. Miró a la mujer. Lydia dejó de bailar, hizo una pronunciada reverencia, se metió la mano en la túnica y sacó una llave con un cuello largo y plateado.

El hombre la cogió y la metió en la cerradura. Giró la llave a la izquierda y a la derecha, a la izquierda y a la derecha, introduciendo el cuello cada vez un poco más en el interior del mecanismo. Cuando sus dedos enguantados tocaron la puerta, se oyó un último chasquido. Retiró la mano, dejó la llave puesta y empujó las puertas con ambas manos.

Se abrieron y entró. Lady Boyle lo seguía de cerca. Galia se recolocó a la emperatriz inconsciente en el hombro y los siguió.

La cámara subterránea era inmensa y rectangular. Estaba hecha de piedra pálida tallada en forma de delgadas columnas góticas que llegaban hasta el alto techo abovedado. Donde habrían estado las ventanas, si el edificio hubiera sido construido

en la superficie, había arcos de piedra, y piedra de otro color llenaba las ventanas falsas.

La arquitectura era épica y ostentosa. La estancia había sido diseñada para impresionar. Sin embargo, a Galia se le hacía pequeña pese a sus grandes dimensiones. No corría el aire, había demasiado silencio. Era como un mausoleo, una tumba para el enorme objeto que ocupaba la cámara suspendido del techo mediante una serie de cadenas de hierro.

A Galia la mandíbula le llegaba al suelo. Estaba fascinada con el trofeo.

Era un esqueleto de ballena, de unos sesenta metros de largo del morro a la cola. Los huesos eran del mismo color que la piedra pálida de la cámara. En vida, la criatura tuvo que tener un tamaño imposible. Era más larga que la mayoría de los impresionantes buques balleneros que habían hecho del puerto de Dunwall su residencia. El colosal cráneo de la criatura formaba una cuña encorvada de doce metros de largo y cinco de alto. Debajo, las dos mitades de la mandíbula inferior eran dos descomunales vigas de marfil de nueve metros de largo. La cresta de la espina dorsal del animal se arqueaba hacia arriba, las protuberancias verticales de las vértebras eran como pequeñas velas hechas de hueso y las dos protuberancias horizontales parecían alas extendidas. El par de aletas frontales pendía del cuerpo, la punta de los huesos, que parecían dedos, casi tocaba el suelo de la cámara.

A Galia le costaba digerir el tamaño de aquello. Era tan grande que no parecía real. No era una ballena cualquiera.

—El gran observador duerme —dijo Zhukov. Extendió los brazos hacia el esqueleto y bajó al trote los escalones que separaban las puertas del suelo de la cámara—. Una criatura de mitos y leyendas, leviatán de las profundidades. Una criatura con poder. —Se volvió hacia ellas—. Una criatura de la magia.

—¿De dónde ha salido? —dijo Galia sin aliento. No podía evitarlo, estaba fascinada. Había oído hablar de los leviatanes e incluso había conocido alguno, años atrás, en el Golden Cat. Un filósofo natural, investigador jefe, o como se dijera, que decía haber bajado en una cápsula submarina y haberse encontrado criaturas gigantescas, ballenas monstruosas mucho más grandes que las que la ciencia conocía.

O eso le había dicho. Galia había oído muchas cosas en el Golden Cat y sabía que las historias que les contaban a las cortesanas a las tantas de la noche tendían a la exageración, aunque aquella se le había quedado grabada.

A lo mejor el tipo había dicho la verdad porque tenía delante los huesos de una de esas criaturas. Cuanto estuvo lo bastante cerca, extendió la mano y tocó la punta de la aleta del esqueleto.

—Fue un regalo del lord regente a su amante, mi querida hermana Waverly. Se dice que lo capturó el *ESS Keeper* durante una terrible expedición, cuando perdieron una batisfera. Había un hombre dentro, se sumergió demasiado y las cadenas se rompieron. Cuando los tripulantes del barco trataron de rescatarlo, algo emergió de las profundidades. Era muy grande y estaba muy enfadado. Es posible que la

campana bajara demasiado y perturbara lo que debía dejarse en paz, y las criaturas que vivían allí abajo emergieron para darles una lección.

Lydia miró el esqueleto mientras hablaba, una sonrisa jugueteaba en sus labios y sus ojos recorrían la gran bestia.

—La arponearon pero no bastó con eso. Arrastró el barco durante días, cada vez más lejos. Los balleneros dicen que se los llevó tan mar adentro que podían ver las costas de Pandyssia, aunque eso no se lo cree nadie. Pero el barco casi se hunde. Cuando regresó a Dunwall, le faltaban los arneses balleneros, los habían arrancado las olas. Claro que tampoco eran lo bastante grandes para contener al leviatán. Al final ganaron ellos y consiguieron arrastrar la bestia a puerto. Pesaba tanto que entraba agua en el barco.

Galia frunció el ceño.

—Yo no recuerdo haber oído nada.

Lydia se volvió de sopetón hacia ella. Enfadada. Poco a poco su expresión se suavizó y se encogió de hombros.

—Casi nadie se enteró. El barco envió una señal antes de llegar a puerto, decía que habían capturado un bicho enorme. El lord regente lo oyó y les ordenó que atracaran de noche. Creo que quería evitar que la criatura cayera en manos de la Academia de Filosofía Natural. Quería quedarse con el premio, la pieza central de su colección privada. Para demostrar su generosidad, se lo regaló a Waverly. Un objeto de valor incalculable que sería la envidia de la aristocracia. Incluso pagó la construcción de la cámara. Fue el primer gran diseño de su colección privada.

Lydia se quedó cabizbaja.

—Entonces depusieron la regencia y los planes se quedaron en agua de borrajas. La bestia lleva aquí desde entonces. —Alzó la vista hacia el esqueleto—. Quizá a Esma le gustaba conservarlo en recuerdo de nuestra querida hermana.

Galia se sorbió la nariz con fuerza.

—Y ¿qué tiene que ver con nosotros? —Se acercó a Zhukov, que estaba pensativo al pie de las escaleras con la cabeza levantada—. Dijiste que necesitabas que te ayudara a robar una cosa que estaba guardada en la cámara de la mansión Boyle. ¿Y bien? —Señaló la habitación—. Mira a tu alrededor, Jefe. Esta es la cámara. Estamos dentro. ¿Y si nos dejamos de clases de historia y vamos a lo nuestro? ¿Qué tenemos que llevarnos?

Zhukov dirigió sus ojos rojos hacia su acólita y de nuevo la risa resonó en las profundidades del rostro oculto tras la bufanda.

—¿No te has enterado de nada, Galia? —preguntó—. Abre los ojos. —Señaló el esqueleto—. Eso es lo que necesito que robes.

Galia miró perpleja a su señor, soltó una carcajada y se acercó al esqueleto. Le dio un manotazo a los huesos de la aleta. Puede que se lo diera demasiado fuerte porque luego le dolieron los dedos.

—¿Es que estás tan loco como aquí tu nueva amiga? —dijo mirando con desdén a

Lydia, que estaba la mar de sonriente al otro lado del artefacto—. No sé si lo has notado, pero es un poco grande. ¡Tiene que pesar toneladas! Solo nos tienes a mí, a una emperatriz inconsciente y a una vieja sin zapatos que no sabe ni qué día es.

—No te preocupes, Galia —dijo Zhukov—. No lo necesito todo. Bastará con uno de los huesos de la mandíbula.

Galia se colocó debajo del cráneo y echó la cabeza atrás para verlos bien.

—Eso es coser y cantar. ¿Por qué no lo has dicho antes? —masculló con sarcasmo.

«Solo uno de los maxilares. Claro. Solo un arco de nueve metros de marfil que está suspendido a cuatro metros del suelo».

Zhukov señaló las cadenas que sostenían el esqueleto.

—A ver si puedes bajar la parte delantera del esqueleto —dijo—. Así podrás empezar a quitarle la mandíbula.

Galia frunció el ceño.

—¿Hablas en serio?

—Más que nunca.

La mujer miró de nuevo hacia arriba. Las distintas partes del esqueleto estaban unidas entre sí mediante placas y tornillos de hierro… Si se las apañaba para bajar el esqueleto, soltar una de las mitades de la mandíbula no parecía muy difícil. Pero el hueso era más grande que un barco. Era imposible que pudieran llevárselo, ni siquiera cargándolo entre los tres.

Galia le dijo a Zhukov lo que pensaba pero sus palabras se desviaron cuando, por primera vez desde que lo conocía, empezó a desabrocharse el gabán negro.

—Vengo preparado —dijo Zhukov—. Por eso te envié a robar a la cripta Brigmore y te mandé a la mansión a recuperar los planos. Tengo un método para teletransportar la mandíbula y a nosotros de vuelta a la fábrica.

Con el abrigo desabrochado, Zhukov apartó una de las solapas y Galia vio de refilón uno de los talismanes de hueso corroídos, los que había visto en el taller del sótano del matadero. Colgaban del abrigo, cosidos a la tela.

Y… ¿humeaban?

Estaba segura de ver columnas de humo gris en ascenso. Desaparecieron en cuestión de segundos.

Del interior de los profundos bolsillos del abrigo, Zhukov sacó cuatro velas bajas y gruesas con la superficie picada como si fueran de cera de abeja, pese al intenso color naranja. Además de las velas, llevaba una tiza blanca.

Se abrochó el abrigo, se arrodilló en la puerta y, tiza en mano, empezó a escribir en los peldaños de piedra. Galia frunció el ceño pero no era capaz de leer ni entender lo que Zhukov estaba dibujando.

Había figuras geométricas, círculos y cuadrados y triángulos, todos superpuestos o conectados por arcos o tangentes. La mano de Zhukov volaba mientras escribía los sigilos en el suelo. A los pocos minutos había terminado una compleja sección en la

que triángulos y círculos intersectaban con precisión matemática para formar una figura central de cinco lados rodeada de un montón de inscripciones.

En el centro, Zhukov colocó la primera vela. Luego se levantó y se acercó a un costado del leviatán. Ignoró a Galia y rodeó a Lydia, que había empezado a bailar en círculos en silencio.

Galia ladeó la cabeza.

—¿Para qué son los dibujos?

Zhukov no levantó la vista de lo que estaba haciendo.

—Ya te lo he dicho, puedo teletransportar la mandíbula a la fábrica. —Se detuvo y miró hacia arriba—. Me hará falta tallar más talismanes de hueso. El talismán de bruja de Brigmore ayudará a estabilizar la transferencia pero esperaba poder tallar más. Necesito todo el poder extra que pueda conseguir.

Galia apretó los labios y miró a Lydia.

—Ah… ¿«De acuerdo»?

Zhukov reanudó su trabajo y no volvió a alzar la vista.

—Necesito materia prima para los talismanes de hueso: y ahí está. —Levantó la mano y señaló brevemente a lady Lydia Boyle de nuevo.

De pronto Galia comprendió lo que quería su jefe. Esbozó una siniestra sonrisa y asintió.

—Como desees.

Sacó su largo cuchillo y limpió la hoja de veinticinco centímetros en su muslo. La alzó y se la llevó a la cara, como si estuviera comprobando que estaba en condiciones.

Lady Lydia Boyle bailaba al ritmo de la música que solo oía ella. Galia se acercó a la anciana y la cogió de la mano. Lydia se sobresaltó, sonrió y las dos empezaron a bailar y a dar una vuelta o dos.

Entonces Galia sonrió y clavó el cuchillo en el pecho de Lydia. La hoja atravesó fácilmente las costillas y Galia lo hundió todo lo que pudo.

24

MANSIÓN BOYLE, BARRIO RESIDENCIAL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«Por todo el mundo natural hay ondas que nuestros sentidos apenas pueden percibir, una música antigua que lo impregna todo, como una regla estructural fundamental. A través de ella se pueden conseguir maravillas sin violar las leyes naturales ni suplicar favores a espíritus poco amistosos.

Gracias a mis estudios, he descubierto una escala de 17 notas derivada de este fenómeno y, con el equipo adecuado, esas notas permiten conseguir efectos asombrosos. Entre los cuales no podemos dejar de mencionar la posibilidad de calmar la turbulencia que se origina en el Vacío, que atribuimos al Forastero».

—LA MÚSICA ANTIGUA
Pasaje de una obra más extensa

Corvo levantó la cabeza y miró al león blanco que estaba a su lado con un cuchillo en el gaznate. Su guarda se dio cuenta y lo usó como excusa para empotrarle la cabeza contra el suelo y torcerle el brazo. Corvo jadeó. Poco después, el guarda se cansó, o se aburrió, y aflojó la mano.

Respiró hondo y trató de concentrarse. La música discordante recorría el salón y la marca del Forastero ardía en su mano con un fuego eléctrico, como si luchara contra las interferencias que la separaban del Vacío.

Habían perdido de mala manera. No les habían superado en número en el baile de máscaras pero sí en astucia. La música antigua que Corvo había preparado para que fuera su salvación, pues iba a evitar que los Balleneros usaran sus poderes, había sido su perdición. Los Balleneros habían vencido a sus rivales sin dificultad usando el poder del talismán de hueso corroído de Zhukov, mientras que Corvo no había podido usar sus habilidades, con el poder anulado y fuera de su mente.

Zhukov y Galia iban diez pasos por delante. Fuera cual fuera su plan, estaban a punto de salirse con la suya. Peor aún: ahora tenían una rehén.

Emily.

Corvo cerró los ojos y se maldijo por ser tan imbécil. No sabía por qué los mantenían con vida pero por ahora daba las gracias. Sin embargo, se les acababa el tiempo. Cuando Zhukov terminara de hacer lo que había venido a hacer, lo más probable es que diera orden de eliminarlos a todos.

—Jovencito, ¿te importaría apagar ese estruendo?

Corvo abrió los ojos y levantó la vista muy despacio. Después de que su hermana desapareciera con los otros, los Balleneros habían arrastrado a lady Esma Boyle abajo pero al menos habían tenido la decencia de dispensar a la anciana de tener que tumbarse boca abajo en el suelo.

Habían echado a los músicos de debajo del balcón para hacerle sitio. Le habían permitido sentarse en un sofá de terciopelo rojo que habían traído del otro extremo de la habitación. Un Ballenero la apuntaba con una pistola. Ya no llevaba la máscara ni el sombrero y la mata de rizos grises le caía por la cara, amoratada por un lado. Tenía un hilo de sangre roja en la comisura del labio pero, a pesar de la dura experiencia, estaba sentada con la espalda perfectamente recta.

Dignidad ante la adversidad.

El Ballenero que hacía guardia no dio muestras de haberla oído. La caja de música era la clave, era lo que le impedía a Corvo usar sus poderes. No iban a apagarla hasta que les viniese bien… suponiendo que lograsen encontrar al hombre que la operaba.

Corvo se puso de rodillas. El guarda no le hizo ni caso.

Necesitaba una distracción. No gran cosa, uno o dos segundos nada más. Tras el caos de la refriega, los Balleneros no los habían maniatado, seguros de que bastaba con mantener a sus prisioneros tumbados en el suelo, desarmados y con espadas en el cuello para que se estuvieran quietos.

Lady Esma estaba maldiciendo con la mirada al hombre que la vigilaba. Tenía la barbilla bien alta y la piel madura de los carrillos muy tensa.

Corvo se aclaró la garganta, con fuerza, y como premio recibió un fuerte golpe en la nuca. Cuando su cabeza rebotó, miró a lady Boyle.

Ella le miró a los ojos.

«Perfecto».

Corvo subió y bajó las cejas y con un movimiento exagerado de los ojos intentó señalar al guarda de lady Boyle. Esma frunció el ceño. Sus ojos iban de Corvo al guarda. Se recolocó en el sofá pero no hizo nada más.

Como nadie se había dado cuenta, decidió arriesgarse. Movió los labios y, sin emitir sonido alguno, le dio instrucciones a Esma, señalando al guarda que la vigilaba con la mirada. Esperaba que entendiera el mensaje.

Lo hizo. Las aletas de la nariz se hincharon y asintió con la cabeza. Se dirigió de nuevo al hombre que la vigilaba.

—¿Sabes quién soy, jovencito?

El Ballenero hizo caso omiso.

—Soy lady Esma Boyle. Mi familia es dueña de la mitad de Dunwall desde que los pordioseros de tus bisabuelos araban la tierra en el pueblucho incestuoso en el que se conocieron.

Nada. Corvo no estaba seguro de que lo que había dicho fuera verdad pero eso no importaba. Esma acababa de empezar.

—De hecho, mi apellido es más antiguo que el de los Kaldwin. —El color le subió a las mejillas y la piel fina y pálida adquirió un tono no muy distinto al escarlata de su traje pantalón—. Y ¿te atreves a venir a mi casa y molestar a mis invitados? —Había levantado la voz para que se la oyera pese al chirrido de la música

antigua. Subió más el volumen—. ¡No sé qué tramáis, pandilla de rufianes, pero exijo que salgáis de mi casa!

El Ballenero miró a los demás. Corvo oyó el roce de cuero contra cuero cuando el guardia que tenía detrás se revolvió.

—¡Marchaos ahora mismo! ¿Me has oído? —Para sorpresa de Corvo, lady Boyle se levantó y pegó una patada en el suelo—. ¡Fuera de aquí ahora mismo!

—¡Calla y no te muevas! —El Ballenero le dio un empujón. Lady Boyle cayó en el sofá y rebotó en el cojín. Aprovechó la inercia para ponerse en pie de nuevo.

—¿Cómo te atreves a ponerme la mano encima? ¡Antes de que acabe la noche la emperatriz colgará tus tripas del puente Kaldwin, sinvergüenza!

El Ballenero la empujó más fuerte. Lady Boyle gritó y cayó al suelo sobre un codo. Rodó por el suelo con el gesto desfigurado de dolor.

«Vamos, vamos, vamos».

Corvo estaba de suerte.

El guarda de Esma se acercó a la noble tirada en el suelo. El guarda de Corvo decidió unirse a su compañero. Corvo no perdió el tiempo. Estaba de pie en un segundo. En dos, se había agachado y le había cogido la mano de la pistola al guarda del león blanco para impedir que el sorprendido Ballenero pudiera usarla, le pegó un codazo en la cara y el hombre salió despedido hacia atrás.

El caos estalló en el salón. Los Balleneros entraron en acción, los que estaban con lady Boyle se dieron la vuelta con las armas en alto. Corvo saltó de lado, aterrizó en la escalinata izquierda y, en un solo movimiento, apuntó con la pistola a los guardas de lady Boyle.

Disparó.

El altavoz colgado de una cuerda debajo del balcón se balanceó. El disparo de Corvo había hecho pedazos la celosía de madera. La música antigua fue perdiendo fuerza hasta que cesó por completo.

La marca del Forastero le palpitaba en la mano. Libre de interferencias, el poder fluía a través de él como la savia por un árbol. Había vuelto del Vacío. Era como sumergirse en un baño caliente, a temperatura de la sangre, a temperatura corporal. Durante un segundo no sabía dónde acababa y empezaba el mundo, dedos de otros lares acariciaban la marca del Forastero, que ardía con una gloriosa luz azul tras los ojos cerrados de Corvo.

Se levantó. Usó el Guiño y apareció detrás de un Ballenero y le rompió el cuello con un solo movimiento. Otro Guiño, y otro y otro, surcando todo el salón, surcando el Vacío entre los segundos del reloj. El tiempo transcurría lento como la melaza y él despachaba Balleneros uno a uno.

Lo malo era que no le quedaba mucha energía. Había pasado demasiados minutos bajo el hechizo de la música antigua y estaba bajo de reservas. Cuanto más las usaba, más se debilitaba. En la túnica llevaba cuatro viales de solución Addermire pero no quería tomárselos hasta el último momento.

Otro Guiño, uno más, y empezó a ver puntos negros. El tiempo se aceleró como una onda de choque y lo hizo caer de rodillas. Abrió los ojos.

Vio que no estaba solo. Tras la confusión, sus agentes se habían librado de sus captores. Los invitados gritaban y buscaban cobijo en las esquinas del salón mientras los Balleneros y los agentes reales luchaban cuerpo a cuerpo.

De pronto un Ballenero se materializó de la nada delante de él, con una pistola en la mano.

Apuntándole a la cara.

Vio el dedo del Ballenero en el gatillo. A continuación el Ballenero vaciló, se le cayó la pistola y la punta de un cuchillo apareció en el centro de su pecho entre un reguero de sangre roja y brillante, sangre arterial. El Ballenero se desplomó en el suelo y el león blanco dio un paso al frente con la mano extendida.

Corvo la aceptó y dejó que lo ayudara a levantarse. El león blanco le soltó la mano, se quitó la máscara de un tirón y la arrojó al suelo. Slackjaw dio un silbido. Tenía la cara roja.

—Gracias —dijo Corvo.

Slackjaw asintió sin aliento y miró alrededor.

—Diría que lo tenemos controlado. Ve a buscar a la emperatriz. Ten, llévatelo. Me encantaría echarle un trago pero creo que lo necesitas más que yo.

Del disfraz, Slackjaw sacó un vial de cristal con un líquido azul. Solución Addermire.

Corvo lo aceptó de buena gana, agradecido. Lo destapó con los dientes y lo vació de un trago. Los efectos fueron inmediatos. Recobró las fuerzas al instante y notó un agradable calor por todo el cuerpo. Incluso veía mejor, con más nitidez, y pensaba con más claridad.

Estaba listo y no había tenido que tocar sus reservas de elixir reparador.

—Gracias, Azariah —dijo Corvo—. No lo olvidaré.

Slackjaw le dijo una palmada cansada en el hombro.

—Empieza a gustarme de nuevo la idea del pequeño viñedo —dijo con una carcajada—. A por ellos, muchacho. Y, oye, por una vez te has acordado de mi hombre. La vida nunca deja de dar sorpresas.

Corvo estrechó el antebrazo de Slackjaw y miró hacia donde lady Esma Boyle yacía en el suelo. Había conseguido incorporarse y estaba apoyada en una pared. Pero estaba pálida y le costaba respirar. Acunaba el brazo lastimado. Corvo había visto la caída, se había fracturado el codo.

—Lady Boyle —dijo Corvo agachándose junto a ella—. Necesito su ayuda. ¿Puede oírme? ¿Esma?

Lady Boyle abrió un ojo y resopló.

—Claro que te oigo. ¿Tengo pinta de estar sorda?

Corvo no pudo evitar sonreír.

—Zhukov ha dicho que quería que Lydia lo llevara a la cámara. ¿Sabe a qué

cámara se referían? ¿Sabe dónde está?

Lady Boyle tragó saliva y asintió.

—Sí —dijo humedeciéndose los labios con la delgada lengua—. Supongo que se trata de la cámara que hay bajo la casa, construida para alojar la colección privada de Hiram y Waverly. Hace años que nadie pone un pie ahí dentro.

Corvo frunció el ceño.

—¿Qué clase de colección privada? —Se estrujó la sesera intentando adivinar qué querría robar Zhukov de la mansión.

Lady Boyle se echó a reír con amargura.

—De momento, una colección privada de pacotilla. Lo único que hay ahí abajo son los huesos de un leviatán. Nunca se ha capturado otro tan grande, según tengo entendido. No puedo ni verlo. Cuando uno tiene mi edad, los huesos viejos no tienen el menor interés.

Corvo sintió un escalofrío.

Huesos viejos, y no unos huesos cualquiera. Huesos de leviatán, las ballenas legendarias de las profundidades que muchos no creían ni que existieran. Se decía que las criaturas tenían poderes mágicos.

—¿Puede decirme dónde está? —preguntó.

Esma se echó a reír.

—Claro. Dame un papel y te dibujaré un mapa.

Corvo frunció el ceño.

—Necesito que me ayude. Tienen a la emperatriz.

Esma asintió y borró la sonrisa de su cara.

—Lo sé. Tardaría un siglo en explicarte el camino. Tendré que enseñártelo. —Contuvo la respiración y trató de levantarse pero no hizo grandes progresos. Corvo intentó ayudarla pero ella lo rechazó con un bufido de indignación—. En fin… Vas a tener que llevarme en brazos.

Corvo no esperó a que le llegara una invitación por escrito. Pasó los brazos por debajo de lady Boyle y se levantó. Era bajita y delgada, ligera como una pluma, como si no hubiera nada bajo el traje pantalón rojo escarlata. No pudo evitar recordar la noche de otro baile de máscaras, hacía ya más de una década, cuando también llevó en brazos a otra lady Boyle.

—¿Lista? —preguntó.

Esma asintió y señaló las puertas del balcón.

—Por ahí.

Corvo llamó a sus agentes. Jameson apareció al instante. Su traje blanco, inmaculado horas antes, estaba cubierto de sangre y de mugre.

Se adentraron juntos en la mansión.

25

LA CÁMARA BAJO LA MANSIÓN BOYLE, BARRIO RESIDENCIAL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«Existen rituales perversos que ni siquiera los más adeptos pueden describir pues el mero acto de documentarlos basta para corroer la mente del que osa afrontar la empresa. Se dice que incluso susurrar los espeluznantes hechizos debilita el vínculo que une este mundo al Vacío, la conexión de la que hacemos uso cuando recurrimos a la magia de los antiguos».

—EL MISTERIO DE LA METAFÍSICA
Pasaje de una obra prohibida más extensa
sobre rituales sobrenaturales

La mansión Boyle era un laberinto y pese a que las instrucciones de Esma eran perfectas, avanzaban con lentitud por tener que llevarla en brazos.

Las puertas de la cámara estaban abiertas. Habían llegado demasiado tarde.

Corvo entró el primero y sentó a Esma en los escalones poco profundos que conducían a la cámara principal.

El esqueleto de leviatán presidía la sala, suspendido del techo mediante cadenas. Aunque solo la mitad posterior. La parte delantera del esqueleto, de las aletas al cráneo, yacía en el suelo. El cráneo estaba torcido y le faltaba la mitad de la mandíbula inferior. Tirados junto al cráneo había tornillos negros de hierro y placas deformadas.

Algo llamó la atención del protector real.

Alrededor del cráneo, el suelo estaba cubierto de letras y dibujos, una telaraña de rayas y de símbolos hechos con tiza blanca. A intervalos regulares, cuatro velas naranja, apagadas pero quemadas casi hasta las baldosas. La cera estaba blanda y los restos de un humo azulado ascendían y lo impregnaban todo de una peste dulzona.

Delante del cráneo había un bulto bañado en un líquido rojo que formaba un charco alrededor. El cráneo estaba en el charco y había empezado a absorber el líquido. Sin embargo, las líneas blancas de tiza estaban impolutas. Era como si repelieran el líquido.

Era sangre. Mucha sangre. En cuanto lo comprendió, otro pensamiento le nubló la mente.

«¡Emily!».

Corrió hacia el bulto y se agachó en la sangre. Fue a cogerlo pero se detuvo. Era sangre de mujer pero, fuera quien fuera, iba vestida de blanco y plata, no de negro. Corvo le dio la vuelta al cuerpo y se quedó con el brazo en la mano. Se quedó mirándolo un instante, sin poder creérselo, y lo dejó en el suelo, junto al cadáver. Se

acercó, le dio la vuelta y notó que no se movía como debía. Ya boca arriba, apartó el pelo largo y manchado de rojo que estaba pegado a la cara de la difunta.

Los ojos grandes y abiertos de lady Lydia Boyle le miraron.

Sus labios congelados en una pequeña sonrisa.

Corvo se puso de pie. La habían medio desmembrado. Le habían cortado un brazo a la altura del hombro y el otro del codo para abajo. El asesino también había diseccionado parcialmente el torso. Había apartado a un lado los músculos y los órganos, le había roto las costillas y había abierto la caja torácica como si fuera una puerta. Faltaba el esternón y en el lado derecho solo quedaba una costilla.

Corvo se limpió las manos en la ropa lo mejor que pudo pero la sangre le había manchado la piel. Estaba de espaldas a Jameson y a lady Esma.

—¿Vas a quedarte ahí parado lamentándote, jovencito, o nos vas a contar lo que has visto? ¿Tenemos o no tenemos emperatriz? —La voz de lady Esma era firme y clara pero Corvo notó que se le quebraba un poco. Su mundo se desmoronaba y la matriarca de los Boyle lo estaba haciendo lo mejor que podía.

Se apartó del cuerpo y la miró, listo para comunicarle lo que había encontrado. Esma apretó los labios y asintió.

—No es Emily, ¿verdad? —dijo—. Es Lydia. —Hizo una pausa—. O lo que queda de ella.

Lady Esma bajó la cabeza y hundió la barbilla en el pecho. No volvió a pronunciar palabra. Corvo suspiró y Jameson se le acercó sin poder apartar la vista al horrendo cadáver. Respiró hondo.

—¿Qué le han hecho? —susurró inclinándose sobre los restos.

Corvo frunció el ceño.

—Los huesos. Querían sus huesos. —Se dio la vuelta y recorrió el complejo entramado de dibujos de tiza. El cráneo de ballena estaba en el centro; delante, Corvo vio un dibujo más pequeño, un octógono, formado por las intersecciones de triángulos y cuadrados. En el centro del octógono las baldosas estaban ennegrecidas y había un residuo parecido al carbón.

Se puso de rodillas y recogió el trozo más grande. Era ligero, frágil, los restos calcinados de más hueso. Los talismanes de hueso corroídos que tallaba Zhukov eran muy potentes pero su poder era fugaz, efímero. Estaba limitado por objetos muy inestables que se desintegraban con el uso.

Los fragmentos carbonizados y terrosos como la ceniza cayeron al suelo. Se seco las manos y se irguió. Miró a lady Esma Boyle, hecha una bola contra la columna. Le temblaban los hombros y los rizos grises le ocultaban el rostro.

—Cuide de ella —dijo Corvo—. Llame a los agentes del matadero, hacen falta aquí. Necesito que se asegure de que todos los invitados al baile reciben asistencia. Que les curen las heridas y los lleven a sus casas, que es donde deberían estar. El hombre disfrazado de león blanco se llama Azariah y está de nuestro lado. Él y sus agentes le ayudarán. También necesito que haga circular una versión distinta de lo

acontecido: la emperatriz no ha estado aquí esta noche, era una de sus doncellas. Una doble. Que no quede la menor duda. Tenemos que negarlo todo. Estoy seguro de que algo se le ocurrirá.

Jameson asintió.

—Y ¿usted qué va a hacer?

Corvo se miró las manos y flexionó los dedos manchados de sangre.

—Voy a traer a Emily de vuelta —dijo—. Y poner fin a esto de una vez por todas.

INTERLUDIO

DABOKVA, TYVIA
Día 19 del mes de la tierra, 1837

«Aunque los habitantes de la ciudad meridional de Caltain tienen mucho en común con sus vecinos de Morley, la mayoría de los lugareños son un mundo aparte, producto de generaciones vividas en un frío inhóspito. Los tyvianos, austeros y regios, están orgullosos de sus costumbres, su cocina y su historia, y les importan poco las islas del sur».

—LA ISLA DE TYVIA
Pasaje de un tomo sobre geografía y cultura de Tyvia

Zhukov entró en la Cámara del Pueblo de la ciudadela de Dabokva, el gran edificio cuyas cúpulas se alzaban en el corazón de la capital de Tyvia.

La sala era enorme, con las paredes de granito gris oscuro. La piedra estaba veteada de oro que reflejaba la luz de los guantes que sostenían los enormes brazos extendidos que cubrían la sala. Los brazos de bronce eran exactamente eso, esculturas gigantes de musculosos brazos de hombre que sostenían la luz. El efecto era de una grandiosidad épica, de fuerza, no solo de voluntad sino también física. El diseño de la cámara decía que Tyvia era una isla inhóspita pero que la gente que la llamaba su hogar estaba hecha de una pasta mucho más dura que los elementos.

Zhukov sonrió, complacido con el eco de sus botas que resonaban contra el suelo duro y pulido y que anunciaban que se acercaba a la mesa de honor. Estaban sentados en la gran mesa circular que ocupaba casi toda la estancia. Estaba justo a sesenta metros bajo el círculo de la cúpula de la ciudadela. La Cámara del Pueblo había sido diseñada para empequeñecer a quienes la visitaban para subrayar que el individuo no importaba, que el mundo era muy grande y ellos eran insignificantes.

Porque en Tyvia todos eran iguales.

Aunque algunos eran más iguales que otros.

Tras la mesa del presídium, la pared de la Cámara del Pueblo era distinta al resto. Era un panel gigante rodeado de columnas de lustrosa piedra roja con venas de oro y plata. Representaban las riquezas de Tyvia, encerradas en la dura roca del país. El rojo representaba la sangre que le costaba al pueblo arrancarle la riqueza a la tierra, cómo se labraban su destino en el imperio.

El retrato que ocupaba el espacio entre las dos columnas dominaba la Cámara del Pueblo y exigía que se le prestara atención. Medía treinta metros de alto y quince de ancho. No era una pintura sino un mosaico. Cientos de miles de azulejos de colores formaban la cabeza, los hombros y el torso del primer héroe del estado de Tyvia, Karol Topek, quien resplandecía con su casaca militar negra y roja. De rostro severo y barbudo, miraba hacia la sala con expresión de importancia. Tenía la mano derecha en el cinto y la izquierda en alto, jurando lealtad a su amado país.

Zhukov le dedicó una sonrisa burlona al retrato de Topek. En verdad fue un gran héroe, el fundador de la nación-estado. Pero llevaba mucho tiempo muerto.

Había llegado la hora de que Tyvia adorase a otro ídolo.

—Caballeros —dijo Zhukov quitándose el sombrero e inclinándose ante el presídium. No había una silla vacía, la asamblea estaba al completo. No era lo habitual. Aunque el presídium tenía poder absoluto en Tyvia, el verdadero poder estaba en manos de los miembros más veteranos, los jueces supremos, que se sentaban justo debajo de la imagen de Topek.

El resto tuvo que volver la cabeza para recibir a Zhukov. Los jueces supremos no se movieron. Miraban fijamente al recién llegado.

Hubo un momento de silencio. Zhukov mantuvo una expresión impasible pero agradable ante las personas sentadas a la mesa.

Menuda panda de cretinos. No se libraba ni uno. Once hombres y cinco mujeres que solo sabían decirle que sí a los tres jueces. Un consejo de dieciséis personas cuyo deber era representar al pueblo de Tyvia pero que no lo hacía.

Por descontado, habían sido elegidos para el cargo democráticamente. El voto era obligatorio para la población adulta de la vasta isla. Pero dado que solo había un partido político que solo presentaba a un único candidato por distrito, el resultado se sabía siempre de antemano.

Se hizo el silencio, luego hubo un revuelo cuando los miembros del consejo se volvieron en sus asientos. Todos miraban a los jueces supremos.

Zhukov se puso de nuevo el sombrero y levantó la mano izquierda: el mismo gesto del gran retrato de Karol Topek. Zhukov juró lealtad, como era costumbre cuando a uno lo invitaban al presídium, mirando a los jueces.

El primero era el secretario Cushing, un viejo al que no le quedaba mucho y al que Zhukov no recordaba haber oído hablar nunca en ninguna reunión. En cierto modo, era preocupante. Que fuera juez supremo significaba que tenía poder de verdad y que sus camaradas le obedecían. Pero el hecho de que no hablara nunca, en público o en reuniones privadas como aquella, lo hacía indescifrable, inescrutable.

Sentada a su lado estaba la secretaria Taren, la única del grupo que podía presumir de ser descendiente del gran Karol Topek. Era la más joven, aunque no por mucho, y en sus ojos azul claro ardía una luz, el fuego de la pasión, de la dedicación. De saber que tenía poder y podía usarlo. Taren era feroz y su expresión era pétrea como las paredes de granito.

El último era el secretario Kalin. Al igual que los otros dos jueces supremos, nada lo distinguía del resto del consejo. No llevaba ningún distintivo ni uniforme oficial. Como los demás, llevaba una sencilla túnica negra y roja de cuello alto, característica del cargo de secretario del pueblo de Tyvia. En la mesa tampoco había nada que indicara que él y sus dos camaradas fueran especiales.

Pero Zhukov conocía los secretos de la Cámara del Pueblo y del funcionamiento del presídium. El secretario Kalin estaba sentado justo debajo de la mano izquierda

de Topek. La mano levantada para jurar lealtad. Su posición, su autoridad, estaba más clara que el agua.

—Amigo Zhukov —dijo Kalin indicándole que se acercara a la mesa—. Gracias por venir con tanta premura. El presídium sabe lo importante que es su trabajo en toda nuestra nación-estado y sabemos que solo debe interrumpirse por motivos de igual o mayor importancia.

«Lamprea pomposa». Típico de Kalin. Nunca usaba una palabra si podía usar diez. «El presídium debería servir un tinto de Tyvia en las reuniones», pensó Zhukov. No se imaginaba cómo iba a soportar una sesión entera sin un buen trago que le ayudara a distraerse.

En voz alta, dijo:

—Gracias, secretarios. —Hizo otra reverencia—. Estoy aquí solo para saber cómo puedo prestar mejor servicio a Tyvia.

«Eso va a gustarle». Kalin estaba orgulloso de su país. No solo de su historia y de su legado, sino también de sus ideales.

Sí. Kalin era un creyente.

Los labios del secretario dibujaron una pequeña sonrisa.

—Me temo que he de darle malas noticias —dijo Kalin—. Lleva días viajando y ha estado un poco… desconectado, por así decirlo.

Zhukov alternó su peso sobre una pierna y sobre la otra.

—¿Noticias, amigo Kalin?

Kalin asintió.

—Hemos recibido un mensaje de Dunwall. Se ha producido una especie de… escándalo.

—Ah —dijo Zhukov.

«¿Un escándalo?». Tal vez fuera interesante pero los cotilleos no solían llamar la atención del presídium. Miró a los otros.

Taren se revolvió en su asiento y se alisó la pechera de la túnica. Luego entrelazó los dedos y se acercó a la mesa de reuniones.

—La emperatriz Jessamine Kaldwin ha sido asesinada… por el protector real —dijo—. Hiram Burrows, jefe real de espionaje, ha sido nombrado lord regente por el momento, dado que la heredera del trono, Emily, es menor de edad. La heredera permanecerá bajo custodia, por su propia protección, hasta que se solucione satisfactoriamente la crisis.

El hombre sintió que se quedaba sin aire. Consiguió contener la tos. Se llevó una mano temblorosa a la boca mientras se aclaraba la garganta.

Kalin le observaba. Esta vez con una sonrisa más amplia.

—Es una tragedia, ¿no cree, amigo Zhukov?

—Sí… sí… —dijo—. Es una gran tragedia, amigo Kalin.

Kalin frunció los labios.

—Aunque la emperatriz de las Islas considera que sus dominios incluyen Tyvia,

hemos tenido la fortuna de gozar de una… relación especial con Dunwall, de cierta autonomía concedida como consecuencia de la insurrección de Morley. La emperatriz, al igual que los emperadores que la precedieron, siempre han considerado a Tyvia su amiga y aliada.

Zhukov levantó la barbilla. Tenía la garganta seca. Se lamió los labios.

Kalin seguía observándolo.

Lo sabía. ¡Él lo sabía!

Kalin arqueó una ceja.

—¿No está de acuerdo, amigo Zhukov?

Zhukov inclinó la cabeza.

—Por supuesto, amigo Kalin. —Hizo una pausa—. Perdóneme, yo… No tengo palabras. ¿Cuándo ha sido?

—Ayer —dijo la secretaria Taren—. La noticia todavía no es oficial pero nos enteramos a través de nuestros espías en Dunwall a las pocas horas de que sucediera.

«¿Espías en Dunwall?». Zhukov no tenía ni idea aunque la noticia confirmaba sus sospechas. El presídium no lo había llamado para informarle de que el paisaje político de su vecino, técnicamente su gobernante, había cambiado.

No. Le habían hecho ir por otro motivo.

Podía marcharse. Podía irse. No había guardias en la Cámara del Pueblo, no los había en toda la ciudadela. Esa era la idea. Allí nadie tenía poder ni se consideraba importante… En teoría. Cualquiera en Dabokva, cualquiera en Tyvia, podía entrar y sentarse en la mesa redonda.

Todos eran iguales.

Aunque algunos eran más iguales que otros y cualquiera que osara entrar en la Cámara del Pueblo sin invitación saldría de allí con los pies por delante.

Zhukov se aclaró otra vez la garganta y le hizo una reverencia al consejo.

—Amigos, gracias por haberme convocado hoy para informarme en persona de la trágica noticia —dijo controlando su voz—. Pero, si me disculpan, he de ir a cumplir con mis deberes al servicio de nuestra nación.

Podía marcharse. Podía salir andando y luego echar a correr. Podía llegar al embarcadero, salir de Tyvia, antes de que el presídium moviera ficha.

—Lo entendemos, amigo Zhukov —dijo Kalin—. Pero me temo que debemos relevarle de sus deberes. Ha servido bien al pueblo.

Zhukov sonrió débilmente.

¿Era su imaginación o había oído ruidos detrás de él, entre las puertas de la Cámara del Pueblo?

—Al igual que ha servido a la emperatriz Jessamine Kaldwin —añadió Kalin.

Lo sabían. Pues claro que lo sabían.

Y su aliada, la emperatriz, estaba muerta.

El siguiente era él.

—Es una lástima que el asesinato de la emperatriz haya arruinado nuestros

planes, amigo Zhukov, pero tenga la seguridad de que hemos tomado nota de sus actos. Nuestros espías llevan mucho, mucho tiempo vigilándole. Estamos al corriente de sus planes con Jessamine, de su intención de imponer en Tyvia un control más directo. De hecho, por eso precisamente le enviamos a Yaro, para tener tiempo para registrar sus aposentos.

Kalin levantó una mano, como para prevenir una interrupción imaginaria. Sin embargo, Zhukov guardó silencio.

—Sí —prosiguió Kalin—, sabemos lo de sus pequeños escondites. Como he dicho, le observamos desde hace mucho. Es un héroe del estado. Es, o era, una propiedad muy valiosa, y cuando uno tiene una propiedad valiosa, la vigila noche y día. La vigila o la guarda bajo llave.

Se acabó la farsa. Zhukov se dio media vuelta y corrió hacia las puertas, derrapó para frenar y patinó en el suelo encerado cuando se abrieron. Los hombres que entraron en la Cámara del Pueblo iban vestidos de negro y una máscara de metal negro lisa, plana y opaca les tapaba la cara.

Zhukov sabía lo que eran.

«Operadores».

La ley de Tyvia decía que todos sus ciudadanos eran iguales y que ninguno podía actuar contra otro, un mundo perfecto, un ideal imposible de alcanzar en su totalidad. Lo cual no impedía que el presídium lo intentara. Para saltarse la ley, usaban Operadores, agentes anónimos desposeídos de su ciudadanía que ocultaban su identidad tras máscaras negras y planas.

Nunca se dejaban ver. Trabajaban de noche. Hacían desaparecer gente. Y ahí los tenía, en la Cámara del Pueblo. El consejo estaba preparado. Zhukov no podía salir corriendo. Era un plan de ingenuos.

Dio media vuelta y marchó hacia la mesa. Con los brazos, señaló el retrato de Karol Topek.

—No pueden hacer esto —espetó Zhukov—. ¡Soy un héroe del estado! Este consejo de pacotilla carece de autoridad sobre mí.

Al oírlo, Taren se acercó a Kalin. Al otro lado, el siempre callado Cushing hizo lo mismo.

—Que demuestre lo que es —dijo Taren con un susurro ridículo y teatral. Kalin sonrió y asintió mientras un murmullo de aprobación recorría el círculo de líderes—. Veámosle hablar contra Tyvia.

Pasos detrás de él. Brazos sujetando los suyos.

Lo habían cogido los Operadores. Ahora lo harían desaparecer.

—Amigo Zhukov —dijo Kalin—. Le damos las gracias por sus servicios. Ha traído el equilibro a Tyvia y consiguió que el navío de nuestra nación dejase atrás las aguas turbulentas. Pero ahora revocamos su posición de Héroe del Estado. Por conspirar contra el pueblo, le sentenciamos a libertad de por vida.

«Libertad». Bonito eufemismo.

Menuda farsa.

—Lleváoslo.

Los Operadores tiraron de sus brazos. Zhukov se resistió. Sabía adónde lo llevaban.

A su «libertad». La libertad para trabajar en los campos de trabajo. La libertad de morir en la nieve. En el campo no había muros. Los reos sentenciados a trabajar allí eran oficialmente libres, absueltos por el estado.

Porque no volvía nadie. Nunca.

—¿Libertad? —preguntó Zhukov cuando los hombres de las máscaras de negro empezaron a llevárselo a rastras hacia las puertas—. No sabéis nada de la libertad, «amigos». Habría sido mucho más que un héroe del estado. Seré recordado. ¡Seré recordado!

Zhukov intentó zafarse de los Operadores pero eran más fuertes que él y lo tenían bien sujeto. No tenía elección: o salía andando con ellos o lo sacaban con los pies por delante. Al presídium le daba igual una cosa que la otra.

Lo sacaron a rastras por las puertas gigantescas, que se cerraron tras él, y lo último que vio del consejo de gobierno de Tyvia fue el retrato de Karol Topek con la mano en alto, jurando lealtad, mirando hacia un futuro brillante y esperanzador.

«Ese habría sido yo», pensó Zhukov.

Ese habría sido yo.

CUARTA PARTE

El espejo negro

26

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«Recordad que la historia no la escriben los vencidos sino los vencedores».

—PROVERBIO DE TYVIA
Pasaje de un tomo sobre tradiciones y costumbres
regionales de Tyvia

Emily pestañeó y movió la cabeza. Le pesaba, tenía calor y náuseas, así que la dejó caer hacia atrás. Se golpeó contra una superficie dura y mojada. Sobresaltada, y ahora además dolorida, se obligó a despertar.

Estaba en el matadero de ballenas, tumbada contra el borde de uno de los depósitos de aceite de ballena de la planta de la fábrica. Se apoyó en las manos y descubrió que las tenía atadas a la espalda. Consiguió sentarse pero le iba a explotar la cabeza. Cerró los ojos con fuerza y luego los abrió, obligándose a despertar y a estar atenta.

En el matadero seguía haciendo calor pero estaba bastante tranquilo, lo único que se oía era el zumbido omnipresente que procedía del tanque de mezcla de aceite de ballena. El contenido naranja y denso, como la lava, daba vueltas y de vez en cuando una burbuja estallaba en la superficie.

Los Balleneros habían hecho progresos desde su última visita. La estructura de metal y cadenas que habían construido ya estaba colocada en su sitio, suspendida sobre el tanque principal. A pesar de su peso y tamaño, se mecía apaciblemente en el aire caliente que ascendía de la mezcla líquida que tenía debajo. Siguiendo las cadenas, Emily vio que desaparecían bajo la superficie de la substancia al rojo vivo.

De pie en el borde de aquel tanque estaba Zhukov. Se encontraba de espaldas a Emily y parecía estar mirando el líquido fundido. Galia estaba sentada en el borde, que formaba un escalón de treinta centímetros de alto, con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. La estaba vigilando a ella.

Había más Balleneros en la fábrica. Dos en la pared opuesta, junto a un sistema de poleas hecho con piezas de otras estructuras de la fábrica y unido al nuevo armatoste que colgaba del techo. Emily echó un vistazo alrededor. Vio a unos cuantos más, no muchos, puede que cinco o seis. Parecía que habían perdido a casi todos los miembros entre la mansión Brigmore y el baile de máscaras.

No parecía importarles. Desconocía su plan pero parecían haber conseguido sus objetivos.

Emily se preguntó qué harían con ella. No podían haber planeado el secuestro porque nadie sabía que iba a asistir al baile. No, los Balleneros habían atacado la mansión Boyle por otro motivo. Pero por más que buscaba no parecía que se hubieran llevado nada, ni a nadie, de la casa.

«Por todas las Islas, ¿qué querían?».

Galia levantó la cabeza y curvó los labios en una sonrisa perversa. Cogió el largo cuchillo de Ballenero que hasta el momento descansaba sobre sus rodillas. Con la otra mano apretó la punta de un dedo enguantado contra la punta del cuchillo, dio vueltas y vueltas al cuchillo contra el pivote improvisado.

—Eh, Jefe —dijo—. Se ha despertado. —Se levantó y dio unos pasos en dirección a Emily. Se le iluminaba la cara a medida que se acercaba. Luego suspiró y gritó—: He dicho que su majestad está despierta.

No hubo respuesta. Galia giró sobre sus talones y volvió al tanque. Estaba impaciente. Zhukov había aplazado la ejecución de Emily en la mansión pero sentía que Galia se moría por retomarla. Estaba deseándolo. La ocasión, tal vez, de una criminal de poca monta de devolvérsela a sus opresores de clase alta: matar ni más ni menos que a la emperatriz.

—¿Me has oído, Zhukov? —Subió al borde del tanque, echó la cabeza atrás y se medio tapó la cara con un brazo para protegerla del calor.

Zhukov no se volvió pero al final le contestó.

—Te he oído.

Galia se encogió de hombros y señaló a Emily con el cuchillo.

—¿A qué estamos esperando? Tenemos en nuestro poder a la emperatriz de las Islas. ¿Acaso no sabes lo que significa? Podemos conseguir lo que queramos, hacer lo que queramos. Podríamos empezar una guerra.

La risa de Zhukov resonó en las profundidades de su pecho. Apartó la vista del tanque y miró a Emily con los ojos rojos brillantes. Cuando su mirada encontró la de ella, Emily sintió que la bola de malestar aparecía en algún punto entre su pecho y su estómago. Pese al calor de la fábrica, se le puso la piel de gallina.

Pestañeó y vio la silueta de un hombre que movía el brazo de izquierda a derecha al cortarle el pescuezo al prisionero que sujetaba, y oyó la risa de una mujer joven en el viento frío.

Entonces Zhukov volvió la cabeza hacia Galia, su subalterna, y Emily salió del trance. La fábrica daba vueltas, la extraña visión se desvaneció y el calor de la fábrica le dio una bofetada.

«Era él». No había otra explicación. Tenía una especie de poder que hacía que se le revolviese el estómago y que la cabeza le diera vueltas y que…

Le hacía ver cosas.

Emily se aclaró la garganta y escupió a un lado en el suelo mojado. Sabía que la magia existía, como todo el mundo. No obstante, pocos llegaban a verla y menos aún

creían en ella. Pero todo el mundo sabía lo de la talla del marinero, cómo conseguía canalizar el poder que decayó lentamente con los años tras el Gran Incendio.

Por lo que había visto Emily, lo que Zhukov usaba no parecía afectar ni a Galia ni a los Balleneros. Ni a nadie más en el baile de máscaras de los Boyle.

A Galia pareció molestarle que Zhukov se riera. Dio un paso hacia su jefe y blandió el cuchillo. No le estaba amenazando pero lo tenía apuntado hacia él.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó—. ¿Es que no lo ves? Tenemos a la emperatriz. Podemos poner nuestras condiciones. Podríamos pedir toda la ciudad si quisiéramos.

—Galia, no entiendes nada —dijo Zhukov—. Quiero más que esta ciudad.

La mujer echó la barbilla hacia delante y rugió:

—Dijiste que tendríamos poder. Dijiste que me darías mi poder. Bien, he cumplido con mi parte. Ha llegado la hora de que me pagues. Considéralos mis honorarios por los servicios prestados, pero quiero lo que me prometiste. ¡Lo que me prometiste!

Galia gritó la última demanda temblando de pies a cabeza y con la punta del cuchillo en el cuello de Zhukov, perdido en la bufanda de piel.

Con la mano enguantada acarició la mejilla de Galia con ternura. Ella apartó la cara y le miró a los ojos de cristal rojo.

—Por favor —dijo. Su voz se había convertido en un susurro apenas audible entre el estruendo del tanque—. Por favor. Me lo prometiste. Me lo prometiste todo.

Zhukov asintió.

—Sí. Deseabas formar parte de esto, compartir mi poder y mi victoria. Soy un héroe de Tyvia y un hombre de palabra. Compartirás mi poder, tal como deseabas.

Un resplandor en la otra mano de Zhukov. Era un cuchillo, cuyas hojas gemelas brillaban como espejos. Despedía una luz roja y amarilla y una luz azul imposible que iluminó la fábrica cuando lo sacó de entre los pliegues del abrigo.

Entonces se lo clavó a Galia en el estómago mientras le acariciaba la mejilla con la otra mano. La mujer abrió mucho los ojos, buscando la cara oculta de Zhukov. Tal vez en busca de respuestas, de una explicación.

Emily no creía que fuera a encontrarla.

Zhukov empujó el arma un poco más adentro y retorció las hojas, sujetando firmemente el cuchillo, que era lo único que mantenía en pie a Galia. Tosió una vez, dos veces. Escupía sangre que salpicaba el abrigo de Zhukov.

Entonces él soltó el filo de bronce. Galia cayó en el tanque con el arma todavía clavada. El denso líquido salpicó al recibir el cuerpo. Se oyó una tos viscosa, tentáculos melosos saltaron en el aire cuando el cuerpo de la Ballenera rompió la tensión superficial y se hundió por completo. A los pocos instantes no había ni rastro de ella.

Pero era diferente. Emily lo notaba. El calor se había intensificado y no tenía ni idea de cómo era posible que Zhukov, con semejante vestimenta, pudiera soportar las

altas temperaturas estando tan cerca del borde. La luz cambió, se hizo más brillante, pasó de naranja a amarilla. Emily volvió a mirar alrededor.

Al ser la luz más brillante, proyectaba sombras más alargadas y las figuras de los Balleneros que trabajaban en la planta de la fábrica parecían pálidas, temblorosas, un haz de luz azul que bailaba en el rabillo del ojo. Los Balleneros se miraban nerviosos los unos a los otros. El repentino fallecimiento de su antigua líder los había pillado por sorpresa.

Emily miró a Zhukov, al tanque al rojo, a la luz brillante… que desapareció.

Intentó de nuevo ponerse en pie pero era muy difícil hacerlo con las manos atadas a la espalda y tampoco tenía mucho sentido. Consiguió ponerse de rodillas. Se estiró todo lo que pudo. Alzó la barbilla hacia su captor, que estaba de espaldas y…

Se detuvo. Le vinieron mil cosas a la cabeza, mil cosas que podía decirle a Zhukov, mil variaciones de: «¿Qué quieres de mí?», «¿qué vas a hacer conmigo?», «¡déjame en libertad!».

Pero una pregunta hizo que olvidara las demás.

Levantó de nuevo la barbilla.

—¿Cómo crees que va a acabar esto, Zhukov?

Él apartó la vista del tanque y se volvió para mirar a Emily. Bajó del borde y caminó hacia ella. Sus lentes rojas le taladraban agujeros en la cabeza.

No vaciló pese a que se sentía débil. La bola de malestar, un vómito frío, ascendía por su garganta. Cogió aire con las aletas de la nariz muy abiertas. Los tendones se le marcaban en el cuello, como las cadenas que sostenían la estructura de hierro.

«Soy la hija de Corvo Attano y Jessamine Kaldwin», se dijo. «Soy la emperatriz de las Islas».

«Concéntrate. Concéntrate. Concéntrate».

Vio su reflejo en las lentes de Zhukov.

«Ahí».

Se concentró, no en él ni en sus ojos y su cara ocultos, sino en ella. Miró la imagen reflejada de la emperatriz Emily Kaldwin I, fuerte y desafiante.

Las náuseas desaparecieron, pero no el cansancio.

—Es una pregunta interesante —dijo finalmente Zhukov—. Una con muchas respuestas diferentes.

Emily meneó la cabeza.

—Soy la emperatriz de las Islas. Si algo me ocurriera, caerá sobre ti la venganza de mi imperio.

Zhukov se echó a reír, se dio media vuelta y volvió al tanque. Ella lo siguió con la mirada, entrecerrando los ojos.

—No os pasará nada, emperatriz —dijo Zhukov. Se calló y la miró sin darse la vuelta—. *Jamás* os pasará nada.

Bajo la luz parpadeante, hizo un gesto al grupo de cuatro Balleneros que había en el ala izquierda de la planta de la fábrica. El grupo tardó en moverse, quizá temieran

acercarse demasiado y correr la misma suerte que Galia, pero Zhukov repitió el gesto, indicándoles que se agruparan alrededor de un objeto largo y curvo envuelto en tela impermeabilizada que estaba en el suelo, junto a ellos.

Fuera lo que fuera, era enorme, pesado y extraño. Hicieron falta los cuatro para darle la vuelta y que quedase tumbado sobre el lado curvo. Luego, mientras dos de los hombres lo sostenían, los otros dos retiraron la tela.

Era un hueso. Un hueso gigantesco y curvo que pertenecía a la anatomía de una criatura que Emily no reconocía. ¿Qué sería? ¿Una costilla? La criatura tuvo que ser enorme, colosal… ¿Una ballena, quizá?

Teniendo en cuenta dónde estaban, sería lo lógico.

Estaba fascinada. Los cuatro hombres se las apañaron para llevar el descomunal arco de hueso al tanque. Con cuidado y en silencio, lo colocaron en el borde, equilibrando aquella cosa en un extremo y levantando el otro para que el hueso quedara en vertical.

Pero solo un momento. Luego el peso y la gravedad, con ayuda de los Balleneros, lo tiraron al tanque y se deslizó en el denso líquido con un sonido viscoso.

«Hazle hablar», pensó Emily. «Que te cuente cosas, algo importante. Algo que te ayude a detenerlo».

«Algo que te saque de aquí».

—¿Qué era eso? —preguntó Emily.

Los Balleneros se apartaron del calor. Zhukov volvió al borde y bajó la vista hacia el líquido. Desde donde estaba Emily no era más que una silueta recortada en la luz amarilla, blanca y azul que desprendía el tanque.

—El ingrediente final —dijo Zhukov—. El maxilar de un leviatán del abismo, de un gran observador, como los llaman. ¿Sabéis de esas criaturas, emperatriz? Viven lejos del mundo de los hombres, en los confines más remotos y oscuros. Allí tejen su propia magia, canalizan un poder que procede del interior de sus huesos. La corriente fluye a través de ellos como si fueran pilas humanas.

Se dio la vuelta y se bajó del borde.

—Es la última pieza que me faltaba, el último elemento de poder —continuó Zhukov—. He pasado un año buscando una cosa así. He viajado a Morley, a Serkonos… A todas las islas de vuestro preciado imperio y a las que están más allá.

Emily levantó una ceja.

—Sí, emperatriz —dijo Zhukov—. Llegué incluso a las costas de Pandyssia en mi búsqueda.

«Haz que siga hablando. Haz que siga hablando».

Emily se forzó a reír.

—No te creo —dijo—. Muy pocos han llegado a Pandyssia y menos han regresado.

Zhukov se encogió de hombros.

—Que me creáis o no es irrelevante. He hallado lo que buscaba. La información

no ha sido barata, ni fácil de encontrar, pero aquellos a quienes interrogué fueron útiles para otros fines incluso cuando no me decían lo que quería saber.

—¿Eso qué significa?

—Significa que corté su cuerpo y me llevé sus huesos. —Hizo una pausa antes de continuar—. Soy un hombre enfermo, emperatriz. Tengo poco tiempo y una necesidad imperiosa que alimentar.

—¿Para qué era el maxilar? —preguntó—. Qué lástima que hayas perdido ese cuchillo tan bonito. Era una antigüedad, ¿verdad? ¿Un recuerdo de tu patria?

—Por así decirlo —contestó Zhukov—. Por desgracia, era un sacrificio necesario. El artefacto era de otro tiempo y de otro lugar, de un mundo que existía antes que este y me conectaba con él. —Señaló el tanque—. Necesitaba desatar su poder y tirar de esa conexión para acercar aquel mundo a este.

Zhukov se volvió y dio una palmada.

Los cuatro Balleneros que habían transportado el maxilar hasta el tanque fueron al otro lado, a la pared donde se encontraban los mandos del sistema de poleas, el que sostenía la estructura metálica. Un Ballenero desató la cadena de la pared y quitó la cuña que impedía el movimiento de una rueda dentada mientras otro movía a mano el volante y comenzaba a girarla.

El sonido de metal contra metal y el traqueteo de las cadenas llenaron la fábrica cuando la estructura que colgaba encima del tanque empezó a ascender y a tirar de lo que hubiera en el tanque. El líquido denso, blanco y amarillo se pegaba al objeto como la miel y caía lentamente como fango pastoso.

Emily entornó los ojos e intentó imaginar qué era aquello. Era enorme y perfecto, una lámina plana resplandeciente, cristalina como una ventana, de seis metros de lado a lado y con las esquinas sujetas por pinzas negras de hierro. Tiraron del objeto más y más alto pero parecía no tener fin, como si el tanque fuera un abismo sin fondo, tan profundo como la guarida del leviatán. Lo bastante profundo para que cupiera en él un mundo entero.

Emily se quedó mirando el reflejo en su superficie perfecta. Vio la fábrica invertida, a Zhukov de pie a su lado, a ella sentada contra el otro tanque y con las manos atadas.

Era un espejo. Un espejo plano, liso, enorme y perfecto con la superficie reluciente pero en cierto modo oscura, negra, como si el reflejo tuviera una profundidad que se pudiera tocar con solo alargar la mano.

Zhukov asintió y se echó a reír.

—Miradlo bien, emperatriz. Mirad el mundo que es y el mundo que fue.

Emily frunció el ceño. La imagen en el espejo… ¿había parpadeado? ¿Se había movido un poco de izquierda a derecha? Un instante Zhukov estaba a su derecha y al siguiente a la izquierda.

—Se ha restablecido el equilibrio —dijo—. Y mía es la venganza.

27

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«Restringe la mirada errante, que observa aquí y allá en busca de algo brillante que deje fascinado a un hombre en un momento, pero traiga calamidad al siguiente. Pues los ojos jamás se cansan de ver, ni descubren fácilmente la ilusión. Un hombre cuya mirada ha sido corrompida es como un espejo deformado, que torna la belleza en fealdad y la fealdad en belleza. En vez de eso, fija tu mirada en lo que resulta edificante y puro, así podrás reconocer los monumentos blasfemos del Forastero».

—LA PRIMERA CENSURA
Pasaje de una obra que detalla una de las siete censuras

Emily se obligó a ponerse de pie. De repente, un Ballenero que no había visto la cogió del brazo y la arrastró al centro de la planta de la fábrica, y la obligaron a arrodillarse de nuevo.

Zhukov dijo algo que ella no oyó. No oía ni veía nada más que su reflejo en el espejo.

Volvió a parpadear y a cambiar. La fábrica seguía reflejada en su superficie pero estaba vacía. Ella no estaba, Zhukov y los Balleneros no estaban. La fábrica estaba a oscuras, muerta, las malas hierbas crecían en las grietas del suelo y la pared del fondo, la pared que tenía que estar detrás de Emily, tan firme como siempre, estaba en ruinas, como una boca con los dientes rotos que le sonreía a la ciudad.

Una ciudad en llamas.

Podía verlo todo porque el paisaje de la ciudad se prolongaba a lo lejos. La famosa torre del reloj no era más que una astilla rota y el río Wrenhaven era también un espejo que reflejaba la luz cálida del infierno.

Dunwall estaba en ruinas. Las casas y los edificios eran cascarones. Las paredes se derrumbaban ante los ojos de Emily, como si estuvieran hechas de arena mojada, y las nubes de humo ascendían perezosamente y se mezclaban con el humo negro y denso que nadaba como tinta en agua.

Y vio Dunwall Tower. Su hogar, la fortaleza imperial, un símbolo para la gente de Dunwall, de Gristol y para los ciudadanos del imperio.

Solo que Dunwall Tower era una pila mellada y abandonada, con las paredes agrietadas y medio derruidas. El fuego aún no la había alcanzado pero no tardaría en hacerlo. Las pocas personas que quedaban en palacio huían despavoridas.

Ratas.

Miles y miles de ratas. Corrían en enjambres y se movían en una única ola ondulante que caía en cascada por los escombros, las paredes rotas, las ventanas

muertas que parecían las cuencas vacías de una docena de calaveras en putrefacción.

La Plaga de las Ratas había destruido Dunwall. Había matado a todo el mundo y la ciudad estaba en llamas. Dunwall estaba muerta, era una nota al pie de página en los anales de la historia, una tragedia que doblaba como las campanas de muerto a través de los siglos.

—Equilibrio —dijo Zhukov. Emily se encogió al escuchar sus palabras y parpadeó. De repente la imagen del espejo cambió de nuevo y vio la fábrica tal y como estaba. Se vio a ella y a Zhukov y a los Balleneros y a…

No, no era ella. De algún modo, en medio de la fábrica, había un trono. Su trono. Con una mujer sentada en él, una emperatriz. Pero era mayor, con el cabello cano y salvaje, el rostro macilento, con profundas ojeras debajo de los ojos.

Emily la reconoció. No era un recuerdo, no era el pasado. Era el presente. Ahora. Un presente que nunca había pasado, que nunca podría haber pasado.

Porque aquella mujer en el trono había sido asesinada. Asesinada hacía casi quince años.

Jessamine Kaldwin I.

La madre de Emily, con los ojos muertos, sentada en un trono roto mientras la ciudad ardía.

Emily meneó la cabeza y cerró los ojos. Tras los párpados cerrados vio bailar y bailar las sombras del incendio. Con los ojos todavía cerrados, levantó la cabeza y gritó.

Gritó hasta que se destrozó la garganta y no le quedó ni una gota de aire en los pulmones. Luego cayó de lado y la mejilla chocó contra el suelo duro y húmedo de la fábrica.

«Bien. Mucho mejor». El suelo estaba frío y le dolía la mejilla. Se centró en el dolor. Se obligó a concentrarse. A concentrarse en lo que era real, en el aquí y en el ahora. No en los jueguecitos de Zhukov.

Se estaba riendo cuando Emily abrió los ojos. El espejo seguía allí. Solo mostraba la fábrica como era en realidad, comportándose como un espejo de verdad. Sin embargo, cuando Emily lo miró, vio ondas en la superficie, como cuando sopla la brisa sobre aguas profundas y en calma.

Se ayudó del hombro para levantarse. Le palpitaba la cabeza, aunque luego se le pasó. Miró a Zhukov, que estaba de pie a su lado.

—¿Qué eres? —Su voz era un susurro seco y quebrado.

—Mi nombre es Zhukov —dijo— y soy el héroe de Tyvia. Serví a mi país durante veinte años y le serví bien. —Levantó una mano, con la palma hacia arriba, en dirección al espejo. Cerró los dedos como si estuviera tirando de algo.

Tirando del pasado hacia el presente para que Emily lo viera.

Emily miró de nuevo en el espejo.

Y vio…

árboles, colinas, montañas, nieve. Tyvia, una tierra de belleza y abundancia, de ricas zonas costeras que rodean un corazón helado e inmisericorde.

Vio…

gente, campesinos en sus quehaceres. Y luego caballos, al galope, un hombre de negro al lomo repartiendo muerte con sus espadas, lanzando antorchas a los tejados de paja, arrollando a mujeres y niños bajo sus cascos en el lodo frío.

Vio…

un hombre de verde que apareció de la nada y saltó a un tejado en llamas. Se movía como el rayo, saltando al lomo del caballo a la espalda del bandido, cortándole el cuello antes de arrojar el cuerpo al suelo. Cabalgando ágil y rápido y blandiendo el cuchillo con la misma velocidad y destreza.

Uno contra muchos y ganó. Había salvado la aldea.

Vio…

un hombre de verde por un pasadizo iluminado con antorchas, cuyas llamas arrojaban una luz temblorosa que mostraba su rostro. Era un hombre joven y apuesto de ojos azules y brillantes como el hielo de su tierra natal, la barba negra y recortada en forma de punta afilada. No llevaba cuchillo sino una espada. Cruzó el pasadizo, entró en una cámara, un gran salón.

Había una larga mesa en la que estaba sentado un hombre uniformado rodeado de más hombres con el mismo uniforme. Los hombres reían. En la mesa había documentos. Tal vez un mapa o tal vez no.

No tenían ninguna oportunidad. El héroe de Tyvia se coló en el salón y deslizó su espada por el cuello del soldado que tenía más cerca. Antes de que los demás pudieran reaccionar, antes de que pudieran levantarse siquiera, sus cabezas rodaron por el suelo de madera.

Cuando el hombre de verde salió del salón solo dejó atrás muertos, y los documentos de encima de la mesa retorciéndose entre las llamas que pronto se propagarían a los cadáveres y a la estancia, las cortinas, las paredes.

Vio…

un edificio, enorme, como la abadía de Everyman, pero más ancho y chato, como una araña gorda aposentada en el centro de su tela. Una avenida, larga y estrecha conducía a la puerta. La avenida estaba cubierta de flores, millones de flores de todos los colores, y rodeada de gente que aplaudía y gritaba jubilosa. Detrás, hombres con uniformes negros y rojos observaban impasibles, buscando algo.

Estaban entre la multitud, estaban en los tejados, estaban por todas partes. En algún lugar, en la parte de atrás de una calle silenciosa, los hombres de uniforme sacaban a gente de entre el público, a los que no aplaudían ni gritaban jubilosos ni se comportaban como los demás, y les pegaban con largas porras antes de arrojarlos a carros con jaulas de hierro.

En los peldaños de la ciudadela una hilera de viejos de rostros duros e inexpresivos, con uniformes idénticos a los otros. Ante ellos, un hombre de verde con los ojos azules, la barba cuidada y una medalla con cinta roja en el pecho. Un detalle, un cuadrado de tela brillante, nada más. Saludaba a la multitud con los viejos a su lado, susurrando algo, diciéndole al hombre de verde que siguiera saludando con la mano, que no dejara de saludar, y que estaba haciendo un buen trabajo.

Emily pestañeó y la imagen parpadeó. Respiró hondo y alzó la vista hacia Zhukov.

Él dio un paso en dirección al espejo, con la mano todavía en alto, mirándose. Ella sabía que era el pasado. Había reconocido la ciudadela de Dabokva y a algunos de los hombres en las escaleras. Era el consejo local de gobierno. El país gozaba de cierto grado de autonomía al amparo del imperio de las Islas.

El apuesto hombre de verde era Zhukov, evidentemente; el lazo rojo, la recompensa por su valor y su heroísmo y su servicio al pueblo.

—¿Qué pasó? —susurró Emily, con la voz atrapada en la garganta reseca. Estaba a punto de repetir la pregunta, pensando que no la había oído, pero obtuvo respuesta.

—El mundo cambió, emperatriz. Se rompió el equilibrio y el mundo osciló.

La imagen en el espejo cambió de nuevo. Emily se sintió atraída hacia ella, se estremeció y sintió frío y náuseas en el calor de la fábrica. Las imágenes del espejo se movían e interpretaban una escena que ella había visto repetida en su mente cientos, miles, millones de veces.

Dunwall Tower. El cenador con vistas al puerto.

El día que Corvo regresó con malas noticias.

Emily notó que le costaba respirar. Vio a Corvo hablando con la emperatriz. Vio lágrimas en sus ojos.

Vio aparecer a los Balleneros, su líder, el asesino Daud con ellos. Vio los destellos de sus cuchillos. Vio luchar a Corvo y le vio perder.

Les vio matar a su madre.

Vio cómo se llevaban a Corvo a rastras tras dejarlo inconsciente de un golpe.

Emily cerró los ojos.

—No lo entiendo —dijo abriéndolos y obligándose a mirar a Zhukov, que contemplaba el espejo—. ¿Qué tiene eso que ver contigo y con Tyvia?

—Tiene mucho que ver con Tyvia —siseó Zhukov con rabia palpable. Emily se echó hacia atrás.

Él lanzó la mano hacia el espejo y tiró de nuevo, manipulando las cuerdas del tiempo para que mostraran otra cosa. La imagen cambió, de vuelta a la ciudadela. A las multitudes gritando jubilosas o siendo arrestadas. Al consejo que rendía honor a su héroe y…

No, era distinta. Al consejo le faltaban más de la mitad de miembros, entre ellos el viejo malhumorado de los susurros. Zhukov estaba allí pero no iba de verde, sino de negro y rojo. Era el uniforme de militar y solo el lazo rojo prendido en el pecho lo distinguía de los demás.

Tras él, escoltados por miembros de los Vigilantes Ciudadanos, de los Vigilantes Ciudadanos de Dunwall vestidos de uniforme de gala, estaba…

—No —suspiró Emily sin poder creérselo.

La emperatriz Jessamine, tal y como estaba el día de su muerte. Joven, energética, viva.

—Un nuevo amanecer para Tyvia —dijo Zhukov—. Así es como tendría que haber sucedido. Tyvia estaba dirigida por un consejo de crueldad que no gobernaba a la gente sino que la controlaba con un yugo de hierro alrededor del cuello —siseó Zhukov, y dio un paso más hacia el espejo.

»Era un crimen y fui testigo por lo que también me convertí en un criminal. Hice lo que pude. Trabajé en las sombras, ayudé a cuantos pude, pero los que gobernaban, los llamados Secretarios del Pueblo de Tyvia, tenían espías vigilándome. Enmascarados de negro, sin nombre. Operadores sin patria listos para actuar. Vinieron a por mí de noche pero no me llevaron a la muerte. Me llevaron a la ciudadela, a los jueces supremos, a los tres que mandaban. Me reclutaron. Dijeron que comprendían lo que estaba haciendo y que tenían un plan para cambiar Tyvia. Se

habían visto obligados a esperar hasta alcanzar su posición, hasta alcanzar el poder, antes de poder actuar. Me dijeron que llevaban toda su vida esperando, trabajando para traer el cambio, y que necesitaban mi ayuda. Que continuara mi trabajo, que luchara por la gente. Tyvia estaba asolada por bandidos, por revolucionarios inspirados por los príncipes exiliados que gastaban su tiempo y su dinero en las tabernas, intrigando y alentando la resistencia al movimiento que los había apartado del poder. La gente no lo entendía y los jueces supremos no podían explicárselo, aún no. La revolución corría peligro, los anarquistas eran el enemigo. Pero, ah, los jueces estaban de parte del pueblo. La revolución era necesaria, hacía falta un cambio. Los jueces supremos estaban de acuerdo con aquellas peligrosas ideas, incluso las apoyaban, pero estaban trabajando desde dentro. Mientras, necesitaban que yo mantuviera la paz, que detuviera a quienes conspiraban contra ellos. Nada podía hacer peligrar el gran plan. Y yo les creí. Me presentaron ante el pueblo como un héroe, el primero entre iguales, un solo hombre. Un hombre que podía mantener a la gente a salvo de noche. Me agasajaron. Me lisonjearon. Trabajé durante años para ellos. Años de mi vida que hasta mucho más tarde no me di cuenta de que los había malgastado. Me utilizaron. No fui un instrumento de la libertad sino de la opresión. El cambio que prometían no iba a llegar jamás, y yo servía de distracción. Era un símbolo para la gente, que les ayudaba a soñar con tiempos mejores que no iban a llegar mientras el puño de hierro de los jueces supremos los asfixiaba más y más.

Zhukov miró a Emily. La imagen en el espejo desapareció y la superficie se onduló para reflejar el mundo real del presente.

»Agentes de Dunwall se pusieron en contacto conmigo —dijo—. Servían al jefe real de espionaje. Dunwall, me dijeron, había visto lo que estaba ocurriendo en Tyvia y quería cambios, cambios reales, no las falsas promesas y las farsas de los jueces supremos. Me veían como el instrumento del cambio. Yo estaba dentro. Tenía acceso, conocimientos. Iba a ser su topo, a sumergirme en sus secretos y reunir información que luego transmitía a Gristol. Entonces me di cuenta de las posibilidades. Dunwall planeaba algo, no una guerra sino algo mucho más insidioso. Una toma de poder lenta para recuperar aquella parte del imperio que se escapaba de su control.

Zhukov cerró el puño y se golpeó el pecho.

»Y ¡yo era la clave! Sin mí no podían hacer nada. ¡Nada! Yo era el eje sobre el que oscilaba el equilibrio del mundo. Nadie sería tan importante como yo, nadie más merecedor de arrebatarle Tyvia a aquellos que la habían traicionado. El fin de los secretarios y los jueces supremos. Yo sería el líder del pueblo, como era mi derecho. Había luchado por ellos. Tyvia era mía y, con ayuda de la emperatriz Jessamine, me haría con el país. Mi país. —El puño apretado de Zhukov temblaba.

Emily tragó una bola caliente de nada. Asintió, se había dado cuenta de lo que había pasado.

—Lo que no sabías —dijo en voz baja— era que había quien conspiraba contra la vida de mi madre para hacerse ellos con el poder.

—Sí —dijo Zhukov—. El asesinato de la emperatriz Jessamine lo cambió todo. Sin ella, el jefe real de espionaje se autoproclamó lord regente y perdió todo interés en la revolución. Tal vez por arrogancia creyó que todo el imperio era suyo, ignorante del estado de las cosas en Tyvia.

Emily asintió.

—Te vendieron a los jueces supremos a cambio de estrechar lazos diplomáticos.

Zhukov inclinó la cabeza.

—Me concedieron el regalo final del pueblo de Tyvia: ¡la libertad! —Zhukov ladró una risa seca y solitaria—. ¡Me dejaron libre! Libre de responsabilidades. Libre de deberes. Libre de la libertad. ¡Libre de la libertad! Me enviaron a Utyrka, a las minas de sal.

La risa de Zhukov se calmó.

—Pero no esperaban que regresara.

—Ahora sé que mientes.

—¿Qué? —Zhukov rodeó a Emily. Se irguió sobre ella y de pronto sintió la ola palpitante de náusea y de mareo. Tragó el sabor metálico y se obligó a no mirarlo a los ojos. La sensación se debilitó pero no desapareció del todo.

—Nadie escapa de las prisiones de Tyvia —susurró Emily—. Eso lo sabe todo el mundo.

—Cierto, emperatriz, pero sé que no miento.

Ella parpadeó para secar las lágrimas que le ardían en los ojos y se obligó a alzar la vista hacia el hombre, a concentrarse otra vez en su reflejo en las lentes rojas. Era un truco que le había funcionado antes y que le funcionó ahora.

—¿Cómo lograste escapar?

Zhukov se agachó y se puso de rodillas delante de ella. Emily no apartó la mirada del reflejo pero al tenerlo tan cerca notó el calor que irradiaba. No parecía calor que hubiera absorbido del tanque, pues Zhukov llevaba un buen rato lejos de él. No, era como si él irradiara calor por entre los pliegues de la bufanda y del abrigo.

—Tuve una visión —dijo Zhukov—. Vino a mí en la mina de sal. Una visión de fuego, de un gran incendio. En las profundidades, bajo el glaciar, donde cavábamos la tierra congelada, encontré un artefacto: el cuchillo. Una reliquia de otro tiempo, llena de poder y de secretos. En cuanto lo cogí oí una canción. Me susurraba sus secretos y allí, en la oscuridad, abrí los ojos. Me enseñó la luz, brillante a través de los tiempos.

Zhukov levantó las manos y flexionó los dedos. Como si todavía tuviera el cuchillo, lo hundió y lo retorció. El arma ahora formaba parte del líquido fundido en el tanque.

—La hoja me explicó cómo tallar huesos, símbolos de su poder. Movía mis manos, movía mi mente, para que tallara talismanes que desataban el poder del Vacío. Al principio fue demasiado poder. Me perdía en él, nadaba en él. Incluso intenté tallarme a mí mismo. Corté mi cuerpo y cuando me desperté todo lo que había hecho era grabar un símbolo en el dorso de mi mano, una burda imagen de la marca del

Forastero, un eco de la canción del cuchillo, la canción que había oído en la oscuridad gélida de Utyrka, de un chico que perdió la vida a cuchillo hacía un milenio. Después de aquello empuñé la hoja contra otros y tallaba talismanes con sus huesos. Logré escapar con esos amuletos. Liberaban un poder que ya estaba en mí, el reflejo de mi voluntad. Con ese poder, todos los espejos, todos los reflejos, se convirtieron en un pasillo por el que podía viajar.

—Y ¿eso te permitió escapar? —dijo ella.

—El campo de Utyrka estaba rodeado por el famoso glacial de hielo azul, el corazón de Tyvia. El hielo era capaz de producir muchos reflejos. —Zhukov se encogió de hombros. Emily casi se lo podía imaginar frunciendo el ceño bajo la bufanda.

Si pudiera verle la cara, verlo como era ahora. Porque estaba segura de una cosa: el monstruo que se ocultaba tras el abrigo de invierno, el sombrero, la bufanda y las lentes no era el héroe de Tyvia, apuesto y osado, que había visto en el espejo.

—Muéstrame tu rostro —dijo Emily.

Zhukov se echó a reír y se puso de pie.

—No creo que os gustase. —Se alejó con las manos en alto, girándolas—. Transversar a través del hielo tuvo ciertos… efectos. —Se volvió y levantó una mano. Emily pensó que iba a ceder, a quitarse al menos la bufanda, pero usó la mano para señalarla a ella.

—Decidme qué habéis visto.

—¿Qué?

Señaló el espejo.

—Ahí. Decidme qué habéis visto.

—Ah… He visto Tyvia. El trabajo que hiciste allí.

—¡No! ¡Antes! ¿Qué es lo primero que habéis visto?

Emily frunció el ceño. ¿Él no lo había visto? La ciudad en llamas y en ruinas. La emperatriz Jessamine, viva pero envejecida, sola en un trono roto.

Las ratas. Las camadas de ratas y sus gritos.

«Que siga hablando. Haz que siga hablando».

—No entiendo a qué te refieres —contestó.

Zhukov dio un grito de exasperación. Era la primera vez que Emily le veía perder los nervios. Se acercó a ella. Notó que le clavaba los ojos rojos y la fábrica se tornó borrosa por los bordes, y se sintió muy desorientada.

De repente nada.

—No juguéis conmigo, mocosa —dijo Zhukov—. Llevo talismanes que me conceden muchos poderes distintos y puedo causaros mucho más daño que una simple oleada de desorientación. —Volvió a señalar el espejo—. El espejo muestra el pasado, el presente y el futuro. Futuros posibles en función de cómo se barajen las cartas del mundo, de cómo se vuelva a jugar la mano. Así que decidme qué habéis visto.

Emily frunció el ceño y arrugó la frente, concentrándose, atando los últimos cabos.

La visión de la ciudad, de su madre viva pero condenada a un reinado de tormento, era el futuro. Un futuro que habría podido ser.

Como las visiones de Emily en el trono, riéndose mientras Corvo asesinaba a la aristocracia del país para divertirla.

Futuros posibles, futuros que podrían haber existido si el plan de Zhukov hubiera tenido éxito quince años atrás. Si hubiera tomado el control de Tyvia y hubiera cambiado un puño de hierro por otro.

Un futuro que habría existido si la madre de Emily no hubiera sido asesinada.

—Pues…

Emily vaciló. ¿Qué quería Zhukov?

«¿Qué fin tiene todo esto?».

—¡Decídmelo, Emily! —bramó Zhukov—. ¿Tengo éxito?

Emily cerró los ojos con fuerza.

—¡No lo entiendo!

—¡El espejo! —dijo Zhukov. Con una mano la levantó y la hizo ponerse en pie. Luego le cogió las mejillas y le obligó a girar la cabeza para mirar el espejo. Con la otra señaló—. El pasado, el presente y el futuro están aquí, en esta fábrica. Lo único que necesito es encontrar el momento oportuno y saltar. —Soltó a Emily, que cayó al suelo—. ¡Decidme cuál es ese momento y podré salvar a vuestra madre! ¡Puedo salvarla para que la historia transcurra como estaba previsto!

Emily palideció. «Claro». Podía viajar a través de los espejos, de los reflejos. Eso había dicho, que para él eran un pasillo. Y aquel espejo, aquel espejo mágico imposible era…

Una puerta.

Una puerta al pasado. Al día, quince años atrás, en que Corvo regresó portando malas noticias. Al día en que el mundo de Emily se desmoronó.

El día que asesinaron a su madre.

Y…

Él podía impedirlo. Zhukov podía hacerlo. Podía saltar en el espejo y viajar al pasado. Podía ayudar a Corvo a luchar contra Daud. Podía evitar el asesinato.

Salvar a su madre.

Y…

Y condenar al mundo a un futuro de muerte y desolación, a un futuro en el que Dunwall caía, en el que su madre gobernaba un imperio lúgubre y su hija era una maníaca peligrosa ayudada por el homicida de su padre.

Emily meneó la cabeza.

—No.

Zhukov retrocedió, como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Qué?

—No te lo permitiré.

—Escuchadme, emperatriz —susurró—. Os estoy ofreciendo el mundo. Os ofrezco la oportunidad de corregir lo que está mal. De volver a equilibrarlo. Puedo salvar a vuestra madre.

Emily asintió.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué…?

Emily sonrió con tristeza.

—Si vuelves al pasado y salvas a mi madre, te salvarás. Tomarás el control de Tyvia. Tendrás el poder que anhelas.

—Y vuestra madre seguirá viva, aquí, ahora.

Emily meneó la cabeza.

—En un mundo que se desmorona —dijo—. Emperatriz de un imperio de enfermedad y fuego. Gobernarás Tyvia pero por poco tiempo. La Plaga de las Ratas se propagará y matará a todo el mundo. Dunwall solo será la primera ciudad en caer.

—Mentís.

—Me has pedido que te contara lo que he visto.

—Mentís.

Emily no dijo nada.

Zhukov dio media vuelta y volvió junto al espejo.

—No tiene importancia. Es una de muchas posibilidades. Vuestra presencia era un beneficio añadido pero no es esencial. Puedo encontrar otro momento. Mi plan tendrá éxito y destriparé a los jueces supremos igual que se destripa a los cerdos.

Emily se desplomó, abatida. Se quedó mirando el suelo. Intentó librarse de sus ataduras pero estaban muy apretadas. Las tiras de cuero se le clavaban en las muñecas.

Se sentía desvalida. Estaba desvalida y sola.

Zhukov se colocó delante del espejo. La superficie refulgió como el agua y cambió mientras él buscaba el momento perfecto.

Emily levantó la cabeza.

Por el rabillo del ojo vio que algo se movía.

Oyó un ruido en las escaleras metálicas. Zhukov, distraído, se volvió a mirar.

Entonces Emily sintió un aliento en el oído.

—Estoy aquí —susurró una voz.

28

EN ALGÚN LUGAR CERCA DEL MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

(… un poco antes).

«Todo conflicto se compone de argucias y mentiras, ya que para derrotar al enemigo primero hay que engañarlo, hacerle creer que estás lejos cuando en realidad estás cerca, hacerle creer que duermes cuando estás despierto, hacerle creer que estás quieto cuando te estás moviendo. La mejor aliada del engaño es la oscuridad, pues solo en la oscuridad podemos ver el camino con claridad».

—UNA MANERA MEJOR DE MORIR
Pasaje superviviente del tratado de un asesino,
autor desconocido

Corvo había tardado más en llegar al antiguo matadero de ballenas de lo que le hubiese gustado, pero la mansión Boyle estaba a una distancia considerable y él iba a pie. En ruta, había usado el Guiño de tejado a alféizar, de repisa a azotea, pero ya se había bebido uno de sus viales de solución Addermire y, al no saber con qué iba a encontrarse en la fábrica, prefería guardarse dos de reserva.

Porque iba a necesitar de todas sus fuerzas, de todo su poder. Corvo se olvidó del plan de Zhukov, se olvidó de lo que estaba haciendo en la fábrica, cuando dobló una esquina y llegó junto al río y vio la fábrica en la orilla opuesta. Solo pensaba en una cosa. Solo tenía una misión.

Rescatar a Emily.

Pero, a medida que se acercaba, tras usar el Guiño para cruzar del embarcadero norte al sur a través del casco de un antiguo carguero anclado entre ambos, vio que Zhukov no quería correr riesgos. Quizá solo quedaran un puñado de Balleneros, pero había colocado al menos tres en el exterior de la fábrica, vigilando las vías de acceso. Corvo sabía que habría más al otro lado del edificio y a saber cuántos en el interior.

Iba a tener que moverse con astucia, con sigilo.

Se colgó del enrejado de hierro oxidado de debajo del malecón de la fábrica y un par de botas hicieron crujir los tablones encima de su cabeza. Vio pasar al Ballenero, que no se había percatado de su presencia. Cogió impulso, subió al embarcadero y echó a correr, medio agachado, hacia la espalda del criminal.

El hombre ni se dio cuenta. Corvo le pasó el brazo por el cuello y mantuvo la presión hasta que el hombre dejó de resistirse. Se lo echó al hombro, bajó junto al río y dejó el cuerpo donde nadie pudiera verlo.

«Uno menos. Quedan dos».

La fábrica tenía unas puertas gigantescas, parecidas a las de un hangar, por donde entraban los buques balleneros con las ballenas en alto, directas a la fábrica. Había dos Balleneros vigilándolas, escudriñando la noche en dirección al río.

Corvo se escondió detrás del entramado del malecón. No había forma de entrar. Tendría que subir por la escalera de incendios que había en un lateral de la fábrica.

Miró los peldaños de hierro. Lo más fácil era usar el Guiño, y tenía tiempo suficiente para que se regenerase el poder de la marca del Forastero, para atraer la fuerza eléctrica y oscura del Vacío, antes de entrar en la fábrica. Así se ahorraría un vial de solución Addermire.

Buscó un punto de aterrizaje, estiró el brazo pero volvió a agacharlo y a esconderse. La marca del Forastero le ardía en la mano en señal de protesta.

Había un Ballenero en la escalera de incendios.

Corvo contó el tiempo, los preciados segundos se evaporaban para siempre y el Ballenero no se movía, estaba disfrutando de las vistas. Emily estaba dentro, con Zhukov y con Galia, y se le acababa el tiempo.

Tenía que entrar.

El Ballenero se movió. Corvo se preparó y… maldijo en silencio cuando el hombre, en vez de seguir andando, se apoyó en la barandilla y se puso cómodo.

No había nada que hacer ni tiempo para probar otra cosa. Desenvainó su espada, eligió un punto y recorrió la distancia imposible. Se materializó en el borde de la plataforma de la escalera de incendios, en la parte exterior de la barandilla.

El Ballenero se sobresaltó y se echó hacia atrás ante la repentina aparición pero, antes de que pudiera dar la alarma, Corvo le hundió la cuchilla en el cuello. El hombre gorjeó, buscando su arma, con la cabeza echada hacia atrás mientras un torrente de sangre manaba a chorro por la herida arterial. Corvo apretó los dientes y retorció la hoja. La cabeza del Ballenero cayó hacia delante cuando la vida abandonó su cuerpo.

Plegó su arma, saltó la barandilla y arrastró el cadáver a las sombras, donde no pudieran verlo desde el suelo. Miró hacia abajo y vio que estaba en el sitio perfecto para acabar con los dos guardas de la puerta principal. Podía hacerlo desde allí. Estarían muertos antes de darse cuenta siquiera de que había un intruso.

A pesar de su profesión, le dolía que se perdieran vidas y deseó tener tiempo para librarse de ellos sin necesidad de matarlos. Pero la vida de la emperatriz corría peligro y el protector real tenía que cumplir con su cometido.

Corvo caminó de puntillas por la alta plataforma que rodeaba la fábrica y eligió su punto de destino. Usó el Guiño y se materializó en el suelo, frente a las puertas de hangar pero detrás de los guardas. Se colocó detrás del primero y lo mató sin hacer ruido. Su hoja le cortó el cuello casi hasta el hueso. Dejó caer el cuerpo, giró sobre los talones antes de que el otro Ballenero terminara de darse la vuelta para ver si había alguien ahí y le clavó la espada en la máscara de Ballenero, atravesando el

caucho como si fuera mantequilla. El hombre se estremeció con los brazos extendidos como si hubiera tocado los terminales de un tanque de aceite de ballena. De pronto se quedó inmóvil.

Corvo sacó la espada y corrió al portal oxidado en el lado izquierdo de las puertas de hangar. Miró por una grieta en el metal viejo y vio que el camino estaba despejado.

Abrió la puerta y entró al matadero.

Vio a Emily. Vio a Zhukov. Ni rastro de Galia. Una cosa muy grande y rectangular pendía de una estructura de metal sobre el tanque de líquido caliente, pero no tenía tiempo para eso.

Su prioridad era llegar a Emily.

Las luces estaban apagadas y, pese a que la luz que emitía el tanque principal iluminaba de sobras, la luz procedía de un único punto central y proyectaba sombras muy alargadas. La periferia de la fábrica estaba en la más profunda y negra oscuridad. Gracias a la plétora de maquinaria industrial, palés, depósitos y tanques esparcidos por todas partes, había muchos sitios donde esconderse.

Se agachó y corrió al borde de un cilindro oxidado y se sentó en un carro parecido a una vagoneta. Miró alrededor y vio que tenía un Ballenero delante, con la máscara hacia la luz.

Hizo un Guiño, cogió al Ballenero del cuello por detrás y lo neutralizó. Escondió el cuerpo detrás de una de las vagonetas.

«Uno menos».

Echó otro vistazo. Una pareja de Balleneros en las escaleras que llevaban a las oficinas de arriba. Se ponía difícil. No había donde esconderse detrás de ellos y si usaba el Guiño quedaría expuesto y Zhukov podría verle con facilidad.

Tendría que dejarlos para más tarde.

Corvo volvió sobre sus pasos, se apartó de la vagoneta y fue hacia una pila de palés y de ahí a una pared baja formada por una estantería de herramientas móvil que contenía arpones, ganchos y cuchillos atados a palos de tres metros de largo. Todas eran herramientas necesarias para cortar los tejidos de una ballena viva suspendida en el aire e indefensa.

Había un Ballenero cerca del armario y tras él la sombra justa para que Corvo se acercara sigilosamente, le cortara el suministro de oxígeno y lo dejara inconsciente detrás de la estantería móvil.

«Dos menos».

Corvo levantó la vista. No veía ningún Ballenero en las galerías ni en las plataformas de hierro. Si los había, estarían escondidos en las sombras pero no había razón para ello. Para estar seguro, escogió un punto en la galería opuesta a su actual escondite, guiñó y rodó en las sombras en lo alto de la fábrica.

Le pesaban las extremidades de gastar energía pero no tenía tiempo para esperar a

recuperarla de manera natural. Metió la mano en la túnica y se bebió el segundo vial de tónico. Solo le quedaba uno.

Abajo, Zhukov estaba diciendo algo, hablando con Emily, pero a Corvo no le llegaban las palabras, solo el zumbido constante del tanque. Miró a la izquierda y…

«Ahí».

Un Ballenero en la plataforma junto a las oficinas. Corvo corrió por la galería todo lo rápido que pudo, hizo un Guiño a la plataforma encima del Ballenero y se tiró encima del hombre. Lo derribó sin hacer ruido.

Tenía buenas vistas de la fábrica. Miró alrededor. Todavía ni rastro de Galia. Era un problema, pero eligió no pensar en ello. No veía más Balleneros salvo por los dos que tenía delante en la planta de abajo, al pie de las escaleras.

Más suerte. Los dos centinelas estaban de cara a Zhukov, que seguía de pie junto al tanque. Emily estaba al otro lado, en el suelo de la fábrica, de rodillas delante de un tanque fuera de uso. Zhukov se acercó a ella. A los pocos segundos estaba de espaldas a los Balleneros, que observaban a su amo tras las máscaras de cuero y caucho.

Corvo usó el Guiño.

Cogió a los Balleneros de la cabeza y golpeó una contra la otra. Se los puso debajo del brazo y los arrastró hacia atrás. Luego los dejó al pie de la escalera. Había sido un ataque raro, lejos de ser ideal. Tampoco había sido silencioso… Pero el ruido había servido de distracción.

Zhukov volvió la cabeza hacia él pero Corvo guiñó y reapareció detrás de Emily; le cortó las ataduras sin perder un segundo.

—Estoy aquí —le susurró al oído.

Zhukov se dio la vuelta y Emily y Corvo se levantaron a la vez. Corvo sacó un cuchillo de su cinto y se lo dio a Emily. Su espada plegable en alto. Emily bajó la cabeza y entornó los ojos. Una de las comisuras de sus labios tembló cuando sintió el peso de su nueva arma.

Y entonces la emperatriz y el protector real, padre e hija, cargaron contra el enemigo.

29

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«Según los datos que tenemos, el objeto poseía algún poder ocultista, aunque a un precio, ya que el portador sufrió efectos no deseados. Lo que desconocemos en este momento es si el individuo o la secta responsable de la creación del talismán de hueso corrompido lo hizo así a propósito o si fue a causa de una falta de habilidad».

—AVISO SOBRE LOS TALISMANES CORROMPIDOS
Pasaje del informe de un decano sobre artefactos ocultistas
en el mercado negro

Zhukov retrocedió y levantó los brazos hacia la pareja que se acercaba. Emily estaba lista para luchar: por su vida, por su ciudad, por Gristol y por el imperio.

Por su madre, una madre a la que no podía salvar. La historia había seguido su curso.

A su lado, su padre se movía con fluida facilidad. Habían entrenado para esto. Él era un maestro de las armas, su campeón, su protector. Ella confiaba en él hasta el fin y más allá.

Corvo cayó primero.

Emily lo vio caer por el rabillo del ojo y se volvió hacia él. De repente el mundo se movía a cámara lenta, el suelo de la fábrica se encorvaba y se inclinaba como un buque ballenero en alta mar. Corvo se trastabilló y cayó de rodillas. Luego se puso de lado y con la mano que sostenía la espalda plegable evitó caer al suelo. Se quedó así y no se movió.

Fue entonces cuando Emily se dio cuenta de que ella tampoco se movía. Estaba de pie, o intentando levantarse. Miró alrededor pero era como si tuviera la cabeza petrificada y, cuando consiguió moverla, fue como ver el mundo moviéndose a cámara lenta, y el efecto era enfermizo. Como si la fábrica y los cimientos se deslizaran hacia el río y el alto edificio se inclinara y empezara a hundirse y a hundirse y a hundirse y…

Emily cayó al suelo de rodillas. El dolor fue agudo y exquisito, una explosión eléctrica que le aclaró la mente por un instante y borró la niebla y el mareo. Respiró hondo y oyó reírse a Zhukov.

Caminaba hacia atrás, hacia el espejo, todavía con los brazos en alto. A su lado, Corvo sucumbió. Soltó la espada y dejó que su cuerpo cayera al suelo de lado.

El aura de Zhukov.

Los talismanes.

Era imposible acercarse a él y mucho menos atacarle. No podían hacer nada.

Emily se levantó y fue hacia Corvo tambaleándose. Cayó de rodillas. Intentó cogerlo sin perder de vista al enemigo. Estaba en el tanque, de espaldas al espejo. Ella lo vio, vio el reflejo de su espalda.

Vio el humo ascendiente.

No procedía del tanque sino de Zhukov, y no era porque estuviera demasiado cerca del tanque. No. El humo salía de él… o, más concretamente, de dentro del abrigo. Se escapaba por la doble botonadura, ascendía en dedos cautelosos de debajo de las solapas y el cuello y se filtraba por la bufanda y envolvía sus ojos ocultos por las lentes.

A Emily se le revolvió el estómago y el mundo empezó a dar vueltas. Se desplomó sobre Corvo. La oscuridad detrás de sus ojos daba vueltas, vueltas y vueltas mientras Zhukov canalizaba su aura y avivaba la energía desorientadora hasta que los inundó. Se oyó un crujido y, entre las vueltas, Emily vio una llama lamiendo el delantero del abrigo de Zhukov, como si el usar su poder le hiciera entrar en combustión.

Eso significaba que el ataque no podía durar eternamente. La cuestión era: ¿cuánto podía aguantar así? Emily apenas podía pensar. Su cuerpo parecía una cosa lejana y distante, un recuerdo. La fábrica, un sueño.

No podía hacerlo. Era demasiado. Quería morir y la conciencia empezó a perder contacto con la realidad.

Entonces la vio: la espada de su padre. Todavía la tenía en la mano. El brazo de la espada estaba atrapado bajo su cuerpo.

Pero la espada no.

Y estaba a su alcance.

Emily hinchó los pulmones para coger aire, aunque era muy difícil, y estiró el brazo. La espada estaba o muy cerca o a millones de kilómetros de distancia, no sabría decirlo. El matadero se ondulaba, cambiaba y se contraía. Su visión periférica estaba invadida por estrellas azules resplandecientes y en los oídos le rugía un bosque en llamas, un infierno depurador de más allá del tiempo.

Sus dedos tocaron algo.

Metal, frío, afilado. Sus dedos bailaron alrededor de la parte de arriba y el pulgar se ancló por debajo. Cerró la mano y la deslizó tres centímetros. Notó el líquido caliente y un goteo.

De pronto, el dolor. Le ardía la mano y le encendió todo el cuerpo como los fuegos artificiales del mes de la tierra. Con un grito quedo, soltó la espada de Corvo y se sujetó la mano herida, sin ganas o sin fuerzas para mover los dedos congelados.

Cerró la mandíbula y se obligó a cerrar el puño. Sintió la sangre brotar de la herida, un chapoteo. La agonía ascendía en arco por su sistema nervioso como flechas irregulares y zigzagueantes.

El acero de Corvo estaba afilado. Era un corte profundo, como ella quería. Porque había una cosa más poderosa que el aura de confusión de Zhukov, una cosa capaz de

atravesar la desorientación, la náusea. Una cosa que la superaba… Primaria, antigua y simple.

«El dolor».

Se levantó, la cabeza clara, la mano palpitando con cada latido de su corazón. Hizo caso omiso a los dos. Tenía que hacerlo y su cuerpo obedeció. La adrenalina corría por sus venas. Se sentía despierta, alerta, rápida, ágil y preparada, como si la hubieran metido en una bañera de agua helada. Le dolía todo pero era un dolor limpio y agudo como un alfiler.

Zhukov bajó los brazos, vacilante. Quizá había visto que algo fallaba. En el suelo, Corvo gruñó y se dio la vuelta. Zhukov se había desconcentrado y el poder que canalizaba había perdido fuerza.

Emily se agachó y buscó debajo de Corvo para tirar de la espada, que tenía la hoja manchada con su sangre. Giró sobre sus talones y se lanzó adelante con el arma en ristre. Zhukov imitó su movimiento, se echó atrás pero no lo suficiente. La punta del acero de Corvo descosió la parte delantera de su abrigo. Los botones saltaron y las solapas se separaron.

Al ver a su oponente inestable, la emperatriz cargó de nuevo y atacó desde otra dirección. Un tajo y el abrigo se abrió. Las mitades andrajosas de pesada lana se quedaron colgando por el peso de los pequeños objetos que parecían estar cosidos al forro.

Eran circulares, bastas, como molinetes hechos de hueso e hilo de cobre, y resplandecían en rojo y naranja, como teas ardiendo. Una cortina de humo, atrapada bajo el abrigo, ascendió hacia el techo de la fábrica.

Emily se enderezó. Atacó a la izquierda pero Zhukov era rápido y se zafó una y dos veces. Sabía mantenerse fuera del alcance de la espada. No iba armado, pero la joven vio que mientras se movía dibujaba sigilos en el aire con las manos.

Le golpeó la náusea.

Tambaleante, casi se dobló por la mitad con los oídos llenos de carcajadas, de su risa. La risa de una Emily que nunca fue pero que podría haber sido. Escuchó el sonido de la espalda al cortar músculo, el gorjeo húmedo de otra garganta degollada para su divertimiento por el asesino de su padre, el verdugo real.

Apretó la mano herida y se le despejó la cabeza, aunque todavía le ardía la garganta en carne viva. Atacó con la espada pero fue raro, poco certero. Zhukov la esquivó quitando su cuerpo de en medio, permitiendo que el filo penetrara la solapa de su abrigo.

Se retorció, tiró y atrapó el acero en la gruesa tela. Emily sintió que tiraban de ella hacia delante. Su espada estaba atrapada. Zhukov se revolvió de nuevo y le torció el brazo de la espada; Emily tuvo que seguir el movimiento para que no se lo rompiera.

Ella también se retorció con un grito y cayó de rodillas mientras Zhukov se acercaba. Sentía el calor de los talismanes de hueso corrompidos y refulgentes. Olía a algo. Algo viejo y polvoriento, una mezcla de verduras podridas y carne chamuscada.

Soltó la espada pero no podía liberar la mano envuelta en el abrigo. Tiró de ella y luego cogió a Zhukov con la mano herida. La espada cayó al suelo de la fábrica.

Agarrándose a la tela del abrigo, Emily se levantó. Zhukov era fuerte y de mayor envergadura pero ella no era ninguna debilucha. Había aprendido del mejor durante casi toda su vida. Sabía cómo usar la fuerza y el tamaño de un adversario en su contra.

Pero Zhukov también era un luchador y aunque Emily era capaz de resistir el aura de desorientación gracias a la herida de la mano, al final era eso, una herida. Un corte malo que le quitaba velocidad. El dolor le despejaba la cabeza pero le distraía la mente. La mano le escocía y carecía de fuerza y de destreza.

El combate se convirtió en un suplicio. Forcejearon junto al tanque, los amuletos al rojo resquebrajándose en el abrigo abierto de Zhukov. Debajo vio que llevaba cuero andrajoso y verde, gastado y sucio, manchado de sal durante los años que el héroe de Tyvia pasó trabajando en la mina.

Empujó a Zhukov hacia el tanque y él gruñó cuando la parte de atrás de las piernas chocaron contra el borde. Emily lo empujó otra vez pero se dio cuenta demasiado tarde de que el hombre tenía una ventaja. Se inclinó y, usando el tanque para impulsarse, embistió hacia delante y se quitó a la emperatriz de encima. Ella se cayó, perdió el equilibrio y buscó algo a lo que asirse, cualquier cosa que pudiera usar de apoyo.

Sus dedos desaparecieron en algo suave y caliente, había hundido la mano en los mechones de una cosa peluda.

Cayó en el suelo de la fábrica con la rabadilla; el dolor le ascendió por la espina dorsal y descendió por los hombros. Meneó la cabeza y entonces vio la bufanda que tenía en las manos. A su lado, el sombrero de ala ancha del viajero dibujó un círculo cerrado al girar sobre su copa.

Zhukov rugió y se abalanzó sobre ella, con los brazos extendidos y la mandíbula mucho más abierta de lo que era posible para cualquier ser que no fuera un cadáver. Emily gritó de sorpresa y de horror al ver la piel negra y cuarteada, los labios arrugados y negros y los dientes negros en el interior de la boca abierta y torcida. Tenía la cabeza calva, cubierta de piel fina, tensa, oscura y llena de costras. Solo quedaban las lentes, dos grandes círculos rojos, las gruesas tiras de cuero que las mantenían en su sitio le rodeaban la cabeza y pasaban por orejas que ya no estaban allí.

El cadáver viviente que fue el héroe de Tyvia le gritó. Era un sonido animal, un aullido gutural. Se inclinó encima de ella, en busca de su cuello; las solapas abiertas de su abrigo chasqueaban contra todo.

Con la mano herida, cogió el primer talismán con el que dio. El objeto siseó al entrar en contacto con la sangre, y Emily tiró de él con un grito. Saltaron los puntos que lo sujetaban en su sitio y se enfrió al instante, hecho un trozo de carbón en su mano.

Zhukov vaciló. Sus fauces ennegrecidas se retorcían confusas. Las manos que iban a por el pescuezo de Emily ya no estaban tan cerca como antes. Luego rugió y cerró los puños.

El mareo golpeó a Emily como un carro sin frenos, como si le hubieran dado un martillazo en la sien. Todo daba vueltas, de trescientos sesenta grados, y sintió que caía y que caía… Era una caída muy larga.

Parpadeó y levantó la vista mientras le rugía la cabeza. Vio a Zhukov, a muchos Zhukov. La imagen se duplicaba, se triplicaba, se multiplicaba diez veces y daba vueltas y vueltas como si estuviera mirando a través de un caleidoscopio. Era el aura de desorientación a toda potencia. Los talismanes bailaban con pequeñas llamas azules. De su abrigo salía humo.

Entrecerrando los ojos, obligó al mundo a enderezarse. Sintió que golpeaba algo blando, mullido y envolvente. Notó calor y los talismanes parecían piedras hirviendo contra su cara. Luego cayó boca abajo y rodó por el suelo de piedra. Solo se detuvo cuando chocó contra la pared de la fábrica.

La mano herida le ardía con más intensidad. Hizo una mueca de dolor y cerró el puño casi de manera involuntaria alrededor del objeto que había en la palma de su mano. Se había enfriado y cuarteado. Se hizo pedazos bajo la presión. Era ligero y frágil como la madera muerta y reseca.

Emily rodó para darse la vuelta y vio que alguien se levantaba del suelo, relajaba los hombros, crujía el cuello, se agachaba y recogía la espada plegable; se ajustó la empuñadura en la mano y alzó el cuchillo. La hoja plegable emergió de la empuñadura y apuntó a Zhukov.

Era Corvo Attano. Era el protector real.

Era el padre de la emperatriz de las Islas.

Una vez destruido el talismán, el hechizo se había roto. Corvo estaba libre de sus efectos. Se acercó al enemigo.

—Aquí termina la historia del héroe de Tyvia —dijo.

Zhukov se echó a reír. Abrió los brazos y le hizo una pequeña reverencia a su oponente.

A continuación les dio la espalda y se metió corriendo en el espejo.

30

MATADERO AUXILIAR DE BALLENAS GREAVES 5, CALLE DE LOS MATADEROS, DUNWALL
Día 15 del mes de la oscuridad, 1851

«El sol se estaba poniendo, como una mancha sangrienta contra el horizonte, y perfilaba la carcasa calcinada del matadero. El hedor de la carne quemada —carne de hombres y de ballenas— invadía el ambiente. Daud saltó de entre las cenizas y los rescoldos, su cuerpo cubierto por llamas y lacerado por heridas que ningún hombre mortal podría soportar. Su sombra se proyectaba frente a él, en el suelo, para revelar su auténtica naturaleza: una cosa con cuernos retorcidos por la herejía. Una silueta demasiado horrible para explicarla con palabras, estimado lector. Un hechicero del Vacío, sin lugar a dudas. Podía oír los gemidos de los trabajadores moribundos debajo de él, entre los escombros del matadero, pero ni siquiera se detuvo a escuchar sus súplicas, ya que su corazón es más frío que el hielo tyviano».

—EL PUÑAL DE DUNWALL,
historia de un superviviente
Pasaje de un folleto callejero que relata de forma sensacionalista un avistamiento del asesino Daud

Emily se levantó, con la mano buena alrededor de una pesada cadena que colgaba de la pared; miró hacia arriba y vio que subía por la pared hacia una polea y unos engranajes, conectaba con otras cadenas que cruzaban el techo y llegaban hasta lo alto de la estructura.

La estructura de la que pendía el espejo.

Miró al tanque. Zhukov corría hacia el espejo y casi lo había alcanzado. Para él, no era un simple espejo, era un portal.

Una vía de escape.

Rápidamente y por instinto, Emily sacó la cadena del gancho de la pared, quitó el tornillo que bloqueaba el engranaje y soltó la cadena.

La gravedad tomó el relevo. Libre, la cadena corrió veloz hacia la polea de la estructura del techo. Los engranajes chirriaban. Las cadenas que llevaban a lo alto de la estructura daban tensos latigazos al ser arrastradas hacia el techo. Se salían de las poleas y serpenteaban por la fábrica en direcciones opuestas.

Emily hizo un quiebro justo cuando el final de la cadena pegó un latigazo hacia ella, a unos centímetros de su cabeza.

Entonces cayó el espejo.

Zhukov frenó en seco y casi se le desencajó la mandíbula al ver caer la superficie inmensa en el interior del tanque. A sus espaldas, Corvo corría hacia su objetivo, listo para rematarlo. Entonces se detuvo y saltó a un lado cuando el espejo, desequilibrado, se balanceó hacia delante y hacia abajo.

Zhukov aulló algo pero con el estruendo del arrastre de las cadenas Emily no entendió lo que decía. Él se quedó donde estaba, era demasiado tarde para apartarse.

La lámina de cristal, metal y la sustancia mágica que fuera, le cayó justo encima. Se tapó la cabeza con los brazos como si eso fuera a servirle de protección.

El espejo se rompió y explotó por la fábrica en un millón de pedazos. Emily, con un grito quedo, se dio la vuelta, se agachó y se hizo un ovillo para evitar la metralla voladora. El ruido del cristal al romperse era tan ensordecedor como el de las paredes de Dunwall Tower al desmoronarse en su visión.

El silencio que se hizo a continuación fue aún más ensordecedor, más sorprendente. A Emily le retumbaba la cabeza como el doblar de las campanas de la torre del reloj.

Entonces el pitido cesó, y lo siguió un zumbido sordo. Levantó la cabeza y echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro. Allí estaba el tanque, con su contenido burbujeando suavemente. La superficie densa y viscosa como el caramelo lamía los laterales del tanque y se enfriaba tras recibir al espejo que había perturbado su cocción lenta y convectiva.

—¡Emily!

Se dio la vuelta del todo. Corvo caminaba hacia ella, sacudiéndose polvo y diminutos pedazos de cristal de encima. Había esquirlas pequeñas como dagas y grandes como ventanas por el suelo de la planta de la fábrica. Las más pequeñas brillaban como diamantes. Era difícil para Corvo pisar sobre seguro.

No había ni rastro de Zhukov. Estaba en alguna parte, debajo del montón de cristales rotos más grande que estaba justo al lado del tanque.

Emily extendió el brazo hacia Corvo, quien lo cogió y tiró de él. Ella gritó. Entonces él la cogió con más delicadeza; se agachó junto a su hija y le pasó un brazo por los hombros por instinto, como haría cualquier padre. Se levantaron a la vez. Emily se sujetaba la mano contra el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Corvo al ver la sangre que le caía por la muñeca—. Estás herida. Tenemos que volver ahora mismo a la torre.

Emily se encogió de hombros.

—No es nada. Estoy bien.

Levantó la mano herida con la palma hacia arriba y la estiró. Escocía más que nada en el mundo pero consiguió mover un poco los dedos para que su padre viera que no tenía nada roto. Corvo hizo una mueca al examinar las heridas pero Emily sonreía.

—Sobreviviré.

El hombre sonrió y miró alrededor para inspeccionar los daños. La joven dio un paso adelante, con cuidado de no pisar una esquirla puntiaguda. Solo el brillo del tanque iluminaba la fábrica, y el color había cambiado. La luz era más tenue y había pasado de blanca y amarilla a anaranjada y cálida. Emily se quedó mirando la esquirla a sus pies.

—El cuerpo tiene que estar ahí debajo —dijo Corvo—. Tenía muy mal aspecto, como si se hubiera quemado en un incendio. Tiene que haber sufrido una agonía

constante.

Emily miró la esquirla y frunció el ceño. Ladeó el borde con la bota y se encontró ante su reflejo. Estaba sucia, ensangrentada y despeinada. Las greñas de pelo negro alborotadas en la cara. Se las recogió detrás de las orejas.

—¿Te dijo para qué era el espejo? —preguntó Corvo—. O ¿qué tramaba?

Emily asintió. Tenía mucho que contarle. Abrió la boca para hablar pero a sus pies la esquirla resplandeció con una luz azul que no reflejaba la luz de la fábrica sino otra cosa.

Gritó aterrorizada y dio un brinco hacia atrás. La esquirla retumbó en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Corvo volviendo junto a su hija.

Emily suspiró.

—Nada, cosas de la luz.

«Porque solo es eso, ¿no?».

—¿Qué?

—Por un instante me ha parecido ver la cara de Zhukov justo detrás de mí.

«Cosas de la luz».

—No estoy seguro de que nadie sea capaz de sobrevivir a algo así —dijo Corvo señalando el montón de cristales rotos.

«Cosas de la luz».

Emily abrió la boca para contestar, para explicarle los poderes de Zhukov, sus planes, cuando se oyó un ruido en el centro de la fábrica. Era cristalino, como de campanas, como el sonido de campanillas de cristal por las calles de la ciudad una cálida noche de verano.

Emily y Corvo se volvieron a una. La montaña de escombros se movía como si hubiera algo debajo que quisiera salir. Los fragmentos empezaron a deslizarse y los trozos más grandes se despegaban por la punta y se quedaban horizontales, como si una fuerza invisible los sostuviera en el aire.

Zhukov se irguió cuan alto era. Llevaba colgando los restos del abrigo hecho jirones, enrollados alrededor de su cuerpo formando anillas y pliegues de paño grueso. Las lentes rojas habían desaparecido y bajo la luz parpadeante de la fábrica parecía tener los ojos cerrados.

Emily dio un paso atrás. No pudo evitarlo. No cuando Zhukov alzó los brazos y los fragmentos de espejo se levantaron del suelo, temblorosos, como si estuvieran colgados de hilos invisibles.

Corvo se tensó detrás de ella con cara de preocupación, asombro e incredulidad, y los puños apretados.

Los fragmentos del espejo repicaban en el aire como campanillas. No se unieron para formar el espejo, sino un cilindro. Los trozos no se tocaban entre sí, ocupaban posiciones fijas en el aire. El mosaico de esquirlas empezó a girar alrededor de Zhukov, que estaba de pie en el centro con los brazos extendidos y los ojos cerrados.

Los fragmentos del espejo empezaron a brillar con una luz que no era de la

fábrica, sino que los iluminaba desde dentro. Las estrellas, el sol y la luna resplandecían en las imágenes de las esquirlas. No había dos reflejos iguales. Casi todos eran pequeños y ofrecían destellos de luz o visiones parciales. Pero algunos eran lo bastante grandes para mostrar con claridad lo que había en su interior.

Vio…

el humo que ascendía de Dunwall Tower. La ciudad en llamas. Las camadas de ratas corriendo por todas partes.

Vio el cenador a la luz del sol de la mañana, a su madre en la mesa del desayuno. Emily se vio a sí misma correteando, vestida con el traje pantalón blanco de princesa imperial. Escondiéndose de Corvo que jugaba con ella en la vieja escalinata de piedra junto al río.

Vio a su madre encogerse de miedo cuando los Balleneros aparecieron y la mataron. Cómo se llevaron preso a Corvo por orden de Hiram Burrows.

Se vio a sí misma en un trono roto plagado de ratas mientras Corvo mataba a Wyman para su divertimiento.

Azotaba el viento. Un viento que salía de la nada, que aullaba atrapado tras el mosaico de espejos. Espejos. Emily sabía que en realidad eran portales que conducían al pasado, al presente y a un millar de futuros. Las imágenes eran tan reales, tan vívidas, que estaba segura de que podía tocarlas y coger una manzana de la mesa del desayuno, una rata de la alcantarilla o una piedra de las murallas ruinosas de Dunwall Tower.

Un fragmento captó su atención. Un resplandor del pasado, brillante y dorado. Desapareció de repente en cuanto el pedazo pasó a una órbita diferente. Emily no lo perdió de vista, intentó seguirlo por el sinfín de cristales que volaban por la fábrica.

Zhukov volvió el rostro hacia ellos. Era el epicentro, el vórtice del tornado. Los restos andrajosos del abrigo empezaron a arder y lo envolvieron en una nube de llamas azules cuyas lenguas buscaban y conectaban los fragmentos. Lo que quedaba de los talismanes de huesos corroídos e inestables servían de combustible para su jugada final.

Abrió los ojos, mostrando unas cuencas negras. En el centro de ambas brillaba una estrella del color de la sangre, del color de un incendio que ardió hacía mucho.

Con un gesto, uno de los trozos de espejo más grandes salió del mosaico y se colocó detrás de él. En su interior, un momento congelado: el cenador, Corvo, el instante previo a que su madre fuera asesinada.

—Esto… —dijo Zhukov con voz ronca, gutural y amplificada que resonaba por encima de aquel viento intempestivo— fue lo que visteis, pequeña. El final de la historia que recordáis. —Se echó a reír—. Pero el comienzo de una nueva que será obra mía.

Se volvió hacia el espejo. La superficie se onduló al tocarla y Zhukov metió toda la mano.

El otro fragmento, el que Emily había estado siguiendo con la mirada, se acercó a Zhukov, cuya energía azul se introducía en él en espirales de humo luminiscente. Emily intentó cogerlo. Corvo le gritó algo que el viento no le dejó oír. Alargó la

mano herida y la metió en el espejo sin hallar resistencia.

La cabeza le explotó de dolor. Lo llenaba todo, envolvía su cuerpo como una manta pesada, como si cientos de manos la aplastaran contra el suelo. Sintió un calor en su interior, tan intenso que creyó tener el corazón en llamas, el cuerpo entero ardiendo.

Cerró la mano alrededor de algo. Frío y duro. La superficie estaba cubierta de intrincados grabados, era un objeto moldeado para un agarre perfecto.

Frío. Duro. Metálico.

Sacó la mano del espejo y se tambaleó.

Sostenía el cuchillo dorado, las hojas gemelas de Zhukov. De algún modo, solo por tenerlo en la mano, sabía que aquel cuchillo había vertido la sangre de alguien notable y muy importante miles de años atrás.

Y lo oyó susurrar y cantar, y la agonía incesante en su mente fue inundada por la luz de las llamas, el calor de un infierno y la canción olvidada de otra era.

Gritó. Se cayó. Su padre la cogió mientras el mundo daba vueltas hacia la nada. Notó que él le quitaba el cuchillo, lo vio salir corriendo, coger a Zhukov del cuello justo cuando el villano cadavérico ponía un pie en el reflejo del espejo.

Vio al protector real hundir el cuchillo dorado en aquel pellejo ennegrecido.

Vio a Corvo tensar el cuerpo, al héroe de Tyvia petrificado a escasos centímetros de su escapatoria.

Luego ya no vio nada.

31

DUNWALL TOWER
Día 19 del mes de la oscuridad, 1851

«A veces cuando duermo, sueño, y en mis sueños soy muchas cosas. Soy un aventurero, un viajero. Soy un héroe y soy un tirano, un mendigo en las calles, el rey del mundo. A veces cuando despierto el sueño se ha ido, pero el sentimiento permanece, el eco de la canción sonando en mis oídos, el calor de un hogar de invierno y el resplandor de una luz en un horizonte lejano y desconocido».

—EL VELO CENICIENTO
Pasaje de un diario personal

Emily se apartó de la luz y despertó súbitamente. Ahogó un grito y cayó hacia atrás.

Sobre algo suave y fresco. Levantó la cabeza. Era una almohada, la suya.

Frunció el ceño y volvió la cabeza. Parpadeó y empezó a ver la habitación con claridad, la luz del día entraba por la ventana. Junto a ella había una mujer vestida con una túnica larga y blanca, con el cuello alto y almidonado y un casquete blanco en la cabeza. Pensó que debería reconocer el uniforme, pero el esfuerzo le superaba y dejó caer la cabeza.

Oyó voces muy cerca. Susurraban junto a la ventana. Abrió los ojos de nuevo. La mujer de blanco hablaba con un hombre vestido con una túnica negra de cuero. Le sonaba. Tenía el pelo corto y cano en las sienes y oscuro en la coronilla. La sombra de la barba cubría su rostro. Estaba cruzado de brazos y se le marcaban los bíceps bajo las mangas de la túnica.

Se acordó. La mujer de blanco era una médica de la corte. La galena real, la doctora Toksvig, que había sido estudiante de Sokolov. La almohada mullida era la suya, igual que la habitación, y el hombre era…

—¿Corvo? —preguntó, sorprendida por lo débil y ahogada que sonaba su voz.

Su padre se volvió hacia ella y sonrió.

—Estás despierta. ¿Cómo te sientes?

Frunció el ceño. ¿Cómo se sentía? ¿Sobre qué, exactamente? Se revolvió en la cama. Estaba cansada, le pesaba la cabeza. Se movió otra vez. Había tenido una pesadilla, había soñado con un incendio…

Se levantó de golpe y al instante notó un intenso dolor en el cuello que le torció el semblante.

—¡Ay!

Corvo retrocedió y se rió en voz baja.

—Vas a estar dolorida una temporada.

«La fábrica. Zhukov. El espejo».

Lo recordó todo.

—Es como si me hubiera caído un edificio encima —dijo algo más alto. Notaba que recuperaba las fuerzas, aunque muy poco a poco.

—Tiene gracia que digas eso —contestó Corvo sin parar de reír—. Porque se te cayó un edificio encima, o al menos una parte.

A su lado revoloteaba la doctora Toksvig, que reclamaba a su paciente. Corvo se apartó para dejarle sitio a la galena real. Toksvig se colocó las patillas de unas pequeñas gafas circulares por encima de las orejas y se inclinó hacia Emily. Le hizo una serie de preguntas, sobre cómo se encontraba, el año, el mes y si sabía quién era y dónde estaba. Emily frunció el ceño al oírlas pero vio que Corvo sonreía y asentía con la cabeza detrás de la mujer. Así que contestó a sus preguntas sin chistar.

La médica parecía satisfecha; se alejó y se quitó las gafas. El extremo circular de las patillas se había quedado enganchado detrás de las orejas y le costó quitárselas mientras hablaba.

—Estará bien en un par de días pero el reposo es la mejor medicina —dijo—. Una semana en el lago Heronshaw no sería una mala idea. Creo que el imperio puede sobrevivir unos días sin su emperatriz. —Hizo una pausa y terminó de quitarse las gafas justo antes de volverse hacia Emily y ponérselas otra vez.

—He de decir que goza de buena salud —continuó la doctora—. No tiene nada roto, solo contusiones leves. Nada fuera de lo normal, salvo la excepcional condición física de su majestad. Nunca dejará de sorprenderme lo que el pasear por los jardines, un par de bailes y salir de cuando en cuando a montar a caballo han hecho por la salud de Emily. Tiene incluso más músculo que un Vigilante Ciudadano.

Con eso, la galena se mordió la lengua y miró de reojo a Corvo. Le hizo una profunda reverencia a Emily y se marchó.

Corvo se sentó en la cama mientras Emily hacía por incorporarse. Se apartó el pelo de la cara con las dos manos y las dejó caer en su regazo. Se miró las palmas. Tenía las manos bien. Las dos. Levantó la izquierda y se miró la palma. Flexionó y estiró los dedos. No había ni rastro de los profundos cortes que se había hecho con la espada de Corvo.

—La doctora dice que ya puedes levantarte, majestad —dijo Corvo con una sonrisa. Emily lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Tres días.

Emily pestañeó. Se miró otra vez la mano. ¿Lo habría soñado todo?

—La mano está bien —dijo—. Se curó sola cuando la metiste en el espejo y sacaste el cuchillo.

—Ya, claro —dijo Emily muy despacio—. Eso tiene tanta lógica como todo lo demás.

Corvo se encogió de hombros.

—¿Qué pasó? —preguntó Emily.

Corvo se tiró del labio inferior.

—Cuando me diste el cuchillo supe que tenía que detener a Zhukov. No sé qué tramaba, pero se estaba metiendo en el trozo de espejo. Lo saqué de un tirón y usé el cuchillo. —Se aclaró la garganta y Emily bajó la vista un instante. Sabía lo que era su padre y sabía de lo que era capaz pero prefería no pensar en eso.

—¿Y luego? —preguntó.

—Forcejeamos un rato. Intentó sacarse el cuchillo. Los fragmentos de espejo empezaron a caer al suelo de golpe así que tenía que salir corriendo. Cogí a Zhukov, lo empujé y cayó en el tanque.

Emily meneó la cabeza.

—No me acuerdo de nada.

Corvo sonrió.

—Normal, estabas inconsciente. Hubo una explosión… La fábrica saltó por los aires y luego se desmoronó en el río.

A Emily el aire se le atragantó en la garganta.

—¡No te preocupes! ¡Estás aquí sana y salva!

—¿Cómo salimos de allí?

Él se encogió de hombros.

—Me agaché y eché a correr contigo al hombro. Supongo que tuvimos suerte.

Emily se acurrucó en la cama, meneando la cabeza.

«Por fin ha acabado todo, ¿no?».

—¿Y Zhukov?

El hombre meneó la cabeza.

—Si después de caer en su tanque de sopa quedó algo de él, no lo hemos encontrado. Tengo a la patrulla del río Wrenhaven peinando el lecho. Hay muchos escombros pero ni rastro de sus restos ni de los fragmentos de espejo.

—¿Qué hay del puñal?

Volvió a menear la cabeza.

Emily suspiró.

Se quedaron un rato charlando. Quería decirle lo que le había contado Zhukov sobre su plan y sus poderes pero su padre cambió de tema, le dijo que había tiempo de sobra para todo aquello. Hablaron de los últimos tres días, de la vida en la corte, de asuntos cotidianos.

Según Corvo, ya había pasado la sorpresa inicial por lo acontecido en el baile de máscaras de los Boyle. Ahora todo el mundo intercambiaba susurros emocionados sobre el drama que gran parte de la alta sociedad de Dunwall había vivido en primera persona. Lady Esma Boyle se estaba recuperando pero parecía haberse apartado del mundo, y su sobrino, Ichabod, estaba haciéndose cargo de los asuntos de la familia.

Llamaron a la puerta.

Corvo se levantó a abrirla y dejó pasar a Wyman, que saludó al protector real y sonrió a la emperatriz. Emily suspiró.

—Estoy dolorida y necesito darme un baño, pero puedes acercarte.

Miró a Wyman con una sonrisa burlona.

Wyman hizo una reverencia, y se echaron a reír. Corvo le dio una palmada en la espalda.

—Wyman, me alegro de que ya te encuentres mejor.

Emily abrió unos ojos como platos y se mordió la lengua. Su padre sonreía y Wyman asintió.

—Gracias, señor. Estoy mucho mejor. La verdad es que no sé qué me pasó. —Miró a Emily—. Me alegro de que estés bien, Emily. Me siento fatal. Le prometí al protector real que no te perdería de vista y… —Vacilante, se encogió de hombros—. De repente estaba en uno de los apartamentos de invitados, recibiendo cuidados de la doctora Toksvig. Lo último que recuerdo es que estábamos en el salón de baile, hablando de… No sé de qué estábamos hablando.

Corvo le pasó a Wyman el brazo por los hombros.

—Lo mismo da. Me alegro de que te hayas recuperado —dijo Corvo mirando sonriente a Emily—. Te sentaría mal algo que bebiste.

Emily no dijo ni mu.

32

EN ALGÚN LUGAR DE LA CIUDAD DE DUNWALL

«Pues no, señor, no encontrará a ningún intelectual que desee abandonar Dunwall. Ni hablar. Cuando un hombre se cansa de Dunwall, se ha cansado de la vida, porque en Dunwall se encuentra todo lo que la vida puede ofrecer».

—CONVERSACIONES DE UN FILÓSOFO NATURAL
Pasaje de un folleto popular

Hacía una noche fresca y corría una brisa muy agradable. Emily disfrutó del aire fresco. Agazapada en un tejado, se subió el cuello de la chaqueta y sonrió.

Qué gusto pisar la calle. El lago Heronshaw había estado bien, y sin duda necesitaba el descanso, pero se alegraba de estar de vuelta en Dunwall.

Estaba deshaciendo el equipaje cuando encontró el disfraz de gorrión, al menos una parte, en el armario de sus aposentos. Lo llevaba puesto cuando Corvo la llevó en brazos de vuelta a la torre. Le faltaba la máscara, abandonada en alguna parte de la mansión Boyle. Emily todavía tenía borrosos los recuerdos de aquella noche y estaba empezando a olvidar el combate contra Zhukov, como si no hubiera sido lo bastante real para dejar recuerdos duraderos.

Pero le había dado una idea. Había pasado horas en el baile de máscaras sin que nadie se diera cuenta de que la emperatriz se encontraba entre los invitados.

Por eso, esa noche, mientras todos en la torre dormían, se había levantado de la cama y se había acercado de puntillas al armario. Sacó el disfraz de gorrión, se lo llevó a su habitación de seguridad y lo dejó en la mesa. Cogió una daga y empezó a cortarlo. Le quitó las plumas e hizo ajustes aquí y allá. Luego dobló el cuello hacia arriba y lo abotonó. Le cubría la nariz y la boca pero no le quitaba visibilidad. Era un disfraz estupendo.

De momento así le valía. Cuando tuviera tiempo hablaría en privado con el sastre real para diseñar uno más… a medida. Ya se lo estaba imaginando: una elegante chaqueta con las colas asimétricas y bordados en hilo de oro y de plata, con el cuello alto para poder subirlo y que le tapara la cara…

De momento, estaba disfrutando de la noche. Tenía Dunwall a sus pies, resplandeciente como una joya. A su izquierda, más adelante, en el río brillaban las luces de la patrulla del río Wrenhaven, que seguía buscando entre las ruinas del matadero Greaves. Al menos la fábrica no había anegado el cauce al desplomarse y había dejado disponible una parcela de terreno industrial de primera. De hecho, tenía pendiente reunirse con los representantes de la Refinería Greaves al día siguiente para hablar sobre el derrumbamiento del edificio y lo que significaba para…

Emily se puso de pie y suspiró. Aquello era para el día siguiente, cuando volviera

a su trabajo de emperatriz. Un trabajo aburrido y gris.

No como la noche. No como aquel momento.

Contrajo los músculos. Era muy agradable. Se sentía de maravilla. Viva. Eléctrica. A su alrededor la ciudad dormía ignorante de lo que había ocurrido, del destino que había estado a punto de destruir el imperio en un futuro que podría haber sido.

Con una sonrisa, Emily calculó la distancia hasta el tejado más próximo. Cogió carrerilla, se subió el cuello del disfraz improvisado y se tapó la nariz y la boca.

Echó a correr y saltó. La ciudad de Dunwall era su patio de recreo. Su hogar.

En otro tejado, una silueta en cuclillas la observaba saltar, correr, saltar, aterrizar y desaparecer por entre los tejados tan silenciosa como una sombra.

Lo había hecho bien. Mejor que bien. Estaba lista.

Después de tanto tiempo, estaba más que preparada.

Corvo estaba henchido de orgullo. Se puso de pie y buscó el mejor punto para usar el Guiño. Uno desde el que no la perdiera de vista.

Pero se detuvo. Se quedó pensativo un instante, mirando cómo la emperatriz se desvanecía entre las sombras de los aleros de un edificio. Levantó la mano. En el dorso, la marca del Forastero emitió un destello de luz azul y luego se apagó.

—No —susurró Corvo—. Esta noche no.

Se dio media vuelta y regresó a la torre. Dejó a Emily y a la ciudad a solas la una con la otra.

EPÍLOGO

DUNWALL TOWER
Día 1 del mes de los clanes, 1837

«Al menos [el protector real] puede protegerla de cualquier peligro inmediato para su salud, pero un brazo fuerte no es lo que necesitamos frente a los que pretenden debilitarnos. ¿Qué va a hacer la espada de Corvo contra un vaso de vino envenenado o contra un explosivo entregado por un mensajero? Nada. Hay muchas amenazas a nuestro alrededor».

—EL ESPÍA REAL
Pasaje de las memorias personales de Hiram Burrows,
fechadas muchos años antes

Corvo subió los escalones que llevaban al cenador con vistas al embarcadero junto a Dunwall Tower. Al acercarse, empezó a andar más despacio.

Había alguien, alguien vestido con el traje pantalón real, con un cuello grande de encaje blanco y el pelo negro recogido en un moño alto. Estaba de pie con los brazos cruzados, de espaldas a él, mirando el puerto.

Corvo parpadeó, y le dio un vuelco el corazón. Puso un pie en el cenador y se aclaró la garganta. La mujer, sobresaltada, se dio la vuelta con la mano en el pecho. Al ver quién era, se relajó y se echó a reír.

—Lord protector.

Él también se relajó e hizo una pequeña reverencia.

—Calista.

No llevaba el traje pantalón negro de emperatriz, sino el sencillo uniforme que la identificaba como cuidadora personal de Emily. El cuello de encaje estaba de moda, y Calista tenía el pelo marrón, no negro.

Corvo meneó la cabeza y maldijo a su mente por jugarle esas malas pasadas.

Era el protector real, el jefe real de espionaje. Su hija ocupaba el trono desde hacía cosa de un mes y la joven mostraba aptitudes para el puesto. Parecía disfrutar del trabajo mientras Calista y el nuevo decano supremo, Yul Khulan, guiaban sus pasos.

No había regencia. Nunca la habría.

Otra vez no.

—¿Se encuentra bien, Corvo?

Este parpadeó y se pasó la mano por la frente.

—Sí, perdona, Calista —dijo—. He tenido unas semanas de mucho trabajo. Burrows dejó la torre sumida en el caos. Me llevará un siglo volver a encauzarlo todo. ¿Y la emperatriz? Me ha enviado una nota para que nos reuniéramos aquí.

Calista sonrió.

—La emperatriz está muy bien. Es increíble cómo ha cambiado. Solo tiene diez años pero le auguro un futuro de lo más prometedor.

Corvo asintió.

—A ella y al imperio. —Frunció los labios y sacó la nota manuscrita del bolsillo de la chaqueta—. Pero imagino que incluso una emperatriz necesita desahogarse.

Calista se cruzó de brazos.

—¿Quiere volver a jugar al escondite?

Corvo se echó a reír.

—Eso parece.

A la izquierda de Corvo, la brisa trajo la voz de la joven emperatriz. Se dio la vuelta y vio a Emily corriendo por las escaleras curvas de bajada del cenador, escondida en los peñascos al pie de Dunwall Tower.

El hombre suspiró, dobló cuidadosamente la nota de su hija y se la guardó en la chaqueta.

Calista soltó una carcajada.

—¡Buena caza, lord protector!

Corvo hizo una profunda y elaborada reverencia, se dio la vuelta y echó a andar hacia la voz de Emily.

Con cuidado, bajó las escaleras. Las gaviotas revoloteaban por encima de su cabeza. Miró alrededor, un poco nervioso.

Hacía mucho que no iba por allí. No desde aquel día nefasto en el que regresó a Dunwall después de recorrer las islas portando las malas noticias de que el resto del imperio iba a imponerle un bloqueo a Dunwall, a esperar el fin de la Plaga de las Ratas. Fue una noticia devastadora para Jessamine. Se cuestionaba su autoridad y todos sus planes para la ciudad se habían ido al traste.

El día que todo cambió para siempre.

Recordaba bien aquellas escaleras. Recién llegado del bote, Emily corrió a recibirle al muelle real. Antes de que pudiera informar a su madre, la emperatriz, la joven princesa le pidió que jugaran al escondite y él le consintió el capricho.

Le pareció tan… inocente, tan inofensivo. Sí, era un capricho pero había estado lejos mucho tiempo y sabía que las cosas iban a ir a peor antes de ponerse mejor.

Si hubiera sabido lo mal que iban a ir…, que al poco de jugar con la heredera del trono en las escaleras de los altos peñascos, entre los muros de piedra desnuda de palacio, la vida de ambos sería destruida.

Asesinaron a Jessamine.

Secuestraron a Emily.

A Corvo lo tacharon de traidor y lo encerraron en prisión.

Pero habían sobrevivido. Fue un infierno pero sobrevivieron. Ahora él volvía a ser el protector real. También era jefe real de espionaje. Ocupaba ambos cargos para asegurarse de que ningún traidor volviera a ostentar tales puestos de poder. No

mientras él viviera.

Había vengado con sus propias manos la muerte de la emperatriz Jessamine y le había salvado la vida a Emily, la heredera. La hija que le había dado la emperatriz. Y aquí estaban. Ahora ella era la emperatriz y quería jugar al escondite en las viejas escaleras.

Corvo bajó el tramo que quedaba al trote. Miró alrededor pero no había rastro de su protegida.

—¡Preparada o no, allá voy! —gritó con una sonrisa. Al llegar al pie de las escaleras empezó a caminar más despacio, con exagerada cautela, sabiendo que ella lo vigilaba de cerca.

Se acercó a la pared que tenía enfrente y se asomó por encima. Vio la pendiente inclinada y rocosa, y el río Wrenhaven abajo, a lo lejos. Un barco ballenero se hacía lentamente a la mar. La horquilla gigante diseñada para sujetar la preciada carga estaba vacía, esperando el botín del océano.

Delante de él, se desplazaba en dirección opuesta un pequeño esquife de la patrulla del río Wrenhaven que volvía a la ciudad. El capitán era una pequeña silueta recortada contra el cielo azul de la mañana.

Las gaviotas piaban en lo alto. Corvo alzó la vista. Saboreó el momento. El mundo estaba en paz, la ciudad en calma y la emperatriz…

La oyó venir. Sus pisadas resbalaban en la grava y resopló por el esfuerzo pero Corvo no se dio cuenta de lo que hacía hasta que Emily se abalanzó sobre su espalda, le rodeó la cintura con las piernas y el cuello con el brazo para cortarle el suministro de oxígeno y con el otro…

Él se dio la vuelta y se apartó de la pared para llevarla a un lugar más seguro. Cogió el brazo que le rodeaba el cuello. La verdad es que Emily era muy fuerte para su tamaño, pero de poco le servía, sobre todo con el grueso cuello del uniforme de Corvo de por medio.

Lo que más le preocupaba era el arma que Emily llevaba en la otra mano. Ya se había batido antes con espadas de madera, pero no así. Mientras se revolvía para no caerse de la espalda de su padre, daba manotazos descontrolados en el aire con la mano que blandía la espada de madera, una con la punta muy afilada.

—¡Oye! —dijo con fingida sorpresa—. ¡Por todas las Islas! ¿Qué está haciendo la emperatriz? ¿Es esta manera de tratar a tu fiel y leal protector?

Emily se echó a reír. Corvo abandonó la idea de quitársela del cuello, prefirió cogerla de las rodillas. Notó que Emily cambiaba de posición y le trepaba por la espalda para sentarse en sus hombros. Contento con tenerla en un lugar más seguro, empezó a dar vueltas sobre sí mismo lo más de prisa que pudo. Emily reía y daba gritos de felicidad.

Se paró a coger aliento y se encontró la espada de madera perpendicular a la cara.

—¿Te rindes, Sombrerero?

—¿Sombrerero? ¿Qué…?

—¡Ríndete o muere! —Emily apretó con más fuerza el cuello de Corvo.

Él se echó a reír a carcajadas y cogió a la emperatriz, no sin cierta dificultad, para bajársela de los hombros. Pero ella había cruzado las rodillas y… ya no era una niña pequeña. Corvo se echó hacia delante, tratando de persuadirla de que se bajara, pero cuanto más se movía, más fuerte se sujetaba ella. Al final, perdió el equilibrio y cayó de cuatro patas al suelo.

Solo entonces Emily se bajó de un salto.

Corvo se echó a reír, meneando la cabeza. Levantó la vista. Tenía a Emily delante, mirando hacia abajo con la barbilla levantada, una mano en la cadera y con la otra, le apuntaba a la nariz con la puntiaguda espada corta de madera.

—¡Te he derrotado! —gritó Emily.

Él se irguió y levantó las manos por encima de la cabeza, pero permaneció de rodillas en el suelo.

—Sí, oh, poderosa emperatriz, me has derrotado.

A Emily se le cayó la sonrisa de la cara y la espada de las manos.

—Corvo, me tratas como si fuera una niña.

El hombre hizo una pausa.

—Majestad, lamento informarte de que en realidad eres una niña y humildemente quisiera recordarte que en este momento deberías estar estudiando con tu tutora.

—Corvo, no me escuchas. ¡Nunca me escuchas!

—Siempre… Está bien, Emily, ¿qué te pasa?

—¿Es que no te acuerdas? —Agitó los brazos al hablar, con espada y todo—. Te lo dije. Te lo dije el mismo día de tu regreso. Te dije que quería ser un guerrero igual que tú.

Corvo se sentó en el suelo. Sí, se lo había dicho. Ahora se acordaba. También recordaba que fue solo una de esas cosas que suelen decir las niñas impresionables de la edad de Emily.

Ella lo admiraba. Él era un modelo a seguir y esperaba serlo, llegar a serlo, ahora que ocupaba el trono, que la vida había recuperado cierta normalidad. Pero… tenía que ser cuidadoso.

Porque Emily, que todavía no había cumplido los once años, había pasado por mucho más de lo que pasa la mayoría de la gente en toda su vida. Y lo llevaba bastante bien.

Pero…

Emily se hincó de rodillas delante de él y le miró a los ojos.

—Necesito que me enseñes, Corvo. Necesito que me enseñes todo sobre el combate. Tengo que ser capaz de hacer esas cosas.

El hombre parpadeó.

—¿Qué? Emily, créeme cuando te digo que no tienes por qué ser una guerrera. Ahora eres emperatriz. Soy tu protector y además cuentas con un ejército entero a tu disposición. Estás a salvo.

—Por ahora —dijo Emily—. Pero no vas a estar a mi lado para siempre.

No se esperaba que Emily, sangre de su sangre, dijera algo así. Aunque, en el fondo, sus palabras alimentaban uno de sus miedos más profundos, el hecho de que algún día sus enemigos fueran a por ella, tal vez incluso cuando él ya no estuviera.

—No digas esas cosas, Emily.

—¿Lo ves? —dijo—. Ya me estás tratando otra vez como si fuera una niña, Corvo. ¡No voy a consentirlo!

—Emily, escúchame…

—No, escúchame tú a mí, Corvo. Mi madre murió delante de mí, allí arriba. —Emily señaló en dirección al cenador, que estaba por encima de sus cabezas—. Lo vi, Corvo, estaba allí. Y tal vez, si no te hubieras marchado lejos, nunca habría ocurrido.

Sintió que el calor le subía a la cara. ¿De qué lo estaba acusando su hija? ¿Le estaba culpando de la muerte de su madre?

—Emily, sé que sigues enfadada —dijo en voz baja—. Y, oye, sé lo que se siente, de verdad. Lo sé. Pero no podemos cambiar el pasado. Echo de menos a tu madre tanto como tú. No creas que pasa un solo día sin que me pregunte qué habría sucedido si no me hubiera enviado a aquella misión por las islas. Cómo serían las cosas si hubiera permanecido a su lado. Si… No sé… Si hubiera estado más atento, si hubiera prestado más atención.

Mientras Corvo hablaba, a la niña se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin embargo, hay que reconocer que se mantuvo firme y lo miró muy seria.

—Pero lo hice por ella —continuó Corvo— y lo hice por ti. Lo hice por la ciudad, Emily.

—Yo podría haber intentado hacer algo —dijo Emily con un hilo de voz.

Corvo le puso las manos sobre los hombros.

—No, no podías hacer nada. No habrías conseguido espantarlos. Tenían órdenes de capturarte, pero a saber qué te habrían hecho si llegas a resistirte. Me tienes aquí, contigo, y no pienso perderte nunca de vista. Jamás.

La pequeña no dijo nada. Corvo suspiró e iba a levantarse cuando Emily añadió:

—Un día no estarás aquí —dijo— y solo quedará una persona en la que pueda confiar: yo misma.

Corvo se dejó caer otra vez y miró a su hija con una sonrisa triste en la cara. Tan joven, y las cosas en las que pensaba. Había visto demasiado en este mundo, demasiadas tinieblas. Ahora era emperatriz y se esperaba de ella que gobernase… Emperatriz a los diez años.

—Quiero que me enseñes a luchar, Corvo —repitió—. Quiero que me enseñes cómo ser tú.

«Si tú supieras», pensó Corvo. «Si tú supieras».

Suspiró y le acarició la mejilla a su hija. ¿En quién podía confiar aquella niña? Tal vez un día las cosas volvieran de verdad a la normalidad… A saber qué era eso de la normalidad. Pero durante los próximos años las cosas iban a ser difíciles. Muchos

verían la coronación de una niña como la oportunidad perfecta para mover ficha.

—Está bien. Supongo que no tiene nada de malo que te enseñe un par de cosas…

A Emily se le iluminó la cara y dio un paso atrás.

—La lección de hoy será corta —dijo Corvo—. Te iré enseñando más. Conozco un lugar en la costa, al este de Drapers Ward. Entrenaremos allí.

—¡Sí! —exclamó la niña—. Suena maravilloso. Oye, espérame aquí.

El hombre lanzó una carcajada y meneó la cabeza al ver a Emily echar a correr. Volvió al instante, con la espada de madera en la mano.

Y otra espada. Eran los palos que solían usar para batirse en duelo, pero los había tallado y eran otra cosa más peligrosa. Corvo se quedó mirando a la niña cuando esta le ofreció el arma.

—¡He hecho otra para ti!

Corvo se echó a reír y aceptó la espada. Se levantó, frunció los labios y calibró el arma, buscando el mejor modo de sujetarla, como si fuera una hoja de acero de verdad.

—Ni los mejores herreros de Morley podrían fraguar una espada como esta, majestad.

Emily le hizo una reverencia. Se puso derecha y extendió el brazo del arma mientras levantaba el otro para equilibrarse. Flexionó las rodillas, puso los pies en ángulo de noventa grados. Era una guardia perfecta.

Corvo se la quedó mirando. Emily frunció el ceño y se relajó. Estiró las piernas y bajó la espada.

—Estoy lista para la lección, protector real. Puedes comenzar.

Volvió a ponerse en guardia.

Corvo hizo lo propio y le dio un golpecito con la punta de su espada de madera a la de Emily.

Aquello era todo un comienzo.